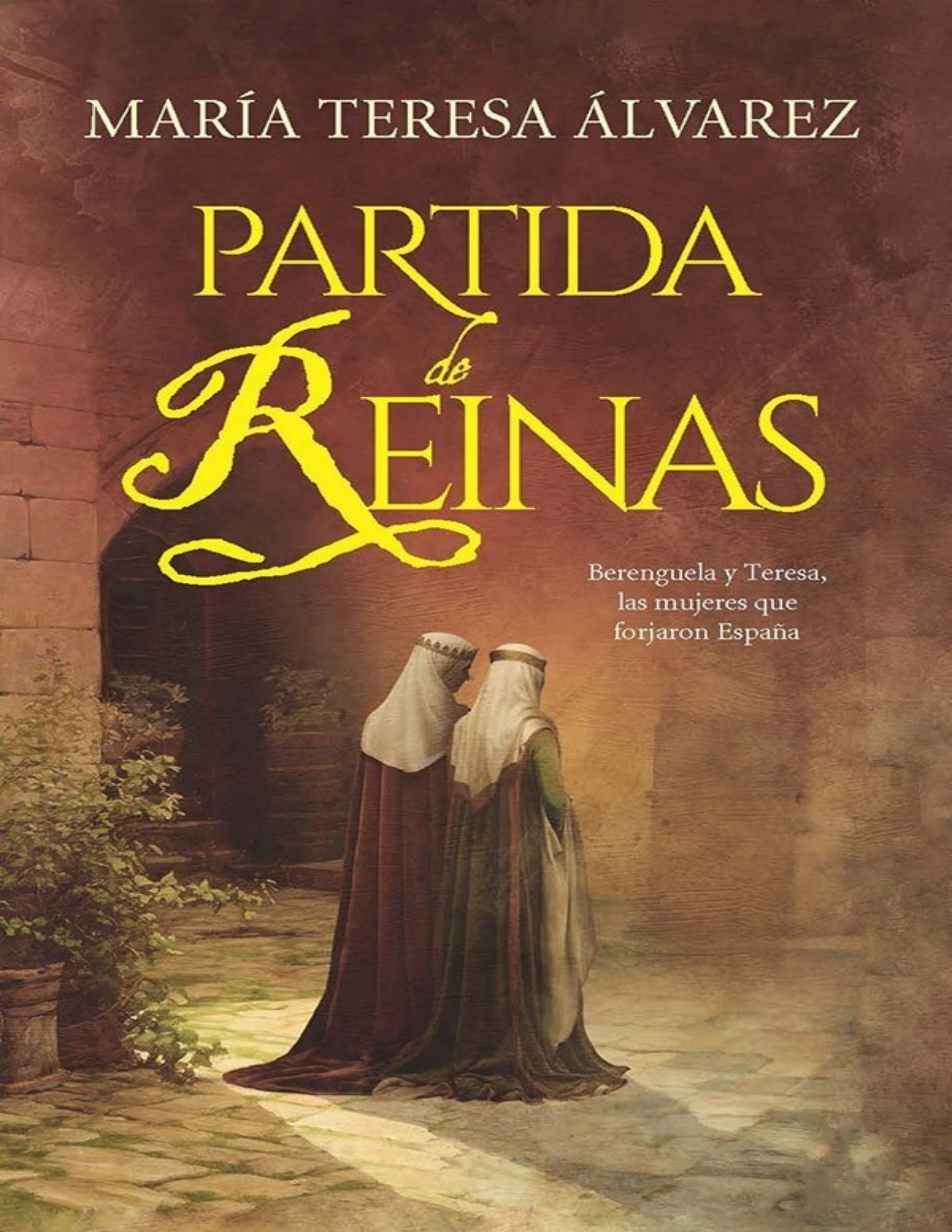
MARÍA TERESA ÁLVAREZ

PARTIDA de REINAS

Berenguela y Teresa,
las mujeres que
forjaron España



Berenguela de Castilla y Teresa de Portugal nunca se han visto pero las dos han estado casadas con el mismo hombre, el rey Alfonso IX de León.

Berenguela sabe que su marido amó a Teresa. A ella también la quiso, aunque de otra forma. Sus enfrentamientos eran habituales mientras vivieron juntos. Los hombres valoran la sumisión, y ella jamás será sumisa. En esto se parece más a su abuela, Leonor de Aquitania, que a su madre, la reina Leonor de Castilla. Es posible que su madre aprobara lo que, ahora, va a intentar, pero su abuela seguro que la aplaudiría.

Aunque no se conocen, Berenguela cree que el alejamiento de Teresa de los centros de poder podrá beneficiar sus intereses. Por su parte, Teresa es consciente de que serán muchos los que, de conocer lo que pretende, mostrarían su desacuerdo. Está segura de que Berenguela piensa igual que ella. De todas formas, tendrá que estar en guardia ante una negociadora tan hábil como la castellana. Las dos, después de verse obligadas a alejarse de su marido, siguieron caminos muy distintos. Teresa ha fundado varios conventos, impregnando de la espiritualidad del Císter todo su entorno, mientras que Berenguela ha seguido intrigando y peleando para conseguir lo mejor para su reino.

Hoy es el día en que se verán por primera vez y en este encuentro el futuro de León y de Castilla está en juego.

Hoy, nacerá para la historia un nuevo país.

María Teresa Álvarez

Partida de reinas

Berenguela y Teresa, las mujeres que forjaron España

Título original: *Partida de reinas*
María Teresa Álvarez, 2025

Revisión: 1.0

29/03/2026

A mi madre, a Sabino.

Prólogo

Camino de Coyanza (Valencia de Don Juan),
noviembre, año de 1230

Mira el paisaje apenas reconocible por la nieve que no cesa de caer. Es castellana y está acostumbrada a los rigores del frío invierno, pero hubiese preferido un tibio sol que le permitiese pasear con Teresa por las inmediaciones del río. El contacto con la naturaleza siempre favorece el estado de ánimo. Es difícil el encuentro que van a mantener, aunque el hecho de que Teresa le haya hecho llegar su deseo de que se reúnan la anima. Ha recibido la noticia en el momento en el que ella estaba dispuesta a enviarle la misma propuesta.

Nunca se han visto personalmente, pero las dos han estado casadas con el mismo hombre.

Aunque no se conocen, Berenguela sabe del comportamiento siempre digno de Teresa. Además, cree que su alejamiento de los centros de poder podrá beneficiar sus intereses. Las dos, después de verse obligadas a apartarse de su marido, siguieron caminos muy distintos. Teresa ha fundado varios conventos, impregnando de la espiritualidad del Císter todo su entorno. Mientras que ella ha seguido intrigando y peleando para conseguir lo mejor para el reino.

Berenguela sabe que su marido amó a Teresa. A ella también la quiso, aunque de otra forma. Los enfrentamientos, los distintos

puntos de vista, habían sido frecuentes entre ellos mientras vivieron juntos. Claro que los hombres siempre valoran la sumisión y la obediencia de sus mujeres, y ella jamás será sumisa. En esto se parece más a su abuela que a su madre. Es posible que su madre aprobara lo que ahora va a intentar, pero su abuela seguro que la aplaudiría.

La acompaña un reducido séquito. Cuantos menos conozcan esta reunión, mejor, porque, aunque es consciente de sus dotes persuasivas, pueden fracasar las conversaciones.

Se ha desviado un poco del camino porque ha querido pasar por Laguna de Negrillos. Su marido había favorecido la repoblación de esta localidad. Algunas veces lo había acompañado en sus visitas. Mira al castillo, mandado levantar por Alfonso, en el que pasaron algunas temporadas. Recuerda que ya se habían separado cuando Alfonso otorgó un fuero a esta villa.

Desconoce por qué esta comarca del Páramo leonés le atrae de forma especial. Es una pena no poder disfrutar de las pequeñas lagunas. La nieve las oculta bajo su manto. «La nieve —piensa— es hermosa y generosa, cubre todo por igual. No hace distinciones. A todos besa con la misma intensidad».

Le comunican que, si ella no se opone, pueden hacer un alto para poder tomar algo caliente y que los animales descansen.

Al ver el humo que asoma por la chimenea, consiguiendo esquivar los copos de nieve, Berenguela siente cierto placer al pensar lo agradable que será poder disfrutar de un ambiente caldeado. Sí, en aquel caserío encontrarán un poco de calor.

Berenguela siempre ha intentado crear un clima agradable a su alrededor… Y cumplir con lo que sus padres, los reyes, dispusiesen para ella. Aunque no siempre fue así. Aún recuerda las lágrimas derramadas cuando le dijeron que la casarían con Conrado, duque de Rothenburg, hijo del emperador Federico I Barbarroja. Intentó huir, pero su gran amigo de la infancia, don Luis, el hoy conde de Saelices, la ayudó. «Qué suerte he tenido —piensa— al contar con un confidente como él…».

PRIMERA PARTE

BERENGUELA DE CASTILLA

1
Primeros años

—Seguro que es un muchacho estupendo, doña Berenguela. No debéis preocuparos. Además, el enlace no será inmediato —me consoló mi amigo don Luis.

—Sí, ya sé que podéis tener razón. Mi madre se casó en Tarazona cuando contaba diez años. Mi padre tenía cuatro más. Eran unos niños. Hoy forman una pareja excepcional. Pero yo solo tengo siete años.

—Tomáoslo con calma, doña Berenguela. Todo irá bien.

—Cierto es que de nada sirve preocuparse, don Luis, pero creo que el año que viene se firmará el contrato matrimonial. Y Conrado vendrá a Castilla.

Yo, Berenguela, era hija de Alfonso VIII, rey de Castilla, y de la reina Leonor Plantagenet. Llegué al mundo en la primavera de 1180. No pude disfrutar de la compañía de hermanos hasta los siete años en que nació Urraca. Con anterioridad habían nacido otros dos, que fallecieron al poco tiempo.

—Doña Berenguela, cualquier día mi padre también decidirá mi matrimonio y, aunque no soy hijo de rey ni primogénito, me utilizarán para sus fines.

—Lo sé, don Luis, sería mucho más justo que nosotros pudiéramos opinar.

—Sin duda, pero pensad que con nuestros padres hicieron lo mismo. Además, vos sois la primogénita, la heredera.

—Sí, hasta que nazca un varón.

Y la verdad es que no me equivocaba. El ansiado varón llegaría al mundo dos años después de esta conversación mantenida con don Luis. Mi hermano nació en 1189, en Cuenca. Le pusieron de nombre Fernando. Inmediatamente fue declarado heredero del reino de Castilla.

Y yo, Berenguela, que junto con mi futuro marido, Conrado, duque de Rothenburg, habíamos sido jurados como herederos en Carrión de los Condes, donde se habían celebrado nuestros esponsales, es decir, la promesa de matrimonio, quedábamos ahora desposeídos del título de herederos, ya que en la Curia había quedado claro que solo seríamos herederos si mis padres, los reyes Alfonso VIII y Leonor Plantagenet, fallecían sin descendencia masculina.

Muy pronto el padre de mi prometido, el emperador Federico I, al ver frustradas sus esperanzas de conseguir la Corona de Castilla para su hijo, perdió el interés por nuestro compromiso matrimonial.

Y mi futuro marido, Conrado, inmediatamente regresó a Alemania.

Debo reconocer que su marcha me hizo sentir muy tranquila. Además, la felicidad de mis padres por su hijo varón me llenó de alegría. Sobre todo por mi madre, que era una persona dulce, responsable, sensible y muy inteligente. Por iniciativa suya se había levantado en Burgos una abadía similar a la existente en Fontevraud, a la que mi abuela, Leonor de Aquitania, prestaba todo su apoyo. Santa María la Real de Burgos sería panteón real. Monjas cistercienses fueron las elegidas para vivir y cuidar este recinto sacro.

Recuerdo que yo asistí el día de su inauguración, cuando mi padre el rey Alfonso entregó a la primera abadesa, doña Misol, las llaves y el poder de este lugar. Aún puedo escuchar su voz…

> Sea notorio a todos, así presentes como futuros, como yo, Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castilla y de Toledo, en uno con la reina Leonor, mi mujer, deseando conseguir en la tierra remisión de nuestros pecados y después en el cielo, lugar con los santos, edificamos a honra de Dios y de su Santa Madre este monasterio. Y os lo damos a vos, Misol, abadesa, y a todas vuestras hermanas, presentes y futuras, para que sea perpetuamente por vosotras disfrutado.
>
> En uno con la reina Leonor.

Sonaba tan bien… Y era verdad. Mis padres se amaban. Habían tenido esa suerte. Eran muy distintos. Mi madre, de forma discreta, sin ningún tipo de alardes, supo introducir sus ideas y costumbres en una corte para ella extraña. Aunque vino acompañada de damas y servidores de su entorno, tuvo que resultarle difícil adaptarse a las costumbres castellanas. Ella me habló muchas veces de su sorpresa y malestar ante los incesantes enfrentamientos guerreros, porque esperaba que en Castilla se respirara una mayor paz.

—En Normandía, Berenguela, todo el tiempo estaban guerreando —me contó mi madre en una de nuestras muchas conversaciones—. En mi tierra, los reyes, caballeros y señores feudales no conocían más actividad que la guerra. Luchaban contra los infieles en las cruzadas (mi madre, Leonor de Aquitania, había participado en una) o peleaban entre ellos por apoderarse de un simple condado. Esperaba que aquí fuera diferente, pero pronto me di cuenta de que sucedía lo mismo. Tu padre, el rey Alfonso, debe permanecer siempre alerta para que los otros reinos peninsulares no conquisten parte de nuestro territorio. Pero él también intenta ampliar las posesiones de Castilla arrebatándoles territorios a los otros. Y, además, está el problema del islam. Pronto descubrí que los reyes de la que ya es mi tierra no necesitaban viajar a Tierra Santa para pelear con los infieles, estos vivían a su lado. Aún no habías nacido, Berenguela, cuando vi caer el baluarte musulmán de Cuenca… Fue un 21 de septiembre, festividad de San Mateo, del año 1177. Aquel día, por fin, después de muchos meses de asedio, tu padre consiguió liberar Cuenca del poder musulmán.

—Madre, ¿estabais presente? Tuvo que ser emocionante —le pregunté, curiosa.

—Sí que lo fue. No me gustan las guerras, pero ver ondear las banderas y estandartes de las órdenes militares y pensar que aquel lugar volvería a ser cristiano me animaba.

—Madre, ¿las órdenes militares siempre han ayudado al rey?

—Sí. Tienes que saber, Berenguela, que las primeras órdenes fueron creadas para defender el reino cristiano de Jerusalén y estaban formadas por caballeros cristianos.

—Entonces, ¿las órdenes que tenemos en Castilla han nacido para defender nuestra tierra del poder de los árabes?

—Así es. Tu padre entregó tierras que le pertenecían, tierras de realengo, a las órdenes de Santiago, Calatrava y el Temple para que vigilasen las fronteras de las posibles invasiones musulmanas. Precisamente, la conquista de Cuenca se inició desde Uclés, sede de la casa central de la Orden de Santiago, que tu padre les había cedido.

—¿Cómo era entonces Cuenca?

—Una localidad pequeña, con escasa población, pero situada en un lugar estratégico. Tanto a tu padre como a mí nos entusiasmó el lugar, y por ello la convertimos en ciudad regia. Muy pronto se dio forma a la ciudad constituyendo un concejo, formado por doce alcaldes y un juez. Se estableció una sede episcopal: el obispado de Cuenca, con Juan Yáñez como obispo.

—¿Y cómo hicisteis para que la ciudad tuviera gente?

—Me gusta que me preguntes, hija. Se nota que piensas, eres inteligente. La repoblación de los lugares arrancados al islam era y es algo muy importante, y mucho más en Cuenca, por el sitio en el que se levanta. Tu padre envió vasallos de otras zonas para que se establecieran en la ciudad. Los árabes, judíos y cristianos se distribuyeron por barrios. Tu padre distinguió a la ciudad con un importante fuero por el que los conquenses se convertían en señores de sí mismos. Nosotros, Berenguela, pasamos en Cuenca grandes temporadas. Allí nació tu hermano Fernando.

—Madre, me han dicho que el hospital fue una iniciativa vuestra.

—Había tantos pobres y necesitados. Teníamos que ayudarlos. Se lo dije a tu padre y decidimos ordenar la construcción de un hospital, al que le pusimos el nombre de Santiago, porque encargamos su gestión a la Orden de Santiago. También yo quise que en lo que había sido la mezquita levantáramos una catedral. Berenguela, Cuenca siempre permanecerá en mi corazón, por muchas razones.

—¿Madre, qué recuerdos guardáis de vuestra niñez? —me interesé, viendo que ella se sumía en la nostalgia.

—Muchos, Berenguela, siempre fui una niña soñadora.

—Madre, ¿es bueno tener sueños, soñar despierta?

—La vida sin sueños y proyectos no vale nada —afirmó—. Es necesario soñar.

—¿Y si los sueños no se cumplen? —le pregunté.

—Sucede muchas veces, pero debes seguir soñando.

—Madre, ¿qué soñabais vos de niña?

—Como sabes, nací en Normandía —me explicó—. Muy cerca del mar. Recuerdo con especial cariño las tardes en las que me sentaba a mirarlo, y cuando paseaba por su orilla dejando que el agua acariciara mis pies.

—Madre, ¿es hermoso el mar? —quise saber, casi segura de su respuesta al observar su expresión.

—Muy hermoso y sugerente. Me entusiasmaba ver cómo las olas se enfrentaban desafiantes a los acantilados al encontrarse con ellos. Y soñaba que algún día llegaría un caballero por el mar para pedir mi mano y me iría con él a tierras lejanas. ¿Sabes, Berenguela? Te voy a contar un secreto. Todas estas fantasías y sueños se nutrían de las reuniones de mi madre con algunas damas. Yo las escuchaba por la puerta entreabierta del salón. Cantaban los trovadores y ellas hablaban de amor, de las relaciones entre hombres y mujeres. Las llamaban «cortes de amor». Era muy interesante oírlas y verlas con sus hermosos trajes. A veces bailaban.

—Qué bonito, «cortes de amor». ¿Por qué no las celebráis en Castilla? —le propuse.

—No. Aquí sería muy difícil. La corte castellana es mucho más austera —admitió—. Solo me he limitado a favorecer la presencia de trovadores. Tal vez mi madre se atrevería a hacerlo, pero yo no.

Me gustaba observar a mi madre cuando hablábamos de la abuela. Sus ojos cobraban un brillo especial y sus mejillas se coloreaban.

Aquel mismo año había muerto el padre de mi madre, el rey Enrique II de Inglaterra. Mi amigo don Luis me había comentado que, gracias a su fallecimiento, mi abuela, que había estado encerrada durante años, quedaba en libertad. No me atrevía a preguntarle a mi madre sobre lo que había sucedido, pero al final, me decidí.

—¿Es verdad que la abuela estuvo prisionera varios años?

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —me preguntó muy seria.

—He oído comentarios. —No quise decirle que me lo había contado mi amigo don Luis.

—Verás, Berenguela, tu abuelo y tu abuela se querían mucho. Pero tu abuelo le fue infiel, y tu abuela no pudo soportarlo. Lo abandonó y se fue de la corte.

En su venganza decidió hacerle la vida imposible. Puso a mis hermanos en contra de su padre. Se sublevaron y lucharon para disputarle el trono. No lo consiguieron. Mi padre, después de sofocar la rebelión, decidió aislarla para que no siguiera creando problemas. Primero la encerró en Chinon y después en Salisbury.

Mi curiosidad era insaciable. ¿Se había excedido mi abuela? Igual tenía razón y el abuelo era un ser insoportable.

—Madre, ¿vos que hubierais hecho? ¿Era muy difícil el abuelo?

—A pesar de que considero que me parezco bastante a mi madre, creo que nunca pondría a mis hijos en contra de su padre. Claro que mi esposo, tu padre, el rey Alfonso, es una persona buena y bondadosa, y yo lo amo. Ellos también se querían, pero las personas cambiamos. Unas veces para bien y otras para mal. Mi padre, el rey Enrique II, era un hombre de fuerte carácter, bastante

impulsivo y muy dado a las fiestas y al trato con mujeres. Las discusiones entre mis padres eran muy frecuentes. Nuevas personas que aparecen en tu vida, intereses desmedidos, malos consejeros… todo puede influir en tu comportamiento. Pienso que una de las cosas que más ha contribuido al cambio de carácter de mi padre fue el remordimiento que sintió después de haber permitido el asesinato del Tomas Becket, arzobispo de Canterbury, que era uno de sus mejores amigos. Sucedió en diciembre de 1170, en el atrio de la catedral de Canterbury. Mientras rezaba vísperas, Becket fue rodeado por cuatro caballeros que le dieron muerte con sus espadas.

—Madre —pregunté intrigada—, si era su mejor amigo, ¿por qué consintió su asesinato?

—Cuentan que el problema había surgido cuando Tomás Becket, que había ascendido a primado de la Iglesia inglesa, precisamente por su amistad con el rey, se opuso a los intereses de este en defensa de los de la Iglesia. Mi padre, Enrique II, deseaba convertirse en rey absoluto. Para ello necesitaba someter a todos sus súbditos bajo la misma jurisdicción civil, incluidos los clérigos. Ello significaba suprimir los privilegios eclesiásticos, hacer desaparecer los tribunales religiosos, encargados de juzgar los delitos cometidos por los clérigos. Y como no pudo conseguir doblegar la voluntad de Becket, consintió en su asesinato, dejando conmocionada a toda la cristiandad. Antes de que hubieran pasado tres años desde su muerte, fue canonizado por el papa Alejandro III.

—¿Cómo reaccionó vuestro padre?

—Pues el rey, viendo las consecuencias de su asesinato, utilizó todos los medios a su alcance para reconciliarse con el papa. Después de haberse flagelado ante la tumba de Tomás Becket, pidió públicamente perdón.

—Madre ¿vos conocíais al arzobispo?

—Sí, era muy amable y simpático. Figúrate la confianza que mi padre tenía en él que decidió que mi hermano Enrique fuera a vivir a su casa. Cuando asesinaron a Becket, yo ya estaba en Castilla. Sentí

tanta pena que pensé en hacer algo como desagravio. Se me ocurrió que en Soria, la ciudad que recibí en arras de tu padre, homenajearía al arzobispo mandando pintar un fresco en la iglesia de San Nicolás, representando su muerte. También ordené dedicar a su memoria una de las capillas en Toledo.

—¿La abuela también lo quería?

—Sí. A veces la oí recriminarlo por acompañar a mi padre en todas sus salidas festivas. Pero estoy segura de que la acción de mi padre, permitiendo el asesinato de su mejor amigo, fue lo que hizo que mi madre se decidiera a abandonarlo.

Según escuchaba a mi madre, la admiración por mi abuela aumentaba.

—¿Qué hará ahora la abuela?

—Ayudará a mi hermano Ricardo, que se ha convertido en rey. Siempre ha sido su preferido. ¿Sabes que él también es trovador? Ama la música y la belleza, como nuestra madre.

—¿Conoceré algún día a la abuela?

—Puede ser, aunque es difícil. Pero tratándose de Leonor de Aquitania cualquier cosa es posible.

No podía imaginarme, en aquellos momentos, que mi abuela vendría a Castilla, aunque yo no la vería.

2
Una corte itinerante

Plasencia, primavera, año de 1191

La naturaleza siempre nos sorprende con su belleza inagotable. He sido y soy muy sensible al dulce encanto del discurrir de las aguas de los ríos. Los meandros formados por el río Jerte en su caminar son únicos. No me sorprende que a mi madre le entusiasmaran. Estábamos en Plasencia. La corte era itinerante. Mis hermanos y yo no solíamos acompañar a nuestros padres, ya que nos quedábamos con nuestros tutores, pero en esta ocasión nos desplazamos todos. También los más pequeños con sus nodrizas. Permaneceríamos en esta ciudad, por la que mi madre, la reina, que se encontraba nuevamente embarazada, sentía una atracción especial. Ella había estado al lado de mi padre en su fundación.

Las ciudades que habían sido rescatadas a los almohades por mi padre encerraban para mi madre un interés especial. Las consideraba como algo suyo. Ellos, los reyes de Castilla, las incorporaban a la Corona, dándoles una nueva identidad. Así, Ambroz, como antes se llamaba el lugar, pasaría a ser, de la mano de mis padres, Plasencia. Nunca supe exactamente la razón por la que se decía que aquella ciudad era «la Jerusalén del reino». Recuerdo que le pregunté a mi madre.

—No lo sé exactamente —respondió—. Lo que sí puedo decirte

es que tu padre personalmente quiso imprimir en el escudo heráldico de esta nueva ciudad este lema: «*Ut placeat Deo et hominibus*», que creo significa «Para agradar a Dios y a los hombres». Y dicen que es en esa frase donde tiene su origen el topónimo de la ciudad: Plasencia.

Iba pensando en todas estas cosas mientras paseaba con dos de mis damas muy cerquita del río. La presencia de unas hermosas flores silvestres llamó nuestra atención, e ilusionadas nos acercamos para hacer con ellas un bonito ramillete.

Ni mis damas ni yo nos percatamos de la presencia de tres jóvenes soldados con el hábito de Calatrava, que nos miraban.

—Señora, ¿conocéis a alguno de esos soldados? —preguntó de pronto una de mis damas—. Uno no deja de miraros.

Lo cierto es que me costó identificarlo vestido de aquella manera, pero sin duda era don Luis.

—No os preocupéis, es un buen amigo —tranquilicé a mis acompañantes.

—Qué bien —dijo la dama que me había avisado—. Pensé que era un enamorado. Estáis tan hermosa con ese griñón de tela tan fina, y la trenza os sienta muy bien.

—Seguro que es perfecta —le dije—. Vos me la habéis hecho.

Mi amigo y sus compañeros se acercaron despacio al lugar donde nos encontrábamos.

—¡Don Luis, qué alegría! —exclamé.

—Acabamos de llegar a Plasencia. He acudido a saludaros y me han dicho que os podría encontrar cerca del río.

—Ya veo que os habéis convertido en caballero de la Orden de Calatrava.

—Vos sabéis que siempre he aspirado a ser caballero de una de las órdenes, y ninguna más castellana que la de Calatrava. Mi deseo, doña Berenguela, es poner todo mi empeño en defender los intereses del reino de Castilla. Mi padre se animó a apoyarme, y su amistad con el gran maestre de Calatrava, el asturiano Nuño Pérez de Quiñones, me facilitó el ingreso en la orden.

—Algo he oído a mi padre sobre Pérez de Quiñones. Creo que hacía referencia a las posesiones que había cedido a la orden en Toledo.

—Seguro, porque fue él quien consiguió convertirlas en un auténtico señorío.

—Don Luis, también la nobleza otorga a las órdenes militares parte de sus tierras, ¿verdad?

—Sí. Mi padre les donó unos terrenos que teníamos cerca de Segovia. Es una forma más de apoyar mi ingreso en la orden.

—O sea que ya os habéis librado de un matrimonio no deseado —le dije sonriendo.

—Es posible, aunque no pensaréis que me voy a hacer monje…

—Bueno, la orden ha sido creada por un monje, como bien sabéis, fue Raimundo de Fitero, que era el abad del monasterio de Fitero, quien está en su origen.

—Sí, pero desde entonces han pasado muchas cosas. Seguro que conocéis que, unos años atrás, ante las protestas de algunos caballeros que deseaban una mayor estructura militar en la orden, se decidió crear la figura del maestre. Y así, sin olvidarnos de la espiritualidad cisterciense, el aspecto militar también tiene importancia. En la actualidad, dependemos disciplinariamente de la abadía de Morimond. Pero, doña Berenguela, hablemos de otras cosas. Estaréis muy contenta al sentiros libre de nuevo, ¿verdad?

—Sí, me siento liberada —asentí sin rubor—. Pero seguro que no os imagináis quién es la persona que más se ha alegrado por la ruptura con el hijo del emperador Barbarroja.

—¿No habéis sido vos?

—No. Vos conocisteis mi pena cuando supe que me casaban. No había cumplido los siete años. Pero un tiempo después ya no me disgustaba tanto. He sido educada para servir a la monarquía, y cada día soy más consciente de ello. Sé que mi única misión en la vida es estar al servicio de Castilla. Lo que mis padres, los reyes, decidan estará bien. Por lo tanto, no fui yo la persona que suspiró aliviada cuando mi compromiso se rompió. Fue mi abuela.

—¿Doña Leonor de Aquitania?

—Sí. Ella intervino para que solicitásemos al papa la anulación del compromiso matrimonial. Mi abuela, don Luis, está al tanto de todo cuanto sucede y nada se le escapa. No le interesaba que emparentásemos con la dinastía de los Hohenstaufen. Lo último que he sabido de ella es que ha animado a su hijo, mi tío, Ricardo Corazón de León, que ya es rey de Inglaterra, para que se dirija a Palestina a luchar en la tercera cruzada.

—Pues yo algo he oído de que vuestra abuela está buscando entre las infantas y princesas una candidata para convertirla en la esposa de su hijo Ricardo —replicó don Luis.

—No tenía ni idea —admití—. Mi madre nada me ha comentado.

Más tarde supe que mi abuela había querido mantener en secreto el compromiso, y que ella misma viajó a Mesina con la prometida de Ricardo, que era la infanta Berenguela de Navarra, dejándola bajo la protección de su hija Juana, que era reina de Sicilia. Y así, cuando mi tío, Ricardo Corazón de León, iba camino de Palestina, en mayo de 1191, se casó con la infanta en Chipre, en la ciudad de Limasol.

Y después de la boda, a la que solo asistió Juana, la hermana de Ricardo, este se fue a luchar en la cruzada. Su esposa se quedó en San Juan de Acre, en Palestina.

—Doña Berenguela, ¿no os apetece que nos acerquemos a los restos de lo que fue la torre de Ambroz? —me preguntó don Luis—. No sé si quedará algo de la alcazaba.

—Vayamos —respondí ilusionada.

3
Las consecuencias de la derrota de Alarcos

Regresé a Plasencia unos años después. En este tiempo, la ciudad había sido reconquistada por los almohades y ahora volvía a estar en nuestras manos, en el reino de Castilla.

Todo había sucedido como un mal sueño. Una pesadilla cuyo nombre era Alarcos.

Mi padre, el buen rey Alfonso VIII, que tanto había tenido que luchar desde niño por recuperar, mantener y ampliar las fronteras de Castilla, había sufrido la mayor derrota de su vida. Un desastre total.

El apresuramiento, ante las noticias de que muchos de los caballeros de la Orden de Calatrava habían muerto a manos de los almohades en las inmediaciones del castillo de Salvatierra, unido al ímpetu valiente de mi padre, hizo que no quisiera esperar la llegada de los ejércitos de los otros reinos, enfrentándose solo con sus hombres a los invasores. Sin duda, estas fueron las causas de la derrota.

Claro que el número de infieles que habían atravesado el mar y que desembarcaron cerca de Tarifa era similar al de las arenas del desierto. El ejército se fue nutriendo a su paso por Sevilla, Córdoba y con algún mercenario castellano.

La reacción de los almohades, al mando del califa Abu Yúsuf

Yaacub al-Mansur, que venían enloquecidos, la había provocado la presencia del arzobispo de Toledo, Martín López de Pisuerga, que en sus incursiones conquistadoras había llegado hasta Sevilla. Mi padre, lógicamente, había propiciado y respaldado aquellas correrías, en las que Martín López de Pisuerga y sus hombres saquearon las coras, o lo que es lo mismo, las demarcaciones de Jaén y Córdoba.

En Alarcos, los regimientos cristianos sucumbieron ante la fuerza de los infieles. Como consecuencia de esta derrota, se estableció una nueva frontera entre Castilla y el Imperio almohade, en los Montes de Toledo.

Mi padre, que a punto estuvo de morir en la contienda, no tardó en recuperarse y tomar medidas. Aunque el desastre de Alarcos lo seguiría torturando.

A mí, al dolor que me produjo lo sucedido en Alarcos, se unió el miedo y la incertidumbre por lo que le habría podido pasar a mi amigo don Luis.

La noticia de que, después de la batalla, los almohades habían ocupado varias fortalezas, entre ellas la de Calatrava, y que habían asesinado a todos los caballeros que allí se encontraban, me hizo ponerme en lo peor.

Afortunadamente, pronto nos llegó la noticia de que don Luis, junto con otros caballeros y el maestre don Nuño Pérez de Quiñones habían conseguido escapar con vida refugiándose en la fortaleza de Guadalerzas.



Qué bien comprendía a mi madre cuando se quejaba de las guerras incesantes. Tendría que existir otra forma de entenderse.

Después de Alarcos, mi padre tuvo que seguir peleando. A mí me costaba entender las razones por las cuales los reinos peninsulares, todos cristianos, no se unían frente los infieles. Tendrían que estar impulsados por un interés común: defenderse de los invasores. Pero,

desgraciadamente, eran más importantes los intereses particulares.

Tras la derrota de Alarcos, el rey de León, Alfonso IX, se alió con Abu Yúsuf Yaacub al-Mansur. Sus hombres apoyaron al ejército almohade, que consiguió conquistar Escalona y Talavera de la Reina. Mi padre no pudo impedirlo. Pero sí defendió con éxito Toledo, y Diego López, el segundo señor de Haro, imposibilitó que los almohades tomaran Madrid y Alcalá de Henares.

A mi madre le gustaba acompañar a mi padre. De hecho, en algunas batallas había estado cerca. Ella fue la inspiradora de la presencia de trovadores y juglares en los campamentos. Pero, en esta ocasión, nos habíamos quedado en Burgos, no en el castillo, sino en las dependencias que para nosotros habían habilitado en el monasterio de Santa María la Real.

Me encontraba paseando por el claustro con dos de las religiosas, cuando vimos llegar a un mensajero. Solo con mirarlo supe que las noticias no eran buenas.

El rey de León, Alfonso IX, con ayuda de los almohades, había invadido Castilla, llegando hasta Carrión de los Condes.

Aquello era una locura, y el rey de León un provocador. Como mi padre se encontraba defendiendo Toledo, aprovechaba para atacarnos.

Cuando mi padre se enteró de lo que pasaba, respondió con la misma moneda: conquistó Coyanza y sitió León, aunque sin éxito. A mí, que no me gustan las guerras, confieso que, si hubiese podido, me habría puesto al lado de mi padre para atacar León.

Ante aquella vorágine en la que vivíamos, el papa Celestino III decidió excomulgar al rey de León, por su pacto con los almohades, ordenando a los arzobispos de Toledo y Santiago de Compostela hacer pública la excomunión. El pontífice anunció que concedería las mismas gracias e indulgencias tanto a los que lucharan contra el reino de León como a aquellos que participaban en las cruzadas.

Al cabo de dos años de luchas, mi padre y Abu Yúsuf Yaacub al-Mansur firmaron una tregua de diez años. Muchos criticaron al papa por no haber reaccionado contra mi padre como lo había hecho con

el rey de León.

Siempre me parecieron injustas estas opiniones, pues mi padre no atacó reinos cristianos con ayuda de los almohades, ni recibió dinero de ellos. El rey de León sí lo había hecho. Y ahora se había quedado solo, sin la ayuda de los almohades. Y, como es lógico, cuando se detecta debilidad, y como castigo al infame pacto de Alfonso de León con los infieles, Castilla y Portugal intensificaron las incursiones a su reino.

Sin embargo, unos meses después los reinos de Castilla y de León sellaron la paz. Y yo tuve algo que ver.



—Madre, ¿estáis segura de que será buena vuestra decisión?

—Completamente. Ya tienes diecisiete años. Eres fuerte e inteligente. Tu matrimonio con Alfonso IX de León será beneficioso para Castilla. De momento, la paz ya es una realidad.

—Mi padre el rey no está tan seguro.

—Lo sé. Tu padre teme que el matrimonio sea anulado por consanguinidad.

Mi padre y el rey Alfonso IX de León eran primos, hijos de dos hermanos. Por lo tanto, yo era pariente de mi futuro esposo, aunque no en primer grado, como lo era su primera esposa, Teresa, cuyo matrimonio había sido disuelto por el papa.

Había sido mi madre, la reina Leonor, la muñidora de mi matrimonio con Alfonso IX. Ella, que siempre aparentaba discreción, estaba al tanto de todo lo que sucedía. Su influencia en las decisiones de mi padre era evidente. Y así sucedió con esta unión. Mi madre pensaba que de esa forma terminarían las confrontaciones, siempre vivas, entre los monarcas castellano y leonés. Indudablemente, la decisión parecía acertada.

—El temor de tu padre, querida Berenguela, puede que se convierta en realidad. Es verdad que el papa puede disolver vuestro

matrimonio, pero, antes, tú te encargarás de establecer lazos con León, dando a luz a varios hijos.

Charlábamos en uno de los salones de la casa que nos habían habilitado para nuestra estancia en Plasencia.

Mi madre había querido presenciar al lado de mi padre el comienzo de la construcción de la doble gran muralla que se estaba edificando para garantizar la defensa de la ciudad.

Nuestra corte era itinerante, y lo era de forma especial porque mi madre deseaba acompañar a su esposo; sabía que su presencia era importante para él. En esta ocasión, solo yo los había acompañado. Mi madre quería hablarme y animarme ante mi próxima boda.

—Berenguela, el rey de León no es mucho mayor que tú. Además, es hombre fuerte y bien parecido.

—Sí, ya sé que me lleva nueve años, pero eso no importa. No os preocupéis, madre, sabré cumplir con mi papel. Aunque confieso que su alianza con los almohades es muy difícil de asumir.

—En la lucha por el poder se pueden cometer barbaridades —admitió ella.

Nunca había visto al que sería mi marido. Hacía unos años, mi padre lo había armado caballero junto con Conrado, que entonces era mi prometido, pero yo no asistí a la ceremonia, así que no llegué a conocerlo.

Sí sabía lo difícil que había sido su acceso al trono. El matrimonio de sus padres, Fernando II y Urraca de Portugal, había sido disuelto por el papa por lazos de consanguinidad. A la muerte de Fernando II, su última esposa reivindicó la Corona para su hijo. Pero Alfonso era el primogénito, y así fue reconocido como rey de León.

—Madre, ¿creéis que los leoneses recibirán con afecto a una reina castellana?

—Quiero pensar que sí, Berenguela. ¿Tú lo dudas?

—Sí, madre. Pienso que, si la nueva reina fuera francesa o alemana, la aceptarían sin más, pero una castellana, una infanta del reino vecino y rival, no es lo mismo.

—Puede que sea cierto lo que dices, pero tú, Berenguela, sabrás

cómo conquistarlos. Preocúpate por los necesitados. Estudia el carácter de Alfonso y trata de influir en él, de forma discreta, haciéndole creer que todas las decisiones que toma son suyas. Evita todo tipo de confrontación. Y procura darle muchos herederos.

—Ya tiene tres, madre.

—Sí, pero no importa.



En mis encuentros con mi amigo don Luis, hablábamos mucho del rey de León, mi futuro esposo. Le conté todos mis temores. Como siempre, don Luis buscaba el lado positivo para animarme.

—Soy castellano y siempre estaré del lado de mi soberano, vuestro padre, Alfonso VIII, pero el rey de León me parece inteligente.

—¿Qué os lleva a pensar eso? —le pregunté.

—Cuando accedió al trono de León se encontró con un reino en una situación de extrema pobreza; convocó a la Curia Regia, a los representantes de la nobleza, del clero y de las clases populares de León, Galicia, Asturias. Con ello consiguió implicarlos en una operación con un único objetivo: obtener más recursos. Les prometió mejorar la administración de justicia, y al mismo tiempo les habló de eliminar los abusos de poder de la nobleza. Muchas de esas promesas se convirtieron en realidad. Por ejemplo, ahora, los súbditos del rey de León gozan del derecho de pedir justicia directamente a él, prescindiendo de los señores feudales.

—Es muy interesante lo que me estáis contando, don Luis.

—Sí que lo es. Esta Curia Regia, que se celebró hace unos años, en 1188, por iniciativa de vuestro futuro marido, fue todo un acontecimiento, porque fue la primera vez que estuvieron representados los tres estamentos. Seguro que en el futuro tendrá una incidencia importantísima.

Mentiría si dijera que no me sentí orgullosa al saber que el que

iba a convertirse en mi esposo había sido el primer soberano en convocar a los representantes de las ciudades para hacerles partícipes de los asuntos de Estado. Le pedí a don Luis que me siguiera hablando de lo sucedido en esas Cortes.

—Veréis, los participantes en la Curia o Cortes se reunieron en el claustro de San Isidoro, bajo la presidencia del rey Asistieron los obispos del reino, los nobles y los representantes de las ciudades de León, Oviedo, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Zamora, Astorga, Ledesma, Benavente y Toro. Todas ellas integradas en el reino de León.

—Don Luis, qué razón teníais al decir que Alfonso IX es inteligente. Y también es reformista, porque ha dado, con sus decisiones, protagonismo a sus súbditos para poder expresarse. Me parece muy nuevo e interesante que los burgueses puedan participar en las decisiones del reino.

—Sin duda, doña Berenguela, vuestro futuro esposo es un monarca innovador.



Todo lo que don Luis me contaba casi siempre alegraba mi espíritu. Era importante para mí valorar a la persona con la que me iban a casar, disminuir mi rechazo por su comportamiento ruin al aliarse con los infieles. No quería sentir desprecio por el que sería el padre de mis hijos. Como era su costumbre, mi amigo de la infancia, mi querido don Luis, me prestaba su ayuda en los momentos difíciles.

En el último encuentro que mantuvimos, le comenté que una de las razones por las que lamentaba alejarme de Castilla era porque dejaríamos de vernos.

—Me halagáis, doña Berenguela, yo también sentiré vuestra ausencia, pero, si me lo permitís, os escribiré. Así os mantendré al tanto de cuanto suceda.

—Sí, por favor. Ya sabéis que confío en vos.

Era la nuestra una amistad sincera. Tenía cuatro años más que yo. Fue mi compañero de juegos infantiles. No puedo evitar sonreír al recordar que yo asumía su rol. Me gustaban más los juegos de los niños que los propios de las niñas. Los padres de don Luis eran parientes de Felicidad, mi nodriza, en cuya casa pasé algunas temporadas. Al principio, mi madre, la reina, miraba con cierto recelo mi relación con don Luis, pero pronto se dio cuenta de que no debía preocuparse, sino todo lo contrario, al comprobar que mi amistad con él me hacía mucho bien.

4
Berenguela, reina de León

Valladolid, otoño, año de 1197

Valladolid se vistió de gala para la ocasión. La bella luz de un sol otoñal iluminaba las calles de la ciudad profusamente adornadas.

La iglesia de Santa María se iba a convertir en el escenario de mi boda. El rey de León, Alfonso IX, se casaba conmigo, Berenguela, hija del rey Alfonso VIII de Castilla y de la reina Leonor Plantagenet.

La asistencia a la ceremonia de los altos cargos eclesiásticos de Castilla y León dejaba entrever cuál era la postura del pontífice ante el lazo de parentesco que nos unía a Alfonso y a mí. Todos aseguraban que el papa Celestino III quería y aprobaba nuestra boda por lo que ella significaba para establecer la paz entre los dos reinos cristianos. Yo tenía mis reticencias, pero le pedía a Dios que así fuera, que nuestro matrimonio no fuese anulado.

Las arras que nos intercambiamos fueron importantes. Mi padre me donó todos los territorios que había conquistado al rey de León (cumpliendo de esta forma lo acordado hacía unos años en el tratado castellano-leonés de Tordehumos, que aún no se había hecho efectivo). También se decidía que la dote quedaría en mis manos en caso de separación.

Mi marido, Alfonso IX de León, me hizo entrega de las Torres de León, también llamado castillo de León; Astorga; Coyanza, Mansilla y

otras treinta fortalezas.

Toda mi familia estuvo presente en la ceremonia. Yo pensaba que tal vez la reina Urraca, madre del que se convertiría en mi marido, asistiría a la boda. Sí había estado presente en la coronación de su hijo como rey de León, pero a mi boda no asistió. Claro que la importancia y trascendencia de aquel momento no podían compararse con esta segunda boda de su hijo conmigo. Además, era portuguesa y tía de Teresa, la primera mujer de Alfonso. Aunque, según supe más tarde, la madre de mi esposo tampoco había asistido al primer enlace de su hijo. Otro de los factores que pudieron haber propiciado su ausencia pudo ser que la reina Urraca, que seguía conservando su título de reina, había ingresado como freira en la Orden de San Juan de Jerusalén, y vivía retirada en las posesiones zamoranas que había recibido en arras al casarse.

Miré a mi esposo y tuve que reconocer que era un hombre bien parecido. «En este sentido —me dije— no puedo quejarme». Podía haber sido peor, indudablemente. No era el hombre que yo habría elegido, aunque, en realidad, si fuera libre, no elegiría a ninguno. Pero, como no lo era, me casaría con el que habían dispuesto y me convertiría en reina. Y esto era lo que de verdad me reconfortaba; de todas formas, lo más importante era que, gracias a mi matrimonio, volvería la paz a Castilla.



Berenguela se dio cuenta de que Alfonso la observaba con agrado.

Seguramente nunca había estado más hermosa. Sus hermanas, al verla, no habían podido disimular su admiración. Su madre, la reina, se había ocupado personalmente de arreglarla.

Su vestido era de brocado rosa. Llevaba una capa de terciopelo granate. El cabello recogido bajo un precioso griñón bordeado por piedras preciosas que enmarcaba su rostro.

¿Surgiría el amor entre ellos? Berenguela sabía que si esto no

sucedía, ella se comportaría igualmente como una buena esposa. De lo que no estaba segura era de cómo reaccionará si su marido el rey tenía amantes.



Mi queridísima madre:

Me imagino que todo irá bien, No he tenido noticias vuestras. Solo mi mayordomo, Pedro Fernández de Benavides, hombre eficaz y amable, me cuenta algunas cosas. Tampoco tengo noticias de don Luis de Saelices, presiento que todos me habéis olvidado. Os echo de menos. Tengo la sensación de que hace años que no nos vemos y solo han pasado unos meses desde que nos despedimos en Valladolid.

Permitidme, madre, que os cuente algo de mi nueva vida. No fue embarazosa la primera noche con mi esposo. Vos me habíais aleccionado bien. Alfonso es amable y sabe cómo comportarse con una mujer. Dormimos juntos por primera vez, como sabéis, en Zamora. Confieso que me gustó que eligiera esta ciudad, porque en ella había nacido él, y en su catedral fue bautizado. Zamora ocupa un lugar muy importante en el corazón de Alfonso. Me pareció que era un buen presagio haberla escogido para inicio de nuestra vida en común.

Desde entonces he respondido a sus necesidades con la mayor entrega. Él sabe apreciarlo. Tal vez por ello me permite y admite sugerencias en cuestiones políticas, porque, madre, aunque Alfonso no me ha decepcionado, sí lo ha hecho la ciudad de León. No por el recibimiento de los leoneses, que no pudo ser más cariñoso, sino por el estado de la ciudad, un tanto abandonada. Qué importante es, madre, la presencia y el criterio de una mujer en el gobierno.



En la historia ha quedado reflejado cómo Berenguela tomó la iniciativa de acometer en León la construcción de un nuevo palacio, cerca de la iglesia de San Isidoro, que igualmente fue restaurada, junto con otras iglesias, por decisión de la nueva reina. De la misma manera, Berenguela se encargó de ordenar la restauración de las torres de la ciudad, que habían sido destruidas por Almanzor. La nueva reina de León muy pronto supo hacerse con la aprobación de los leoneses, que cariñosamente se referían a ella como la Castellana.



Madre, mis miedos a no ser aceptada han desaparecido. Los leoneses son gente noble y han visto que mi interés es apoyarlos y hacerles la vida más agradable. Además, ahora me siento con fuerzas renovadas, no he querido contároslo al principio de la carta, pero estoy embarazada. Pronto daré a luz. Si es un niño, le pondremos por nombre Fernando, como el padre de mi esposo, pero si es niña llevará vuestro nombre. Madre, siento pena al decíroslo y por sentirlo, pero le pido a Dios, Nuestro Señor, que el ser que llevo en mi seno sea varón. No desconozco las razones que me mueven a implorar esta plegaria, pero es tan triste sentir y participar en el rechazo al que somos sometidas las mujeres. Perdonad mi pequeño desahogo.

Madre, os quiero con todo mi ser.

Berenguela



—Me han dicho que os encontrabais en vuestra alcoba. Creí que estaríais descansando, pero eso es casi imposible para vos.

El rey Alfonso IX acababa de entrar en los aposentos de su esposa. El tono de su voz y su sonrisa eran muestra del estado de ánimo en el que se encontraba. Berenguela enrolló el pergamino e hizo ademán de levantarse.

—No, no os mováis. Solo quería saludaros e invitaros a dar un paseo cerca del río. Ya sé lo mucho que os gusta el discurrir de sus aguas, pero veo que estáis ocupada.

—Ya he terminado. Le escribía a mi madre. No lo había hecho hasta hoy.

—No me sorprende. Sois una de las personas con más capacidad de trabajo que conozco. Berenguela, os estoy muy agradecido. En la corte se nota vuestra presencia. Y, además, vamos a ser padres. Ya sabéis que, si es varón, se llamará Fernando.

No quise llevarle la contraria, pero a mí me gustaría que nuestro hijo se llamara Alfonso como él, aunque era por mi padre por lo que me gustaba ese nombre. Me halagaba que mi esposo estuviera contento de ser padre, y aunque yo nada le decía, pensaba en los tres hijos nacidos de su matrimonio con Teresa de Portugal. Dos chicas y un chico, al que también le habían puesto el nombre de Fernando.

—En cinco minutos estoy lista para acompañaros —le dije con la mejor de mis sonrisas.

—Querida Berenguela, os he hecho caso. Esta misma mañana he decidido bajar los tributos.

No pude reprimir mi impulso y lo abracé.

—Cuánto me alegro. Qué aliviados se sentirán vuestros súbditos. Es muy triste comprobar que pasan necesidades. Sobre todo, por los niños.

—Estoy contento, pero reconozco que os metéis en todo, Berenguela.

—Soy vuestra esposa, y por tanto reina consorte de León. Mi deber es ocuparme de conocer lo que sucede en nuestro reino.

—Para eso estoy yo, querida esposa.

—Nunca viene mal una ayuda. Estoy deseando acompañaros en

vuestros viajes por el reino.

—Seguro que los haremos, pero después de que nazca nuestro hijo.



El siempre deseado varón no llegó para alegrar nuestras vidas. Sí lo hizo una preciosa niña, a la que le puse el nombre de mi madre, Leonor.

Pensaba que Alfonso se mostraría contrariado, pero no fue así. Nunca habría podido imaginar que le gustaran los niños. Al verlo con nuestra hija, me di cuenta de ello.

No había pasado un año desde el nacimiento de Leonor cuando me quedé de nuevo embarazada.

En este tiempo fui conociendo más a fondo a mi marido y aunque era bastante irascible y dado a dejarse influir por comentarios malintencionados —casi estaba convencida de que muchas veces la animadversión hacia mi padre podría tener ese origen—, su labor al frente del reino merecía algo más que un aprobado. Cómo me acordaba de mi amigo don Luis cuando me decía que el rey de León era un hombre inteligente. Alfonso IX había conseguido con sus medidas políticas disminuir el poder de los nobles.

Había sabido potenciar las diferentes economías del reino con leyes que favoreciesen esa diversidad, según el territorio. Era alentador comprobar cómo Galicia y Asturias destacaban por una excelente ganadería, mientras que los cereales florecían en las inmediaciones del río Duero y el vino alegraba su ribera. En todo el reino se producía buen vino, pero destacaban Toro y Ribadavia y algunas zonas que bordeaban el río Duero. Sin olvidar la sidra asturiana. Las manzanas asturianas estaban en el origen de aquella bebida, que reconozco me gustó nada más probarla. Aplaudí con toda mi alma a las comunidades monásticas que vivían en Asturias,

pues habían decidido, con el excedente de manzanas, elaborar sidra para todo el año.



En aquel año de 1199, una triste noticia afectaría de forma directa a nuestra familia, especialmente a mi madre. Antes de que ella me lo comunicara, don Luis me había escrito contándome la muerte de mi tío, Ricardo Corazón de León.

Don Luis me comentaba que había sido una muerte fortuita. Parece ser que Ricardo se encontraba en Normandía, en el exterior del castillo de Gaillard. Desgraciadamente, no llevaba puesta su cota de malla. Estaba inspeccionando las obras que se realizaban en los muros de la fortaleza, cuando una flecha le atravesó el hombro izquierdo cerca del cuello. Él mismo intentó sacarla, sin éxito. Más tarde un cirujano logró extraerla, pero la herida se infectó y la gangrena terminó con la vida de Ricardo.

Inmediatamente pensé en mi abuela, don Luis no me decía nada de ella. Yo sabía que ella, después del regreso de Ricardo de la tercera cruzada, se había retirado a la abadía de Fontevraud.

Tiempo después, mi madre me contaría que mi abuela, nada más recibir la noticia de que Ricardo había sido herido, acudió al lado de su amado hijo, que murió en sus brazos.

Sin duda, ha sido muy importante para ella acompañar a Ricardo en sus últimos momentos. Ya te he contado muchas veces que era su preferido. Y ahora, Berenguela, tu abuela, con setenta y siete años y con el dolor de haber perdido a su hijo, está dispuesta a pelear lo necesario para conseguir el trono para mi hermano Juan, ya que Ricardo murió sin descendencia. Cada día me admiro más de la fortaleza de mi madre. Tú, Berenguela, eres fuerte como ella, no debes disgustarte por haber tenido otra niña, pronto llegará el

varón.

Mi madre intentaba animarme. Yo había tenido a mi segundo hijo, otra niña. Le pusimos de nombre Constanza, como mi hermana, y curiosamente elegiría su mismo destino.

No me encontraba muy bien. Mi estado de ánimo se resintió e incluso me sentaban mal las comidas. Pronto descubrí que estaba embarazada de nuevo. Solo habían pasado cinco meses del parto y ya crecía en mi interior un nuevo ser.

Alfonso se alegró cuando le comuniqué mi estado. —Berenguela, en cuanto os encontréis un poco mejor, peregrinaremos a Santiago de Compostela. Tengo mucha fe en el apóstol Santiago. Él nos ayudará a conseguir que nuestro hijo sea varón.



Querida madre:

Al regresar de Santiago me encuentro con vuestra carta. Qué pena no haber visto a la abuela.

Mi madre me contaba que, hacía unos meses, al comienzo del otoño de aquel año de 1200, había llegado a Burgos mi abuela, Leonor de Aquitania. Tenía setenta y ocho años, y ello no constituyó ningún inconveniente para hacer un viaje tan largo. Venía en busca de una de sus nietas para casarla con el delfín de Francia, el que sería Luis VIII.

Se reunió con tus dos hermanas. Yo siempre creí que se llevaría a Urraca, que era la mayor, pero eligió a Blanca. Cuando me quedé a solas con mi madre le pregunté las razones de su elección. Me dijo que creía que encajaría mejor en la corte francesa y que su nombre también había influido.

Según ella, Urraca era un nombre difícil para los franceses. Le he hablado mucho de ti, Berenguela. Le dije que eras fuerte, como ella, y muy inteligente. Se alegró cuando le comenté que esperabas tu tercer hijo. Berenguela, ¿sabes lo que me dijo tu abuela sonriendo? Esta vez alumbrará a un varón.

Verdaderamente, mi abuela era original, no se llevaba a Urraca por su nombre. ¿Cómo le habría sentado a mi hermana no ser la elegida? No quise preguntarle nada a mi madre.

La verdad, madre, que siento mucho no haber conocido a la abuela. Espero que su vaticinio sea cierto. Alfonso y yo hemos rezado ante la tumba del apóstol para que el Señor nos conceda un varón. Nuestro viaje a Galicia ha sido muy interesante. Santiago de Compostela es una ciudad preciosa y llena de historia. Alfonso se siente verdaderamente ligado a ese lugar.

Estuvimos visitando el panteón real donde están enterrados la abuela y el padre de Alfonso. Él también quiere ser sepultado en Santiago.

Lo que yo no sabía, madre, es que vuestro abuelo, Guillermo X de Aquitania, murió en la catedral de Santiago en el transcurso de la misa un día de Viernes Santo. El sacerdote que nos acompañaba no supo decirme si había sido enterrado allí.

Me han maravillado los muchos peregrinos que acuden a Santiago procedentes de infinidad de lugares lejanos. Pienso que el Camino de Santiago es una realidad maravillosa, por lo que supone de intercambio. No me extraña que Alfonso y su padre Fernando II se hayan ocupado de forma muy especial de los trabajos de la nueva catedral, donando cien maravedís anuales al maestro Mateo, para su construcción.

Esperan que las obras finalicen dentro de unos años. Hemos podido ver parte de lo que será el Pórtico de la Gloria, me ha parecido una auténtica joya.

Madre, creo que el viaje me ha hecho mucho bien. Me ha

emocionado rezar ante la tumba del apóstol. El lugar tiene algo especial. No me extraña que cuando los infieles invadieron Santiago, al mando de Almanzor, hayan respetado la tumba de este hombre santo, aunque quemaran el templo que cobijaba el sepulcro y se llevaran las campanas que, desde entonces, se encuentran en Córdoba.

He estado hoy con mis dos hijas, que están preciosas. Leonor, la mayor, creo que se parece a nosotras; es rubia, y, aunque solo tiene dos años, ya da muestras de un fuerte carácter. Voy a intentar pasar algo más de tiempo con ellas.

Os dejo, madre, no tardéis tanto en escribirme.

Os quiero con todo mi ser.

Berenguela

5
Un heredero para la historia

Monasterio de Bellofonte o Peleas
(Nuestra Señora de Valparaíso), verano, año de 1201

Aquel verano de 1201 estaba resultando especialmente caluroso, aunque la temperatura era mucho más llevadera en la zona de Peleas de Arriba, en cuyas inmediaciones se había levantado el monasterio de Bellofonte, fundado por iniciativa del emperador Alfonso VII de León. La cercanía del monte del Cubeto y del arroyo del Mirador contribuía a que el calor atenuase su intensidad.

Desde sus orígenes, la comunidad allí establecida pertenecía a la Orden del Císter, y, como hacían desde los primeros años, seguían atendiendo a todos los que por allí pasaban, en especial a los necesitados.

A veces llegaba hasta sus puertas gente peligrosa, delincuentes que huían de la justicia. El apartado lugar en el que se alzaba el monasterio, próximo al camino que va desde Zamora a Salamanca, favorecía la presencia de personas que deseaban esconderse. Aunque nunca se habían producido problemas, gracias al buen hacer de los monjes cistercienses.

Esta orden, creada en el siglo XI, y por tanto muy reciente, desgajada de la orden benedictina, había nacido con la finalidad de volver a los orígenes, y seguir fielmente la regla de San Benito. Los

cistercienses muy pronto gozaron del apoyo incondicional del emperador Alfonso VIL Más tarde será su nieto, Alfonso VIII de Castilla, padre de Berenguela, quien les facilitó su establecimiento en Castilla.

Los cistercienses empezaron a ser conocidos como «monjes blancos», ya que su cogulla era blanca y el escapulario negro. Se distinguían de los benedictinos porque estos llevaban cogulla negra, aunque ambos seguían la regla de San Benito: «*Ora et labora*» («Reza y trabaja»).

La jornada había discurrido con normalidad dentro del monasterio de Bellofonte. Algunos de los monjes volvían del campo donde habían pasado casi todo el día trabajando. Pronto se reuniría la comunidad para rezar vísperas.

Regresaban en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, cuando un ruido que identificaron como el piafar de varios caballos les hizo mirar hacia la entrada del monasterio. Sorprendidos, contemplaron un numeroso grupo de jinetes que se detenían ante la puerta.

El estandarte que portaban era el del rey Alfonso IX. No podían ver bien, porque hombres y caballos la rodeaban, pero les pareció que bajaban una parihuela de una especie de carreta. Desde donde se encontraban, no pudieron saber quién la ocupaba. Avanzaron lo más rápido posible para enterarse de lo que estaba sucediendo.



—No os preocupéis, señora. Ahora descansaréis en el monasterio. Ha sido una suerte que el accidente se haya producido tan cerca de este lugar.

Una de las damas de doña Berenguela iba al lado de la parihuela por si necesitaba algo. Al ver que el rey se acercaba se separó respetuosamente.

—¿Cómo os encontráis, Berenguela? Ya os dije que, en vuestro

estado, no deberíais haber venido.

—No os preocupéis, Alfonso, estoy bien, y seguro que el niño también. Jamás me había pasado nada igual. He montado a caballo toda mi vida. No sé qué pudo ver el animal o qué lo asustó para que se encabritara de esa forma. Fui incapaz de controlarlo. Y me tiró.

—La caída pudo haber sido mortal. Afortunadamente, el terreno no era pedregoso.

Berenguela disimuló. De buena gana se pondría a gritar. Si le sucedía algo a su hijo, nunca se lo perdonaría. No se había roto nada. Solo tenía miedo y se encontraba muy dolorida. El golpe había sido muy fuerte.

Sabía que no tenía que haber acompañado a su marido, pero no quería dejarlo solo mucho tiempo.

No eran celos, porque no estaba enamorada de él, aunque era agradable la vida a su lado. Llevaban más de tres años juntos y Berenguela tenía la sensación de que últimamente, en sus viajes por el reino, Alfonso le era infiel. No estaba segura, «aunque las mujeres —piensa— tenemos un sexto sentido que nos avisa». Lo más probable era que se tratase de relaciones esporádicas. Era consciente de que a su marido le gustaban demasiado las mujeres. Por ello se empeñó en acompañarlo a Salamanca. No quería darle demasiadas facilidades.

El rey Alfonso IX de León siempre se caracterizó por moverse continuamente por el reino. Contaba con palacios o residencias oficiales por todo el territorio, en las que pasaba cortas temporadas. Este incesante viajar no impedía al monarca despachar los asuntos del reino. La suya era una corte itinerante.

Oviedo, Salamanca, Zamora, León y Galicia eran algunos de los escenarios que solía visitar.

En esta ocasión volvían de Salamanca.

Se habían instalado en una parte del monasterio. Berenguela permanecía acostada. Habían salido a buscar a una comadrona a Zamora, que era la ciudad más cercana. Berenguela no sentía dolores, pero quería que la examinasen. Aunque aún no notaba que hubiese llegado la hora, temía que el parto se adelantase debido a la caída.

—Señora, bebed un poco de agua.

—Gracias. Dentro de un rato me levantaré para cenar con el rey.

—¿No sería mejor que permanecierais tumbada? —le preguntó la dama.

—Estoy bien, solo siento dolorido el lado izquierdo sobre el que caí. Traed lo necesario para arreglarme. Me cambiaré de ropa.

Reconocía que no le apetecía mucho levantarse, pero debía mostrar que todo iba bien. Sentarse a la mesa con su marido era un signo de normalidad, y ella no quería que nadie se preocupase. Era fuerte y lo demostraría una vez más.

Le pidió a su dama que le recogiese el cabello en una trenza. Estarían solos ella y su marido, y podía llevar la cabeza descubierta. Además, hacía calor…

—Señora, perdonadme, pero ¿de verdad os encontráis bien? —insistió su dama mientras la arreglaba.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Por qué os preocupáis tanto? —le contestó Berenguela un tanto molesta.

—Señora, es que os veo muy pálida. No parecéis la misma persona.

—Ya está bien. Me pellizcaré las mejillas y así tomarán color.

Berenguela se estaba poniendo nerviosa, algo inhabitual en ella. ¿Y si algo en su interior se había trastocado con el golpe de la caída? No. No debía pensar en ello.



—Parece que no tenéis mucho apetito. Solo habéis tomado un

poquito de queso.

—Alfonso, sabéis que no suelo comer mucho. Además, si pruebo de todos los aperitivos que nos han puesto, ya no podré tomar nada más. Y quiero comer el estofado de carne con verduras, alguien me ha dicho que los monjes lo preparan muy bien.

—¿Os sirvo vino?

—Sí, por favor.

Berenguela casi nunca tomaba vino, pero en aquella situación necesitaba animarse. Pronto sintió cómo un agradable calorcillo recorría su cuerpo.

—Alfonso, ¿cambiaréis vuestros planes de quedaros en Zamora unos días?

—Todo dependerá de lo que nos aconseje la comadrona. Pero creo que lo más conveniente sería quedarnos allí. Sobre todo vos, Berenguela. El viaje a León es más largo y no estáis en condiciones.

—Sí, tenéis razón, puede que eso sea lo conveniente.

Berenguela observaba a su esposo, que después del estofado se estaba tomando otro plato de carne asada. «Alfonso es muy fuerte —se dice—. Es muy alto, casi siete pies, y siempre tiene buen apetito».

De repente, Berenguela empezó a notar un ligero malestar. No quiso darle importancia…, pero la incomodidad persistía, y antes de que su marido se percatase de lo que le sucedía. Berenguela se levantó.

—Alfonso, me retiro a descansar. Estoy un poco cansada.

—¿Queréis que os acompañe?

—No es necesario. Terminad de cenar.

Alfonso la miró mientras se alejaba. No podía dejar de admirar a su mujer. Berenguela estaba cumpliendo a la perfección como reina regente. No era sumisa, ciertamente, e intervenía en todo, pero tenía que reconocer que la mayoría de las veces sus consejos y recomendaciones habían sido buenos. Sin duda, aunque le costase aceptarlo, se notaba, y para bien, la presencia de ella en el reino. Y, además, era hermosa. Seguía contemplando a su mujer… cuando de

pronto Alfonso vio cómo Berenguela se doblaba sobre sí misma. Y corrió, asustado, hacia ella.

—¿Qué os sucede, Berenguela?, ¿estáis bien? —exclamó con cierto temor.

Berenguela lo miró intentando sonreír.

—Creo que nuestro hijo quiere nacer.



Los dolores eran cada vez más intensos y frecuentes. Todas sus damas estaban con ella. El rey había mandado a tres de sus hombres al encuentro de los que ya deberían haber llegado con la comadrona.

—Señora, seguro que la partera estará a punto de llegar. Manteneos firme. En el peor de los casos, aquí estamos nosotras, que os ayudaremos —dijo una de sus damas, sin poder evitar su nerviosismo.

Berenguela no dijo nada. Los dolores empezaban a ser insoportables. No quería gritar. Se acordaba de su visita a Compostela y rezó emocionada a Santiago. Una dama se acercó con agua caliente, para aplicarle paños, porque decían que disminuía la intensidad de los dolores.

El murmullo de unas voces acercándose impulsó a dos de las damas a correr hacia la puerta. Al abrir apareció una mujer de mediana edad acompañada de dos de los soldados.

—Doña Berenguela, ya ha llegado la comadrona —dijo una de ellas, emocionada.

La mujer se acercó y examinó a doña Berenguela. Les pidió más agua caliente, paños y les rogó que solo dos de las damas se quedasen para ayudarla. Las demás debían abandonar la habitación.

—Señora, estad tranquila —dijo, mirando a Berenguela—. Creo que la criatura está en posición correcta. No sois primeriza, así que, ánimo y mucha fuerza.

Berenguela la miró esperanzada. Y le agradeció su presencia.



En la sala contigua esperaba el rey, acompañado del mayordomo y otros cargos de la corte. También las damas de doña Berenguela.

Casi todos los que se encontraban allí habían vivido situaciones similares, pero en la espera del parto de doña Berenguela, a diferencia de cualquier otro, el silencio era absoluto. Lo normal era oír la voz de la mujer que iba a parir quejándose ante los insufribles dolores, pero Berenguela no emitía grito alguno. Bien lo sabían quienes habían asistido a sus dos anteriores partos.

El rey paseaba nervioso por la habitación. «Dios quiera —se dijo — que todo salga bien, y no peligre ni la vida de la madre ni la del recién nacido». Alfonso IX recordaba que siendo niño su padre lo llevó a San Isidoro, para que el santo lo curara de un problema ocular. A los pocos días, el problema se solucionó. «San Isidoro, ayúdanos como hiciste conmigo», suplicó Alfonso en su interior. Temía que la caída del caballo le hubiese acarreado problemas a su mujer.

Dos monjes que acababan de entrar se dirigieron al rey para decirle que toda la comunidad se encontraba reunida en la iglesia rezando para que el parto saliese bien. Y le preguntaron si deseaba que les sirviesen bebidas y algunos dulces para mejor llevar la espera. El rey accedió, agradecido.

Aún no se habían retirado los monjes, cuando un lloro rompió el silencio. Todos se miraron felices. ¿Sería niña o niño? Por el llanto era imposible saberlo.

Cuando por fin se abrió la puerta, todos miraron expectantes a la comadrona que llevaba en sus brazos al recién nacido.

—Señor —dijo, acercándose al monarca—, vuestra esposa, la reina doña Berenguela, me dice que os presente a vuestro hijo.



—Creo que deberíamos irnos todos a Zamora. Vos ya estáis bastante recuperada. Allí nos encontraremos más cómodos y la nodriza se hará cargo del niño.

—Querido esposo, al niño he decidido amamantarlo yo. Este es un lugar tranquilo en el que puedo reponerme mejor que en cualquier otro sitio. Si fuese invierno, sería distinto, pero ahora podré pasear por el campo, al aire libre. No os pido mucho, solo unos meses. Al niño también le vendrá bien.

—De acuerdo, sea como deseáis. Pero antes de que comience el otoño regresaréis a León.

—Así lo haré.

Berenguela se sentía plena y realizada. Había tenido el deseado varón. Ahora debía cuidarlo, y pensaba ocuparse personalmente de él en todos los sentidos. Deseaba transmitirle su fuerza y sabiduría. No quería que otras personas influyeran en él. Por ello había decidido amamantarlo ella, aunque no fuera lo habitual.

Ella sabía que el rey, en el fondo, había aceptado encantado. Estos meses se sentiría mucho más libre para sus aventuras. Ahora que había nacido su hijo pensó que soportaría mejor las posibles infidelidades de su marido.

El convento estaba habitado por frailes, y aunque lo hubiese preferido femenino, en el fondo le daba lo mismo. Unas cuantas doncellas se quedarían con ella, y aquel era un buen lugar para reponer fuerzas y pensar en el futuro.



El tiempo pasó veloz y muy pronto tendría que regresar a la corte. Habían sido unos días llenos de paz. Había paseado, reído… incluso se había animado a cantar con sus damas.

Nunca había estado tanto tiempo aislada de todo y de todos. No había sido mala la experiencia, tal vez algún día la repitiese.

Fernando era un niño bueno, lo único que hacía era comer y dormir. Cuántas horas se había pasado a su lado observando sus rasgos relajados por la placidez del sueño. Le había dicho tantas cosas… Berenguela sabía que su marido tenía otro hijo varón de su anterior matrimonio. Un niño que ahora debía de tener unos ocho años. Pero no importaba; su hijo sería rey de León. Ella haría todo lo que estuviese en su mano para conseguirlo. No sabía cómo, pero tenía que lograr que Alfonso lo nombrase su heredero.

En estos meses en soledad había tenido mucho tiempo para pensar. Uno de los temas sobre los que más había reflexionado había sido lo distinto que resultaría todo si los reinos cristianos permaneciesen unidos, respetando los territorios de cada uno, y enfrentándose juntos a los infieles.

Su padre y su marido eran primos. Los dos habían tenido un acceso difícil al trono. ¿Por qué esa enemistad que nunca los abandonaba?

Cuando su padre, que había quedado huérfano muy pequeño, se hizo cargo del gobierno, se encontró con que muchos de los territorios del reino le habían sido arrebatados. Era probable que, si no hubiera tenido de tutores a la familia de los Lara, la realidad habría sido otra. Berenguela no desconocía la influencia y el poder que en un momento dado podían ejercer los nobles, defendiendo sus propios intereses. Ella siempre estaría atenta y dispuesta, en la medida de sus fuerzas, a impedir que la nobleza pudiese influir en los destinos del reino.

Desgraciadamente, en el mundo que le había tocado vivir, todo se solucionaba con las guerras. Y cuántas veces se podrían haber arreglado las cosas con un simple encuentro y un intercambio de opiniones.

Le dolía de forma especial la lucha entre Castilla y León. Berenguela sabía que habían estado unidas bajo el cetro de Alfonso VIL Muchas veces se preguntó por las razones que le movieron a

tomar la decisión de dividir el reino entre sus dos hijos. Es verdad, según le contaron, que se había estipulado que, si uno de sus hijos moría sin descendencia, el otro asumiría el mando de su reino.

Los reyes de Castilla y de León, su padre y su marido respectivamente, eran nietos de Alfonso VII, que seguro no aprobaría jamás las luchas entre ellos.

Qué fácil hubiese sido mantenerse cada uno con lo que le pertenecía. Pero la ambición y el ansia de poder no conocían límites.

Ella, dentro de sus posibilidades, pensaba hacer todo lo que estuviese en su mano para contribuir a la estabilidad de los dos reinos. Los reinos que a ella le afectaban de forma directa. Sí, siempre trabajaría por la paz entre Castilla y León.

6
Llanto en el Panteón de los Reyes de San Isidoro

Solo dos damas acompañaban a la reina doña Berenguela. Se encontraban en el Panteón de los Reyes de San Isidoro.

Este fue el lugar elegido por la reina doña Sancha y su esposo el rey Fernando I de León, en el siglo XI, para levantar una basílica que acogiera sus restos y los de sus descendientes.

Su interior era realmente hermoso. Dos grandes columnas soportaban siete arcos que distribuían el espacio en tres naves, en las que las bóvedas y todas las paredes estaban decoradas con bellísimos frescos románicos. Estas pinturas plasmaban escenas propias de tres de los ciclos litúrgicos. En el dedicado a la Navidad se mostraban imágenes de la Anunciación, la natividad, la huida a Egipto y la degollación de los inocentes. En la pasión se podía ver: la última cena, camino del calvario y la crucifixión del Señor. En el ciclo dedicado a la Pascua de Resurrección aparecían escenas de la gloria de Cristo, según el Apocalipsis de San Juan.

Arropadas por este marco incomparable se encontraban las tumbas reales alineadas en filas. Talladas en piedra, eran de una gran sobriedad.

Doña Berenguela miró la tumba de su antepasada, la reina doña Sancha, la legítima heredera del reino de León. Ella era la reina,

pero quien fue reconocido como rey fue su marido, Fernando I.

«Seguro que la historia —pensó Berenguela— está llena de nombres de reinas a las que les habrá sucedido lo mismo que a doña Sancha. Otras tal vez hayan protestado, pero, al no conseguir lo que querían, quedaron sumidas en el olvido».

«Pero algunas sí lo han logrado, aunque fuera después de muchos sufrimientos y renuncias —se dijo Berenguela al mirar el sepulcro de la reina Urraca I—. Ella sí que reivindicó su derecho a gobernar, y lo hizo».

Recorrió con la vista las tumbas de las infantas doña Elvira de Toro y Urraca de Zamora, deteniéndose en la de doña Sancha Raimúndez, tía abuela de su esposo y de su padre. Cuántas mujeres fuertes e inteligentes. Todas tuvieron una vida más o menos larga, pero su hija estaba a punto de cumplir los cuatro años.

La infanta Leonor de Castilla, hija del rey Alfonso IX de León y de la reina Berenguela de Castilla, falleció en el año de 1202 y fue enterrada en el Panteón de los Reyes de San Isidoro.

Berenguela pasó la mano por la tumba de su niña, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Qué bien entendía ahora los sentimientos de su madre. La muerte de un hijo era algo antinatural. La muerte de un hijo producía un dolor desgarrador. Siempre viviría con esta pena, aunque sabía que debía continuar con su vida normal.

Si por ella fuera, se quedaría allí velando el sueño eterno de su pequeña, pero sus otros hijos la necesitaban.

Transida de dolor, doña Berenguela abandonó el panteón real.



—Querida Berenguela este viaje a Benavente os vendrá bien. Sé que os agrada que hayamos traído con nosotros a nuestro hijo Fernando. Aunque sea muy pequeño, quiero que asista a la Curia que vamos a celebrar. Y os agradezco el afecto que mostráis por mi otro hijo, el

infante Fernando, que también he querido que nos acompañe.

El hijo que Alfonso había tenido con Teresa de Portugal, su primera mujer, vivía en la corte con su padre. Tenía unos preceptores que se ocupaban de él desde que era muy pequeño. Es probable que esto fuera lo normal y que Teresa, su madre, lo aceptara de buen grado, aunque, si yo estuviera en su caso, no sé lo que haría. Probablemente me lo llevaría conmigo.

Él era el primer hijo de Alfonso, pero su matrimonio había sido disuelto, con lo cual sus hijos eran ilegítimos. El trono le correspondía a mi hijo. Ciertamente, no me hacía ilusión que estuviera con nosotros, pero el niño no tenía ninguna culpa.

—No tenéis nada que agradecerme, Alfonso —le dije afectuosamente a mi marido—. La verdad es que, a veces, sois amable.

—¿Solo a veces? —preguntó sonriendo.

—Sí. Eso es lo que pienso.

—Está bien. No vamos a discutir por ello. Seguro que tenéis razón.

—Alfonso, ¿sabéis que el cinismo no os es ajeno?

—No intentéis provocarme, porque no lo conseguiréis. Hoy quiero disfrutar de mis hijos y de vos. Berenguela, no me estropeéis el día, por favor.

Me callé. No era el momento para mantener una discusión. Pero estaba al tanto de sus aventuras y, aunque no estaba enamorada de Alfonso, sí me dolían. Me encontraba embarazada de nuevo.

—Berenguela, estoy pensando que, una vez finalizadas las Cortes de Benavente, podríamos acercarnos a Asturias —me propuso—. De esa forma, conoceríais alguno de los palacios que son vuestros desde nuestro matrimonio.

—Sí, podría ser. La verdad es que me haría ilusión.

En la primavera del año 1202 mi marido Alfonso IX de León convocó la segunda Curia Regia o Cortes en Benavente. A ellas asistieron obispos, nobles y representantes de las ciudades.

Alfonso quiso que yo estuviera presente. Nos acompañaban sus dos hijos varones, los dos de nombre Fernando. Uno fruto de su primer matrimonio y otro del nuestro.

Me acordé de mi amigo don Luis. Él fue el primero que me habló de la iniciativa de mi marido de celebrar Cortes. En estas de Benavente, las segundas que tenían lugar, se iba a consolidar la participación de los representantes del pueblo.

En las reuniones se expusieron y debatieron discrepancias entre los distintos estamentos. El enfrentamiento entre los eclesiásticos —que gozaban del privilegio de no tributar por los bienes que poseían— con el estamento seglar —que sí debían pagar tributos— ocupó buena parte de las sesiones, en las que se aprobaron siete leyes. Cinco de ellas se centraron en establecer la diferencia que debe existir entre las heredades de realengo, señorío particular y abadengo, señalando las cargas o tributos a las que habrían de estar sometidas cada una.

Las otras dos leyes eran relativas a la moneda. Los representantes de los ciudadanos exigieron al rey no devaluarla. Alfonso se comprometió a no cambiarla, aunque, en la ley aprobada, se reconocía la capacidad del monarca para efectuar reformas en este sentido.

Me resultó muy interesante todo lo que había presenciado; sin duda, mi marido sabía y estaba intentando acercar la Corona al pueblo.

Como me decía mi amigo don Luis, Curias Regias se han celebrado muchas, pero, a diferencia de aquellas a las que solo asistían la alta nobleza y el clero, en las convocadas por Alfonso IX de León, participaba el pueblo.

Benavente era uno de los lugares más queridos por mi marido. Ya su padre, el rey Fernando II, había sido el impulsor de la repoblación de esta localidad que se llamaba Malgrat y a la que le concedió un fuero. También había sido él quien le había puesto el nombre de Benavente. Una villa que siempre permanecería unida a su recuerdo porque, además, en ella falleció este rey.

Durante nuestra estancia en Benavente nos alojábamos en el castillo. Fueron días agradables en los que pude comprobar cómo mi esposo se relacionaba con su pueblo. Nuestro hijo era muy pequeño, pero me habría gustado que observara el comportamiento de su padre en estos días transcurridos allí. Su otro hijo, que era un joven listo y muy despierto, no perdía detalle de cada movimiento de su padre.

Me hacía ilusión visitar Asturias. Sabía que el rey se había ocupado de Oviedo de forma especial. Él había ordenado la construcción de las murallas para proteger la ciudad. Le había concedido autonomía administrativa y la autorización para celebrar un mercado semanal. También se preocupó de favorecer la llegada a la ciudad de los peregrinos que caminaban hacia Santiago de Compostela, dictando medidas de protección para ellos.

Quería ver cómo eran los castillos que me había donado, disfrutar del paisaje asturiano, que me habían dicho era hermoso. Conocer la cuna de nuestros antepasados, pero una indisposición de nuestro hijo, el infante Fernando, nos hizo desistir del viaje y regresamos a León.



Mi querido don Luis:

Hace tiempo que quiero escribiros, pero las muchas ocupaciones me lo han impedido. Además, como ya sabréis, he tenido un nuevo hijo, que también ha sido varón. Le hemos puesto el nombre de Alfonso.

Me imagino que seguiréis tan optimista como siempre y dando lo mejor de vos en la defensa de Castilla. Tenéis que contarme algo del día a día en la orden. Ya sabéis que soy muy curiosa, y estoy deseosa siempre de saberlo todo.

Don Luis, estoy preocupada. No le he contado esto a nadie, ni a mi madre, la reina Leonor. No deseo transmitirle mi inquietud, aunque es posible que a ella le suceda lo mismo y esté enterada, igual que yo, de los rumores que se oyen. Se dice que el papa Celestino III nunca autorizó nuestra boda. Que no existe ningún documento en el que se refleje su aprobación. Sabéis que el pontífice falleció un año después de la celebración de nuestro matrimonio. Y, según me han dicho, el nuevo papa Inocencio III está dispuesto a declarar nula nuestra unión. Si esto sucede, sería terrible para todos. No sé si mi padre debería influir, argumentando sobre todo la paz que este enlace ha conseguido establecer entre los dos reinos. Él siempre ha gozado de gran prestigio en Roma.

Don Luis, por favor, contadme todo lo que sepáis y aconsejadme. No he hablado de ello con mi esposo. Alfonso es bastante irascible, y está convencido de que en Roma no lo quieren.

De momento, pasaremos una larga temporada en León. Escribidme pronto, mi querido amigo.

Berenguela

Berenguela, después de dejar la pluma, paseó nerviosa por la habitación. No dejaba de pensar en aquel asunto desde que una de sus damas le había contado que una amiga suya, sirvienta del obispo de Zamora, se lo había oído mencionar al obispo.

Sería terrible que anularan su matrimonio. ¿Qué pasaría con sus hijos? ¿Qué iban a hacer? Ella no podría soportar el peso de ser excomulgada. Tal vez debería comentarle algo a Alfonso. Sí, esta noche lo haría.

Se había desahogado con su amigo y pedido información, aunque ella sabía que el papa Celestino no había legalizado su

casamiento, tal vez ni se había enterado de su celebración, pero el nuevo pontífice entrañaba un peligro. Berenguela temía que alguien hubiese ido a hablarle a Inocencio III de la ilegalidad de su matrimonio.



Aquella noche en la que Berenguela pensaba comentarle a su marido los rumores que le habían llegado, Alfonso la sorprendió en el momento que se quedaron a solas, diciéndole:

—Querida esposa, estáis casado con un excomulgado, pero no importa, ya lo he estado muchas veces. La verdad es que me tiene sin cuidado.

—Pero ¿qué decís?

—Sí, y pronto lo estaréis vos, si seguimos casados.

—¿Qué ha pasado? Contadme, por favor.

—Lo de siempre. El papa ha enviado a su legado para comunicarnos a vuestro padre y a mí su decisión.

—¿Qué es?

—Muy sencilla; nuestro matrimonio queda disuelto. Si no obedecemos, seremos excomulgados y decretarán el interdicto para los dos reinos.

—¿Qué ha dicho mi padre?

—Vuestro padre, mi querido primo el rey de Castilla, tan listo como siempre, recibió al legado pontificio, cardenal Rainiero, que puso en su conocimiento lo dispuesto por el papa.

—¿Y?

—Vuestro padre le dijo al legado que él estaba dispuesto a recibiros en su casa, si el matrimonio fuera disuelto. Con lo cual, se libró de la excomunión y del interdicto.

—Entiendo. Vos os habéis negado a que el matrimonio fuera disuelto, por ello habéis sido excomulgado, ¿verdad?

—No, yo no he visto al legado del papa. No acudí a entrevistarme

con él. No quería perder el tiempo. Lógicamente, ante mi reacción, me ha excomulgado. No es la primera vez que me excomulgan y me imagino que tampoco será la última.

Berenguela no salía de su asombro. No era para tomárselo a broma. Alfonso estaba loco. Algo tendrían que hacer.

—Alfonso, es muy serio lo que me estáis diciendo. ¿Habéis hablado con mi padre?

—No. Y no lo haré. Como siempre, él se ha librado de la excomunión. A mí la Iglesia me tiene manía —replicó Alfonso—. Ya es el segundo matrimonio que me anulan.

—Pero, Alfonso, ello se debe al grado de parentesco.

—Bueno, y a otros aspectos. Todo depende de la información que le hagan llegar al papa. Berenguela, escuchad, el papa Celestino III fue quien ordenó la disolución de mi matrimonio con Teresa. Y él mismo fue el que autorizó el nuestro.

—Alfonso, sé que fue Celestino III quien anuló vuestro primer casamiento, pero, si os soy sincera, creo que de nuestra boda ni se enteró. Falleció al poco tiempo.

—Sí, es posible. Pero ¿de verdad creéis que el nuevo papa Inocencio III se ocuparía de nuestro matrimonio si alguien no le hubiera hablado de él? Y seguro que no con la mejor de las intenciones.

—Estoy de acuerdo con lo que decís, y es muy probable que a algunos a los que no les interesa nuestra unión le hayan ido con el cuento al papa. Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. Tendríamos que hablar con mi padre. Las decisiones que tomemos deben ser conjuntas —opinó Berenguela—. Algo tenéis que hacer.



Lo primero que hizo mi marido, el rey Alfonso IX de León, fue ofrecer al papa y a los cardenales de la curia romana veinte mil marcos de plata para sus necesidades y mantener por un año

doscientos soldados en defensa de la cristiandad. Todo para que nos dejase seguir viviendo juntos.

Al mismo tiempo, los obispos de Zamora, Toledo y Palencia, que nos apoyaban, viajaron a Roma para entrevistarse con el pontífice, con la finalidad de interceder por nuestro matrimonio, haciéndole ver lo importante que era aquella unión para mantener la paz entre los reinos castellano y leonés.

Según nos contó el obispo de Zamora a su regreso, antes de la reunión ya casi conocían la respuesta, por lo mucho que los hizo esperar el santo padre para ser recibidos. Inocencio III se mantuvo firme en su decisión, el matrimonio era ilegítimo. Yo también fui excomulgada.

Y así pasaron cuatro años en los que seguimos viviendo juntos.



Berenguela no conseguía estar tranquila; ni un solo momento dejaba de pensar en su difícil situación. Acababa de tener su quinto hijo. Una niña a la que le habían puesto su mismo nombre. El estar excomulgada influía en su ánimo. Ella no quería seguir viviendo con aquella carga. Sabía que al final tendría que abandonar León. Su madre le había pedido que confiase en su padre, que él se ocuparía de todo.

Claro que confiaba en su padre, tanto como en sí misma. En realidad, sabía que era él quien los mantenía unidos. Berenguela conocía bien a su marido. Si no se separaba, era porque Alfonso VIII le exigía todo lo que ella había recibido como dote, ya que en el contrato matrimonial se estipulaba que en caso de separación la dote quedaría en manos de ella.



No solo yo conocía esta realidad. El papa Inocencio III viendo que, pese a los castigos impuestos, el matrimonio seguía unido, le escribió a mi padre:

> *Con palabras tranquilizadoras eludiste la censura de mi legado, el cardenal Rainiero y, echando a otro la culpa, te libraste del juicio de la Iglesia. Pero, según oímos por frecuente relación y lo denuncia el rumor público, de tal forma enredaste al rey de León y te aprovechaste de su simplicidad, para que sin mucho gasto de su reino no pueda separarse de tu hija, aunque quiera, habiendo recibido tú a nombre de la referida hija tuya muchas y de las mejores fortalezas del reino de León para tu hija, haciéndolas guardar por los tuyos.*

Mi padre, ante aquella misiva y por temor a que tomara represalias contra él, decidió mi regreso a Castilla.

Y así, en mayo del año 1204, los obispos de Castilla se reunieron en Valladolid y acordaron solicitar, al santo padre el levantamiento de la pena de excomunión con la que me condenaron.

Inocencio III inmediatamente autorizó a los obispos de Toledo, Zamora y Burgos para que me absolvieran, con la firme promesa por mi parte de no volver a vivir con mi esposo.

Igualmente exigía que yo efectuase la devolución a mi ya exmarido de los castillos y otras pertenencias que yo había recibido de él como dote.

7
Regreso a Castilla

Pronto llegamos a Burgos. Este era, sin duda, el peor momento de mi vida. No habían pasado ni siete años desde mi marcha. Volvía con mis cuatro hijos. La mayor tenía cuatro años, y la pequeña solo unos meses. La despedida de Alfonso había sido fría y distante. Él ya estaba acostumbrado, yo no. Me sentía avergonzada. Era una situación tan extraña. No sabía qué proyectos tendrían mis padres para mí, aunque me imaginaba que me dejarían ocuparme de mis hijos. Estaba deseando verlos a todos. Necesitaba desahogarme con mi madre.

Habían salido a recibirme. Mi padre me abrazó, y ese abrazo me reconfortó. Encontré a mis hermanos un poco cambiados; se notaba el tiempo transcurrido. Busqué a mi madre con la mirada, pero antes de que preguntase por ella, mi padre, que se dio cuenta, me explicó:

—Berenguela, tu madre no nos acompaña porque aún se está recuperando. Hace menos de un mes que ha dado a luz. Tienes un nuevo hermano. Le hemos puesto el nombre de Enrique.

Me quedé tan sorprendida que tardé en reaccionar.

—¿Pero se encuentra bien? —le pregunté.

—Sí. Puedes pasar a verla cuando quieras.

—Ahora mismo lo haré, padre.

Mientras caminaba hacia sus aposentos, no pude evitar calcular

la edad de mi madre. Rondaría los cuarenta y cinco, y había tenido un nuevo parto. Seguro que se sentiría feliz; además, el recién nacido era varón. La alegría, por tanto, era doble. Mi nuevo hermano ocuparía el segundo lugar en la línea sucesoria. Yo pasaba, ahora, al tercero.

—Dios mío, Berenguela, qué ganas de verte tenía. Acércate para que pueda abrazarte.

Mi madre, la reina Leonor, se encontraba sentada, cubiertas sus piernas y su regazo con una manta.

—Madre, ¿cómo os encontráis? No me habíais dicho que estabais embarazada.

—No lo hice porque no quería preocuparte. A mi edad, las cosas podrían haber salido mal. Afortunadamente, no ha sido así. Enrique es un niño precioso, ya lo verás. Pero, y tú, Berenguela, ¿cómo estás?

No quería decirle la verdad. Me sentía invadida por el desánimo. Me consideraba una inútil. Había fracasado.

—Siento lo que ha sucedido —respondí, tratando de esbozar una sonrisa—. Pero mis hijos me compensan de todo. Me dedicaré a ellos.

—Querida Berenguela, sé muy bien por lo que estás pasando. No tienes la culpa de nada. Nosotros te colocamos en esa situación. No existe ningún fracaso. Tienes cuatro hijos del rey de León y dos son varones. Eso siempre es una garantía. La vida puede dar muchas vueltas. Claro que te dedicarás a su cuidado, y también nos ayudarás en las tareas de gobierno. Te conozco perfectamente. Eres trabajadora e inteligente. Ya sabes lo que piensan de ti los leoneses.

—Gracias. Hice cuanto pude y tuve muy en cuenta vuestros consejos. Madre, siempre estaré dispuesta a obedeceros y a poner todo mi interés y esfuerzo en defender los intereses de Castilla. Ahora, os dejo para que descanséis.

—Antes de que te vayas, Berenguela, quiero darte una noticia que seguro te alegra. Tu amigo don Luis ha dejado, de momento, la Orden de Calatrava para hacerse cargo del condado de Saelices. Él

es ahora el nuevo conde.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Su hermano mayor ha muerto de repente y, como no tenía descendientes, el título es para don Luis.

—Gracias, madre. Siento lo de su hermano, pero me alegrará mucho encontrarme con don Luis.



No habían pasado ni dos meses cuando de nuevo volvieron los enfrentamientos armados entre leoneses y castellanos. Yo seguía en Las Huelgas, en el monasterio de Santa María la Real, ocupándome de mis hijos, en especial de Fernando. Era un lugar que me proporcionaba paz. Mi madre, con el heredero de Castilla, mi hermano Fernando, que ya contaba quince años, acompañaba a mi padre en las batallas. Mis hermanas Urraca, Leonor y Constanza habían querido quedarse conmigo. Constanza no quería moverse del convento. Muy pronto profesaría como monja cisterciense, llegando a desempeñar el cargo de abadesa. Leonor, que era una niña muy tranquila y dulce, se convertiría un día en reina de Aragón. Urraca, que ya tenía diecisiete años, se consideraba víctima de la mala suerte. En aquellos días tuvimos oportunidad de hablar mucho. Urraca me confesó que desde el momento en que fue rechazada por nuestra abuela, que había muerto aquel año, se sintió inferior a todas nosotras. La abuela había venido a Castilla a buscar a una de sus nietas para que fuera la prometida del delfín de Francia.

—Berenguela, estaba segura de que la elegida sería yo. Era la mayor. Sin embargo, la abuela prefirió a Blanca y se la llevó con ella a Francia. Desde entonces —me comentaba Urraca—, nadie ha vuelto a ocuparse de mí.

Yo la animaba diciendo que lo bueno siempre se hace esperar. Que seguro se casaría pronto y que, además, sería reina.

Urraca me lo agradecía dándome un beso.

Éramos muy distintas. A mí no me hubiese importado permanecer soltera toda la vida. Urraca estaba deseando casarse.

Un día que nuestros padres habían vuelto a Burgos, el rey nos mandó avisó para que acudiéramos a verlo. El hecho de que quisiera reunirnos a todos significaba que algo importante tenía que decirnos. Nos acercamos al salón donde nos esperaban mi madre y él. La expresión de sus rostros me llevó a pensar que lo que querían comunicarnos era algo positivo.

—Acercaos —dijo nuestro padre—. Hoy es un día alegre para nuestra familia, en especial para ti, Urraca. El rey Sancho I de Portugal te ha pedido en matrimonio para su hijo el infante don Alfonso.

Urraca, nerviosa, apretó mi mano.

—Urraca, estarás contenta —intervino nuestra madre—. Hemos aceptado. Un día no muy lejano te convertirás en reina de Portugal.

Urraca solo se atrevió a dar las gracias.

—Los esponsales serán este mismo año de 1205 y la boda dos años después —explicó nuestro padre.

Todos nos alegramos mucho, y aunque de pronto me di cuenta de que mi hermana se convertiría en cuñada de Teresa, la primera esposa de mi exmarido, no por ello dejé de estar contenta.



Cuando me enteré de que mi padre y Alfonso de León por fin se habían puesto de acuerdo sobre mi dote, respiré aliviada, y no pude evitar pensar que esto bien lo podrían haber hecho justo cuando nos separamos y no esperar más de dos años en los que se enzarzaron en continuas peleas.

Reconozco que mi padre era un hábil negociador. Se reunieron en Cabreros del Monte, cerca de Valladolid, y allí acordaron que los castillos de Luna, Argüello, Gordón y Ferrera, y todos los entregados en arras que me había donado mi esposo, pasaran a nuestro hijo el

infante Fernando. En este acuerdo se declararon a los tres hijos de Alfonso IX y Teresa y a los cuatro nuestros legítimos, y por lo tanto cualquiera podría heredar el trono de León. Pero fue a mi hijo, el infante Fernando, a quien su padre reconoció como heredero. Yo estaba contenta, no me importaba que lo hubiera hecho para que así todas las propiedades que le habían sido transferidas siguieran siendo leonesas. Fernando, mi hijo, había sido declarado por su padre como heredero y la paz en Castilla parecía asegurada.

—Sin duda, es un acuerdo para festejar —dijo don Luis—, pero ahora vuestro exmarido reclamará la presencia del infante Fernando en León.

—Seguro que así será, pero no obedeceré. Le iré dando excusas: es muy pequeño, su salud es delicada… En fin, de esto me encargo yo.

Don Luis, ahora conde de Saelices, y yo paseábamos por el claustro de Santa María la Real.

—Don Luis, tengo pensado irme una temporada a Palencia. Solo me llevaré conmigo al infante Femando. Sus hermanos se quedarán aquí al cuidado de sus ayas. Ya sabéis que me unen lazos de amistad con el recién nombrado obispo, Téllez de Meneses, que es hombre fiel a mi padre. Quiero que conozca a mi hijo. Si vuestras obligaciones os lo permitieran, me gustaría que nos acompañarais.

—Nada me gustaría más. Lo intentaré.



—Don Luis, cuánto me alegro de que hayáis podido venir. Tengo noticias muy importantes que contaros.

—Doña Berenguela, estáis resplandeciente —me dijo, siempre tan cortés—, pero, contadme, estoy deseando conocer esas noticias.

—El obispo Tello Téllez de Meneses ha decidido fomentar y ampliar la cultura, creando un estudio general, aquí en Palencia. Estoy segura de que mi padre el rey lo apoyará, gracias a la decisiva

influencia de mi madre, la reina Leonor.

—Es una buenísima idea —se mostró de acuerdo—. En Palencia hace años que se preocupan por el saber. Doña Berenguela, seguro que conocéis a Domingo de Guzmán. Pues él se formó aquí, estudiando humanidades, filosofía y teología.

—¿Os referís al fraile que acompañó al obispo de Osma, por mandato de mi padre, a la corte danesa?

—Sí.

—¿Es verdad que después de cumplir la misión encomendada por mi padre no regresó a Castilla?

—Así es. Con la autorización del papa, se ha establecido en el Languedoc. Se dedica a predicar la verdad del Evangelio a los cátaros.

Don Luis me contó que, en la sede episcopal palentina, existía desde hacía años una importante Escuela de Estudios Eclesiásticos, fruto de la inquietud de los últimos obispos de Palencia, que eran todos personas ilustradas y amantes de la cultura.

—En esa escuela —me explicó— estudiaron personajes destacados, como antes os decía, Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, o Pedro González Telmo, también dominico.

—Pues seguro que el obispo don Tello ha tomado buena nota de ello y ahora quiere crear el Estudio General de Palencia —le dije.

Mi padre favorecería este centro de estudios con recursos económicos, y pronto alcanzó gran prestigio por la calidad de su enseñanza a la que contribuyó la llegada de profesores extranjeros.

—Don Luis, he decidido, siempre que mis padres lo aprueben, pasar temporadas en Palencia, porque pienso que es importante para la formación de mi hijo el contacto con el mundo de la cultura.

—Me parece una decisión acertada.

—He estado visitando el hospital de San Bernabé y San Antolín. Me ha impresionado la cantidad de personas que allí son atendidas Son tan necesarios los hospitales. Existe tanta gente necesitada.

—Mi querida doña Berenguela, siempre he admirado en vos la

preocupación innata que sentís por los más humildes.

—Don Luis, claro que me duelen sus penas, pero también lo hago porque es bueno para el reino.

—¿Y tenéis pensado acercaros a Frómista?

—Debo tratar unos temas con el obispo Tello de Meneses. Pero sí que me gustaría volver a ver la iglesia de San Martín. Es preciosa. Además, siempre que la hemos visitado nos hemos encontrado con peregrinos a Santiago. Algunos, en verdad, muy interesantes. Sería bueno que el infante Fernando los viera. Ya es un muchachito y comprende muy bien todo.

—Sé lo mucho que os disgustan las guerras, pero creo que pronto tendremos una —me informó mi querido amigo, para mi desazón—. Me han contado que han salido camino de Roma, para entrevistarse con el papa, varios obispos, al frente de los cuales va el arzobispo de Toledo. Pretenden que el pontífice haga un llamamiento para una cruzada contra los almohades.

—Don Luis, es verdad que no me gustan las guerras —admití con pesar—. Ni el estado de conflicto permanente que vivimos entre los reinos cristianos, porque pienso que se debería llegar a acuerdos. Pero la lucha contra los almohades es distinta. Y mi padre, el rey Alfonso VIII de Castilla, está dispuesto a vencerlos y a terminar con su amenaza. Él, que sufrió la horrible derrota en Alarcos, quiere volver a intentarlo y hacerlos retroceder. Sus ideales siguen intactos. No sabéis cuánto lo admiro.

—Doña Berenguela, si se convoca la guerra, yo acudiré al lado de mi rey, vuestro padre.

—¿Creéis que mi antiguo marido, el rey de León, se unirá a los demás reinos en la lucha contra los almohades?

—Si os soy sincero, y lo voy a ser, no creo que participe en la cruzada. Ya sabéis que anda en guerra con Portugal —me confesó don Luis.

—Sí, lo sé. Y también que está salvaguardando los intereses de su primera esposa, Teresa, que ha acudido a pedirle ayuda para que la defienda a ella y a sus hermanas, ante su propio hermano, el rey

Alfonso II, que, según parece, no quiere dar cumplimiento al testamento de su padre. Os confesaré, don Luis, que ese acercamiento entre doña Teresa y mi exmarido me preocupa un poco. No porque ellos estén juntos, sino pensando en su hijo Fernando. También sé que un hermano de doña Teresa está en la corte de León y parece ser que Alfonso IX le ha dado un cargo importante. Siento cierta inquietud ante esta cercanía. Me extraña mucho que el hijo de Teresa y de Alfonso no haya acompañado a su padre a Santiago, cuando acudió para asistir a la consagración de la catedral.

—En ese sentido podéis estar tranquila. Creo que el rey estuvo solo.

8
La cruzada contra los almohades

Según los deseos de mi padre, el rey Alfonso VIII de Castilla, el papa Inocencio III concedió una bula en la que otorgaba indulgencias plenarias a quienes tomasen parte en la cruzada contra los almohades.

Recuerdo que, cuando nos enteramos de la decisión del pontífice, nos encontrábamos en Madrid, donde mi padre había mandado construir una hermosa casa de campo, que le regaló a mi madre.

Todos nos alegramos con la noticia, en especial mi padre, que, además, se sentía muy orgulloso, porque mi hermano Fernando, el heredero, acababa de regresar al mando de una expedición informativa por el sur, y lo había hecho muy bien. Mi padre tenía puestas en él todas sus esperanzas.

El otoño en Madrid era muy agradable. Mi madre y yo paseábamos por la maravillosa avenida de grandes hileras de árboles que rodeaban la casa. Muy cerca de nosotros jugaban mi hermano pequeño, Enrique, y mi hijo, Fernando.

—Madre, es el primer caso que conozco en el que el tío tiene menos edad que el sobrino.

—Tampoco exageres —respondió ella con una sonrisa—. Solo unos tres años es mayor el sobrino que el tío. Me gusta que se lleven bien. A los dos les encanta este lugar.

Mi amigo don Luis, el conde de Saelices, nos acompañaba frecuentemente. Mi madre se había acostumbrado a verlo por la corte. Los reparos que hacía años había sentido por nuestra amistad se habían convertido en profundo afecto. Ella conocía el bien y la tranquilidad que me proporcionaba la compañía de don Luis, al que vimos salir de la casa y venir hacia donde nos encontrábamos.

—Seguro que ha terminado la sesión de trabajo —aventuró mi madre—. Cómo te quiere don Luis, Berenguela. Desea informarte él mismo de lo que han acordado en la reunión.

—Es verdad, madre, don Luis es como mis ojos y mis oídos allá donde se encuentre. Es muy buena persona. Confió en él.

—Sin duda, Berenguela, es una suerte contar con un amigo incondicional como él.

Efectivamente, don Luis venía a contarnos que, en la reunión convocada por mi padre, se había llegado al acuerdo de comenzar a organizar los preparativos para ir en busca del ejército almohade en el verano del año siguiente, 1212.

Todos estaban ilusionados. La posibilidad de hacer retroceder a los almohades podía convertirse en realidad.

—Además —nos comentó don Luis—, los almohades no cejan en su empeño de asentarse en nuestras propiedades. Ya sabéis lo que significa para Castilla, y en especial para la Orden de Calatrava, la fortaleza de Salvatierra, que desde 1198 es la sede central de la orden después de perder Calatrava en Alarcos. Pues, desde hace unos meses, los almohades la están sometiendo a un asedio durísimo. No sé si podrán resistir.

—Recemos para que lo consigan —rogué yo.

—El gran maestre es un buen estratega —informó don Luis—. Seguro que encuentra una solución para que no mueran muchas personas. Los vecinos del pueblo se encuentran dentro de la fortaleza con ellos. Pero hoy es un día alegre por lo que significa la decisión de vuestro padre de enfrentarse abiertamente con los infieles.

—Sí que lo es —aseguró mi madre—. Hablaré con el rey. Esta

noche deberíamos celebrarlo con una cena.

—Me parece muy buena idea, madre.

—Diré a los sirvientes que lo preparen todo. Incluso podemos cenar en el jardín, al aire libre.

—Estaría muy bien. La temperatura es muy agradable —me mostré de acuerdo.

Fueron días ilusionantes. Llenos de esperanza. Seguro que a la llamada a la cruzada realizada por el papa acudirían muchas personas. Todos estábamos contentos.



Pero solo una semana después, la desgracia llegó para hospedarse con nosotros. Bien creí que mi madre no podría resistirlo. Y mi padre… el rey Alfonso, destrozado, veía desaparecer todos sus proyectos e ilusiones.

Mi hermano Fernando, el heredero al trono de Castilla, que contaba veintidós años, murió víctima de unas fuertes fiebres para las que no se supo encontrar remedio. Era el 14 de octubre de 1211.

A nuestro profundo dolor se unía el de toda Castilla, que veían en Fernando la esperanza del futuro.

Yo fui la encargada de acompañar el cadáver de mi pobre hermano y de presidir las exequias en el monasterio de Santa María la Real en Burgos.

Mi madre, al despedirse de nosotros, me dijo entre sollozos:

—Berenguela, Dios me ha dado el consuelo de estar al lado de mi hijo en sus últimos momentos. Envuelto en mi abrazo se ha ido hacia el más allá. También mi madre pudo abrazar a mi hermano Ricardo antes de expirar. Debemos ser fuertes y dedicarnos al pequeño Enrique. Él es ahora el heredero de Castilla.



A mi regreso no volví a Madrid. La corte se había trasladado a Toledo, donde se iban a reunir todos los participantes en la lucha contra los almohades.

Allí me enteré de que, definitivamente, mi exesposo, el rey Alfonso IX de León, no formaría parte de la hueste cruzada. Tampoco lo haría el rey de Portugal.

En cierta forma, parecía lógico, ya que estaban en guerra entre ellos. Pero a mi querido don Luis no se le escapaba nada.

—Doña Berenguela, esta misma mañana me he enterado de que vuestro padre ha escrito al papa para pedirle ayuda en un intento de impedir que el rey leonés aproveche que todos van a luchar con los almohades para atacar Castilla.

—Si esto es así, que no lo dudo, algo ha tenido que pasar.

—Muy sencillo —me explicó don Luis—. El rey de León, para participar en la batalla, exigió a vuestro padre la devolución de los territorios que le pertenecían.

—Siempre lo mismo. Nunca se pondrán de acuerdo.

El papa Inocencio III, atendiendo la petición de mi padre, amenazó con la excomunión a todo aquel que rompiera la paz mientras los castellanos luchaban contra los almohades.



A finales del mes de marzo empezaron a llegar a Toledo las tropas que iban a participar en la batalla. Había gentes de todo tipo y de los lugares más insospechados de Europa. Los ultramontanos eran muy numerosos. La animación por las calles era increíble. Muchos artesanos sacaban sus tenderetes para mostrar sus trabajos. Había puestos de fruta, de verduras… Las tabernas estaban a rebosar.

Mi padre, asesorado por mi madre, había decidido que los trovadores y juglares los acompañaran en aquella contienda. También se encontraban ya en Toledo los miembros de la orden militar de Calatrava a la que don Luis se había unido.

Mi madre, la reina, a duras penas podía contener las lágrimas cuando observaba el ir y venir de los soldados. Su hijo Fernando debería estar participando en los preparativos.

—Madre, entiendo vuestro dolor. El Señor se lo ha llevado, pero tenéis otro hijo.

—Lo sé y doy gracias a Dios por ello. Aunque a veces me asaltan los temores. Temo por Enrique, es solo un niño.

—No os preocupéis, madre. El rey y vos viviréis muchos años y podréis ver a Enrique convertido en un hombre —traté yo de animarla.

—Dios, lo quiera, Berenguela, aunque dudo que así sea —replicó ella.

—Lo decís porque estáis sufriendo y a causa de la incertidumbre de lo que pueda pasar en la batalla.

—Tenéis razón, Berenguela. Si le sucediera algo malo a Alfonso, yo me moriría. No podría vivir sin vuestro padre.

Me emocionaba escuchar a mi madre. Yo nunca amaría de esa forma.



Asistimos a la santa misa. Era el 20 de junio de 1212. El día elegido para que las tropas abandonaran Toledo, camino del sur. Eran los primeros pasos de la cruzada contra los almohades.

Mi padre, el rey Alfonso VIII de Castilla y de Toledo, encabezaba aquel ejército cristiano, del que formaban parte los reyes Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón. Numerosos caballeros voluntarios de los reinos de León y Portugal, a quienes sus soberanos habían dejado en libertad para poder participar en la cruzada, si así lo deseaban. Y allí estaban, deseosos, como todos, de vencer a los árabes.

Las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Temple y Hospital se hacían visibles por sus característicos uniformes.

También la Iglesia estaba representada por los arzobispos de Narbona y de Burdeos y el obispo de Nantes. De los reinos cristianos de la península acudieron el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada; y los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia, Ávila, Burgos y Calahorra.

Era todo un espectáculo ver enarboladas las banderas y los distintos estandartes de los participantes, que eran varios miles.

Nunca en Castilla había existido un ejército más numeroso.

Tomé la mano de mi madre y recuerdo que, mirándola a los ojos, le dije:

—Madre, ha llegado el momento de borrar la pesadilla de Alarcos. Ganaremos. —A mi hermano Enrique y a mi hijo Fernando, que habían estado todo el tiempo a nuestro lado, les aconsejé—: Queridos Enrique y Fernando, no olvidéis jamás este día.

9
La batalla de Las Navas de Tolosa, los preliminares

El ejército cruzado salió de Toledo el 20 de junio.

Resultaba muy difícil calcular cuántas personas se habían reunido para luchar contra los almohades, pero eran muchísimos. Casi me atrevería a decir que pasaban de doce mil. Don Luis me había dicho que seguramente llegarían a los catorce mil hombres.

Claro que el número de almohades a los que se iban a enfrentar era muy superior. Decían que serían casi treinta mil hombres.

En Toledo nos sorprendimos al ver cómo, a los pocos días, muchos de los soldados que habían llegado de Europa pasaban por la ciudad de regreso a sus lugares de origen. No entendíamos nada. Se iban antes de la batalla. Habían hecho un largo viaje para participar en ella y ahora se marchaban. Lo hacían de forma escalonada. Durante varios días estuvimos viendo pasar a diferentes grupos, que entre todos sumaban un número importante.

Se desataron todo tipo de comentarios. El más extendido apuntaba a que, en el camino, los ultramontanos, que encabezaban la marcha, habían atacado el castillo de Malagón. Y sin ninguna piedad, mataron a todos sus defensores, consiguiendo un gran botín, que era lo que muchos deseaban.

Si esto era así, el comportamiento de esta gente llegada de tan

diversos lugares de Europa tuvo que desagradar a mi padre y a los otros reyes, que siempre trataban con más piedad a los vencidos.



Cuando, después de la batalla, pude hablar con don Luis en profundidad sobre lo sucedido, me enteré de todo lo que en realidad había pasado. Efectivamente, el rumor que había llegado hasta nosotros sobre el comportamiento de los ultramontanos era cierto.

—Doña Berenguela, cuando conocimos lo sucedido en Malagón, donde fueron todos asesinados, hombres, mujeres y niños, nos quedamos aterrados. El ejército castellano jamás se hubiera comportado de semejante forma. Vos sabéis tan bien como yo que lo normal entre los reinos cristianos de la península es, después de conseguir un pacto con los vencidos, permitirles que se vayan. A veces, incluso se consiente en que vivan extramuros. Por ejemplo —siguió contándome don Luis—, cuando llegamos a la fortaleza de Calatrava, perdida en Alarcos, y que desde entonces estaba en poder de los almohades, el gobernador de la misma decidió entregarla para salvar a los que allí se encontraban. Vuestro padre aceptó y respetó la vida de todos los habitantes. No quería que se repitiese lo de Malagón.

—Qué orgullosa me siento de ser su hija.

—También yo de que sea mi rey. Os sigo contando, doña Berenguela. La decisión de vuestro padre incomodó a los ultramontanos, que manifestaron no estar de acuerdo con estas medidas, ya que exigían matar a todos los vencidos. Como comprenderéis, después de estos dos sucesos, los ultramontanos empezaron a desertar. Nunca se supo exactamente cuál fue la razón de esta desafección, aunque todo apuntaba a un desacuerdo en cómo tratar a los vencidos. Vuestro padre, en carta enviada al papa, atribuía la marcha de los cruzados y ultramontanos no al desacuerdo con la forma de tratar a los prisioneros, sino al calor y a las

incomodidades.

—Puede ser —aventuré— que muchos de aquellos hombres, al proceder de otras tierras, no estuvieran acostumbrados al calor del sur de la península ibérica. Además, el tipo de vestimenta que llevaban aumentaba la sensación de calor. Aunque también es posible que mi padre, el rey Alfonso VIII, no quisiera criticar a los cruzados que habían sido convocados por el papa.

—Sí, doña Berenguela, creo que habéis acertado. Vuestro padre no quiso incomodar al pontífice.

—Don Luis, nosotros, en Toledo, veíamos con asombro el paso de muchos de esos cruzados extranjeros, que abandonaban el ejército, y ello nos hacía temer lo peor.

—También nosotros, doña Berenguela, lo observábamos con preocupación. La verdad es que, de todos los ultramontanos, solo ciento cincuenta caballeros se quedaron con nosotros. Pero como dice el refrán: «Dios aprieta, pero no ahoga», y así, después de la toma de la fortaleza de Calatrava, se sumaron a nosotros doscientos caballeros navarros al mando del rey Sancho VI.

—Don Luis, ¿teníais noticias de lo que sucedía en el ejército árabe al que os ibais a enfrentar?

—La existencia de una especie de avanzadilla que observa al enemigo es bastante habitual, y muy necesaria, porque siempre facilita las cosas. Sabíamos que el ejército árabe estaba bajo el mando del califa almohade, Muhammad al-Nasir, el Miramamolín, que era hijo del vencedor de Alarcos, Abu Yúsusf Yaacub al-Mansur, y que había instalado su campamento en Santa Elena, que se encuentra en Jaén. También supimos que las tropas almohades nos duplicaban en el número de efectivos.

—¿De qué forma os afectó el saber que eran tantos? —quise saber.

—A pesar de la desafección de los ultramontanos, y del enemigo tan numeroso al que nos íbamos a enfrentar, nuestro espíritu era de victoria —reconoció con orgullo don Luis—. Caminábamos contentos hacia Sierra Morena. En el camino, gracias a la perspicacia de los

reyes de Aragón y de Navarra, pudimos vencer una pequeña tentación que podría habernos costado muy cara.

—Contadme, don Luis, me habéis intrigado.

—Estábamos a punto de llegar a la fortaleza de Salvatierra, que estaba en manos de los almohades. Hacía poco más de un mes que vuestro padre, en Toledo, había recibido a un grupo de caballeros enviados por el maestre de Calatrava, que era quien estaba al frente de la fortaleza. Estos caballeros le contaron la gravísima situación por la que atravesaban, una situación que ya se había convertido en insostenible. Solicitaban la autorización de vuestro padre para entregar la fortaleza a los almohades a cambio de la vida de todos sus moradores. El rey Alfonso VIII, con gran dolor de su corazón, accedió a lo que le pedían y los autorizó a rendir este enclave, que llevaba casi un año resistiendo el asedio almohade. Todo esto había sucedido hacía poco más de un mes. Por ello, doña Berenguela, el corazón de vuestro padre le pedía sitiarla al acercarnos a ella, y cuando ya estaba a punto de ordenar la acción, los reyes de Aragón y de Navarra lo convencieron para que suspendiera el ataque.

—¿Qué es lo que le contaron para que mi padre les hiciera caso? —me sorprendí.

—Ellos pensaban que no debíamos entretenernos en conquistar la fortaleza. Cuanto antes nos enfrentáramos al ejército almohade, mejor. Era importante para nosotros librar la batalla en campo abierto. Si nos deteníamos y retrasábamos nuestra marcha, de más tiempo dispondrían los almohades para prepararse. Más tarde supimos que el miramamolín esperaba confiado en que el ejército cristiano intentaría conquistar Salvatierra, y él ganaría tiempo para fortalecer y situar a su ejército de forma más segura.

—Ahora lo entiendo. Verdaderamente, hay que decir que los monarcas navarro y aragonés fueron muy perspicaces, y mi padre muy juicioso por escucharlos y admitir sus opiniones —reconocí.

—Sin duda, fue muy acertada la decisión, y el ejército cristiano no se detuvo en Salvatierra. Seguimos camino hacia Sierra Morena.

—Don Luis, ¿cómo es el paisaje de esa zona?

—Ya conocéis que Sierra Morena es una cordillera o, lo que es lo mismo, montañas enlazadas entre ellas. Unas montañas que separan la Meseta Central de la depresión del Guadalquivir. Su paisaje es rocoso con grandes desniveles, muchas fallas transversales. La vegetación en su mayoría es de hoja perenne. Predominan las encinas y los alcornoques.

—Estoy segura de que nunca olvidaréis ese entorno —le dije—, no solo porque me imagino que pasasteis miedo, sino también por la alegría inmensa de la victoria.

—Es verdad —se mostró él de acuerdo.

—Don Luis, no quiero cansaros. Paseemos un rato disfrutando de la paz de esta tarde otoñal cerca del río Arlanzón. Luego me relataréis la batalla.

10
Una victoria decisiva para la cristiandad

Nos habíamos sentado cerca de un hermoso recodo del río. Las aguas discurrían apacibles… Cuando se aupaban sobre algún tronco o pedrusco, nos miraban muy sonrientes. Le pedí a don Luis que me siguiera describiendo aquella batalla que supuso un hito en el avance de la cruzada contra los almohades.

—Doña Berenguela, no era un paraje tan bonito como este en el que decidimos acampar, pero era tranquilo y parecía seguro. Nos instalamos a la vera del río Fresneda. Teníamos enfrente las elevaciones de Sierra Morena. Sabíamos que al otro lado de las montañas estaban situados los almohades. Desde allí estudiaríamos todos los movimientos que deberíamos hacer. El gran problema era averiguar cómo llegaríamos hasta donde ellos se encontraban.

—Me imagino que, dada la orografía del terreno, sería complicado —intuí—, porque los almohades tendrían vigilados todos los accesos.

—Estáis en lo cierto. Los conocedores del terreno expusieron que existían tres vías de acceso para llegar al campamento almohade. Estudiamos y debatimos sobre cuál de los tres caminos podía ser el mejor para llegar hasta el campamento enemigo. En el extremo oriental teníamos el puerto de Despeñaperros. En el centro, el puerto del Muradal, y en el lado occidental, el puerto del Rey.

Decidimos que una avanzadilla estudiase sobre el terreno la situación de aquellos pasos.

—A juzgar por vuestra expresión, creo que el informe fue negativo —me aventuré a decir.

—No os equivocáis. Aún puedo sentir la angustia de aquellos momentos. Nos encontrábamos atrapados. Los soldados que habían ido a inspeccionar las tres vías de acceso, comprobaron cómo en las tres, el Miramamolín había situado a su caballería vigilando cada uno de los pasos.

—Qué angustia, don Luis. ¿Qué hicisteis?

—Lo primero intentar no desmoralizarnos, aunque la situación no podía ser más complicada, y lo peor es que no sabíamos cómo salir de ella.

—Pero lo conseguisteis.

—Sí, doña Berenguela, lo conseguimos y de una forma un tanto extraña que a mí me lleva a pensar casi en un milagro.

—Don Luis, ¿un milagro? —me sorprendí.

—Sí, no os extrañéis. Lo entenderéis cuando os lo cuente.

—Os escucho. Decidme. —Mi interés se acrecentó más, si eso fuera posible.

—La tarde del día 12 de julio, cuatro días antes de la batalla —prosiguió don Luis—, un grupo de cruzados aseguraron que habían encontrado un camino, más bien una senda, por el que podríamos llegar a la zona donde se encontraban los almohades.

—Perdonadme, pero ¿eso es lo milagroso?

—No seáis impaciente, doña Berenguela, dejadme terminar. Lo sorprendente es que había sido un pastor de la zona, al que encontraron por casualidad, el que les había hablado de esa senda; los soldados no habían descubierto nada. No me digáis que no resulta extraño que allí, en medio de la nada, aparezca un pastor dispuesto a ayudarnos. Yo lo interpreté como un mensaje del cielo.

—Puede ser, don Luis. Y si esa creencia os dio fuerza, bendito sea Dios. ¿Os acompañó el pastor a cruzar la senda?

—Así fue, el 14 de julio, algunos destacamentos del ejército

cristiano empezaron a acampar en el alto de la Mesa del Rey. El Miramamolín, sorprendido, intentó hacerlos retroceder, y envió a su caballería para conseguirlo, pero fracasó, con lo cual tuvo que enfrentarse a los cristianos en campo abierto.

—Eso es lo que no quería, ¿verdad?

—Así es. Después del miedo experimentado, cuando no sabíamos cómo llegar a ellos, ahora lo habíamos conseguido. Doña Berenguela, asustaba ver la multitud de almohades, eran auténticas nubes, como enjambres pululando alrededor. Esa fue la sensación que experimenté el día 15, cuando, pese a los intentos de los almohades de pelear, nosotros no respondimos a sus provocaciones. Ese día, los reyes y sus asesores se dedicaron a estudiar la distribución de las tropas enemigas, para idear una estrategia a seguir.

—Don Luis, y fue precisamente al día siguiente, el 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, cuando ibais a protagonizar la más grande batalla —señalé yo, impaciente por conocer todos los detalles.

—Doña Berenguela, todavía me emociono al recordar aquellos momentos. Aún no había amanecido, y ya todo el ejército cristiano estaba preparado. Nos habían estructurado en tres cuerpos: en el centro, el ejército de Castilla con Alfonso VIII; a su izquierda, Pedro II con las fuerzas de Aragón, y, a la derecha, Navarra, con Sancho VII. Los primeros ataques tuvieron lugar sobre las nueve de la mañana. El señor de Vizcaya, López de Haro, y los caballeros del Temple, Hospital y nosotros los de Calatrava nos enfrentamos con los jinetes ligeros almohades. La lucha se prolongó durante unas tres horas. Se produjeron muchas bajas entre los musulmanes, pero consiguieron desbaratar nuestras líneas. Fue en ese momento cuando Al-Nasir, el Miramamolín, incorporó a la batalla a su caballería pesada. El desconcierto entre nosotros fue grande. Miré a mi alrededor y vi cómo algunos se retiraban, pero antes de que hubiese una desbandada, los tres reyes cristianos aparecieron en el campo de batalla.

—¿Por qué no acudieron antes a prestaros ayuda?

—No lo sé, pero el efecto fue inmejorable. Cuando el Miramamolín, con su caballería pesada, creía tenernos dominados, se encontró que en el frente oriental atacaban los aragoneses, los navarros ocupaban el frente occidental y los castellanos embestían por el centro. Vuestro padre, Alfonso VIII, al frente de una experta caballería, que permanecía en la retaguardia, entró en combate para reforzar los flancos más débiles. Pasadas las cuatro de la tarde, ya se pudo apreciar que el triunfo era para nosotros, los cristianos. Entonces nos dirigimos al palenque del califa.

—¿Os referís a la tienda del califa?

—Sí. Se encontraba situada a escasa distancia del campo de batalla.

—¿Es verdad que estaba custodiada por soldados almohades, unidos por cadenas, formando como un muro para impedir el acceso? —quise saber para corroborar lo que se decía.

—Sí. Y os confieso, doña Berenguela, que nunca había presenciado nada igual. Las fuerzas aragonesas por la izquierda, las castellanas por la derecha. De nada servían las flechas y lanzas de las que disponían los miembros de la guardia personal del Miramamolín ante el ataque de los cristianos. De pronto el rey de Navarra, al que vos conocéis, Sancho VII, a quien se le apoda el Fuerte, porque mide casi ocho pies, se adelantó y fue el primero en llegar a la tienda del Miramamolín, rompiendo las cadenas con las que los almohades permanecían unidos y pasándolos a cuchillo. La heroica acción del monarca navarro, de sus hombres y de todo el ejército cristiano sembró el pánico y el desconcierto entre los defensores del califa, el cual, al ver la situación de sus hombres, salió huyendo hacía Jaén, camino de Sevilla. En el palenque, totalmente abandonado, solo quedaba el estandarte del Miramamolín. Doña Berenguela, ¡¡¡habíamos ganado la batalla!!!

—Lo sé. Un día para la historia, don Luis —me sumé a su regocijo.

—La desbandada de las fuerzas del califa fue unánime —continuó

con su relato—. Nosotros llegamos hasta el campamento almohade de Santa Elena, que había sido abandonado, y fuimos tras los vencidos durante más de tres leguas. Al caer el sol, dejamos de perseguirlos. Era el 16 de julio del año de 1212 —dijo don Luis con cierto tono un tanto nostálgico.

—Una fecha inolvidable, tanto para los almohades como para los cristianos —afirmé, convencida.

—Es verdad, doña Berenguela, ese día, empezó el declive del Imperio musulmán en la península ibérica.



—No sabéis, don Luis, cuanto os agradezco que me hayáis contado en detalle lo sucedido. Mi padre nunca lo habría hecho.

—Y es normal, doña Berenguela. Los padres, y menos los reyes, no suelen hablar de estos temas con sus hijas.

—No me parece bien, pero tenéis razón. Don Luis, ¿por qué no me acompañáis a ver la bandera que está bordando mi madre, la reina Leonor?

—Os acompañaría encantado, pero debo acercarme a casa. Tengo anunciada una visita para esta tarde. Y no puedo anularla.

—No tiene importancia. La veréis otro día. ¿Se alargará vuestra reunión impidiéndoos venir a cenar?

—No creo, pero si así fuera, la suspendería, nadie puede privarme del placer de cenar con vos —me dijo muy sonriente.

—Qué zalamero sois, amigo mío.

Lo acompañé a la salida y me dirigí a los aposentos de mi madre.



La observé desde la puerta, sin que ella se percatara de mi presencia. A pesar de su edad, seguía siendo una mujer muy

hermosa. Estaba tan enamorada de su marido que verlos juntos era una bendición.

—Madre, me parece muy acertado el diseño que habéis hecho para la nueva bandera del reino. El castillo dorado sobre campo rojo es precioso. También me gusta el azul que aparece por las ventanas.

Después de la victoria de Las Navas de Tolosa, mi madre, la reina Leonor, había querido ella misma participar en la creación de la bandera que sustituyera a la que habían utilizado hasta entonces en el reino de Castilla.

—No te he oído entrar, Berenguela. Me alegra que te guste, pero ¿conoces el significado de los colores que he elegido?

—Algo sé, pero explicádmelo vos.

—Mira, el campo de gules, el color rojo, significa el sacrificio, la nobleza, la valentía…

—Valores, madre, que han puesto de manifiesto todos quienes ha participado en esta gran batalla —repuse—. He estado hablando con don Luis, y me lo ha contado todo con detalle.

—Ya me transmitirás el relato que te ha hecho, pero te sigo explicando. El castillo —prosiguió la reina— era obligado. Es como la identidad del reino de Castilla y simboliza la grandeza y la nobleza antigua. El color oro nos recuerda que los pobres necesitan de nuestra ayuda.

—¿Y el azul?

—El azul es el aire. A él van unidas la obediencia, la lealtad, la prudencia; virtudes que no te son ajenas, Berenguela.

—Gracias, madre. Sabéis muy bien que yo siempre estaré al servicio de la Corona.

—Lo sé, Berenguela. Y el rey, tu padre, también. Alguna vez me ha comentado lo bueno que habría sido que tú hubieras nacido varón. Querida hija, tienes que prometerme que cuidarás de tu hermano Enrique.

—Pero, madre, vos lo veréis crecer y convertirse en un hombre.

—Tengo mis dudas. El rey está muy cansado y temo por su salud. Y si algo le sucede, yo no le sobreviviré mucho tiempo. Ahora me

voy a su lado, que lleva toda la tarde descansando. Sé que no se encuentra bien.

El estado de salud de mi padre nos preocupaba a todos. Yo quería ser optimista y pensaba que todo era debido al esfuerzo, a la responsabilidad de la batalla. Porque, después de Las Navas de Tolosa, el rey Alfonso VIII de Castilla había seguido peleando. Al frente de sus hombres, había conquistado Baeza y Úbeda, que eran plazas perfectas para vigilar el río Guadalquivir.

La victoria de Las Navas, además de significar el comienzo del declive de los árabes en nuestra tierra, alentaba e impulsaba el espíritu de los cristianos para emprender nuevas conquistas. El espíritu victorioso se había apoderado de todos.

Pero las nuevas villas arrebatadas a los almohades debían ser repobladas, y para ello se necesitaban medios de los que el reino carecía. Por ello, mi padre, encomendó la repoblación de muchos de los lugares reconquistados a las órdenes militares.

Mi amigo don Luis, como caballero calatravo que seguía siendo, se encontraba muy contento debido a que mi padre les había cedido la ciudad de Calatrava, donde había estado la casa general de la orden, y otras localidades cercanas para que las repoblaran. En cualquier caso, algunas de las plazas reconquistadas pasaban a pertenecer a la Corona, como Bolaños, una villa que mi padre, el rey, quiso regalarme por el triunfo de Las Navas. A mí me habría gustado ocuparme personalmente de dirigir la repoblación, pero me resultaba imposible. Mi deber era estar al lado de mis padres y al cuidado de mis cuatro hijos, sobre todo de Fernando, en quien tenía puestas todas mis esperanzas. De todas formas, sí quise que alguien de mi confianza se ocupase de Bolaños. Don Luis me ayudó en la elección.

Años más tarde, tendría oportunidad de pasar algunos días en Bolaños, en la fortaleza que había sido construida por los árabes. También de acercarme a rezar a la Virgen del Monte.

Posteriormente, cedería a la Orden de Calatrava mis posesiones en Bolaños.



Llevaba mucho tiempo sin ver a nadie. Necesitaba salir, comunicarme con los demás.

Esa tarde pensé en escribirle a mi hermana Blanca, aunque, si pudiera, me gustaría muchísimo poder visitarla en Francia.

La mayor parte del tiempo que pasaba en Burgos me quedaba en el monasterio de Santa María la Real. Me encontraba muy bien allí. Una llamada a la puerta de mi cuarto, me sobresaltó. «¿Habría sucedido algo?», me pregunté.

—Doña Berenguela, el señor conde de Saelices ha venido a veros.

—Decidle que me espere en el claustro. Ahora salgo.

Mi querido amigo siempre aparecía en los momentos en que más necesitaba compartir mis inquietudes. Estaba preocupada. Dentro de unos días mi padre saldría para Coímbra, donde se reunía con mi exmarido Alfonso IX, rey de León, y con su yerno el rey de Portugal, Alfonso II, para firmar la paz entre ellos y unir fuerzas para luchar contra los almohades. Ellos, que no habían participado en la cruzada de Las Navas, ahora estaban dispuestos.

Yo sabía que mi padre y mi antiguo esposo nunca serían sinceros el uno con el otro. Los castillos de mi dote seguían siendo el tema de disputa entre ellos.

Además, me sentía un tanto inquieta ante la insistente solicitud de mi exmarido de que le enviara a nuestro hijo Fernando a León. Estaba decidida a seguir resistiendo. Fernando tenía once años y todavía me necesitaba.

—Don Luis, ¿cuándo habéis regresado a Burgos? —le pregunté a mi buen amigo tan pronto lo vi en el claustro.

—Llegué anoche. Acompañaré a vuestro padre a Coímbra.

—Me alegro de que forméis parte de la comitiva, pero nunca se pondrán de acuerdo. Ya sabéis lo que hizo mi exmarido, el rey de León, cuando estabais en Las Navas. Qué bien lo conoce mi padre,

qué poco se equivocó.

—Sí. Ya me han contado que, para evitar la excomunión, con la que lo amenazó el papa si atacaba territorio de Castilla, Alfonso IX se limitó a recuperar las villas que estaban dentro de los terrenos de León.

—Así es, don Luis. Y mi padre reacciona ahora propiciando una firma de una paz entre Castilla, León y Portugal.

—Vuestro padre es un gran rey. ¿Sabéis que se refieren a él como el Noble? Este acuerdo, doña Berenguela, será muy importante, porque asegurará la paz entre los tres reinos.

En noviembre de aquel año de 1212, Alfonso VIII de Castilla, Alfonso IX de León y Alfonso II de Portugal firmaban las Treguas de Coímbra. En ellas se acordaba mantener la paz entre los tres reinos y se reconocía el derecho de cada reino a intentar la reconquista por su zona fronteriza.

—Don Luis, ¿qué sabéis de mi cuñado, el rey Alfonso II de Portugal? Me comunico de vez en cuando con mi hermana, pero ella no cuenta nada.

—Poco puedo deciros. Sé que ha tenido y tiene problemas con sus hermanas por temas de herencia. Dicen que es muy autoritario.

—Mi hermana Urraca ya le ha dado tres hijos. Además, los dos primeros, varones. Al revés que nuestra hermana Blanca, que ha tenido dos niñas y ahora por fin ha nacido el varón. Algún día, Blanca se convertirá en reina de Francia. Ella es mucho más comunicativa que Urraca.

—Doña Blanca se parece más a vos. Será una reina excelente.

—¿Os quedaréis a cenar con nosotros?

—Será un honor.

—Quiero que antes veáis a mi hijo, al infante don Fernando. Me gustaría que le hablarais de Las Navas.

—Lo haré encantado. No sé si debería comentároslo, pero ya sabéis que lo hago desde el afecto. Me han dicho que doña Teresa de Portugal se ha instalado con sus hijos en León, y que el infante Fernando, el mayor de ellos, acompaña a su padre en muchas de

sus salidas.

—Sin duda, es una mala noticia. Sin embargo, ha sido mi hijo el designado para suceder a su padre.

—Doña Berenguela, vuestro hijo fue reconocido cuando el matrimonio aún no había sido disuelto. Y nada os descubro si os digo que ese nombramiento se puede cambiar. ¿No habéis pensado en enviar al infante Fernando al lado de su padre?

—De momento, no. Y menos ahora.

Aquella noticia me dejó preocupada. ¿Cuál iba a ser el futuro de mi hijo?

11
La muerte de un rey noble

Año de 1214

Cuando me enteré de la noticia, lo primero que hice fue pensar en su madre. No existe mayor dolor que la pérdida de un hijo.

Corría el mes de agosto, cuando el infante don Fernando, el hijo de mi exmarido, moría de repente en León. Aquel niño amable, despierto e inteligente, que asistió con nosotros a las Cortes de Benavente, tenía ahora veintiún años.

Pensé en hacerle llegar mi pésame a Alfonso, pero, al final, no me decidí. El infante fue enterrado, por expreso deseo de su padre, en la catedral de Santiago de Compostela, que tanto significaba en la vida del rey de León.



El verano había sido muy tranquilo. El mes de agosto y casi todo septiembre lo pasamos en Segovia. Vivíamos en el alcázar. A mi padre le gustaba este lugar. Él lo había ampliado, mandando construir la zona del palacio donde residíamos y la torre del homenaje. Me gustaba la mezcla de la decoración que habían hecho. En ella se observaban aspectos propios del arte hispano-musulmán

pero envuelto todo en un velo cisterciense.

Aquel verano quise reunir a mis cuatro hijos. Todos acudieron a Segovia con sus cuidadores o tutores. Recuerdo que Berenguela, la pequeña, que había cumplido diez años, solo quería estar con su hermana Constanza. Se veían muy poco durante el año, de ahí que la afinidad entre ellas resultara sorprendente. Bien es verdad que Constanza era dulce y cariñosa. Juntas se pasaban horas mirando por aquellas hermosas ventanas ajimezadas que mi padre ordenó edificar. Cuando les preguntaba la razón por la que se quedaban tanto tiempo allí asomadas, Berenguela, con gesto de picardía, me decía:

—Madre, es que Constanza me cuenta muchas historias de personajes que viven en el fondo del río. Incluso, a veces —y bajaba la voz, misteriosa—, los puedo ver.

El río que desde aquel lado se veía era el Eresma.

—¿No queréis que una tarde bajemos a pasear por su ribera? Os puedo mostrar el lugar donde los dos ríos, el Eresma y el Clamores, se unen.

—No, madre —dijo Constanza—, es más divertido desde aquí.

—Seguro que, si nos acercamos, no podremos ver a ninguno de los protagonistas de los cuentos —añadió Berenguela.

No pude evitar una sonrisa, y pensé que también a mí me gustaría soñar. Y recordé entonces cuando mi madre, la reina, me contó sus ensoñaciones de niña y me habló de lo importante que eran los sueños. Sí, me gustaría soñar despierta como mis hijas, imaginando situaciones y comportamientos que posiblemente nunca serían realidad.

Las dejé con sus fantasías y me fui en busca de mis hijos varones, que seguro estaban con mi hermano Enrique, su tío, que era más joven que ellos. Los tres se llevaban bien, pero Enrique y Alfonso, mi hijo pequeño, congeniaban. Disfrutaban estando juntos. Fernando ya casi era un hombre, tenía trece años. Los vi jugando en uno de los patios, y me fui a mi lugar favorito. Subí a lo más alto del castillo desde donde podía disfrutar de una vista maravillosa. En

especial, me gustaba mirar la iglesia del Santo Sepulcro en medio de las llanuras de Castilla.



A finales de septiembre volví a Burgos con los niños y nos acompañó parte de la corte. Mi padre había concertado una entrevista con su yerno el rey Alfonso II de Portugal, y se quedó en Segovia. Desde allí saldrían para Plasencia. Mi madre, que no quería dejarlo solo, iría con él. También el heredero, mi hermano Enrique, y mi hermana Leonor los acompañarían. En la comitiva estaban el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada y el obispo de Palencia, Tello Téllez de Meneses.

En un principio pensé en ir con ellos, pero mi padre prefirió que no, ya que me había encargado una serie de gestiones que debería realizar en cuanto llegase a Burgos. Nos separamos con la mayor normalidad. Muy pronto volveríamos a estar todos juntos. Pero, desgraciadamente, eso nunca sucedería.

Viajamos despacio. Nos detuvimos en algunos lugares para que los jóvenes fueran conociendo la tierra a la que pertenecían.

El sábado 4 de octubre llegamos a Santa María la Real. Aunque a veces vivíamos en el castillo de Burgos, que mi padre había mandado reformar, las dependencias de las que disponíamos en el monasterio de Las Huelgas nos resultaban más cómodas y acogedoras, por lo que decidí que nos quedaríamos allí. Mi hermana Constanza, que aún no había profesado como monja pero que vivía con la comunidad, nos recibió ilusionada al tenernos cerca.

El domingo, Alfonso y Berenguela, mis dos hijos pequeños, abandonaron Santa María la Real para irse con sus tutores. Constanza me pidió permiso para quedarse en la comunidad. Ella, como su tía, también quería entregarse a Dios. Fernando permaneció conmigo. Después de cenar, quise que habláramos un poco. Era un chico un poco retraído. Físicamente se parecía bastante

a su padre. Quería que su educación no presentase ninguna fisura. Estaba intentando formar a mi hijo lo mejor posible. En él estaba el futuro.

—Fernando, sabes que tu hermanastro ha muerto. Y aunque hace tiempo fuiste reconocido como heredero del reino de León, podrían presentarse problemas, pero ahora tú eres el mayor de los hijos varones del rey de León. Es posible que dentro de poco deba mandarte junto a tu padre para que te familiarices con él.

—Haré lo que vos dispongáis, madre. ¿Tendré que irme pronto?

—Probablemente, después de Navidad.

—Os lo preguntaba, madre, porque don Luis prometió llevarme a la fortaleza de Alcántara que están reconstruyendo.

—Sí, algo me comentó. Me parece interesante que conozcas las órdenes militares por dentro. A veces son de gran necesidad. Tengo la sensación, Fernando, de que te llevas bien con el conde de Saelices.

—Sí, madre. Además, sé que es persona de vuestra confianza, y eso es muy importante para mí.

—Gracias, hijo. Nunca olvides que tú eres para mí lo más importante del mundo y jamás haré nada que pueda hacerte daño.

—Lo sé, madre.

La verdad es que nunca se sabe cómo van a reaccionar las personas, pero yo me sentía muy segura de mi hijo Fernando.

Aquella noche, cuando me acosté, me sentía tranquila. ¿Cómo es posible no presentir lo que estaba sucediendo?



Me desperté temprano, aunque no lo suficiente para rezar laudes con la comunidad. A media mañana, acompañada de mi mayordomo, me fui a la ciudad para realizar los encargos que mi padre el rey me había encomendado.

Al regresar, observamos un gran revuelo en las inmediaciones del

monasterio. Nada más traspasar la puerta, mi hermana Constanza se abalanzó sobre mí llorando:

—Berenguela, el rey ha muerto. Nuestro padre nos ha dejado.

—Pero ¿qué dices?, ¿qué ha pasado? ¿Lo han atacado? Estaba bien cuando nos despedimos.

Me costaba creer lo que Constanza me decía, pero al ver el dolor reflejado en la cara de todos, comprendí que era verdad.

—Tres de los hombres más cercanos a nuestro padre han venido a uña de caballo toda la noche, cambiando de montura, para no agotar a los caballos, en un intento de llegar cuanto antes para comunicarnos la triste noticia —me explicó Constanza—. He ordenado que les den algo de comer. Os esperan en el salón.

Hacia allí me dirigí en busca de alguna explicación. Los escuché como en sueños.

—Señora, el rey nuestro señor, don Alfonso VIII de Castilla, ha muerto. Fue algo fulminante. El sábado, cuando viajábamos hacia Plasencia, el rey, de repente, se sintió indispuesto. Nos detuvimos en el pueblo de Gutiérrez-Muñoz, cerca de Arévalo, creyendo que sería un malestar pasajero, pero, al llegar la tarde-noche del domingo, empeoró con una fiebre altísima. Nada se pudo hacer por su vida. Lo han asistido en sus últimos momentos el arzobispo Jiménez de Rada y el obispo Téllez, que nos acompañaban. También se presentó el obispo de Plasencia. Nuestro rey nos ha dejado en las primeras horas de hoy, 6 de octubre. Doña Berenguela, la reina, vuestra madre, nos ha pedido que os digamos que aviséis a todos del fallecimiento del monarca, y que no hagáis nada más. Ellos llegarán aquí para celebrar el funeral y su posterior entierro.

—¿La reina está bien? —pregunté con un hilo de voz.

—No os preocupéis, ella se encuentra bien.

—Pero no pueden realizar el viaje en una jornada. ¿Sabéis dónde tienen previsto detenerse?

—No sé si debería decíroslo. La reina, mi señora…

—No importa, hablad, os lo ruego —casi le grité.

—En Valladolid. Sé que allí permitirán que los castellanos acudan

a despedir a su rey.

Estaba decidido, al día siguiente saldría para Valladolid.



El abrazo de don Luis arropó mi dolor con el calor de la amistad. Rodeada por sus brazos, me sentí viva y dispuesta a enfrentarme a la vida por dura que esta fuera.

—Perdonadme, doña Berenguela, no he debido abrazaros —me dijo avergonzado.

—Me habéis hecho mucho bien, don Luis. Muchas gracias por viajar todo el día para venir a verme. No quiero entreteneros, debéis descansar.

—Deseo acompañaros a Valladolid. Sabéis el cariño que os profeso, pero no es por vos. Quiero ir a Valladolid como un castellano más. Un castellano agradecido a su rey, don Alfonso VIII, que estoy seguro será recordado como un buen gobernante. Un rey noble, piadoso, defensor de Castilla y vencedor de Las Navas de Tolosa. Por favor, doña Berenguela, permitidme que os acompañe.

Todo lo que decía don Luis era verdad. Mi padre había sido un buen rey. Un joven valeroso que había conseguido superar los críticos momentos del comienzo del reinado. Un reinado difícil y sembrado de envidias e intrigas, pero que él supo vencer.

—Don Luis, saldremos mañana a primera hora.



Antes de comenzar el funeral por el rey Alfonso VIII de Castilla en Santa María la Real, que mi madre había decidido que presidiera yo, recorrí las tumbas de los miembros de mi familia que ya se habían ido: allí reposaban cuatro de mis hermanos. De Sancho y Sancha casi no guardaba ningún recuerdo. Él se murió a los tres meses y

ella antes de cumplir los dos años, y yo era entonces una niña pequeña. Pero de Mafalda y Fernando tenía los mejores recuerdos. Mafalda había nacido en Plasencia. Era una niña preciosa. Siempre sonriente. Tenía trece años cuando Dios la llamó a su lado. Qué decir de Fernando, el heredero, en quien mis padres habían puesto toda su ilusión. Aquel joven valiente, querido por todos, se fue a los veintiún años. Yo había presidido también su funeral.

En aquel lugar —Santa María la Real—, nos reuniríamos casi toda la familia en espera del juicio final. Era nuestro panteón. Yo, por supuesto, allí quería ser enterrada. Sí, en Santa María la Real. Y dejaría dispuesto que mi tumba fuera sencilla y humilde, pero cerca de mis padres.

Dentro de poco la iglesia del monasterio se llenaría de cargos de la corte, de nobles, de los representantes de otros reinos, de sacerdotes, abades, obispos y arzobispos. Todos se extrañarían de que mi madre la reina no presidiera el funeral por su esposo, el rey.

Pero yo la entendía muy bien. Cuando nos encontramos en Valladolid, tuve la sensación de que mi madre no era la misma persona. Parecía como si estuviese ausente, desprovista de vida. Me hablaba con serenidad. Su dolor era tan profundo que no conseguía el consuelo de las lágrimas. Recuerdo que, tomándome las manos, me dijo:

—Berenguela, tu padre se ha ocupado de todo. Siempre me ha honrado con su cariño y una vez más ha confiado en mí plenamente.

—Madre, no podría ser de otra manera. Os amaba y era conocedor de vuestra valía. ¿Quién mejor que vos para tutelar al futuro rey Enrique?

—Y también ha dispuesto que todas las regalías, *Omnia regni iura*, como ponen los documentos, es decir, los derechos del reino, sean para mí.

—¿A quiénes ha nombrado como ejecutores testamentarios?

—Al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada; al obispo de Palencia, Tello Téllez; a la condesa doña Mencía de Lara, abadesa de San Andrés de Arroyo, y a don Gonzalo Rodríguez, su mayordomo.

—Madre, está siendo muy emotivo ver a tanta gente anónima que acude a decirle su adiós a vuestro esposo y mi padre, aquí en Valladolid.

—Lo sé. El rey Alfonso, mi amado esposo, era bueno y sabía cultivar la amistad. Jamás le falló a ninguno de sus amigos. Solo tienes que pensar en Diego López de Haro y en Pedro II de Aragón.

—Madre, vos lo sabéis. También fue un buen padre. Cariñoso y preocupado por nuestros problemas.

—Sí. Él, que se quedó huérfano siendo un niño y que no conoció el cariño de unos padres, se volcó con vosotros.

—Es verdad, madre, pero vos habéis sido y sois el alma de la familia.

—Querida Berenguela, el rey Alfonso ha sido mi referencia en la vida. Si algún día alguien me recuerda, será por haber sido su esposa.

No dije nada, me limité a mirarla con amor. Qué gran mujer era Leonor Plantagenet, mi madre.

—Estoy agotada hija. Me retiro a descansar. Tú presidirás el funeral en Santa María la Real.

—Como mandéis, madre.



Las crónicas cuentan que los funerales por Alfonso VIII rey de Castilla fueron celebrados en la iglesia del monasterio de Santa María la Real, que él había fundado en Burgos, y, como nota a tener en cuenta, destacan que no fueron presididos por la reina, sino por su hija doña Berenguela.

También ha quedado para la historia el comentario del arzobispo de Toledo sobre doña Berenguela: «Asistió a los funerales con varonil constancia. Su fortaleza fue tal que excedía las esperanzas de su sexo».



Burgos, 15 de octubre del año 1214

Mi querida hermana Blanca:

Nuestro amado padre ya descansa en la paz de Santa María la Real. He tenido que presidir su funeral. Estoy segura de que Dios me ha dado fuerza tanto en este como en otros momentos difíciles.

Con su ayuda he conseguido mantenerme serena. Después de los funerales y de dar sepultura al rey Alfonso VIII de Castilla, nuestro hermano el infante don Enrique ha sido proclamado rey de Castilla.

Ahora me doy cuenta de que tú, Blanca, no lo conoces porque nació cuando ya vivías en Francia. Es muy joven; solo tiene diez años, pero nuestra madre, con su sabiduría, se ocupará de él.

Querida hermana, perdona que no te haya dado la enhorabuena por el nuevo hijo que has traído al mundo. Creo que le habéis puesto el nombre de Luis, como su padre. Es un nombre bonito. ¿Os acordáis de mi amigo don Luis? Él siempre dice que todos los nombres tienen su significado. El de «Luis» asegura que simboliza la inteligencia y el poder.

La vida, querida hermana, es alegría y tristeza. La muerte de nuestros seres queridos nos rompe el corazón, mientras que la llegada de un nuevo ser nos llena de esperanza.

No quiero mentirte, pero tampoco quiero que te preocupes, mas no debo ocultarte que nuestra madre no está bien. Ella, Blanca, siempre me decía que, si nuestro padre se moría antes que ella, la vida dejaría de tener sentido. Estos días estoy comprobando que, desgraciadamente, puede que tenga razón. Por duro que sea, quiero expresarte que la sensación que yo tengo es la de que nuestra madre ya no quiere vivir. Intento animarla con cosas que sé que en otro tiempo la distraían, pero ahora la dejan indiferente. Nuestra madre aparece envuelta en un velo de tristeza, y yo no encuentro la

forma de aliviar su pena.

Querida Blanca, no te entristezcas por lo que acabo de contarte. Nuestros padres han sido muy felices, y nosotras muy afortunadas de haberlos tenido. A su lado hemos crecido rodeadas de cariño. Tenemos que dar gracias a Dios por ello. Y, además, querida hermana, como alguien me dijo una vez, y yo suscribo, nunca el dolor por perder a un ser querido puede ser mayor que la dicha de compartir nuestra vida con ellos.

Cuida mucho de tus hijos, Blanca (ya sé que lo haces); en ellos está el futuro.

Tu hermana que te quiere,

Berenguela

12
Turbulencias en el reino de Castilla

Palencia, unos meses más tarde

—Doña Berenguela, ¿cómo decís que se llama? ¿García Lorenzo? No lo conozco. Aunque, si el obispo Tello no le ha puesto pegas, seguro que es buena elección como tutor del joven rey Enrique.

—Don Luis, quedaos una temporada a mi lado. Necesito consejos y poder comentar mis ideas y proyectos con alguien de total confianza como vos.

—No os preocupéis, doña Berenguela. No me moveré de vuestro lado hasta que vos lo decidáis.

—Gracias, don Luis.

Me sentía un poco agobiada. Los problemas me acechaban sin cesar. Estaba viviendo una de las etapas más difíciles de mi vida.

No había podido llorar con la paz necesaria la muerte de mi madre que, a los veinticinco días de quedarse viuda, no pudo resistir más y se fue al lado del amor de su vida.

La misma tarde del 31 de octubre, poco antes de morir, mi madre delegó en mí todo lo que mi padre le había confiado. Y así, de pronto, me convertía en tutora de mi hermano Enrique, rey de Castilla, y regente del reino durante su minoría de edad. También me pidió que me preocupara del futuro de mi hermana Leonor.

—Don Luis, me conocéis muy bien y sabéis de mi buena relación

con la Iglesia. El obispo don Tello, de Palencia, es amigo personal. Por ello pensé que sería una buena idea buscar su apoyo y también el del arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada. Pero estas medidas han despertado recelos entre la nobleza.

—Es normal que eso pase. Los habéis convertido en aliados. Y seguro que ya se han beneficiado del cargo en sus respectivas diócesis. Y, además, habréis de tener en cuenta que alguien, en algún momento, dirá que vos no fuisteis designada regente por el rey, sino por vuestra madre.

—¿De verdad creéis, don Luis, que pueden argumentar eso en contra de mi regencia?

—Estoy seguro. Debéis ser consciente de que tenéis unos enemigos muy peligrosos. Si no fuera por los Lara, el malestar de la nobleza se podría arreglar, aunque ahora aplaudan sus reivindicaciones. Los miembros de la familia de los Lara no descansarán hasta hacerse con la tutoría del rey Enrique.

—No quiero ni pensarlo. Ya conocéis que esa familia fue la causante del deterioro del reino de Castilla cuando mi padre era un niño y estaba bajo su tutela. Lo convirtieron en su prisionero.

En aquellos momentos, quise contarle a don Luis lo que mi madre me había dicho sobre la difícil infancia de mi padre.

—Mi padre, como bien sabéis, era hijo del rey de Castilla, Sancho III, y de Blanca Garcés de Pamplona, y se quedó huérfano a los tres años —empecé mi relato—. Se designó entonces como tutor a Gutierre Fernández de Castro y como regente a Manrique Pérez de Lara, en un intento de equilibrar las fuerzas de estas familias de la nobleza. Sin embargo, la rivalidad y el enfrentamiento entre ellas fueron constantes. Los Lara se apoderaron de Alfonso, y Castilla se vio envuelta en una guerra civil. La complicada situación que estaban padeciendo fue aprovechada por los reinos vecinos para conquistar importantes plazas castellanas, como Burgos, de la que se apoderó el rey de León.

—Doña Berenguela, agradezco tanto que confiéis en mí. Conocía la historia de vuestro padre, pero, que me lo hayáis contado vos, me

hace sentir enormemente agradecido.

—Pero, don Luis, sabéis que mi padre pudo escapar de las garras de los Lara, gracias a un noble que lo rescató del castillo donde lo tenían encerrado, para entregarlo al rey leonés Fernando II.

—Eso no lo sabía —admitió.

—Pues así fue. Y de esta forma, mi padre, el rey Alfonso, al poder huir, pasó a ser custodiado en las villas que le eran leales en el norte de Castilla. Allí vivió hasta su mayoría de edad.

—Ciertamente, doña Berenguela, la ambición no conoce límites.

—Lo sé, don Luis. Pero decidme, con todo lo que conocemos de los Lara, ¿creéis que merece la pena negociar con ellos? ¿Pensáis que podríamos llegar a un acuerdo?

—Sinceramente, creo que no, pero tenéis que intentarlo.

Yo también lo dudaba, pero quería darme ánimos. Los Lara eran tres hermanos, Álvaro, Gonzalo y Fernando, hijos del conde Nuño Pérez de Lara, el terrible tutor de mi padre, que asumió este papel y la regencia del reino cuando murió su hermano Manrique.



Los días discurrían envueltos en una tensa calma, esperando que en cualquier momento se produjera el chispazo de la discordia. Presentía que los Lara no cejarían en su empeño…

—Don Luis, esta mañana, una de las doncellas me comentó que una hermana suya que trabaja en la casa de uno de los Lara había oído algo sobre contratar mercenarios.

—No se puede hacer caso a todos los rumores, pero sí debemos estar muy atentos. No quiero ser pesado, aunque he de decíroslo, ¿vuestro hijo don Fernando no estaría más seguro en León con su padre?

—Puede, pero, de momento, seguirá a mi lado.

Don Luis tenía casa en Palencia, pero se pasaba todo el día con nosotros, ayudándonos con su apoyo y consejo.

—Don Luis, no quiero ser pesada, siempre os lo estoy pidiendo, pero me encantaría que os quedarais esta noche a cenar con nosotros. Tal vez con una amena conversación consigamos evadirnos de esta tensión que, os confieso, a veces me resulta insoportable.

—Si ese es vuestro deseo, os acompañaré encantado.

—También he convidado al obispo don Tello con su secretario. Seguro que trae alguna noticia. Él es el primero que se entera de cuanto sucede en Palencia.

Lo dije como lo más normal, pensando en que nos contaría algún comentario de los muchos que circulaban aquellos días. Jamás habría podido imaginar la noticia que nos daría el señor obispo.

13
Una pequeña derrota para evitar un mal mayor

—Señor obispo, ¿me estáis diciendo que García Lorenzo, el caballero palentino del que vos teníais tan buena impresión, el tutor y educador del rey, ha sido comprado por los Lara? ¿Y que ha persuadido a mi hermano para que aceptara la custodia de Álvaro Núñez de Lara? ¿Cómo lo han convencido?

—Muy sencillo, señora. Le han prometido una finca cerca de Torquemada. En estos momentos, don Enrique ya está bajo la custodia de los Lara. Y todo parece indicar que muy pronto os exigirán entregar la regencia del reino —aseguró el obispo.

—Doña Berenguela, es la reacción normal, una vez que tienen a don Enrique en sus manos —comentó don Luis, y añadió—: Argumentarán que la regencia deben ostentarla ellos para evitar conflictos en el reino.

Me sentía perdida y desesperada. ¿Cómo soportar que unos nobles se atreviesen a contradecir lo dispuesto por el rey, mi padre? ¿Quiénes eran ellos para decidir los destinos del reino? No servía de nada formularme preguntas para las que no había respuesta. Lo cierto era que el problema ahí estaba, y yo tenía que hacerle frente.

—¿Y si me niego a entregar la regencia del reino? —les pregunté.

—Podéis hacerlo, pero ello llevaría a enfrentamientos civiles que

pueden conducir a Castilla hacia una guerra civil —dijo el obispo.

—En estos momentos, doña Berenguela, debéis manteneros serena para poder analizar de forma objetiva la situación —me recomendó don Luis—. Tenéis que ser consciente de que en esta sociedad en la que vivimos, acostumbrados a la guerra, una mujer como regente, y apoyada incondicionalmente por el clero, no resulta muy atractiva para una nobleza belicosa y unos curtidos militares.

—Sé que tenéis razón, don Luis. Y no quiero solucionar el problema si para ello es necesario pasar por una guerra. Deberemos buscar otros caminos.

Me quedé en silencio unos minutos. De pronto supe lo que tenía que hacer.

—Estoy dispuesta —les dije— a entregar la regencia. Aunque, a cambio, habrán de firmar determinados acuerdos. Espero me ayudéis a plasmar las normas que deben acatar. Deseo que quede clara mi legitimidad como regente y que todos ellos reconozcan la soberanía intransferible del rey Enrique y del linaje real.

—Debo felicitaros, doña Berenguela, creo que es una buena salida —me animó don Luis.

—Opino lo mismo —corroboró el obispo don Tello.



Don Álvaro de Lara accedió. Juró y firmó que, sin la aprobación de doña Berenguela, no se impondrían tributos extraordinarios. No declararían la guerra a ninguno de los reinos vecinos y no se realizarían cambios en el reino hasta la mayoría de edad de Enrique I.

Doña Berenguela se quedó con las regalías, es decir, los derechos unidos al poder soberano del rey, que le había transmitido su madre, después de haberlas recibido ella misma de su esposo el rey Alfonso VIII.

—Sin duda, ellos han ganado, don Luis, pero no me considero derrotada. Seguiré muy de cerca su actividad. Pueden pasar muchas cosas. Solo hace tres meses que mi hermano está bajo su tutela, y ya han conseguido de Enrique que les conceda el título de condes a los tres hermanos. Estoy segura de que esto despertará envidias entre otros muchos nobles. Y aquí estoy yo para canalizar todo el descontento que aparezca contra los Lara.

—Indudablemente, sois una enemiga difícil y peligrosa.

—Solo me limito a esperar. A observar. Y hacer fructificar todo aquello que pueda resultarme útil.

—¿Habéis tenido noticias de vuestro exmarido, el rey de León?

—Después de la muerte de mi padre no he vuelto a saber de él. Pero estoy segura, don Luis, de que, si le pidiera ayuda (cosa que nunca haré), acudiría de inmediato.

—Os lo pregunto porque tengo el presentimiento de que los Lara intentarán enfrentaros a él.

—Es posible, pero no adelantemos acontecimientos. Mañana pienso irme para Santa María la Real. La paz del lugar me hará bien. Confío en que el obispo don Tello y vos seáis mis ojos y oídos.

—Podéis iros tranquila.

Conseguí la paz durante unos días. La compañía de mis hermanas y de mis hijos me hacía bien. Estábamos a punto de comenzar el verano, y el calor ya se hacía notar. Casi todos los días, antes del crepúsculo, paseaba cerca del río Arlanzón.

Una de esas tardes, al regresar al monasterio, mi corazón se aceleró al ver que alguien había llegado. Estaba segura de que me traían noticias de la corte, y no podía ser buenas.

Antes de llegar a la entrada, vi a mi amigo don Luis que salía a mi encuentro. Su presencia siempre me sosegaba, pero en esta ocasión sabía que no sería así.

—Decidme, don Luis, ¿qué ha pasado?

—El obispo don Tello fue quien me dio la noticia y me pidió que acudiera a veros inmediatamente. Parece ser que vuestro hermano, el rey Enrique, no se siente muy feliz con los Lara, y estos, para animarlo y también para conseguir el apoyo de Portugal a sus planes, han decidido casarlo con la infanta Mafalda de Portugal.

—¿Cómo? Si Mafalda tiene diez años más que él, que solamente es un niño. Mafalda es una de las hermanas pequeñas de Teresa, la primera mujer del rey de León. No tiene sentido ese enlace.

—Lo sé. Pero el matrimonio se celebrará. El rey Alfonso II de Portugal ya ha dado su aprobación —aseguró don Luis.

La noticia me disgustó profundamente. ¿Quiénes eran los Lara para decidir el casamiento del rey? Tenía que tratar de impedirlo, pero no sabía muy bien cómo. Estaba segura de que existía parentesco, aunque lejano. Pero mi hermana Urraca estaba casada con el hermano de Mafalda, y su matrimonio no había sido puesto en el punto de mira del papado. A pesar de ello, yo lo intentaría.

—Don Luis, ya sé qué hacer. Debemos comunicar al papa Inocencio III la noticia de este enlace y los lazos de parentesco que los unen. Ya sabéis lo estricto que es en este tema el pontífice. Él fue quien anuló mi matrimonio. Además, creo que tanto el obispo de Palencia, don Tello Téllez de Meneses, como el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, viajarán a Roma dentro de unos meses para participar en el IV Concilio de Letrán. Ellos podrán hablarle del tema personalmente.

—Doña Berenguela, ¿habéis pensado en el matrimonio de vuestra hermana Urraca con el rey Alfonso II de Portugal? Ellos estarían en la misma situación.

—Sí, claro que soy consciente. De todas formas, lo intentaré.

Los esponsales de Enrique I de Castilla y Mafalda de Portugal se celebraron en agosto de aquel año de 1215, en la ciudad de Burgos.

El matrimonio no llegó a consumarse debido a la edad del rey; Enrique solo contaba once años.

Al año siguiente, el matrimonio fue disuelto por el papa Inocencio III, que lo consideró nulo por lazos de consanguinidad en tercero y cuarto grado. Mafalda regresó a Portugal.

Berenguela no solo había conseguido que el santo padre —que fue considerado uno de los papas más importantes de la Edad Media, que reformó la curia romana, que fue promotor e impulsor de las cruzadas para recuperar Tierra Santa, que había aprobado la regla de San Francisco de Asís y que fue quién convocó el IV Concilio de Letrán— anulara el matrimonio de su hermano, sino que también fue premiada con la protección especial del pontífice para ella y para sus hijos.

Después de la disolución del matrimonio del rey, insistentemente me llegaban noticias sobre el estado de mi hermano que, me decían, se sentía prisionero de los Lara y quería volver conmigo.

No sabía hasta qué punto esas noticias eran reales. Tenía que cerciorarme. Un día, decidí que lo mejor era enviar a la corte a una persona de mi confianza para que se enterara de cuál era en verdad la situación de mi hermano el rey. La suerte no nos acompañó, porque el sirviente por mí enviado fue descubierto por don Álvaro. El cual, después de haber metido entre sus ropas una nota en la que decía que yo, Berenguela, les pedía a todos los que conmigo simpatizaban que, si se les presentaba la oportunidad, envenenasen a mi hermano, ordenó ajusticiarlo. Afortunadamente, la vil maniobra

del conde Núñez de Lara fue descubierta y hubo de soportar más de una algarada popular.

Este grave suceso me hizo temer lo peor. La situación cada vez se volvía más complicada. Los Lara gobernaban de forma arbitraria y caprichosa, provocando rechazo y malestar entre muchos nobles que acudían a mí. En aquellos momentos, me inquietaba lo que pudiera pasarle a mi hermano, así que pensé que tal vez se podría organizar su huida.

Don Luis no me animaba a ello, pero no le hice caso, y envié a mi fiel Rodrigo González de Valverde para que lo ayudase a escapar. Volví a fracasar. González de Valverde fue descubierto y se lo llevaron prisionero a la fortaleza de Alarcón.

Castilla cada vez se encontraba más dividida. Se convocó en Valladolid una Curia extraordinaria. A ella asistieron nobles como Lope Díaz de Haro, gran amigo de mi padre; Álvaro Díaz de los Cameros o Gonzalo Rodríguez Girón, entre otros. Todos, descontentos con la gestión de los Lara al frente del reino, pidieron mi apoyo que, como es lógico, se lo brindé encantada. Ninguno queríamos el enfrentamiento armado. Por ello se decidió intentar llegar a un acuerdo.

Supe que ese era el momento de enviar a mi hijo, el infante Fernando, al lado de su padre a León. Le pedí a don Luis que lo acompañara. Yo, con mi hermana Leonor, me retiraría al castillo de Autillo, que pertenecía a mi mayordomo, Gonzalo Ruíz de Girón.

Desde allí seguiría los acontecimientos, de los que puntualmente me informaban. Así conocí cómo el número de nobles partidarios de que yo asumiera la regencia de Enrique aumentaba día a día. Muchos de ellos fueron expulsados de la corte y otros se alejaron por propia voluntad. La reacción del regente, Álvaro Núñez de Lara, no se hizo esperar. Atacó las tierras de Castilla en Extremadura, tomando algunos castillos.

También nosotros, en Autillo, estábamos sitiados por los hombres del regente. Pero la acción de Díaz de Haro, junto con Díaz de los Cameros y otros nobles afines, nos liberó de aquel desesperante

cerco.

Caminábamos hacia una guerra civil. Me dolía lo que pudiera pasar. Y me dolía sobremanera que mi hermano figurara en las tropas que sembraban el dolor y la desgracia en nuestra tierra. Además, don Luis me había contado que las gentes del pueblo querían a Enrique. En aquellos momentos, tomé la decisión de entregar a mi hermano las tierras y los castillos que iban a ser atacados. Tenía que cesar aquel horror.

14
Un final desgraciado

Nunca lo olvidaré. Llevábamos casi un mes de tranquilidad. Parte de la corte se había trasladado a Palencia. El regente Núñez de Lara y mi hermano el rey, también. Me encontraba paseando con mi hermana Leonor por uno de los patios del castillo. Los meses que llevábamos allí encerradas se dejaban sentir. Necesitábamos aire libre. Estábamos en plena primavera. En el mes de mayo, la naturaleza nos mostraba la mejor de sus sonrisas, pero nuestra realidad era muy distinta. Me encontraba tan sumida en mis pensamientos que ni cuenta me di de que había llegado don Luis.

—Doña Berenguela, perdonad, es urgente que hablemos —se le notaba muy nervioso.

Accedí de inmediato e hicimos un aparte. No podía prever las noticias que traía.

—Esta misma mañana me han dicho que vuestro hermano el rey don Enrique ha muerto.

—¿Cómo que ha muerto? No puede ser cierto. ¿Quién os lo ha dicho? —exclamé, incrédula.

—Hace unos días, don Enrique jugaba con unos muchachos, donceles de su edad, en el patio del palacio del obispo. Cayó una teja y le dio en la cabeza causándole una herida muy grave. Inmediatamente, don Álvaro Núñez de Lara se lo llevó. Y esto ha

sido así, tal y como os lo cuento, porque me lo ha confirmado el obispo don Tello.

—¿Y por qué no he sido informada antes?

—Yo nada sabía, doña Berenguela —admitió él—. Esta mañana me he enterado por uno de los jefes de la guardia del regente, que es buen amigo. Esta persona me aseguró que los médicos nada pudieron hacer, y que don Álvaro Núñez de Lara, con la intención de ocultar el fallecimiento del rey, ha llevado su cuerpo a la fortaleza que posee en Tariego de Cerrato.

—Pero don Tello debería haberme avisado del accidente. El rey es mi hermano y soy responsable de él ante mis padres. No puedo pensar que Enrique haya muerto. Don Luis, ¿estáis seguro de lo que decís?

—Sí, doña Berenguela. Conozco bien a quien me informó. Además, nadie inventaría una noticia de ese tipo.

—Don Luis, si esta desgraciada noticia es verdad, debemos actuar de inmediato. Lo primero es hacer venir al infante don Fernando, que se encuentra en Toro. Inventad cualquier historia para que su padre no sospeche nada. Fernando tiene que estar a mi lado en estos momentos. No vayáis vos, enviad a alguien de la máxima confianza. Os necesito a mi lado, voy a reivindicar mi derecho a convertirme en reina de Castilla. Debemos reunir en Valladolid a todos mis partidarios y también a los miembros de los concejos castellano y extremeño, para comunicarles mi decisión y que aprueben mi derecho a la sucesión, reconociéndome como reina.

—Os apoyo totalmente, doña Berenguela, pero bien sabéis que existirán ciertas reticencias por tratarse de una mujer, aunque en estos reinos ya han tenido una reina, vuestra antepasada, la reina Urraca.

—Don Luis, mi intención es ser proclamada reina y después abdicar en mi hijo.

—Pero, doña Berenguela, vos seríais una buena reina.

—Es posible, aunque creo que en estos tiempos es mejor para el

reino que sea un hombre el titular de la Corona. Durante el reinado de mi antepasada, hubo muchos problemas, y yo quiero el bienestar de Castilla. Pensad, don Luis, ¿cuánto tardarían en exigir que contrajera matrimonio? Tengo treinta y siete años, y aún soy fértil. ¿Os imagináis lo que sucedería si tuviera un hijo?

—Doña Berenguela, cada día os admiro más. Pensáis en todo.

—Esa es mi obligación, pero démonos prisa. Tengo que ser reconocida antes de que el rey de León se entere y reclame la Corona de Castilla para él. Ya sabéis, querido don Luis, que Alfonso VII el Emperador, a su muerte, dividió el reino entre sus dos hijos: Sancho III, el padre de mi padre, y Fernando II, el padre de mi exmarido. Pues bien, los dos hermanos firmaron el Tratado se Sahagún. En este tratado se acordaba que, si alguno de ellos moría sin descendencia, el reino del que había fallecido pasaría a manos del otro. ¿Os dais cuenta, don Luis? Enrique ha muerto sin descendencia, y si no me reconocen a mí…

15
Berenguela I, reina de Castilla

El día había amanecido esplendoroso. El primer obstáculo había sido vencido. Mi hijo Fernando ya se encontraba conmigo. Abandonamos el castillo de Autillo y, acompañados por muchos de los nobles que nos eran fieles, como Lope Díaz de Haro o Álvaro Díaz, nos dirigimos a Palencia. Allí, el obispo, don Tello me recibió, como si ya hubiese sido proclamada reina.

El camino hacia Valladolid, donde quería ser reconocida como legítima heredera, no fue tan sencillo. En Dueñas nos encontramos con dificultades. Los Lara nos cortaron el paso. Mi comitiva hubo de enfrentarse a su gente. Después de dominar la ciudad, les pedí al obispo de Palencia y al arzobispo de Toledo que recogiesen el cuerpo de mi hermano, que don Álvaro Núñez de Lara tenía secuestrado en el castillo de Tariego. También envié a dos de mis hombres de confianza para que negociaran con él la suspensión de los enfrentamientos.

Las negociaciones resultaron inútiles. Don Álvaro solo accedía a negociar si yo le entregaba a mi hijo Fernando, que dentro de unos días cumpliría los dieciséis años.

Tenía que haber enloquecido para pedirme semejante cosa.

Celebradas las exequias por mi hermano en el monasterio de Santa María la Real, emprendimos de nuevo viaje a Valladolid. Por el camino nos enteramos de que los Lara se habían ido a León a ponerse al servicio del rey Alfonso IX.

No era necesario tener mucha imaginación para presentir lo que podíamos esperar de aquella unión. Pero, de momento, lo que resultaba vital era que yo, Berenguela, fuera reconocida como heredera a la Corona de Castilla de forma inmediata, antes de que mi exmarido pudiese actuar.

Mis hombres se movían por todas partes avisando a los miembros de los distintos organismos del reino para que acudiesen a Valladolid, para reunirse en Cortes y tratar el tema de la sustitución del rey.

Muchas de las reuniones resultaron tensas. Algunas voces se manifestaban a favor de unirse a León; otras no se mostraban muy partidarias de que una mujer estuviera en el trono, aunque al final lo conseguimos.

En julio de 1217, en un emotivo acto en la plaza del Mercado de Valladolid, fui reconocida como reina de Castilla. Ciertamente, la alegría por parte del pueblo no fue excesiva. Solo alguna voz cercana gritó: «¡Viva la reina!». Los rostros de los asistentes reflejaban una cierta inquietud que les costaba disimular.

Sin embargo, cuando a los pocos días abdiqué y renuncié a la Corona en favor de mi hijo, el grito sí fue unánime: «¡¡¡Viva el rey!!!». Y todos los allí reunidos manifestaron su euforia.

Ya podía respirar tranquila. Fernando había llegado al trono de Castilla de forma directa y legal; yo era su madre. Mis sueños se habían convertido en realidad.

Me retiraba del primer plano. Se lo cedía a mi hijo. Lo hacía con la completa convicción de que siempre estaríamos de acuerdo. Haría todo lo que estuviera en mi mano para que nuestra relación fuera perfecta.

Nos esperaba un difícil, comprometido y largo camino que recorrer.

16
Pactos, tratados, bodas

Los Lara nunca dejarían de intrigar. Ya se habían hecho un hueco en la corte leonesa y alentaban a mi exmarido, Alfonso IX, a disputarle la Corona de Castilla a su hijo Fernando.

Y así, inducido por ellos, el rey de León había atacado alguna de las plazas y posesiones incluidas en el Infantado de nuestro hijo Fernando.

Padre e hijo habían llegado a un acuerdo provisional para cesar los enfrentamientos. Pero yo quería darle consistencia por escrito al acuerdo, porque, de no ser así, en cualquier momento estaríamos en las mismas.

Sin duda, el destino juega unas veces en contra y otras, a favor, como sucedió en esta ocasión. Cuando mi exmarido estaba a punto de penetrar en Castilla para enfrentarse de nuevo a su hijo, el conde Álvaro Núñez de Lara falleció. Este acontecimiento retrasó la acción de Alfonso IX, y a mí me alentó a tomar una decisión.

—Doña Berenguela, ¿estáis segura de lo que vais a hacer? —me preguntó el siempre prudente don Luis.

—Segurísima. Ya va siendo hora de que mi exmarido y yo nos veamos de nuevo cara a cara. Es el reinado de nuestro hijo lo que está en juego. Sé que se encuentra en Toro. Hasta allí me desplazaré mañana. Quiero hablar a solas con él. Por ello le pediré a

Fernando que vaya, pero más tarde que yo. Don Luis, quiero que me acompañéis vos y mi mayordomo.



A mi otrora esposo se le notaba el paso de los años, aunque seguía siendo un hombre apuesto. No me interesaban ni prestaba atención a los comentarios, pero sabía que las amantes eran una constante en su vida. Y también unos cuantos hijos naturales. Miré mi vestido. No me había esmerado demasiado en mis retoques, pero mentiría si no dijera que me arreglé más que en otras ocasiones. Sobre todo había pedido que me peinaran una hermosa trenza; sabía que sería lo primero en lo que se fijaría.

—Mi querida doña Berenguela, os encuentro muy bien —me saludó, zalamero—. Vuestro cabello sigue siendo precioso. Pero a pesar de vuestra dulce apariencia sois una mujer de carácter, y nunca dejaréis de ser peligrosa. Es difícil fiarse de vos. Una vez más, me habéis engañado llevándoos con mentiras a nuestro hijo de mi lado. ¿Por qué no me dijisteis la verdad? Que vuestro hermano, el rey, había muerto.

—Porque os conozco muy bien y sé que intentarías que la Corona de Castilla fuera para vos. Y debéis reconocer que, muerto mi hermano, la heredera soy yo.

—Pero conocéis lo acordado en Sahagún —me dijo con rabia.

—Sí, pero las mujeres también podemos heredar.

—Berenguela, ¿sabéis cuál hubiese sido la mejor solución? Que no hubieseis renunciado al trono. Vos y yo volveríamos a estar juntos y los reinos también.

—Eso sería imposible —rebatí—. Nuestro matrimonio ya no existe, y aunque existiera, ¿cuánto tardaríais en prescindir de mí quedándoos con todo?

—Querida, no soy tan perverso como pensáis.

—Ahora tenéis la oportunidad de demostrármelo. Firmemos la

paz entre los dos reinos. El rey de Castilla es vuestro hijo, no debéis luchar contra él.

—No sería tan grave si lo hiciera, ¿no sabéis lo que se rumorea de vos?

—No, decidme —le respondí, sorprendida.

—Pues que el accidente de vuestro hermano puede que no fuera casual. Sobre todo, teniendo en cuenta el lugar donde se produjo.

—Eso que estáis diciendo es una infamia. Los Lara ya os han llenado la cabeza de mentiras y falsedades. ¿Quién iba querer asesinar a un niño de trece años?

—Pues alguien cercano a vos para ayudaros y allanaros el camino —soltó con cierta ironía.

En aquellos momentos, de buena gana le hubiese abofeteado. Contuve mi rabia y mi dolor.

—Puestos a especular —repliqué—, también pudo haber sido un partidario vuestro para facilitaros el acceso utilizando lo acordado en Sahagún. En cuanto al lugar, no solo los amigos del obispo tenían posibilidad de entrar al patio donde se produjo el accidente, es un lugar al que se puede pasar con toda libertad.

—No, doña Berenguela, porque si así hubiera sido, inmediatamente me hubiera presentado a reclamar mis derechos al trono. Y como bien sabéis, tardé bastantes días en enterarme del fallecimiento de Enrique. Pero no hablemos más de ello, solo me he hecho eco de un rumor que circula en algunos mentideros.

¿En qué ambientes se comentaba? ¿Cómo alguien podía pensar semejante barbaridad? Me sentía profundamente dolida. ¿Por qué nadie me había dicho nada? Procuré apartar de mi mente aquel comentario y centrarme en lo que me había llevado allí.

—Berenguela, debo felicitaros por la educación que habéis dado a nuestro hijo. ¿Os habéis dado cuenta de que se parece mucho a mí? —cambió el rey de tema.

—Es verdad. Nadie puede negar que es vuestro hijo. Le he pedido que venga mañana, por si tenéis a bien poneros de acuerdo. Fernando no desea enfrentarse a vos. Me ha pedido que os

comunique que está dispuesto a entregaros algunas de las plazas de su Infantado.

—Chico sensato. Berenguela, creo que nuestro hijo será un buen rey.

—De eso no os quepa ninguna duda —respondí orgullosa.



Debo reconocer que mi exmarido no se portó mal. El 26 de agosto del año 1218, en la ciudad de Toro, los reyes de León y de Castilla —padre e hijo— firmaron un pacto de no agresión entre sus reinos. Era el punto final de los conflictos castellano-leoneses por la sucesión al trono de Castilla, después de la muerte del rey Enrique I.



Mi hijo, el rey Fernando III de Castilla, ya podía dedicarse de lleno a reconstruir su reino, y a consolidarse como soberano, ganándose el respeto y el cariño de los castellanos. Había cumplido los dieciséis años. Era todo un hombre. Necesitaba casarse y tener pronto un heredero.

Cómo me acordé de mi madre en aquellos momentos. No era tan fácil como en principio podría parecer encontrar esposa para un hijo. Tenía que elegir una buena candidata, y, por supuesto, asegurarme de que no existiera ningún tipo de consanguinidad. Después de darle muchas vueltas, pensé que lo mejor sería buscar en las cortes europeas.

La elegida fue una joven alemana: Beatriz de Suabia, que era la cuarta hija de Felipe, duque de Suabia, y de Irene Angelo. La futura reina de Castilla era nieta de los emperadores de Alemania y de Constantinopla. Sus padres ya habían muerto cuando la pedimos en matrimonio, y fue su primo, el emperador Federico II, quien nos dio

el consentimiento para la celebración de la boda.

Había sido una buena elección. El tiempo me lo confirmaría. La ceremonia de esponsales se celebró en el mes de noviembre de 1219 en la catedral de Burgos.

El arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada diría de la nueva reina: «Buenísima, bella, sabia y modesta».

Las palabras del arzobispo no eran en absoluto exageradas. Beatriz era una muchacha dulce y buena. Y lo más importante fue que Fernando y ella se gustaron y complementaron. Muy pronto Castilla contó con un heredero. En 1221 nació mi primer nieto, al que le pusieron el nombre de Alfonso.

También ese mismo año acordé el matrimonio de mi hermana Leonor con Jaime I de Aragón. Aunque este enlace no sería tan afortunado como el de mi hijo.

Un año más tarde, casaría a mi hijo Alfonso con Mafalda González de Lara, hija de Gonzalo Pérez de Lara, tercer señor de Molina y Mesa.

17
Una jugada maestra para alejar un posible candidato al trono de León

—Don Luis, no sabéis el bien que me hacen estos paseos en plena naturaleza, cerca del curso del río.

—Lo sé. Recuerdo que ya desde niña os gustaba mirar el discurrir de sus aguas.

—Me ayuda a pensar, a profundizar en mi interior. Siempre me he sentido identificada con las aguas que se desplazan por los cauces de los ríos. Como ellas, reacciono ante las situaciones que me rodean. Las aguas se vuelven bravas para defenderse de los contratiempos en el camino, mientras que la paz vuelve a su seno al deslizarse por zonas tranquilas. Lo mismo me sucede a mí. Y también, como ellas, camino hacia el final. Alguien me dijo en una ocasión que las aguas de los ríos tiemblan de miedo cuando llega el momento en el que deben fundirse con el mar. Es posible que a mí me suceda lo mismo cuando se acerque mi último momento, aunque pido a Dios que me ayude y aumente mi fe en él.

—Es hermoso lo que decís. Desde hoy, os aseguro que cada vez que vea fluir las aguas de un río me acordaré de este instante, y de vos, mi querida y admirada doña Berenguela.

—Don Luis, siguiendo con el símil de las aguas del río, puedo deciros que actualmente mi vida discurre tranquila, ya lo sabéis,

pero en el horizonte veo algo que podría alterar esta paz, y deseo comentarlo con vos y que me deis vuestro consejo.

—Decidme.

—Me he enterado de que, dentro de poco, llegará a Castilla, para peregrinar a Santiago de Compostela, don Juan de Brienne, rey de Jerusalén. Y tengo entendido que mi exmarido tiene en mente casarlo con una de las hijas tenidas con Teresa, y convertirlos en sus herederos. Con lo cual, desaparecería toda posibilidad de que mi hijo, el rey Fernando de Castilla, lo fuera un día también de León. No quiero quitarles nada a sus hijas, pero sería un horror que un extranjero se convirtiera en rey de León.

—Os entiendo, doña Berenguela, ese matrimonio no debería celebrarse. Pero ¿cómo impedirlo?

—Casándolo con mi hija Berenguela. Escribiré a mi hermana Blanca, que ya es reina de Francia, para que me ayude a organizar el matrimonio del rey de Jerusalén con mi hija. Sé que su suegro, el difunto rey Felipe Augusto, ayudó mucho a Juan de Brienne, y seguro que puede influir en él.

—Pero, doña Berenguela, don Juan de Brienne es mayor que nosotros. Tiene treinta años más que la infanta. Además, ya se ha casado dos veces.

—Todo eso lo sé. Y no me preocupa. Mi hija está preparada para servir a la Corona de Castilla, allá donde se la envíe. Y, además, será reina.

—Igual que vos, ¿verdad?

—Sí, don Luis. En toda mi vida no he hecho otra cosa. Por cierto, hace tiempo que quiero comentaros algo que no se va de mi mente desde que mi exmarido me lo dijo. Sé que debería olvidarlo, pero deseo sincerarme con vos. Cuando nos vimos en Toro, antes de firmar el acuerdo, el rey de León mencionó un comentario que, según él, circulaba por ciertos ambientes y que versaba sobre la posible intencionalidad en el accidente que le costó la vida a mi hermano, el rey Enrique. Y dejó entrever que yo podía haber estado en la conspiración. Ya os podéis imaginar el dolor que me originó tal

sospecha. Tengo la duda sobre si habrá sido una invención de los Lara, que ya estaban con él, o si ciertamente se comentaba en algunos círculos de la nobleza.

—Doña Berenguela, jamás he oído nada. Y tengo amigos que se mueven en muy distintos ambientes. Estoy seguro de que son invenciones de los Lara. Os conozco bien y estaría dispuesto a dar mi vida por defender vuestra inocencia en este tema. Y, además, sé que no la perdería.

—Muchas gracias, don Luis.

—No debéis pensar más en ello. Y por quitarle maldad a quien haya creado ese bulo, muchas veces suceden cosas fortuitas y tratamos de buscar razones que nos expliquen por qué han pasado. Vuestro hermano, el rey Enrique, murió como consecuencia de un desafortunado accidente. De verdad, olvidaos de ello.

Las palabras de don Luis me brindaron el consuelo que buscaba. Me había dolido el comentario, aunque el dolor se había incrementado al proceder del que había sido antaño mi esposo. Habíamos vivido juntos unos cuantos años. ¿Cómo se había atrevido a comentarme tal disparate? Él conocía muy bien mi amor por la familia. Jamás traicionaría la confianza de mis padres, y mucho menos la de mi madre, que tanto me había encomendado el cuidado de Enrique.

Le haría caso a don Luis: no volvería a pensar en ello.



Mi hija se casó con el rey de Jerusalén en mayo de 1224. No llegó a trasladarse a la Ciudad Santa, porque su marido Juan de Brienne dejó de ser rey unos meses después de la boda. Pero sí viajaría a Constantinopla, como emperatriz, ya que su esposo fue nombrado emperador de esta ciudad. Aquella niña, cuya imaginación portentosa otorgaba vida a los personajes de las historias que su hermana le contaba, se iba a vivir a Constantinopla, una ciudad de

ensueño, donde sería conocida como la emperatriz Berengaria.



Aquel año de 1224 finalizaban, después del verano, los acuerdos de paz suscritos con el califa. Mi hijo, el rey Fernando, se iba a reunir con la Curia para decidir qué postura adoptar: o bien renovar las treguas que garantizaban la paz, o bien volver a la conquista para arrebatarles a los almohades sus territorios y ciudades.

Los magnates y prelados, reunidos en Carrión de los Condes, decidieron no prorrogar las treguas. En este tiempo, mi hijo Fernando se había dedicado a reforzar y a recuperar interiormente a Castilla. Su figura como rey resultaba indiscutible. Él había logrado incrementar el prestigio real. Estaba en condiciones de empezar su guerra contra el islam.

Yo vivía entregada en cuerpo y alma a apoyarlo. Me comentaba todas sus decisiones. Juntos organizábamos el gobierno. Yo me ocupaba de los asuntos internos. Me había establecido en Burgos, aunque de vez en cuando tuviera que desplazarme.

Había un tema que me preocupaba y no sabía cómo encauzarlo. Siempre me había ilusionado comprobar que Palencia era una ciudad culta, debido fundamentalmente a la existencia del Estudio General. Recuerdo cuando el obispo don Tello me habló del proyecto y cómo mi padre lo convirtió en realidad. Pero, en la actualidad, habría que proporcionarle un pequeño impulso. Después de la muerte del rey Alfonso VIII, y también por la falta de interés por parte de los Lara, que se apropiaron de las tercias eclesiásticas y de las rentas que mi padre había destinado para pagar los salarios de los profesores, aquella incipiente universidad no estaba pasando por sus mejores momentos.

Además, hacía unos años, el rey de León había decidido crear otro estudio general en Salamanca.

Este era uno de los temas pendientes de los que tenía que hablar

con el rey, mi hijo.

18
El fallecimiento de Alfonso IX: el trono de León en disputa

Año de 1230

—Don Luis, ha sido un acierto buscar esposa para mi hijo en Europa —le dije a mi fiel confidente.

—Sí. La reina doña Beatriz es inmejorable —se mostró de acuerdo él.

—Lo es, pero no lo digo por eso, sino porque con ella se han mezclado sangres distintas, y eso se refleja en la menor mortalidad de sus hijos.

—Es verdad, no lo había pensado. ¿Cuántos nietos tenéis? —se interesó.

—Se han casado hace diez años, y han tenido cinco hijos. Lo más importante es que ninguno ha fallecido. Además, de los cinco, tres son varones.

—Y los que todavía tendrán, doña Berenguela.

—Seguro —afirmé—. El trono de Castilla está asegurado. Don Luis, ¿os dais cuenta de cuántas personas a las que hemos querido ya no están con nosotros? —No pude evitar una cierta tristeza.

—Pensáis en vuestra hermana doña Urraca, reina de Portugal, ¿verdad?

—Sí. En ella y en su marido. Los dos han muerto. Eran relativamente jóvenes. ¿Os da miedo la muerte, don Luis? —quise saber.

—No. Pero amo la vida.

En esta conversación estábamos mi fiel consejero y yo enfrascados, sin ser conscientes de que nuestro diálogo era casi como un preámbulo a la noticia que nos iban a dar en breve, porque, al poco rato, el ayudante de mi mayordomo pidió permiso para entrar.

—Señora, debo comunicaros el fallecimiento del rey Alfonso IX de León —me notificó, tras una breve reverencia—. Ha muerto en Villanueva de Sarria cuando peregrinaba a Santiago para agradecer al apóstol la conquista de Cáceres.

No dije nada. En un segundo pasaron por mi mente muchos de los momentos compartidos con el que había sido el padre de mis hijos. Pensé que encerraba un cierto significado que su adiós a la vida se produjera haciendo el camino que más amaba. Aún podía ver su cara cuando, emocionado, me explicaba lo que para él representaba la ciudad de Santiago. No tuve necesidad de preguntar dónde sería enterrado. Sabía que Alfonso había elegido un lugar en la catedral compostelana. Un lugar al lado de su padre, el rey Fernando II de León.

—Muchas gracias —dije, mirando a mi sirviente.

Una vez que se hubo ido, le pedí a don Luis que se enterara en qué zona se encontraba mi hijo, el rey, tenía que informarle inmediatamente.

—Señora, creo que esta tarde estaban cerca de Toledo.

—Por favor, don Luis, encargaos de que salgan inmediatamente para informarlo —le pedí—. Yo partiré también a su encuentro. Es urgente que nos reunamos.



Me encontré con mi hijo en Orgaz. Mi mensajero ya le había comunicado la muerte de su padre. Juntos cabalgamos hasta Toledo. Allí decidiríamos qué hacer.

Tanto mi hijo como yo estábamos de acuerdo y dispuestos a reclamar la heredad del reino de León. Iba a resultar muy complicado. Su padre no le había perdonado que se proclamara rey de Castilla en contra de su voluntad. Aunque el ser varón le facilitaba el camino a mi hijo. También teníamos en nuestro poder una bula del papa Honorio III, que yo me había encargado de conseguir. En el documento, el papa reconocía a Fernando como hijo y heredero de Alfonso IX, como había sido suscrito en el Tratado de Cabreros en 1206. En aquel tratado fueron reconocidos legítimos los tres hijos que había tenido con Teresa y los cuatro conmigo. Pero ese día, Alfonso IX designó a nuestro hijo Fernando como heredero. Con este acuerdo se anulaban los efectos de la anterior bula de Inocencio III, que al declarar nulo nuestro matrimonio ilegitimaba nuestra descendencia.

Pero Alfonso IX había nombrado herederas a sus dos hijas: Sancha y Dulce. A mí, aquella decisión del rey leonés, independientemente del interés que sentía por mi hijo, me parecía un tanto extraña. ¿Reinas las dos? ¿Se turnarían para gobernar? Si se casaban, ¿serían cuatro los reyes? En un momento dado, podrían entre ellas ponerse de acuerdo, pero estando casadas, eso sería imposible.

Todas estas incongruencias —así las consideraba yo— me estimulaban en la reivindicación de la Corona de León para mi hijo Fernando. Decididos a conseguirla, abandonamos Toledo. En el camino hacia León, muchas localidades reconocían a Fernando como su rey.

El reino de León, como pude comprobar, se encontraba dividido. Eran más los partidarios de Fernando, pero un sector importante apoyaba a las infantas Sancha y Dulce. Se trataba de un sector que no quería la fusión con Castilla bajo ningún concepto, pero al que tampoco le gustaba que el poder del reino recayera en dos mujeres.

Pude comprobar que, más que defender los derechos de las infantas, lo que deseaban era que León siguiera siendo independiente.

Fue entonces cuando propusieron una solución que, desde luego, tenía su lógica. Proclamar a mi otro hijo, Alfonso, rey de León.

Yo quería a mi hijo Alfonso. Lo conocía muy bien. Era inteligente, bondadoso. Se llevaba muy bien con su hermano mayor. Estaba segura de que, aunque acudiesen a él para proponerle la corona, jamás aceptaría sin consultar con su hermano y conmigo.

No me equivocaba. Él acudió a mí. Yo le pedí que no aceptara. Le expliqué mis razones. Era una oportunidad única de unir los dos reinos y hacerlos más fuertes.

Alfonso rechazó la oferta que le hicieron. Yo nunca olvidaría su gesto de generosidad.



Desaparecida aquella posible solución, el tema sucesorio no presentaba visos de arreglarse, y todo apuntaba a que habría que recurrir a las armas. ¿Me había equivocado al pedirle a Alfonso que no aceptara la propuesta?

Me pasaba horas y horas dándole vueltas al problema. ¿Cómo conseguir la unión de los dos reinos sin lucha?

Pensé en doña Teresa, que estaba en Zamora con sus hijas. Allí estaban seguras. Para Zamora no existían más herederas que las infantas Sancha y Dulce. A mi exmarido le habría llenado de orgullo conocer que la ciudad en la que había nacido quisiera respetar hasta el último momento lo que él había dispuesto. A pesar de que no lo había dejado reflejado en ningún testamento, sí había reconocido públicamente en muchos actos oficiales que sus hijas serían las herederas del reino.

Me imaginé que si yo lo estaba pasando mal, a doña Teresa y a sus hijas seguro que les sucedía lo mismo.

No se lo comentaría a nadie, ni a don Luis. Acababa de decidir que me pondría en contacto con doña Teresa.

No había pasado ni una hora desde que había tomado la decisión de encontrarme con ella, cuando recibí noticias suyas. Casi no podía creerlo. Ella solicitaba lo mismo que yo le iba a pedir a ella.



Partí para mi reunión con doña Teresa intentando mantener mi viaje en secreto. No tenía ni idea del tiempo que habíamos parado a descansar cuando vi que alguien se acercaba a la casa y se dirigía a mí.

—Doña Berenguela, perdonad, pero deberíamos reemprender el camino.

—¡Don Luis, ¿qué hacéis vos aquí?! —me sorprendí cuando lo vi aparecer.

—Perdonad mi atrevimiento, doña Berenguela. Me he enterado por vuestra dama más cercana que habíais salido hacia Coyanza. No sé qué pensáis hacer allí, pero quiero acompañaros. Sí, soy consciente de que no quisisteis comunicármelo, pero al tener conocimiento de ello, me puse en marcha. Somos viejos amigos, doña Berenguela. Además, estoy seguro de que vos habríais hecho lo mismo.

—Ay, mi querido amigo. Es tan importante la reunión que voy a mantener que de ella puede salir la solución del problema que no me deja vivir.

—Adivino quién será la interlocutora de la reunión.

—Ahora os lo cuento todo, don Luis, pongámonos en camino.



Coyanza (Valencia de Don Juan), ese mismo día

No ha querido consultarlo con nadie. Sabe que está haciendo lo correcto. Ha tenido que enfrentarse a situaciones complicadas en su vida y siempre ha mantenido una postura firme y conciliadora.

La inmediata respuesta de doña Berenguela, que acude a reunirse con ella, le hace presagiar que la reunión pueda ser fructífera.

No conoce a la castellana, pero le han hablado mucho de ella. La Castellana. Así la llamaban los leoneses. Sabe que es hábil en política, valiente, muy luchadora y que le gusta el poder. Todo lo contrario que a ella, que prefiere la paz del convento.

Teresa es consciente de que serán muchos los que, de conocer lo que ella pretende, mostrarían su desacuerdo. Está segura de que Berenguela, en este aspecto, piensa igual que ella. De todas formas, tendrá que estar en guardia ante una negociadora tan hábil como la Castellana.

Ha acertado al desplazarse a Coyanza hace dos días, de esa forma ha evitado la penuria de viajar en medio de la nieve.

Sus hijas, Sancha y Dulce, la han acompañado y han delegado en ella para que decida sobre su futuro. También doña Ana ha viajado con ellas.

Teresa sonríe. Piensa que Berenguela es fuerte y que puede con todo, aunque es posible que no lleguen esta tarde, como habían anunciado. Poco importa, lo fundamental es que se reúnan y se pongan de acuerdo.

Podía haber ido ella a León, pero mejor reunirse en un lugar apartado y con cierta privacidad.

Además, León, en aquellos momentos, se encuentra muy dividido. Si su exmarido, el rey Alfonso IX de León, viviera, se sentiría orgulloso de la fidelidad de la ciudad de Zamora. Ni una sola fisura en el cumplimiento de su voluntad.

Nunca le han gustado las intrigas políticas, ni las luchas por el poder. Sin duda, ha sido afortunada, porque su existencia en estos últimos años es mucho más placentera, ya que se dedica a lo que verdaderamente le interesa, a convertir en realidad los sueños de su corazón.

En aquellos momentos de cierta incertidumbre el recuerdo de su abuelo cobra vida. ¿Qué habría hecho él? ¿Qué consejo le daría?

«Mejor no pensar en ello —se dice—. Yo soy mujer y tengo mi personalidad y mi escala de valores. Debo actuar según mi propio criterio. Ciertamente, la situación política es complicada y puede serlo más. La estabilidad de los reinos es importantísima. Y la felicidad y bienestar de mis hijas también. Espero que mis decisiones sean las correctas, y así conseguir un acuerdo que nos ayude a todos».

Teresa pasea un tanto nerviosa por la habitación… Se acerca al fuego para calentarse. Las hermosas llamas atraen su atención de forma casi hipnótica. Sin poder apartar sus ojos de ellas, se sienta muy cerca para seguir mirándolas, fundiéndose en ellas… Siempre le ha gustado mirar al fuego… Y mientras lo hace, Teresa se deja mecer por los recuerdos…

SEGUNDA PARTE

TERESA DE PORTUGAL

19
La infancia en Coímbra de doña Teresa

Coímbra, año de 1185

—Doña Teresa, no debéis quedaros tanto tiempo al lado del fuego —me dijo con cariño mi ama doña Goda.

—Sí, lo sé, pero es tan hermoso contemplar cómo las llamas se entrelazan para bailar una danza cuyo ritmo solo ellas conocen. Ahora mismo os acompaño, doña Goda. ¿Me llevaréis al mercado?

—Si vuestra madre no decide otra cosa, saldremos a pasear y dejaré que os acerquéis a los puestos de flores que tanto os gustan.

—Qué bien. ¿Llevaremos algo para regalar?

Me encantaba ver a las niñas que correteaban por el mercado. Eran las hijas de los campesinos y mercaderes de los puestos ambulantes. Muchas veces les llevaba algunos dulces, siempre animada por doña Goda, que no se cansaba de repetirme que era muy importante ayudar a las personas.

Qué suerte había tenido al tener cerca a doña Goda, y que fuera ella quien se preocupara de mí. Era una persona que me había ido moldeando poco a poco. Era una mujer culta, sensible, buena y muy espiritual.

Fui una niña muy afortunada. Crecí rodeada de cariño. Vivíamos en Coímbra, en la corte de mi abuelo, el rey Alfonso I de Portugal. Todos me protegían. Era la mayor de mis hermanos, y ello fue la

causa de que durante un tiempo todas las atenciones fueran para mí.

Me llamaron Teresa, como la madre de mi abuelo, aunque tal vez no fuera por ella, ya que había oído comentar a alguna de las sirvientas lo mala que había sido mi bisabuela con su hijo, mi abuelo.

Hacía tiempo que quería que me contaran lo que había pasado. Un día pude vencer mi vergüenza y me atreví a preguntarle a doña Goda.

—¿Y por qué estáis tan interesada? —me preguntó.

Le conté los rumores que habían llegado hasta mí.

—Doña Goda, ya no soy tan pequeña. Pronto tendré diez años y puedo entender casi todo.

—Seguro que sí. Siempre habéis sido una niña muy adulta. Pero no sé si debo.

—Claro que sí. Si no me lo contáis vos, alguien lo hará.

—Está bien. Tenéis razón. Mejor será que lo haga yo. La madre de vuestro abuelo, como bien sabéis, se llamaba doña Teresa de León. Había nacido en Galicia y era hija natural del rey de Castilla Alfonso VI. Su padre, la casó con trece años con Enrique de Borgoña. Al poco tiempo les concedió el título de condes de Portugal, al entregarles el condado Portucalense. Tuvieron cuatro hijos, y solo uno de ellos fue varón: vuestro abuelo. Cuando murió su esposo en 1112, se convirtió en tutora de su hijo, que solo tenía tres años. Dicen que a doña Teresa le gustaba mucho el poder. Al poco de enviudar hubo de hacer frente a los ataques de su hermana de padre, la reina Urraca.

—Doña Goda, ¿mi bisabuela era hermana de la reina Urraca?

—Sí, pero ¿qué sabéis vos de la reina Urraca?

—Puede parecer que me dedico a escuchar las conversaciones de los mayores, pero un día en una de las naves de la catedral hablaban dos sacerdotes y nombraron a un tal Gelmírez. No sé muy bien qué contaban de él, pero de pronto uno soltó una carcajada diciendo: «Pues con todas sus intrigas y su poder, la reina doña

Urraca lo hizo prisionero. Claro que a doña Urraca no le temía a nadie. Fue la primera mujer en ser reina». Reconozco que aquello me impresionó y por ello lo recuerdo.

—Pues en aquellos enfrentamientos con tu bisabuela, de los que te hablaba hace unos segundos, la reina Urraca contaba con el apoyo de Gelmírez, que luchaba a su lado. Gelmírez fue el primer arzobispo de Santiago de Compostela. Pero ya sabéis lo que suele suceder en aquellos que ambicionan el poder: amigos de hoy, enemigos de mañana. Os sigo contando. Doña Teresa de León comenzó a relacionarse con Fernando Pérez, conde de Traba, un gallego muy rico, que dejó a su mujer para vivir con doña Teresa en adulterio. Aquello era un mal ejemplo, e hizo que la mayoría de nobles portucalenses rechazaran su comportamiento.

—Doña Goda, ¿mi bisabuela tuvo hijos con ese hombre sin estar casada?

—Sí, más de uno. Y todo ello contribuyó a crear un ambiente tenso. Pero la situación empeoró al negarse doña Teresa a entregar la herencia paterna a su hijo, vuestro abuelo, cuando ya había cumplido la edad reglamentaria.

—¿Y qué pasó?

—Pues que se desencadenó una guerra entre ellos. Vuestro abuelo, que ya tenía dieciocho años, apoyado por un sector importante de la nobleza, se enfrentó a las tropas de su madre y de su amante. La batalla decisiva se libró en el Campo de San Mamede (1128), que está muy cerquita de Guimaráes. Resultó victorioso vuestro abuelo, que transformó el condado en reino independiente. Él se hizo llamar Alfonso I de Portugal y convirtió a Coímbra en la capital, aunque los primeros años no utilizó el título de rey, sino el de príncipe, pero eso os lo cuento en otro momento.

—De acuerdo, pero ¿qué pasó con su madre?

—Siempre he oído que ella y el conde de Traba fueron expulsados de Portugal, y que pasaron el resto de su vida en Galicia, donde siguieron viviendo juntos.

—¿Mi abuelo y su madre nunca se volvieron a ver?

—No.

—Qué historia tan triste, doña Goda. Gracias por contármela.

No me gustaba aquel mundo. Para mí, el cariño era lo más importante. No dejaba de darle vueltas a lo mismo: ¿cómo una madre puede arrebatarle a su hijo lo que le pertenece? Yo no quería ser así.

Pensé que, en cuanto viera a mi abuelo, lo abrazaría fuerte fuerte. Seguro que me llamarían la atención, mas no me importaba. Sentía necesidad de mostrarle mi cariño. Tenía que haber sufrido mucho.

No es que sospechara nada de todo esto, pero mi abuelo, el rey Alfonso, siempre me había parecido distinto a los demás. Yo solo era una niña, aunque sabía que cuando un rey se quedaba viudo, pronto se volvía a casar. Sin embargo, mi abuelo se había quedado viudo hacía veintiocho años, y así seguía. Su actividad preferida era la guerra, aunque ello no le había impedido tener amantes e hijos naturales.

Por supuesto que algunas de las cosas que hacía mi abuelo no me parecían bien, pero me sentía muy orgullosa de él. Que fuera el creador y, por tanto, el primer rey del reino de Portugal me parecía increíble. Yo era la primera hija de su heredero, y aunque no fui varón como todos hubieran deseado, mi abuelo siempre me mostró un afecto especial. El poco tiempo que estaba en la corte yo aprovechaba para pasar un ratito con él.

Recordaba que siempre me hablaba de la alegría que sentía cada vez que conquistaba ciudades a los almohades.

—Espero, mi querida Teresa, que un día puedas disfrutar de un Portugal fuerte e independiente, sin presencia musulmana. Tal vez, tú, entonces, seas reina —me comentó un día.

—No, por favor, yo no quiero ser reina —le dije muy seria.

—¿Cómo que no quieres ser reina? —me preguntó sorprendido.

—Pues porque lo único que me hace feliz es una vida sencilla, es estar al lado de las personas a las que quiero. No me interesa mandar. Me gusta la naturaleza, las flores. Quiero ser libre como las

mariposas que se posan allí donde les apetece y vuelan en libertad.

Mi abuelo sonrió.

—Eso lo dices porque aún eres niña, ya verás cuando crezcas. Y, además, estoy seguro de que serás una buena reina.

—Abuelo, ¿no os cansáis de estar tanto tiempo en el campo de batalla?

—Sí, Teresa, claro que a veces me canso, pero es necesario que fortalezca el reino. Al principio, cuando teníamos todavía poca entidad, los reinos vecinos nos miraban con curiosidad y dudaban de nuestro futuro. Desde entonces y hasta hoy he intentado hacer de Portugal un reino al que todos respeten —decía, convencido.

—¿Sabéis, abuelo? Estoy muy orgullosa y feliz de ser la nieta del primer rey de Portugal. Me gustaría preguntaros: ¿cómo se consigue crear un reino?

—Eres muy pequeña para explicarte estas cosas.

—Todos me dicen lo mismo. Pronto cumpliré diez años y puedo comprender casi todo.

—Está bien. Te contaré solo tres o cuatro cosas.

—Sí, por favor —le pedí ilusionada.

—Verás, el condado portucalense pertenecía al rey de León, que lo donó a mis padres. En un momento dado, tuve que enfrentarme con mi madre. Gané la batalla y me hice dueño y señor del condado que, en realidad, me pertenecía por herencia. Pensé que podría ampliar los territorios de este condado arrebatando ciudades a los árabes. Decidí establecer la corte en Coímbra, para tener una mayor independencia y también para tener más cerca las tierras en las que vivían los musulmanes. En este tiempo no volví a utilizar el título de conde porque significaba mi dependencia del rey de León. Tampoco me hice llamar rey, sino príncipe.

—Abuelo, ¿por qué no podíais utilizar el título de rey?

—Muy sencillo, Teresa, yo no debía por mí mismo otorgarme esa categoría. El rey de León, dueño legítimo de estas tierras, tendría que reconocerme como tal.

—Abuelo, el rey de León y vos erais parientes.

—Teresa, ¿cómo lo sabes? —se sorprendió.

—Bueno, es que un día le pregunté a doña Goda por mis antepasados.

—Eres una niña muy curiosa, pero no es malo. El rey de León, Alfonso VII, y yo éramos primos. Nuestras madres eran hermanas de padre.

Me habría gustado tanto hablar con él de su madre, la, para mí, terrible Teresa. Desde que había conocido la historia, quería mucho más a mi abuelo. Pero no me atreví a decirle nada, solo le pregunté si el rey de León había tardado mucho en reconocerlo como rey.

—Al final, no esperé su reconocimiento —me contestó—. Porque después de haber librado grandes batallas y conseguir victorias inimaginables como la de Ourique, fui proclamado rey por mis tropas. Lisboa y Santarém ya nos pertenecían. La independencia del reino de León ya era inevitable. Quiero contarte asimismo, Teresa, que tuve muy en cuenta a la Iglesia que, con toda seguridad, aprobaba mi lucha contra los infieles, y establecí contactos con la jerarquía eclesiástica. El arzobispo de Braga fue un firme apoyo. Él me alentó en todo momento y propició el encuentro que mantuvimos en Zamora el rey Alfonso VII de León y yo.

—¿Qué pasó?

—Llegamos a un acuerdo y firmamos el Tratado de Zamora, por el que Alfonso VII de León me reconocía como rey.

—Abuelo, os sentiríais muy feliz ese día —le dije emocionada.

—Sin duda, fue inolvidable. Aunque la alegría fue mayor cuando, unos años más tarde, el papa Alejandro III, en la bula *Manifestis Probatum*, me reconoció como rey, y a Portugal como reino independiente y como vasallo de la Iglesia.

Eran tantas las cosas que me podía contar mi abuelo… Yo no sabía muy bien sobre qué edad se solía morir la gente, pero él era muy mayor. Doña Goda me había dicho que tenía más de setenta años.

—Abuelo, ¿mi padre será quien os suceda en el trono? —le pregunté.

—Así será. De hecho, algunas misiones ya se las encomiendo a él…

No pudimos seguir hablando, porque mi madre, la reina, nos interrumpió:

—Teresa, ¿cuántas veces he de decirte que no importunes al rey?

—Tranquila, hija. Teresa es mi nieta. Es una niña muy lista y puede que algún día, si no tenéis un varón, sea ella quien dirija los destinos del reino.

La idea de que aquello pudiera ser verdad me sobrecogió. Miré a mi madre, el comentario de mi abuelo había entristecido su rostro. En aquellos momentos yo ya tenía dos hermanas.

Mi madre se llamaba Dulce, y era infanta de Aragón. Creo que nunca un nombre estuvo en mayor consonancia con la personalidad de quien lo llevaba. Jamás la vi enfadada. Siempre afable, discreta, cumpliendo a la perfección lo que de ella se esperaba: ser una sumisa esposa y una buena madre.

Ella, como casi todos los miembros de las familias reales, en especial las mujeres, fue utilizada para estrechar lazos entre reinos, o para impedir el demasiado expansionismo de los reinos vecinos.

—Perdonadme, señor. He venido a buscarla porque doña Goda acudió a mí, preocupada, al no poder localizarla. Muy pronto me di cuenta de dónde se podría encontrar.

—Teresa, ¿te agrada la compañía de doña Goda? —quiso saber mi abuelo.

—Me gusta mucho. Es muy buena, cariñosa y muy inteligente. Esta tarde nos vamos a la catedral.

—¿Sabes que yo mandé construirla?

—Claro, abuelo.

—Bueno, Teresa, ya me contarás de la visita que vas a hacer. Y recuerda que, cuando quieras, puedes venir a charlar conmigo —me dijo mi abuelo despidiéndome.

Besé su mano y me fui con mi madre.

20
Los trescientos ochenta capiteles de la catedral de Coímbra

—Doña Goda, estoy segura que los treinta capiteles que he visto hasta ahora son distintos.

—Pero ¿de verdad queréis verlos todos? Necesitaremos varias tardes.

—No, antes quería hacerlo, pero ahora he decidido que no.

—¿Por?

—Porque llegará un momento en el que ya no sabré si son distintos o no. Me he convencido de que no merece la pena esa comprobación. Lo que si me gustaría saber es si es cierto que en ninguno de los trescientos ochenta se han esculpido figuras humanas.

—Yo no lo he comprobado, doña Teresa, pero parece ser que no existen figuras humanas en ninguno de ellos. Que los motivos reflejados son vegetales, algunos animales y dibujos geométricos. Tampoco hay escenas de la Biblia.

Me sorprendía que en los capiteles de una catedral no hubiese ninguna imagen de ángeles o de santos, ni tampoco alusión a algún pasaje de la Biblia.

—Doña Goda, ¿y por qué no habrán querido labrar figuras humanas?

—No lo sé. Hay quienes opinan que puede deberse a que los artistas fueran mozárabes. Ya sabéis, son los cristianos que durante tiempo han vivido en ciudades bajo el Imperio musulmán y que han permanecido fieles a su fe, aunque, en muchas de sus manifestaciones, especialmente artísticas, se nota cierta influencia árabe. Y, como bien sabéis, Coímbra estuvo bajo poder musulmán mucho tiempo.

—Sí, pero mi abuelo la ha convertido en capital del reino. Le ha dado fueros, ha reconstruido y reforzado su muralla. Ha dotado a Coímbra de una estructura urbana dividiendo la ciudad, en una Zona Alta donde residen los nobles, el clero… Y la Zona Baja, junto al río, donde se han establecido los comerciantes y artesanos. También ha mandado construir esta catedral, y él ha decidido personalmente ponerla bajo la advocación de la Asunción de la Virgen. Doña Goda, yo no sé cómo serán otras catedrales, pero esta me parece preciosa.

—Doña Teresa, se nota vuestro entusiasmo, y que queréis mucho a vuestro abuelo. Indudablemente, sois la mejor propagandista de la obra del rey Alfonso I.

—Sí que lo quiero, doña Goda, y lo admiro mucho.

—Eso está muy bien. En cuanto a la catedral, la verdad es que no conozco muchas, pero el estilo de esta creo que es único. Difícil de superar. Me imagino que el claustro en el que aún trabajan será precioso.

—Doña Goda, nunca se lo he preguntado a mi abuelo, el rey, pero ¿es cierto que los cinco escudos azules que aparecen en su estandarte representan a los cinco reyes árabes que él venció en la famosa batalla de Ourique?

—Así es, doña Teresa, me gusta vuestra curiosidad. Mantened siempre el interés y la necesidad de saber. Y como sé que admiráis mucho a vuestro abuelo, os contaré algo que creo no conoceréis, y os va a gustar.

—Sí, sí, contadme cosas de mi abuelo —le pedí ilusionada.

—El rey don Alfonso sabe rodearse de personas inteligentes, sin tener en cuenta sus creencias. Desde un principio prestó atención y

ayuda a los judíos. Hoy, el recaudador de impuestos del reino es un judío. Hay gente muy interesante entre ellos, y vuestro abuelo ha sabido apreciarlo. Un día pediré permiso para llevaros a la judería.

—¿Es verdad que esos barrios son como una ciudad dentro de la ciudad?

—En cierta forma, sí. Tienen tiendas, sinagoga, que es como llaman a su iglesia, prisión, cementerio… La autoridad reside en el rabí, elegido por las personas más destacadas de la comunidad, que es ayudado por notarios y funcionarios.

—No lo sabía. Y eso que me contáis de la relación de mi abuelo con los judíos es otro motivo más para admirarlo, aunque hay algo que le pediría.

Doña Goda me miró con curiosidad.

—¿Y qué le pediríais? —me preguntó muy sonriente.

—Conventos de religiosas. Solo existen conventos de monjes. A mí me gustaría pasar algunas tardes en algún convento y hablar con las monjas. Ellas están muy cerca de Dios —respondí muy seria.

—Mi querida doña Teresa, también vos estáis cerca de Dios.

—Sí, pero en el convento más. Doña Goda, deberíais contarle al rey la historia de los dos hermanos gemelos que fundaron la vida monacal.

—No creo que le interese mucho.

Igual tenía razón, pero a mí me resultaba una historia muy bonita e interesante. Desde que doña Goda me la había relatado, pensaba muchas veces en ellos. Eran italianos. Él se había retirado a vivir solo, como un ermitaño y después de un tiempo fundó un monasterio, en un sitio que se llamaba Montecasino, creando una regla monástica. Se llamaba Benito, y lo más curioso fue que su hermana gemela, Escolástica, fundó otro monasterio femenino muy cerca y con la misma regla, del que ella fue abadesa.

El final de sus vidas era como para recordarlo siempre. Significaba para mí una demostración delo importante que es el amor y de cómo sentir la presencia de Dios cerca de nosotros. Dicen que los dos hermanos se veían una vez al año. Como la regla era tan

estricta, ninguno de ellos podía entrar en el convento del otro, y se veían en una casa de confianza. Rezaban, cantaban y recordaban momentos de la niñez. Un día, Escolástica, presintiendo que se acercaba su final y que ya no volvería a ver a su hermano, le pidió que se quedara aquella noche para estar juntos más tiempo. Benito, fiel cumplidor de las normas de su convento, le dijo que no. Escolástica entonces rezó con mucho fervor y le pidió a Dios que la ayudara. Se cuenta que a los pocos segundos se desató una tormenta tan terrible que impidió que Benito se marchara a su monasterio. Al día siguiente, los dos hermanos se despidieron. Escolástica murió tres días después. A los cuarenta días falleció Benito.

Mi ama y yo nos encontrábamos sentadas en un poyo de piedra al lado de la catedral. La tarde primaveral era preciosa, el sol lo iluminaba todo y el suave calorcillo que irradiaba invitaba a dejarse envolver y mecer por él.

—Doña Teresa, os habéis quedado muy silenciosa. Se está muy bien aquí, ¿verdad? ¿Queréis que nos quedemos un poco más? —me preguntó doña Goda.

—Bueno, pensaba en la historia de Escolástica y Benito.

—No os preocupéis, dentro de poco en Portugal también habrá no uno, sino varios monasterios femeninos —aseguró ella—. La razón de su ausencia es que el reino cuenta con pocos años de vida. Suelen ser las mujeres de la realeza quienes toman la iniciativa.

—Está bien, doña Goda. Siempre lo tendré presente.

—¿Os apetece que luego vayamos hacia la puerta de Almedina y nos acerquemos a la casa de Ana? —me propuso—. Los sirvientes que nos acompañan tienen varias cosas para ella y su familia.

Ana era una niña dos o tres años mayor que yo. Doña Goda era famosa en toda Coímbra por ayudar a las personas que más lo necesitaban. Con Ana mantenía una relación especial. Era la mayor de siete hermanos y a menudo no tenían nada para comer. Muchas veces les llevábamos comida. Doña Goda había hablado con mi madre, la reina, contemplando la posibilidad de que Ana se

incorporara a la servidumbre de palacio.

—Sí, doña Goda, me parece muy buena idea —afirmé—. Es temprano y podemos quedarnos con Ana y su familia más tiempo. Me da mucha pena ver a sus hermanos pequeños, casi siempre van vestidos con harapos.

—No os preocupéis. Hoy les llevamos comida, y unos dulces que les gustan mucho, pero la próxima semana les daremos ropa. Ya se lo he dicho a una de las doncellas, y ella nos la conseguirá.

—Qué bien. Ya estoy deseando estar con ellos.

Lo dije verdaderamente ilusionada. Doña Goda, con su ejemplo, me estaba enseñando tantas cosas…

21
La muerte del rey Alfonso I de Portugal

Sucedió de improviso. Nada hacía presentir que su final se acercaba. Después del almuerzo se quedó dormido, y ya nunca despertó. Sabía que no se debía llorar en público ni en presencia de los miembros de la corte, pero yo no conseguía dominar mis lágrimas. Doña Goda, consciente de mi tristeza, me tomó de la mano intentando infundirme fuerza. Pero su gesto de cariño consiguió en mí el efecto contrario. Las lágrimas salían a borbotones por mis ojos. Solo pensaba en que ya no volvería a ver a mi abuelo. Ya no podría pasar las tardes con él hablando de mil cosas. Ya no sentiría de nuevo sus manos cuando cariñosamente agarraban las mías.

—Doña Teresa, si vos queréis, vuestro abuelo os acompañará siempre —me dijo ella, muy bajito—. Es muy triste no volver a estar con él físicamente, pero pensad lo feliz que habéis sido a su lado. Recordad con cariño todas las conversaciones que con él habéis mantenido.

—Me habría hecho tanta ilusión celebrar la Navidad con él —le dije.

—Os estará mirando desde el cielo —me consoló.

—Ya lo sé, pero me gustaría poder abrazarlo.

El rey Alfonso I de Portugal falleció en Coímbra el 6 de diciembre de 1185. Tenía setenta y seis años.

Fue enterrado en el monasterio de Santa Cruz, en cuya fundación había colaborado, convirtiéndolo en uno de los centros monásticos más importantes del Portugal de aquellos años.

No me dejaron participar en el cortejo fúnebre. Me hubiera gustado mezclarme con todos y llevar una vela encendida como ellos. Pero las mujeres teníamos que permanecer al margen de esas cosas.

Sí acudí, unos días después del entierro, a visitar su tumba. Mi abuelo había elegido el monasterio de Santa Cruz como panteón familiar. Y allí estaba enterrado, al lado de su esposa, la reina Mafalda de Saboya, a la que yo no conocí. Tampoco conocí a mis abuelos maternos. Tal vez por ello centré todo mi cariño en él.

Lo echaba mucho de menos. No pude evitar la emoción, cuando mi madre, la reina, me dio una preciosa pulsera que había pertenecido a mi abuela, y que mi abuelo quiso que fuera para mí, y así lo dejó dispuesto en el testamento.

Recuerdo que en aquella visita al monasterio de Santa Cruz nos acompañaba Ana, con la que mi madre había hecho una excepción al permitirle entrar a nuestro servicio aun siendo de origen muy humilde. Doña Goda se volcaba con ella. Quería que un día se convirtiera en mi mejor dama.

A mí me gustaba Ana. Aunque solo tenía pocos años más que yo, parecía mayor, tanto física como interiormente. Había vivido con mayor dificultad, y, ahora lo sabía, las necesidades agudizaban el ingenio para tratar de encontrar soluciones.

Desde que ella vivía con la servidumbre en el palacio, dos o tres

tardes las pasábamos juntas en el jardín. Ella me enseñó a cultivar flores y a cuidar de ellas. Me entusiasmaba ver cómo germinaban las semillas, seguir su crecimiento, y cuando los capullos se abrían, mostrándonos el esplendor que guardaban en su interior, me sentía feliz.

Ana era lista, y pronto empezó a conocerme muy bien. Y así, sin que yo tomara la iniciativa, juntas rezábamos para dar gracias al Creador por tanta belleza.

Los preparativos para la inminente coronación de mi padre como rey de Portugal mantenían a todo el mundo ocupado. Doña Goda, con la autorización de mis padres, aprovechó aquellos días para llevarme a conocer el monasterio de Lorvão, el más antiguo de Portugal.

Mi abuelo había promovido grandes remodelaciones en él, lo mismo que había hecho en el monasterio de Santa Cruz de Coímbra. En los dos se elaboraban manuscritos ilustrados.

Eran monjes benedictinos los que vivían en el monasterio. Su abad, el padre João, fue muy amable, y, además de enseñarnos el convento, nos mostró el códice que acababan de terminar: el *Libro de las aves*. Casi doscientos folios en pergamino, con veintiséis ilustraciones de aves. Me pareció precioso. El padre João nos explicó que las aves que aparecían en el libro representaban determinadas virtudes o defectos. Lo escuchaba muy interesada. Al ver el dibujo de un milano, me interesé por saber qué decían de él. Sabía que, a pesar de ser ave rapaz, no solía ser utilizada en cetrería. Cuando el abad me habló del milano, entendí perfectamente el porqué de su rechazo en la caza.

Según se cuenta en el *Libro de las aves*, el milano es tímido cuando el enfrentamiento se produce con alguien igual o superior. Y valiente cuando el contrincante es inferior. Es cobarde y engaña a las presas débiles. «Algunas personas —afirmó el padre João— hacen lo mismo. El milano representa a las personas con malas intenciones, que saben seducir y engañar».

A mí me gustaba mucho verlos volar. Pero desde ese día no volví

a fijarme en ellos.

Nuestro viaje a Lorvão había sido muy interesante. En aquellos momentos no imaginaba lo que este lugar significaría en mi vida, aunque el valle en el que se levantaba me había emocionado.



Llegó el día en el que mi padre, que tomó el nombre de Sancho I, se convirtió en el segundo rey de Portugal.

Aquel día, en medio de la alegría que llenaba todo mi ser, me acordé de mi abuelo y le pedí que ayudara a mi padre a ser un buen monarca. Un monarca preocupado por engrandecer el reino, pero también por mejorar la vida de sus súbditos.

El lugar elegido para celebrar la ceremonia de coronación fue la catedral, en la que aún se seguían realizando obras de mejora, pero que, a buen seguro, era el mejor escenario para aquel acto.

Qué orgullosa me sentía al ver a mi padre convertido en rey, y especialmente al mirar la expresión de felicidad en el rostro de mi madre, la ya reina, doña Dulce.

Fue una ceremonia preciosa. Toda Coímbra salió a la calle para vitorear al nuevo monarca, que pasaría a la historia como el Poblador.



Los primeros años de reinado, mi padre siguió con la política conquistadora de mi abuelo. A mí, las batallas me ponían muy nerviosa. Pronto el miedo que sentía al pensar que un día tuviese que ceñir la corona de Portugal desapareció al nacer mi hermano Alfonso.

Por fin, el ansiado heredero había llegado, y lo hizo en medio de la alegría esperanzadora de todos, también de la mía.

—Doña Teresa, tenéis que ser consciente de que un día os casarán y os convertiréis en reina.

Doña Goda no perdía oportunidad de recordármelo, aunque ella sabía tan bien como yo cuáles eran mis ilusiones.

—Doña Teresa —me dijo Ana—, ¿no os gustaría ser la reina consorte de algún lugar lejano de Europa? ¿Me llevarías con vos?

—Ana, ya os he dicho muchas veces que no os dejéis llevar por los sueños —replicó doña Goda, antes de que yo pudiera contestar —. Por supuesto que acompañaréis a doña Teresa a donde vaya. Para eso os estoy preparando, ya que yo no podré.

—¿Por qué, doña Goda? —le pregunté yo muy preocupada, solo pensar en que mi querida ama no estuviera a mi lado me producía una especie de vértigo…

—Doña Teresa, ya lo hemos hablado. Mi edad ya no me permite seros útil en un futuro. Pero vivamos el momento. Os tengo preparada una sorpresa. Sé lo feliz que os hace reuniros con muchachas de vuestra edad, para intentar ayudarlas. He conseguido que siete niñas de la zona de la puerta de Almedina vengan esta tarde a merendar.

—Seguro que las conozco a casi todas —dijo Ana.

—Mejor, así se sentirán más cómodas —apuntó doña Goda.

—Gracias, querida ama —le dije—, no sabéis todo el bien que me hacéis.

—No tengo más objetivo que serviros y seros útil —me respondió.

Lo sabía, casi todas las personas que estaban a nuestro servicio en la corte estaban allí para eso, para complacernos y ayudarnos, pero la personalidad de doña Goda era distinta.



Eran siete niñas más o menos de nuestra edad. Doña Goda, en una de las habitaciones de la zona de la servidumbre, había mandado

colocar una mesa con unas cuantas sillas y cojines, por si preferíamos sentarnos en el suelo. En la mesa, todo tipo de dulces y frutas.

Después de merendar, doña Goda dijo que nos contaría una historia. Yo las conocía casi todas, pero no me importaba escucharlas una y mil veces. Aunque, en esta ocasión, me sorprendió con una totalmente desconocida para mí.

—La historia que quiero contaros es sobre san Vicente Mártir, patrono de la ciudad de Lisboa —nos dijo.

—Doña Goda, ¿conocéis Lisboa? —quiso saber una de las niñas.

—No, y bien que me gustaría —le respondió ella.

—Dicen que es muy bonita; se lo oí a unos marineros en el puerto —nos contó la niña.

—Seguro que sí, y fijaos, san Vicente jamás estuvo en Lisboa y hoy es su patrono.

—¿Y eso cómo se explica? —se interesó otra niña.

—Ahora os lo cuento. San Vicente vivió hace muchos muchos años. Nació en Huesca a finales del siglo m. Fue diácono en la ciudad de Zaragoza. Durante las persecuciones del emperador romano Diocleciano, Vicente fue detenido por predicar el Evangelio. Más tarde fue trasladado a Valencia con otros prisioneros. Allí fue martirizado por negarse a adorar a los dioses paganos de los romanos. Su cuerpo fue llevado a un cementerio en las afueras de la ciudad de Valencia. Y, según cuentan, el cadáver fue protegido por un cuervo, que impidió que los buitres se acercaran a él. Siglos después, los cristianos de esa zona, ante el temor de que los musulmanes que invadían la península se apoderaran del cuerpo del mártir, colocaron sus restos en un barco y lo lanzaron al mar. Y ahora viene lo sorprendente, que, para muchos, es un milagro. Se dice que el barco con los restos de san Vicente Mártir arribó al promontorio sagrado del cabo de Sagres. Pero la historia no termina aquí. Siglos más tarde, el abuelo de doña Teresa, Alfonso I rey de Portugal, conocedor de esta historia, hizo la promesa de recuperar los restos del mártir si lograba conquistar Lisboa a los musulmanes.

Como lo consiguió, los restos de san Vicente fueron localizados en el promontorio sagrado y trasladados en barco a Lisboa. Se dice que dos cuervos guiaron la embarcación durante todo el camino. Al poco de la llegada de los restos de san Vicente a Lisboa, este se convirtió en patrón de la ciudad.

—¿Por eso en la bandera de Lisboa han pintado dos cuervos? —pregunté emocionada.

—Así es —me respondió.

No quise interrogar a doña Goda, delante de todas. ¿Por qué no me había contado esa historia antes?, para poder haber hablado de ella con mi abuelo. Es posible que no la conociera antes de morir el abuelo, ya me diría.

Una de las niñas levantó la mano y preguntó tímidamente:

—¿Dónde se encuentran ahora los restos de san Vicente?

—Están enterrados en la catedral de Santa María, en Lisboa. Catedral que fue mandada construir por el abuelo de doña Teresa, el rey Alfonso I.

—Qué historia más bonita, ¿nos contáis otra? —le pidió una de las niñas.

—No. Otro día os cuento más. Ahora Ana, que canta muy bien, os enseñará una canción, y luego todas juntas rezaremos al mártir san Vicente, para que nos ayude a ser buenas.

Aquella primera reunión tuvo continuidad. Se fueron incorporando más chicas. Algunas consiguieron trabajo gracias a doña Goda. Otras pasaron a formar parte del servicio de la cocina o de la limpieza en palacio, y otras se quedaron en espera. Era imposible colocarlas a todas.



Los días, las semanas, los meses discurrían tranquilos. Yo ya había cumplido trece años y seguía al cuidado de doña Goda, sin que nada interrumpiera nuestra vida.

Mi madre, la reina Dulce, había tenido otros dos niños: Pedro y Fernando. La tranquilidad con respecto al heredero era total.

Mi padre, el rey Sancho I, seguía con las guerras: cosechando victorias y sufriendo derrotas. Pero lo que yo destacaría de su labor era el empeño que ponía en atraer inmigrantes para poblar las zonas totalmente deshabitadas del reino. Muchos procedían de Flandes. Mi padre fomentaba la agricultura, con la única finalidad de mejorar la economía de Portugal. También apoyó la creación de nuevas industrias y se preocupó de regalar terrenos a las órdenes militares, como hacían la mayoría de los reyes.

Corría el año de 1189 cuando nos llegaron buenas noticias. Mi padre, el rey Sancho I, había conquistado la ciudad de Silves, en la que habían vivido fenicios, cartagineses, romanos y musulmanes. Habían sido estos últimos quienes la habían convertido en la capital del Algarve.

Silves era una ciudad con muchos habitantes. Mi padre mandó fortificarla y también decidió construir un castillo.

22
Un mundo que se tambalea

Año de 1190

Cuando salí del salón donde me había reunido con mi madre, no sabía muy bien qué hacer. Mis nervios podían jugarme una mala pasada. Necesitaba tranquilizarme. «Ningún sitio —pensé—, mejor que la capilla», y hacia ella me fui.

En la capilla no había nadie, como era habitual. Solo tenía una ventana al exterior, por la que se colaba un rayo de luz. Algunas velas iluminaban las imágenes de la Virgen María y la de Cristo crucificado. Sin duda, era el lugar ideal para conseguir un recogimiento interior, para pedirle a Dios ayuda.

Me senté en uno de los bancos y recé. Recé con toda mi alma. Le supliqué al Señor que me librara de aquel matrimonio. Yo no quería casarme. Jamás lo haría si fuese libre, pero no lo era. Mis padres habían decidido mi casamiento para dentro de unos meses, a comienzos de 1191.

Mis lágrimas, aunque conmovieron a mi madre, no fueron suficientes.

—Teresa, eres mi hija —me dijo—. Te conozco muy bien y sé lo que te haría feliz, pero este enlace, según tu padre, es necesario. Tu hermana Sancha es muy niña, tiene cinco años menos que tú. Me gustaría tanto ayudarte, pero es imposible. Tu futuro marido solo

tiene cuatro o cinco años más que tú. Y dicen que es bien parecido. Te acostumbrarás a una nueva vida. No es tan malo como piensas. Pregúntame todo lo que quieras, Teresa. Tendrás hijos que serán tu alegría.

—Sí, madre, todo eso ya lo sé, pero yo ansiaba otra cosa.

Mi madre no sabía cómo consolarme. A ella también la habían casado para solucionar enfrentamientos entre Aragón y Portugal. Ese era el destino de las mujeres de la realeza.

Mientras estaba recogida en la capilla, oí que alguien se acercaba. Reconocí los pasos. No necesitaba volverme para saber a quién pertenecían.

—Doña Goda, ¿cómo sabíais que me encontraba en la capilla?

—No lo sabía, pero lo presentí. Salgamos y charlemos con calma —me pidió.

—Supongo que ya estaréis al tanto —indagué.

—Sí. Hace días que vuestra madre me lo dijo.

—Todas mis ilusiones se esfuman. Me casaré dentro de poco. Me iré a una corte desconocida y me convertiré en una sombra.

—No digáis tonterías. Sí, os casaréis. Intentaréis ser feliz, y así podréis seguir ayudando a los demás. Doña Teresa, Dios os quiere allí donde estéis. Nunca se sabe lo que puede pasar. La vida da muchas vueltas.

—Sí, pero no será lo mismo.

—Estamos de acuerdo, mas nada podéis hacer. Por lo tanto, tenéis que aprovechar todas las ventajas que os ofrezca vuestro nuevo estado. Es decir, podréis seguir ocupándoos de las personas necesitadas y cultivando vuestra vida interior.

—Lo intentaré, doña Goda, pero, independientemente del dolor que me produce aceptar esta decisión paterna, me preocupa mucho con quién me casan. ¿Os imagináis cómo me sentiré cuando sea excomulgada por la Iglesia?

—Tal vez no suceda. Ya sabéis que no todos los papas son igual de estrictos —trató ella de tranquilizarme.

—Pero, mi querida ama, el rey Alfonso IX de León, mi futuro

marido, y yo somos primos en primer grado. Su madre, la reina Urraca, es hermana de mi padre, el rey Sancho I.

—Es verdad. Y también es verdad que ese matrimonio del que nació vuestro futuro esposo fue anulado por el papa Alejandro III en 1175 por lazos de consanguinidad.

—Sí, pero más lejanos que los míos. Figuraos lo que me pasará a mí. No entiendo por qué mi padre no piensa en ello. Ni tampoco el rey Alfonso, que tuvo problemas para acceder al trono, a la muerte de su padre, precisamente por ser hijo de un matrimonio anulado. ¿No son conscientes de que nos va a pasar lo mismo? Por cierto, doña Goda, ¿qué sabéis de mi tía, la reina doña Urraca, mi futura suegra? Después de la separación, no regresó a Portugal, ¿verdad?

—No. Su deseo fue quedarse en alguna de las propiedades que le dio su marido. En la actualidad, creo que vive en Zamora como freirá en la Orden de San Juan de Jerusalén. Lo cual no le impidió asistir a la coronación de su hijo como rey de León.



Poco a poco iba asumiendo el papel que habría de desempeñar en la corte leonesa. Pude haber ido a visitar a mi tía, la reina doña Urraca, al convento en el que vivía en Zamora, para que me hablara de cómo era el ambiente con el que me iba a encontrar, pero no lo hice. A lo que sí me dediqué fue a enterarme del comportamiento y de la personalidad del que sería mi esposo.

Solo hacía dos años que Alfonso había sido reconocido como rey de León. El acceso al trono no había sido fácil, ya que el hijo que su padre había tenido fruto de su segundo matrimonio le disputaba sus derechos a la Corona.

Parecía inteligente, teniendo en cuenta las medidas que había tomado nada más hacerse con el reino. Un reino empobrecido, lleno de deudas. Alfonso con dieciséis años había convocado las Cortes de León invitando a participar en ellas, por primera vez en la historia, a

los representantes de las ciudades para que interviniesen en los asuntos del reino.

Una de las cosas que yo no podía o no quería entender eran las guerras, sobre todo el afán que tenían todos los reyes de ampliar sus territorios arrebatándoselos a los reinos vecinos.

El que sería mi esposo, Alfonso IX, se llevaba especialmente mal, como más tarde pude comprobar, con su primo el rey Alfonso VIII de Castilla. Tal vez para limar asperezas e iniciar un periodo de paz, mi futuro esposo había ido a Carrión de los Condes para que su primo Alfonso VIII lo invistiera como caballero. Se celebró la ceremonia y, como era costumbre, el rey leonés besó la mano del rey castellano. Este le entregó la espada y el cinturón que llevan los caballeros.

Al poco tiempo, según pude saber, el rey de Castilla rompió la paz, y se apoderó de algunas plazas, como Valderas, que nunca habían pertenecido a Castilla.

Mi padre, el rey Sancho I de Portugal, también intentó adueñarse de territorios leoneses.

Estos datos hacían que mi simpatía se dirigiera hacia mi futuro marido. Como lo creían débil, intentaban aprovecharse de él, y eso era muy injusto. Yo siempre estaría al lado del débil.

Alfonso IX, ante la difícil situación por la que atravesaba su reino, acosado por todos lados, buscó soluciones diplomáticas. Y en este contexto pensó en mí. Se entrevistó con mi padre y se acordó así nuestro enlace.

Era fácil de entender la postura del rey de León. Casándose conmigo, se aseguraba de que Portugal no lo atacaría, aunque esa convicción podía dejar de serlo en cualquier momento, como pude comprobar a lo largo de mi vida. Pero, mi padre, ¿qué conseguía? Posiblemente la mirada estaba puesta en los hijos que pudiéramos tener. No lo sé.



Mi madre delegó en doña Goda para que eligiera a las personas que me acompañarían a la corte leonesa. Las conocía a todas, en especial a Ana. Aquella mañana, precisamente Ana me había sorprendido con tres preciosas caléndulas.

—¿No os parece que este año su color es más intenso? —me preguntó.

—La verdad es que no sabría deciros —le respondí—, son preciosas.

—A mí me gustan mucho, no solo por sus propiedades, sino porque nacen en el otoño. Siempre me han atraído las flores otoñales, desconozco la razón. Aunque creo que pueda ser debido a que, al haber menos flores en esta estación, me fije más en las que alargan su vida hasta el invierno. Doña Teresa, plantaremos caléndulas en León.

Resultaba evidente que quería animarme. Ana era muy buena muchacha. Ya llevaba con nosotros varios años y no había decepcionado a nadie. Yo sentía por ella un gran afecto. Estaba contenta de que viniera conmigo a mi nueva vida, pero, por el cariño que le tenía, no quería obligarla a abandonar la que, hasta ese momento, había sido su existencia.

—Ana, estoy muy contenta de que vengáis conmigo a la corte leonesa, pero quiero deciros que, si para vos supone un desgarro iros de Coímbra lejos de vuestra familia, del lugar donde habéis nacido, solo tenéis que decírmelo, y yo me encargaré de que sigáis trabajando aquí en la corte.

—Doña Teresa, qué buena sois. Mi familia sois vos, mi mundo, el vuestro, a no ser que vos queráis que os deje, jamás me separaré de vuestro lado. Todo lo que soy os lo debo a vos y a doña Goda. ¿Os imagináis dónde estaría ahora si no os hubierais ocupado de mí? Quiero a mis padres y a mis hermanos con todo mi corazón y los ayudo. Y lo puedo hacer gracias a que me disteis trabajo y me formasteis. Siempre estaré a vuestro servicio.

Para mí era muy importante, ciertamente, contar con la presencia de Ana. Solo Dios sabía cómo sería mi vida en la corte leonesa.

Únicamente podía confiar en él. Estaba segura de que me daría fuerzas para soportar todos los problemas que surgieran en mi nuevo cometido.

—Doña Ana…

Me miró sorprendida, y antes de que pudiera continuar, me dijo:

—Pero ¿por qué utilizáis el don?

—Para mí, siempre seréis la Ana cercana a mi corazón, mi querida amiga, aunque en la corte leonesa todos deberán utilizar el don para dirigirse a vos. Y yo debo acostumbrarme, y vos también.

—Sea como digáis.

—Me habéis interrumpido, doña Ana. Antes quería deciros que me gustaría que volviéramos al monasterio de Lorvão. Se respira un ambiente tan especial en ese lugar que quiero acercarme a ese valle maravilloso que abraza al cenobio. Sí, organizaremos nuestro viaje antes de que abandone Portugal. Creo que me hará bien.

—Doña Teresa, eso de «abandonar Portugal» me ha puesto un poco triste. ¿No es mejor decir antes de viajar a León? —dijo ella, pero enseguida se sintió avergonzada de sus palabras—. Pero perdonadme, señora, no sé en qué estoy pensando; quién soy yo para corregiros.

—Después de doña Goda, sois mi dama más querida. Y, además, en esta ocasión tenéis toda la razón —le dije, quitándole importancia.

—Gracias, doña Teresa. Hablaré con doña Goda, para preparar el viaje. Seguro que ella se anima a acompañarnos.

23
Teresa de Portugal, reina de León

A pesar de que febrero es un mes frío, el día amaneció iluminado con un brillante sol. La verdad es que lo necesitaba. Mi ánimo estaba bajo, y la esplendorosa luz de la mañana entrando por mi ventana me animó. Dentro de poco vendrían a buscarme para vestirme de novia.

Hacía tres días que habíamos llegado a Guimarães. Nos alojábamos en el castillo en el que había nacido mi abuelo. Desde el momento en el que me encontré dentro de sus muros, no dejaba de pensar en cómo sería la vida allí antes de que muriera el padre de mi abuelo.

Me habían contado que la pequeña capilla de San Miguel, que se encontraba muy cerquita del castillo, fue mandada construir por el padre de mi abuelo, Enrique de Borgoña, para que allí fuera bautizado su hijo.

Paseando por las almenas, no podía evitar pensar en mi bisabuela Teresa. ¿Qué podía sucederle a una madre para llegar a enfrentarse a su propio hijo por medio de las armas?

Confieso que en aquellos momentos me hubiese gustado mucho poder hablar con ella… Tendría tantas cosas que preguntarle…

Guimarães no era una ciudad muy grande, pero sí muy bonita. Sin embargo, a pesar de haber nacido en ella, mi abuelo había

decidido establecer la capital del reino en Coímbra. Posiblemente en su elección tuvo que ver una mejor ubicación. Otra razón podía haber sido que Guimarães no le entusiasmase demasiado. Tenía que estar tan llena de recuerdos… Recuerdos de unos momentos muy desgraciados, que a buen seguro le convenía olvidar.

De todas formas, pienso que a mi abuelo le hubiese gustado que mi boda se celebrase allí, en Guimarães, porque, a fin de cuentas, fue la cuna del reino de Portugal y allí había nacido el artífice de la creación del reino. Sí, porque Guimarães era el lugar de nacimiento del rey Alfonso I, mi abuelo.



—Doña Teresa, estáis preciosa.

Doña Ana quería animarme. El traje azul claro con incrustaciones de perlas era en verdad muy bonito. El manto, también azul, pero mucho más intenso, iba forrado con la misma tela del vestido.

En la cabeza me habían puesto una especie de corona-guirlanda de rosas blancas a juego con los adornos del traje. En la muñeca, la pulsera-brazalete que mi abuelo había querido que fuera mía. Era muy bonita, toda de plata repujada, con dos hileras de piedras preciosas; una de amatistas y otra de rubíes. Todo era muy hermoso, y yo tendría que sentirme feliz, pero no podía alejar de mí el temor que me producía aquel matrimonio. No por la unión con un hombre —que no deseaba—, sino por nuestra situación de parentesco. Solo pensar que la Iglesia me podría excomulgar me producía pavor.

Todo estaba preparado. Dentro de muy poco conocería al hombre que se convertiría en mi marido, con el que debería compartir el lecho, con el que habría de tener hijos.

Mi madre se había sentado conmigo la tarde anterior para explicarme cómo sería la primera noche después de mi boda. Procuró quitarle importancia, diciéndome que, aunque al principio no

me resultara muy agradable, podría llegar a ser placentero.

Pero había sido doña Ana la que me había explicado todo con absoluta claridad. La misma doña Ana que ahora no dejaba de mirarme. Se movía por la habitación para observarme desde distintos ángulos.

—Sí, doña Teresa, estáis preciosa.

—Me halagáis, doña Ana, ¿creéis que le gustaré a mi futuro esposo? Por cierto, ¿lo habéis visto? Creo que ha llegado a primera hora a Guimarães.

—No lo he visto. Sé que ha llegado acompañado del obispo de Galicia. En cuanto a si le gustaréis, estoy segura, doña Teresa, de que se enamorará de vos nada más veros. Es imposible no hacerlo, sois muy hermosa y con una dulzura que conquista a todos.

—Doña Ana, no seáis zalamera, igual me lo creo —le dije riendo.

En aquellos momentos llegó doña Goda, que a duras penas podía disimular su pena. Dentro de poco yo me iría, y ella, debido a su avanzada edad, se quedaría en Coímbra. Ni una sola palabra había salido de sus labios quejándose, todo lo contrario, pero yo la conocía muy bien y sabía lo mucho que me quería. Yo también la echaría de menos. Había sido para mí como una madre.

—Doña Teresa, ya está todo preparado. Dentro de unos momentos vendrá a buscaros vuestro padre, el rey.

—Gracias, doña Goda, acercaos, que quiero daros un abrazo.

—Pero volveremos a vernos antes de que os vayáis —me dijo, intentando mantenerse serena.

—Es lo mismo —le respondí mientras me acercaba yo para abrazarla.

Cuando la rodeé con mis brazos, pude percibir cómo su cuerpo temblaba.

—Doña Teresa, rezaré mucho por vos, por vuestra felicidad. El rey don Alfonso (lo he visto hace un momento) es un joven bien parecido, creo que sabrá haceros feliz.

—Doña Goda, siempre estaréis en mi corazón.



León, junio de 1191

Mi querida doña Goda:

Ya han pasado cuatro meses desde que nos vinimos a la corte de León. Estabais en lo cierto, don Alfonso es un joven bien parecido, solo tiene cuatro años más que yo. Pero lo más importante es que es bueno conmigo. Creo que se ha enamorado de mí, y yo no soy desgraciada a su lado. Espero que, cuando nazca el pequeño ser que crece en mi interior, mi vida sea más completa.

Doña Ana me es de gran ayuda. Sé que os escribe con frecuencia. Qué bien la habéis educado, incluso le enseñasteis a escribir. Siempre está alegre y ya casi me conoce tan bien como vos. Os echo mucho de menos, doña Goda. Soy consciente de vuestra edad y también de que mi madre, la reina, necesita de vos.

En la corte leonesa he sido bien recibida. Todos han sido muy amables conmigo. Nadie me comenta nada, pero sé que algunos sacerdotes han denunciado nuestro matrimonio en Roma, ante el recién nombrado papa Celestino III. El anterior, Clemente III, que en paz descanse, no tuvo tiempo de tomar medidas contra nosotros, pero calificó nuestro matrimonio como incestuoso. Esa palabra no se va de mi mente. Doña Goda, ¿habéis oído algo vos? Ya me contaréis. No me ocultéis nada, ya sabéis que, por muy malo que sea, prefiero saberlo.

Qué razón teníais, doña Goda, sobre la creación de monasterios femeninos. En el reino de León —que es antiguo— existen varios. Esta mañana, precisamente, iré a visitar a las monjas benedictinas de Santa María de Carbajal. Pasaremos el día con ellas. Mi esposo el rey se encuentra fuera, y debido a mi estado no he querido acompañarlo.

Doña Goda, lo sabéis muy bien, no me interesa en absoluto el tema político. A las amistades de hoy y a las peleas de mañana no

les dedico ni un solo segundo. Procuro vivir un poco al margen. Sí me preocupo de ayudar a quienes lo necesitan, mi esposo, el rey don Alfonso, en este sentido, es bueno permitiéndome hacerlo.

Espero pronto vuestras noticias. Os prometo, mi querida doña Goda, que no tardaré tanto en escribiros.

Os quiero.

Teresa



—Doña Teresa, ¿ya estáis preparada para que nos vayamos a Carbajal de la Legua? ¿Habéis terminado de escribir a doña Goda?

—Sí, doña Ana, en unos minutos nos podemos ir.

—Por cierto, no os he dicho lo mucho que me alegro de que el embarazo sea totalmente normal.

—Gracias, doña Ana, eso es lo que me ha dicho la comadrona, y que dentro de unos cinco meses nacerá mi hijo.

—¿Os encontráis bien?

—Sí, muy bien y muy ilusionada. Deseando tener al niño en mis brazos. Y pensar que nunca me había planteado ser madre. Y ahora, esa posibilidad me emociona.

—Cuánto me alegro, doña Teresa.



Carbajal de la Legua no distaba de León más de dos leguas. En el breve trayecto pudimos disfrutar de un precioso paisaje engalanado con amapolas. Doña Ana me pidió que le permitiera bajar.

—Doña Teresa, si os parece bien, me gustaría cortar unas cuantas amapolas para hacer un ramo y llevárselo a la Virgen.

—Está bien —accedí.

Conocía el amor de doña Ana por todo tipo de flores, y el verla allí, en medio de aquella belleza, me emocionó. Parecía totalmente integrada en el paisaje. Regresó con tres ramos.

—Este es para vos. Contemplad su esplendor porque muy pronto se marchitarán. Es increíble cómo estas flores tan fuertes, que no necesitan cuidados para subsistir, que crecen en las condiciones más duras y en cualquier lugar, tienen después una vida tan efímera. —Doña Ana me decía todo esto mirando entusiasmada las amapolas que tenía en su mano—. Ya conocéis, doña Teresa, que son unas de mis preferidas porque ponen la nota de belleza y color en parajes áridos. ¿Sabéis que ellas prefieren los terrenos poco fértiles?

—Escuchándoos, debo reconocer que a mí también me gustan y sobre todo me agrada eso que decís de que ponen alegría en los parajes más desfavorecidos —admití—. Yo también desearía contribuir a que los demás estuvieran alegres.

—Ya lo hacéis. En mí tenéis la prueba. ¿A cuántas jóvenes habéis apoyado? Sois persona buena y piadosa. Ya quisiera yo parecerme a vos.

Yo sabía muy bien que el mérito no era mío. Doña Goda era la inspiradora de todo. Ella había cuidado de alimentar mi espíritu. Doña Ana seguía emocionada con las amapolas.

—Doña Teresa, seguro que lo sabéis: en Portugal valoramos mucho a las amapolas y nos ocupamos de ellas. Lo hacemos por su belleza y por las propiedades medicinales que nos ofrecen. No solo son opiáceas, sino que se utilizan para calmar los accesos de tos. También ayudan a respirar mejor. Si vos me los consentís, propondré a las monjas (si es que no las tienen) que planten en su jardín amapolas.

—Claro que os lo permito. No tengo inconveniente, pero lo más probable es que tengan, si no en el jardín, sí en los campos de cultivo.

La comunidad del monasterio de Santa María no era muy numerosa, aunque sí tenía importantes propiedades. Todos estos bienes procedían de donaciones de reyes y señores. También de las dotes de algunas de las novicias. Vivían allí desde hacía algo más de cuarenta años. Antes estaban en León, en el monasterio de San Isidoro.

—Nuestra historia es larga y con muchos cambios —me explicó la abadesa, que era una mujer de mediana edad. Desde el primer momento mostró su alegría ante nuestra visita—. Es un honor para toda la comunidad que nos visite la propia reina. Daremos un paseo por el claustro y os mostraré todas las dependencias del convento. Y si os apetece, os contaré nuestra historia.

—Claro que me interesa —afirmé—. Antes aludíais a que habíais tenido muchos cambios.

—Señora, os lo contaré desde un principio. Veréis, mediado el siglo X, el rey don Ramiro II mandó construir un monasterio muy cerca de su palacio, con la finalidad de que su hija doña Elvira formase una comunidad de monjas, bajo la advocación de san Salvador.

—¿Esas primeras monjas pertenecían todas a la realeza? —le pregunté.

—Sí, creo que todas. Su permanencia en aquel monasterio fue breve, ya que doña Elvira, que había profesado como monja y era la abadesa, decidió trasladar la comunidad y establecer una nueva fundación, la de San Pelayo y San Juan.

—Madre abadesa, ¿conocéis cuáles fueron los motivos que la movieron a hacer ese cambio? —quise saber.

—Sí. Os lo puedo contar porque todo ha quedado escrito. Veréis, el hermano de doña Elvira, Sancho I el Craso, cuando fue rey de León, había mandado levantar una iglesia para dedicarla al mártir san Pelayo.

—¿Pero san Pelayo no fue martirizado por los musulmanes?

—Sí. Pero las reliquias del santo estaban en poder del rey. Se dice que las había conseguido debido a su buena relación con Abd

al-Rahman III, el califa que había mandado martirizar a Pelayo. Al morir el rey, fue cuando a su hermana, doña Elvira, se le ocurrió fundar la nueva congregación de San Pelayo y San Juan, bajo la regla de San Benito.

—¿Los restos de san Pelayo se han quedado en León o los han trasladado aquí? —le pregunté, verdaderamente interesada.

—No. Ni en un sitio, ni en otro.

—¿Entonces?

—Los restos de san Pelayo están en Oviedo. Todo tiene su explicación. Cuando León fue atacada por el moro Almanzor, las monjas huyeron a Oviedo con los restos del mártir. Desde entonces viven en el monasterio de San Pelayo, con el que estamos vinculadas. Años más tarde, fue restaurado el monasterio benedictino de San Pelayo y San Juan en León, pero con la llegada a la ciudad de los restos de san Isidoro, pasó a denominarse monasterio de San Isidoro. Y esa fue nuestra última residencia en León.

—¿Y por qué eligieron Carbajal de la Legua, donde ahora viven?

—Fue una antepasada del rey, vuestro esposo, la infanta Sancha Raimúndez, quien decidió hacer un cambio. La comunidad de canónigos agustinos que vivía aquí ocupó nuestro lugar en León, en el monasterio de San Isidoro, y a nosotras nos trasladaron aquí.

—Madre, ¿vos pertenecéis a la realeza?

—No. Ahora mismo, en la comunidad, ninguna de nosotras está emparentada directamente con la familia real, aunque la mayoría tenemos procedencia noble, nuestras familias tienen abolengo. También en la comunidad han ingresado algunas viudas, con importante dote, lo que ha incrementado nuestro patrimonio.

—¿O sea que es frecuente que mujeres viudas pertenecientes a la nobleza dejen el mundo para ingresar en religión? —seguí indagando.

—Muchas. Y otras crean conventos. Es una pena que no podáis conocer a doña Teresa Petri, que al quedarse viuda fundó el convento de Santa María de Gradefes. Profesó como monja

cisterciense y se designó como abadesa. Contó en los primeros años con la ayuda del monasterio de Tulebras, que le envió una pequeña comunidad de monjas. Doña Teresa murió hace dos años. Y ahora la comunidad que creó está bajo la jurisdicción del monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas.

Aquel era un mundo nuevo para mí. Un mundo hacia el que, sin conocer muy bien los motivos, me sentía atraída.

Tenía la sensación de que la vida en el convento tenía que resultar placentera. Solo con mirar la expresión en los rostros de las monjas te dabas cuenta de que en su vida se respiraba tranquilidad.

Paseamos por el claustro en medio de un silencio gratificante. La capilla era muy bonita, y en ella nos detuvimos un rato para rezar.

Muy pronto teníamos que irnos, pero las hermanas, a pesar de habernos ofrecido un almuerzo buenísimo, amenazaron con no dejarnos abandonar el convento si antes no probábamos la excelente repostería que ellas mismas elaboraban.

Doña Ana se lo pasó en grande. Además de los dulces, que eran su debilidad, disfrutó en el jardín y la huerta, que las hermanas cuidaban con esmero. Como más tarde me comentó, no le importaría nada quedarse a vivir con ellas.

Regresamos a León al caer la tarde, con el propósito de volver más veces.

Nuestra estancia en el monasterio de Santa María de Carbajal había sido muy agradable.

24
La grandeza de la maternidad

—Afortunadamente, no soy celoso. Pero tengo la sensación, mi querida Teresa, de que sois más feliz con las monjas que conmigo.

—Por favor, Alfonso. No os burléis de mí.

—Jamás lo haría, os amo demasiado, mi queridísima esposa —dijo mientras me besaba las manos, el cuello, las mejillas…

Las caricias y necesidades amorosas de mi marido no me dejaban indiferente. Resultaba muy agradable sentirse amada y deseada.

Aquella noche habíamos cenado los dos solos. Mi avanzado estado de gestación no fue impedimento para que quisiera que durmiéramos juntos.

A la mañana siguiente, Alfonso me despertó con dos preciosas rosas. Conocía mi amor por las flores y quiso sorprenderme.

—Teresa, deseo que vivamos siempre juntos.

—Querido Alfonso, sería maravilloso, pero ya sabéis que nuestro matrimonio pende de un hilo.

—En cuanto nazca nuestro hijo, viajaremos a Santiago, para pedirle al apóstol que nos ayude.

Jamás imaginé el sentimiento que te invade cuando tienes en tus brazos al pequeño ser al que acabas de traer al mundo. Los terribles dolores del parto desaparecen sepultados por la alegría ante la presencia del recién nacido. Nuestro primer hijo fue una niña. Le pusimos el nombre de Sancha.

Doña Ana estaba entusiasmada con ella.

—Doña Teresa, es preciosa. Se quedará aquí en la corte, ¿verdad?

—Sí. La nodriza que la cuida vivirá con nosotros. No quiero separarme de mi hija —le dije.

La niña acaparaba toda mi atención, por ello algunas veces declinaba la invitación de Alfonso para acompañarlo. Un día, enfadado, me dijo:

—Espero que nuestro próximo hijo os devuelva a la normalidad. Teresa, tenéis que saber que la pequeña Sancha no os necesita. Hay muchas personas que se ocupan de ella.

—Lo sé, Alfonso, pero ¿y si le pasa algo y yo no estoy?

—Bueno, respeto vuestra decisión, pero la semana que viene me acompañaréis a Santiago.



Santiago de Compostela, a pesar de ser una ciudad interesante, con una población variopinta debido a los muchísimos peregrinos que a ella llegaban, siempre ocuparía un lugar muy especial en mi memoria, porque en ella supe que me encontraba embarazada de nuevo. Alfonso no cabía en sí de gozo. Juntos fuimos a rezarle al apóstol, para darle gracias, y aunque mi marido nada me comentó, estaba segura de que le pidió que fuera varón.

Algo más de cien años hacía que se había puesto la primera piedra de la catedral, y aún no se había terminado. A la vista de lo realizado, sin duda sería preciosa. Resultaba interesante comprobar cómo el arte de muchos artistas y artesanos se mezclaba en una

perfecta armonía.

Alfonso quiso que visitáramos algunos de los barrios de la ciudad, que se distribuían por gremios.

Dos de ellos llamaron mi atención. El primero era el de la Acibechería, en el que se congregaban artesanos de azabache, que confeccionaban bonitas imágenes del apóstol y también multitud de amuletos. Fue allí donde por primera vez vi un amuleto que llamaban *figa*, que consistía en una mano cerrada, con el dedo pulgar metido entre los dedos índice y corazón. Aseguraban que este amuleto defendía de las energías negativas a quien lo poseía.

El otro barrio era el llamado de los Concheiros, en el que, además de los artesanos allí establecidos, pululaban vendedores ambulantes de conchas de metal, reproducciones de la tradicional concha de vieira, que era el símbolo del peregrino.

Recuerdo que pregunté sobre el origen de este símbolo a unos sacerdotes que nos acompañaban. Me contaron que existían muchas teorías de cómo la concha se convirtió en la iconografía más popular del camino. Ellos me comentaron que eran partidarios de las más sencillas y elementales. Pero, entre ellos, tampoco había unanimidad. Uno creía que la concha había surgido de la forma más simple, ya que normalmente era utilizada para beber agua de los ríos. Otro opinaba que habían sido los mercaderes de las inmediaciones de la catedral quienes habían popularizado la venta de conchas de vieira entre los peregrinos, como recuerdo de su paso por Compostela.

Confieso que esta última me convenció mucho más. Mi marido, viendo mi interés, quiso regalarme una vieira de plata, como recuerdo de nuestra primera estancia en Compostela.



—Gracias, mi amada esposa, ha sido un varón. El reino de León ya tiene heredero —me dijo Alfonso, arrodillado a mi lado.

La alegría se extendió por toda la corte. Se sucedieron las fiestas, y las celebraciones fueron habituales en muchos lugares del reino. Alfonso quiso que le pusiéramos el nombre de Fernando, como homenaje a su padre. Fueron días felices, en los que los nobles leoneses hacían llegar al rey su felicitación por la buena nueva.

—Doña Teresa, perdonad, pero no os veo muy feliz —me comentó un día doña Ana.

—Sí lo estoy. Lo que sucede es que a veces recuerdo la situación de nuestro matrimonio y temo lo peor. ¿Os imagináis que el papa decidiese anular nuestra unión? ¿Qué pasará con nuestros hijos?

—No debéis preocuparos, todo se arreglará.

—No, doña Ana, estoy segura de que ese momento que tanto temo llegará.

—Por favor, doña Teresa, animaos —trató de calmarme mi fiel dama—. ¿No os apetece que hagamos una salida a algún lugar tranquilo? Es posible que os haga bien.

—No sería mala idea, pero he decidido darle una alegría al rey. Dentro de unos días lo acompañaremos en su viaje a Salamanca —le dije.

—Cuánto me alegro, doña Teresa.

—Sí, también vendrán con nosotros los niños con sus nodrizas.

25
La nulidad del matrimonio

Siempre me había gustado callejear y recorrer los mercados. Ya conocía Salamanca, así que, a los pocos días de nuestra llegada, la visita al Zoco Viejo era obligada. Situado muy cerquita de la catedral, contaba con todo tipo de mercaderes. Había artesanos, zapateros, tejedores, también sastres. Era divertido mezclarse con la gente. Hablar con ellos. Solo me acompañaban doña Ana y otras dos damas. Todas íbamos vestidas de forma que nadie pudiera identificarnos.

A pesar de que Salamanca era escenario de frecuentes enfrentamientos armados, me parecía una ciudad interesante. En ella residían la mayoría de las órdenes militares. Su hermosa catedral contaba con un importante cabildo, presidido por un deán, con el que yo, sin consultárselo a mi esposo, el rey, me había reunido hacía unos días.

Al poco de llegar a Salamanca, mi esposo, don Alfonso, me sorprendió con un hermoso collar.

—Teresa, os ruego que lo aceptéis, es una muestra más de mi cariño.

—Gracias, pero seguro que tenéis que contarme algo que me disgustará. Os conozco muy bien —le dije.

—Teresa, sé lo mucho que os preocupa nuestra situación ante la

Iglesia, pero debemos resistir. Esta tarde me han contado que el papa ya ha sido informado sobre nuestro matrimonio.

Lo que tanto temía empezaba a aparecer.

—¿Y qué ha dicho? —le pregunté a mi marido, muy nerviosa.

—Lo condena, pero, antes de tomar una postura firme, ha enviado a su sobrino para que lo informe.

—Alfonso, ¿lo habéis visto?

—No, pero sospecho cuál ha sido su informe, porque dentro de unos días, aquí en Salamanca, se reunirá el concilio, que será presidido por el legado pontificio Rainiero, para pronunciarse sobre el tema.

—Alfonso, ya tenemos dos hijos, ¿no podéis hacer algo?

—Lo he intentado, pero es inútil. De momento, lo mejor es disimular, como si no supiéramos nada.

—Pero, Alfonso, yo no podré vivir si somos excomulgados.

—De momento, sosegaos. Ya decidiremos.

Después de aquella conversación fue cuando me reuní con el deán, pero no conseguí que me orientara sobre lo que debíamos hacer. El deán, como todos los demás, lo único que me aconsejaba era la separación.



En Salamanca seguíamos cuando se dio a conocer la decisión del concilio. La sentencia era de anulación del matrimonio. El rey trató de tranquilizarme.

—Seguiremos juntos —me dijo—, todavía pasará un tiempo hasta que el papa tome la decisión.

Me costaba mucho vivir con aquella incertidumbre. No deberíamos alargar más la situación. El final ya sabíamos cuál sería.

Después de meditarlo a fondo, le pedí a Alfonso que nos separáramos. La decisión del papa era irrevocable y yo no podía seguir viviendo en aquellas circunstancias. Alfonso no quiso

escucharme, decía que aprovecháramos los momentos de estar juntos. Él me amaba —yo sabía que no mentía— e intentaba convencerme para que permaneciéramos unidos hasta que ya no fuera posible.

A los tres meses me quedé embarazada de nuevo.

Aquel año de 1193 falleció doña Goda, mi querida ama. Ya no podríamos abrazarnos a mi regreso a Coímbra, porque estaba segura de que en cualquier momento debería abandonar la corte de León.

Yo creía entonces que Alfonso me retenía porque deseaba seguir a mi lado. Es posible que así fuera, aunque no dudó en que nos separáramos cuando la situación política cambió.

En la primavera de 1194, ya había nacido mi tercera hija, a la que pusimos el nombre de mi madre, Dulce. A mi esposo, el rey don Alfonso IX de León, en aquellos momentos le interesaba aliarse con Castilla.

A finales de abril, los dos soberanos de León y de Castilla se reunieron y firmaron el Tratado de Tordehumos. Decían unirse para defenderse de la amenaza siempre latente de los musulmanes. En aquel tratado estuvo presente el tema de mis arras.

Cuando conocí lo acordado, comprendí muy bien cuál era mi situación: mi esposo me había mantenido a su lado por intereses políticos y estratégicos. Yo era un simple objeto que se utiliza según la conveniencia. Un objeto de trueque que esperas el momento más conveniente para cambiarlo. En medio de mis sinsabores, solo me proporcionaba un poco de paz el pensar que pronto abandonaría aquel ambiente que tanto me desagradaba, y al fin estaría libre de culpa ante la Iglesia, que era lo verdaderamente importante para mí.

A finales de aquel año, mi padre, el rey Sancho I de Portugal, y mi esposo, el rey Alfonso IX de León, se reunieron para acordar la solución de las arras.

En aquel tratado decidieron que yo, después de disuelto el matrimonio, podría vivir en los dos reinos, en León o Portugal. Me concedía la libertad para elegir en cuál de ellos deseaba fijar mi residencia. Alfonso me entregaría una extensión de terreno entre

León y Tuy.

Después de la firma del tratado, nuestro matrimonio quedaba anulado. Era como si no hubiera existido. Bueno, ciertamente no era así, porque mis hijos fueron reconocidos como legítimos, y el pequeño Fernando declarado heredero al trono de León.

26
Regreso a Coímbra

Mientras el infante Fernando se quedaba con su padre, yo emprendí el regreso a Coímbra con mis dos hijas. No había sido desgraciada, todo lo contrario, en los cuatro años que viví al lado de mi esposo en la corte leonesa, pero mis raíces, mi casa, estaban en Portugal, y allí quería regresar.

No le guardaba ningún tipo de rencor a Alfonso, que intentó hasta el último momento convencerme para que me quedara cerca de la corte. Le dije que no era lo apropiado. Nuestras vidas ahora deberían seguir caminos distintos.

—Teresa, os lo ruego, quedaos en León. Nadie puede impedir que os quiera. Necesito veros. Viviréis lejos de la corte, pero yo sabré que estáis ahí, y nuestros hijos también.

—Nuestro hijo Fernando permanecerá en León, a vuestro lado —le contesté.

—Lo sé, Teresa, pero os necesito a vos.

—Alfonso, siento mucho que nos separemos, pero no podemos hacer otra cosa. Yo nunca me convertiré en vuestra concubina, creo que me conocéis lo suficiente para saber que nunca aceptaré vuestras peticiones.

Me mantuve firme en mi postura. Es probable que, si estuviera profundamente enamorada de él, dudara sobre mi forma de

proceder, pero no, tampoco lo haría. Yo no podía traicionar mi conciencia. La Iglesia había declarado la nulidad de nuestro matrimonio, y eso era lo que contaba.

Nos despedimos como buenos amigos. Era consciente de que me había elegido por ser hija del rey de Portugal, y que lo hizo porque en aquel momento necesitaba establecer buenas relaciones con él. Pero después, se enamoró de mí. Y yo, aunque no compartía el mismo sentimiento, me hubiese quedado a su lado siempre. Pero lo cierto es que nuestro enlace nunca debería haberse celebrado. Casi todos sospechábamos cual sería el final, pero, a pesar de ello, nos casamos. Para eso estábamos las infantas, para ser juguetes en manos de nuestras familias. Hoy te casan, mañana te descasan y luego te vuelven a casar.

Yo estaba decidida a no aceptar un nuevo matrimonio. Ya había prestado mis servicios, ahora intentaría vivir y ser feliz. Tenía importantes planes para mi futuro que no había compartido con nadie.

Era una pena no poder contar con el apoyo de doña Goda. Estaba segura de que le habría encantado mi decisión. Y también lo estaba de que desde el cielo ella me mandaría fuerza para vencer los obstáculos.

Creía asimismo que a doña Ana también le ilusionaría el proyecto.



El encuentro con mis padres, los reyes, y mis hermanos fue muy cariñoso.

—Teresa, Sancha y Dulce, tus hijas, se criarán aquí en palacio como si fueran mis propias hijas —me dijo mi padre, nada más vernos—. Así tú podrás dedicarte a otras cosas y estar más tranquila y relajada.

—Gracias, padre. Tengo que contaros algunos proyectos.

Necesito vuestra aprobación.

—Está bien. Si quieres, después de la cena podemos hablar.

Mi madre, como siempre, permanecía silenciosa, pero con una mirada tierna y amorosa. No necesitaba decir nada, solo con mirarla sabía lo mucho que me quería. La encontré un poco desmejorada, aunque era normal: acababa de dar a luz a otra niña, Mafalda, su parto número nueve. Mis hijos tendrían una tía más joven que ellos.

Miré a mis hermanos. Los tres varones todavía eran muy niños. El mayor, Alfonso, el heredero, solo tenía nueve años. Padecía una enfermedad, una variante de la lepra, que hacía que su aspecto fuera un tanto obeso. Observándolos, tuve la sensación de que Alfonso no se llevaba bien con sus hermanos pequeños.

Mi hermana Sancha se había convertido en una preciosa muchacha. Contaba quince años. Ella era la que más había cambiado en estos cuatro años.

En aquellos momentos, reunida con toda mi familia, no pude evitar pensar en mi abuelo.

—Madre, creo que el abuelo estaría encantado al saber que una de sus nietas lleva el nombre de la abuela, Mafalda.

—Ha sido idea de tu padre —dijo mi madre mientras se levantaba.

Nos habíamos reunido en uno de los salones de palacio. Charlamos durante un buen rato. Pero, poco a poco, de forma escalonada —la primera fue mi madre— se fueron ausentando todos, a excepción de mi hermana Sancha. Solo quedábamos nosotras dos. Tuve la sensación de que Sancha quería hablar conmigo a solas. No me equivoqué.

—¿No echas en falta a doña Goda? —me preguntó de repente.

—Muchísimo.

—Yo estuve con ella hasta el último momento. Desde que tú te fuiste, doña Goda se ocupó de mí. ¿Sabes, Teresa? Yo no quiero casarme.

—Querida Sancha, si nuestro padre lo decide, tendrás que hacerlo. Recemos para que no suceda —le dije.

—Hermana, tienes que ayudarme —me pidió—, quiero dedicarme a otras cosas.

Tomé sus manos entre las mías y mirándola a los ojos le aseguré que siempre la ayudaría. Tenía el presentimiento de que mi hermana Sancha anhelaba lo mismo que yo.



Después de aquella conversación, todas las tardes Sancha y yo paseábamos juntas. Doña Ana nos acompañaba.

No les había contado nada de mis planes. Cuando le hablé a mi padre de lo que quería hacer, al principio se quedó muy sorprendido, pero inmediatamente aseguró que me apoyaría.

Después de aquella conversación con mi padre, me di un tiempo para volver a analizar con detalle el proyecto. Cada momento que pasaba me reafirmaba más en llevar a la práctica la ilusión que bullía en mi corazón.

Aquella tarde, paseando cerca de la catedral, pensé que había llegado el momento de contárselo a mi hermana y a doña Ana.

—Queridas, quiero haceros partícipes de una idea que deseo se convierta en realidad cuanto antes. Las dos conocéis el impacto que me causó el monasterio de Lorvão y todo su entorno. La primera vez que estuve allí percibí unas vibraciones que me aupaban hacia la trascendencia…

—Perdona, hermana —me interrumpió Sancha—, doña Goda me habló muchas veces de la visita que hicisteis, y me contó lo impresionada que te habías quedado.

—Así es. Pues bien. He pensado que sería maravilloso establecer allí una comunidad religiosa femenina. Necesito del apoyo de mi padre, el rey, para que traslade a la comunidad masculina que allí vive a otro lugar. Debo deciros que está dispuesto a ayudarme. Después será necesario conseguir la aprobación pontificia.

—Me parece una idea buenísima —exclamó doña Ana.

—A mí me gusta especialmente. La vida en un monasterio tiene que ser interesante. ¿A qué orden pertenecerán las monjas? —quiso saber mi hermana.

—Cisterciense —respondí sin dudar.

Aunque la historia de Benito de Nursia y su hermana Escolástica había influido en mí, a la hora de elegir orden religiosa femenina para que se estableciera en Portugal, me decanté por la del Císter, tal vez pensando en mi abuelo, el rey Alfonso Enríquez, que había favorecido la implantación de esta orden en Portugal, y porque, en el fondo, el origen del Císter era benedictino. La regla por la que se regían era la misma de san Benito.

—Teresa, así que nuestro padre el rey te apoya —me dijo Sancha, con cierto sarcasmo.

—Sí. Al principio pareció dudar, pero luego me dio su aprobación.

—Querrá tranquilizar su conciencia —soltó Sancha.

—¿A qué te refieres? —le pregunté a mi hermana.

—Bueno, no sé si debo —dijo, mirando a doña Ana.

—Sancha, cuéntanos lo que sea —la animé yo—. Doña Ana es de total confianza.

—Puede que no debiera decirte nada, pero necesito desahogarme. Se comenta que nuestro padre, el rey Sancho, tiene una amante. Ya sé que los hombres suelen comportarse así, pero aseguran que esta no es una aventura pasajera.

—¿Estás segura, Sancha? —le pregunté angustiada.

—Segura no puedo estar, no los he visto. Pero cuando todos en Coímbra lo comentan es por algo. Hasta se sabe la identidad de la mujer que, dicen, es muy guapa. Se llama María Pais de Ribeira, se la conoce como la Ribeirinha.

De repente la imagen que yo tenía de mi padre se derrumbó. De todos era conocida la infidelidad de los hombres casados, pero cuando se trataba de tu padre las cosas cambiaban, sobre todo al pensar en tu madre.

—Nuestra madre, la reina, ¿lo sabe? —le pregunté a Sancha.

—Supongo que sí. Seguro que alguien se lo habrá dicho. Y sufrirá

en silencio, ¿qué va a hacer? ¿Qué harías tú, Teresa? Imagino que el rey de León, Alfonso IX, tú exmarido, no te habrá sido infiel. Solo estuvisteis casados cuatro años…

—Creo que no me ha sido infiel. Esas cosas una mujer las nota. Alfonso me quiso desde el primer momento. Sé que se enamoró de mí, pero también es verdad, como acabas de decir, que solo estuvimos juntos cuatro años.

No quise contarle a mi hermana que, según las informaciones que me habían llegado desde León, mi antiguo esposo ya tenía una amante. Ciertamente, no sé si lo oculté por orgullo, por respeto o por no seguir avivando el fuego.

—Teresa, no quiero encontrarme nunca en la situación de nuestra madre, jamás —dijo Sancha, a punto de llorar.

—Tranquilízate. Si todo sale como espero, convenceremos a nuestros padres para que ingreses en el convento.

Lo que me había contado mi hermana Sancha no se iba de mi mente. Tal vez solo fueran habladurías. Le pedía a Dios que así fuera.

27
Ayudando a las muchachas de la puerta de Almedina

Doña Ana y yo, acompañadas de unos cuantos sirvientes, regresábamos del monasterio de Lorvão, lugar al que nos desplazábamos con frecuencia, para tomar buena nota de los cambios que deberíamos hacer para cuando nos instaláramos allí.

Los monjes ya eran conocedores de su traslado y muy pronto abandonarían el convento.

Una de las primeras cosas que haríamos sería cambiarle el nombre. Lo pondríamos bajo la advocación de la Madre de Dios. Sería el monasterio de Santa María de Lorvão.

—La verdad es que hay muchas cosas que me gustaría cambiar, pero iremos poco a poco —le dije a doña Ana.

—En cuanto se vayan los frailes, empezaremos con los cambios. Ya he tomado buena nota. ¿Se instalará pronto la comunidad de monjas? —quiso saber doña Ana.

—Espero que el papa nos dé pronto la autorización. He hablado con algunos monasterios y están dispuestos a enviarnos a parte de sus monjas. Además, sabéis que hay unas cuantas muchachas que están decididas a profesar como religiosas.

—¿Os referís a las chicas de la puerta de Almedina? —me pregunto doña Ana.

—Sí. Ya sé que no podemos fiarnos de todo lo que nos dicen, pero estoy dispuesta a ofrecerles trabajo de sirvientas en el convento. Esas muchachas necesitan nuestra ayuda. Estoy pensando que podríamos hacerles una visita esta mañana. Seguro que se alegran de vernos —le planteé.

—Si así lo deseáis, perfecto. Sois buena, doña Teresa, pero esas chicas son complicadas. Yo pude haber sido una de ellas, y tal vez soy injusta al preveniros, pero no quiero que tengáis problemas.

—Doña Ana, no os preocupéis. Hacéis bien diciéndome lo que pensáis.

Recordé entonces cómo se había reiniciado nuestro contacto. Al poco de regresar a Coímbra, un día le propuse a doña Ana que intentáramos buscar a aquel grupo de chicas con las que nos reuníamos bajo el cuidado de doña Goda. No habían pasado más de seis años y tal vez algunas siguieran viviendo en la misma zona. A doña Ana no le entusiasmó la idea, e intentó convencerme para que no fuéramos. Pero yo sentía interés, y sobre todo deseaba ayudarlas, si es que necesitaban algún tipo de apoyo.

Una tarde, vestidas de forma que no pudiéramos ser identificadas, doña Ana y yo nos acercamos al barrio. No tardamos mucho en dar con alguna de ellas. La forma de comportarse, su aspecto físico y cómo iban vestidas nos indujeron a pensar, tanto a doña Ana como a mí, en el tipo de vida que llevaban. Empezamos a hablar con ellas. Les preguntamos cosas del barrio, pero no nos prestaban mucha atención. Ninguna se había dado cuenta de quiénes éramos.

De pronto, doña Ana dijo:

—Seguro que a doña Goda no le habría gustado nada ver lo poco amables que sois.

—Quién eres tú para hablarnos de doña Goda. Desgraciadamente, está muerta. Y bien que lo sentimos —dijeron con pena.

—¿De verdad no nos conocéis? Ella es doña Teresa y yo soy Ana, la que vivía en el límite del barrio, casi a las puertas de la judería.

Las cuatro muchachas se volvieron hacia mí para besar mi mano.

—Por favor, doña Teresa —dijo una de ellas—. Vivo aquí al lado. Mi casa es muy humilde, pero mejor hablamos allí. Aquí, en la calle, todos están pendientes de nosotras.

Nos contaron que las tres chicas que faltaban de las que iban a palacio habían tenido más suerte que ellas. Estaban casadas y residían en otras zonas de Coímbra. Ellas, en algún momento, habían trabajado, pero habían sido ocupaciones temporales. Y ahora se dedicaban a lo que doña Ana y yo pensamos al verlas.

—Es la única forma que tenemos de ganar algo, una miseria, pero es algo. Y al final no es tan desagradable —apostilló, resignada, una de ellas.

—Pues yo no sé lo que podré resistir —dijo con rabia la más agraciada de las cuatro—. Cualquier día desaparezco. Las cuatro hacemos el mismo trabajo. La diferencia es que mis amigas son libres para dejarlo, y yo no.

—¿Por qué tú no puedes dejarlo? —le preguntó doña Ana.

—Porque me obliga mi hermano. Casi todos los días aparece por la noche con algunos amigos para que se acuesten conmigo.

Me parecía espantoso lo que estábamos escuchando.

—Doña Teresa, nuestra vida es muy triste —me dijo una de ellas —. Suerte que, de momento, no nos hemos quedado embarazadas.

Les prometí ayudarlas, no sabía muy bien cómo, pero en algo pensaríamos.

Desde entonces, una vez a la semana o cada quince días les llevábamos alimentos y ropa. Mi idea era sacarlas de aquel ambiente, pero no sabía de qué forma, aunque estaba segura de que lo conseguiríamos.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por doña Ana, que me comentó:

—Doña Teresa, creo que no debemos ir a la puerta de Almedina, ¿no os habéis dado cuenta de todo el jaleo de las calles?

—La verdad es que no —admití—. No me había enterado ni de que habíamos entrado en Coímbra.

—¿Queréis que nos detengamos para saber qué pasa? —me sugirió.

—No. Mejor vamos a palacio.

Era tal el griterío que hasta nosotras llegaban algunos comentarios…

—Doña Ana, ¿escucháis lo mismo que yo?

—Creo que dicen que el rey, vuestro padre, ha salido con el ejército para arrebatarle posesiones al reino de León.

—¿Qué habrá sucedido? La relación entre Alfonso y mi padre era buena.

—Tal vez la gente esté confundida…

—No, doña Ana, no creo que se lo inventen. Pronto conoceremos la verdad.



Mi madre, la reina, me confirmó lo que habíamos oído.

—Teresa —me dijo—, lo que animó a tu padre a lanzarse a la conquista de tierras leonesas ha sido la disposición del papa.

—¿Qué ha hecho el papa? Celestino III tenía que sentirse satisfecho con Alfonso y conmigo, pues hemos obedecido sus órdenes —le dije.

—Esto nada tiene que ver con vuestro matrimonio, Teresa. El pontífice ha vuelto a excomulgar a tu exmarido y ha prometido otorgar las mismas gracias a quienes luchen contra el reino de León, como si lo hicieran participando en las cruzadas.

—Pero eso es terrible, ¿qué ha hecho el rey de León?

—Teresa, ya sabes que no tengo demasiado interés por esos temas, aunque en esta ocasión lo sorprendente de la noticia sí acaparó mi atención. Parece ser que vuestro otrora esposo, el rey de León, se ha aliado con los musulmanes.

—¿Aliado con los almohades? —pregunté sorprendida.

—Sí, y lo que es peor, ayudado por ellos ha atacado territorios

cristianos. Esta mañana decían que había invadido Castilla.

Mi madre, la reina, tenía aspecto de estar muy cansada. No quise molestarla más y me fui en busca de mi hermana Sancha, que seguro estaba al tanto de todo lo que sucedía.

—¿O sea que mi exmarido, el rey Alfonso IX de León, no solo no participó en la batalla de Alarcos, sino que se alió con los que habían derrotado a los cristianos y junto con ellos decidió invadir Castilla? Tiene que haberse vuelto loco —le dije a mi hermana Sancha.

—Intentó conquistar Toledo y Madrid, pero no lo consiguió —me explicó ella—, y ahora, después de la excomunión del papa y de las mercedes que ofrecen a los que ataquen a León, está sometido a enfrentamientos continuos con los reinos peninsulares que intentan arrebatarle territorio. Allí se ha ido nuestro padre.

Aquella noticia me dejó enormemente confundida. ¿Qué le habría pasado a Alfonso para comportarse de aquella forma? Tenía que haber perdido la cabeza para aliarse a los almohades y junto a ellos atacar los reinos cristianos.

—Querida Sancha, qué complicado es este mundo en el que nos ha tocado vivir —suspiré.

—Mucho, Teresa. Por eso quiero que te ocupes de mí. Deseo vivir apartada de todo.

—Recemos para que a nuestro padre no se le ocurra darte en matrimonio.

—Si eso sucede, te juro, Teresa, que huyo —aseguró Sancha.

—Tonterías. Aceptarás, y no te pasará nada. ¿Sabes, Sancha? Todo esto que está pasando en el reino de León me preocupa mucho. Me da miedo que le suceda algo a mi hijo, que se encuentra con su padre.

—No te preocupes. No le sucederá nada. Pero ¿por qué no te lo has traído a Portugal contigo? —quiso saber.

—Es muy sencillo, Sancha. Mi hijo Fernando es el heredero al trono de León, y donde mejor está es al lado de su padre. Si en algún momento me necesita, acudiré a su lado. Mi relación con el rey leonés es y siempre será amistosa.

28
El segundo matrimonio de Alfonso de León y la muerte de la reina Dulce

La noticia me dejó bastante indiferente. Tal vez porque ya la conocía. Alfonso me había escrito comunicándome la decisión que acababa de tomar. Quería que estuviese tranquila con respecto a nuestro hijo Fernando, que deseaba siguiese a su lado. Alfonso me recordaba que yo podía desplazarme a verlo cuando quisiera. Asegurándome que siempre sería bien recibida en la corte de León.

Yo sabía que él se volvería a casar, pero lo sorprendente fue que lo hiciera con Berenguela, hija de su primo y principal enemigo, el rey Alfonso VIII de Castilla. La finalidad de aquella boda resultaba evidente e interesante: la paz volvía a los dos reinos. Pero aquella unión, igual que la mía, seguro que tendría corto recorrido.

Yo, en aquel tiempo, estaba muy ocupada dando forma a uno de mis sueños: establecer el monacato femenino en Portugal.

La orden benedictina masculina ya había dejado el monasterio de Lorvão, por orden de mi padre, el rey Sancho I. Dentro de muy poco, la rama femenina del Císter inundaría con su espiritualidad aquel hermoso valle.

Vivíamos momentos de relativa tranquilidad, aunque a mí me preocupaba el estado de salud de mi madre, la reina, que se encontraba embarazada de nuevo. Aquel iba a ser el décimo parto.

De los nueve anteriores habían logrado sobrevivir seis hijos. Tres mujeres y tres hombres.

Le había pedido a mi hermana Sancha, que estaba a punto de cumplir los dieciocho años, que se quedara en palacio para hacer compañía a nuestra madre. Yo las visitaba con frecuencia.



El monasterio de Santa Cruz volvió a abrir sus brazos para acoger el cuerpo sin vida de la reina Dulce. Mi madre, en su décimo parto dio a luz a dos niñas. A los pocos días, debilitada por el esfuerzo, contrajo una enfermedad a la que no pudo hacer frente. No había cumplido los cuarenta años.

Mi madre fue una mujer buena y cariñosa que había llevado a cabo hasta el final la misión que su familia le había asignado.

Al ver la tristeza de mi padre, el rey, ante la desaparición de la reina, no puede evitar que mi imaginación volara hacia la supuesta amante. No había querido indagar, posiblemente porque quería seguir respetando a mi padre. Sin embargo, era consciente de que la mía era una postura cobarde.

Unos días después del entierro y de los funerales por mi madre, acudí a visitar su tumba en el panteón real. Allí, rodeada de mis antepasados, le prometí ocuparme de vigilar la educación y cuidado de mis hermanos, aunque ello me supusiera alejarme de mis proyectos, pero aquel era mi deber como hermana mayor. Mis dos hijas y mis cuatro hermanas me necesitaban, y yo nunca las defraudaría.

Sí, estaba dispuesta a velar, y de forma especial, por mis dos hermanas recién nacidas, que eran gemelas: Blanca y Berenguela. Jamás hubiera podido imaginar que mi padre, el rey, ya se había ocupado de ello. No me necesitaba.

29
María Pais de Ribeira, la amante del rey Sancho I

Al llegar a Coímbra, después de mi visita a Lorvão, me iba a encontrar con la más desagradable sorpresa de mi vida. Doña Ana en esta ocasión no había viajado conmigo. Le había pedido que se quedara en palacio, ya que, al verme obligada a ausentarme unos días, me quedaba más tranquila si ella permanecía en la corte preocupándose de los temas domésticos.

Nada más verla supe que algo grave pasaba. Después de escucharla, casi no podía articular palabra:

—Por favor, doña Ana, decidme que no es verdad lo que me estáis contando.

—Es verdad. Y siento tanto, doña Teresa, ser yo quien os de la noticia, pero mejor así. Imaginaos que os enteráis por algún comentario de los sirvientes, oído al azar.

—Es que no me lo puedo creer.

—Por dura que resulte, esa es la realidad: la amante de vuestro padre se ha instalado en la corte. Ella es laque se ocupa de vigilar el cuidado de vuestras hermanas pequeñas. Ella la que organiza toda la vida interior en el palacio, como si fuera la reina.

—Mi padre tiene que haberse vuelto loco. Mis hermanas, Blanca y Berenguela, solo tienen unos meses. Mi madre ha muerto como

consecuencia del parto, y ahora es la amante de su marido quien se va a ocupar de las pequeñas. Es una locura. Tengo que estar soñando.

—Ella se instaló en palacio al poco de iros vos. En todo este tiempo no la he visto, pero los sirvientes no hablan mal de ella. Dicen que es discreta.

—Pues ya me diréis qué va a hacer en su situación. Lo raro sería lo contrario.

—Pues muchas cosas. Ahora es la señora de palacio.

—Callad, por favor, doña Ana, no quiero escucharos. ¿Cómo han reaccionado mis hermanas Sancha y Mafalda?

—Creo que no saben nada. Se fueron a pasar unos días a Guimarães, y es casi seguro que no se hayan enterado.

Volví a recordar entonces el comentario que hacía unos meses me había hecho mi hermana Sancha, y al que preferí hacer oídos sordos. ¡Y pensar que era totalmente cierto! Mi padre ya mantenía relaciones con esta mujer. ¡Qué vergüenza! Tenía una amante antes de morir nuestra madre. Y ahora se atrevía a traerla a vivir a la corte, a nuestro lado. Aquello era algo inaudito. Además, nuestro padre tenía que habernos dicho algo antes de instalar en nuestra casa a aquella mujer.

Me aterraba pensar en cómo sería el encuentro con mi padre. No podía decirle lo que pensaba. Tendría que contener mis emociones.

No había pasado un día desde mi llegada a palacio cuando me comunicaron que el rey deseaba verme. Mientras me dirigía a encontrarme con él, un interrogante me martirizaba sin cesar: ¿cómo se atrevía a llevar a su amante a vivir a la corte cuando aún ni siquiera había pasado un año del fallecimiento de mi madre?

—Teresa, ven, siéntate aquí cerca de mí —me dijo cuando me vio entrar.

Me sentía violenta. La poca confianza que tenía con él había desaparecido. Me resultaba un ser extraño, intentaba rehuir su mirada. No quería que viera la expresión de mis ojos.

—Querida hija, deseo hablarte de algo que alguien, seguro, te

habrá contado ya.

—Con todo el respeto, padre, la forma de evitar que me enterase por los demás era muy sencilla: habérmelo dicho vos.

—Sí, tienes razón, pero no te encontrabas en palacio.

—¿Era tan urgente que esa mujer viniera a vivir aquí? ¿No podíais esperar unos días?

Me costaba contener la rabia y era consciente de que el tono que estaba empleando en la conversación con mi padre no era el adecuado. La expresión de su rostro me puso sobre aviso.

—Teresa, como comprenderás, no busco tu aprobación. Yo puedo hacer lo que quiera. Esta es mi casa y soy yo quien decide lo que está bien o está mal. Si te he llamado, es para que conozcas que María Pais vivirá, a partir de ahora, en la corte. Me da lo mismo lo que pienses. Pero sí quiero decirte que no es una decisión caprichosa. Si he traído a esta mujer a vivir a palacio, es porque estoy enamorado de ella y su presencia me da fuerzas para vivir.

—Pero, padre, solo hace unos meses que enterramos a la reina.

—Sí. A vuestra madre, la reina Dulce, la he querido y respetado. Pero la vida sigue y yo necesito a esta mujer.

Tentada estuve de decirle que mentía. Su relación con aquella mujer ya era una realidad en vida de la reina, pero guardé silencio.

—¿Por qué no os casáis con ella? —me limité a preguntarle.

—Eso complicaría las cosas. Mejor así. Su presencia en la corte será exclusivamente privada. No tendrá ninguna proyección oficial y cuidará de vuestras hermanas pequeñas.

—Pero, padre, eso puedo hacerlo yo.

—Sí, aunque prefiero que sea ella quien lo haga. Así tú podrás ocuparte de tus cosas. Por cierto, encárgate de contarles a tus hermanas Mafalda y Sancha la situación.

En aquellos momentos sentía la necesidad de gritarle, de decirle que estaba deseando abandonar la corte, una corte que se había convertido para mí en un lugar inhóspito.

No me atrevía a decirle lo que pensaba, pero sí reuní fuerzas para preguntarle por el futuro de mis hermanas mayores.

—Padre, agradezco que me hayáis hablado de la situación en la que nos encontramos, y que yo debo respetar porque vos sois el rey, pero también entenderéis que me produzca una gran tristeza. Soy la mayor de vuestros hijos, y me preocupa el futuro de mis hermanas mayores. En este sentido, quisiera saber, ¿cuál sería vuestra postura si alguna de ellas desease ingresar en religión?

—Querida Teresa, teniéndote a ti cerca, no me sorprendería que todas quisieran irse al convento. No pongas esa cara —me dijo sonriendo—, es broma. La verdad es que tengo tres varones y con ello las necesidades del reino están cubiertas. Además, no creo que tus cuatro hermanas deseen encerrarse todas en un monasterio. Si una o dos lo desean, no pondré inconvenientes. De todas formas, si las necesidades del reino lo exigieran, podrían dejar el monasterio para casarse. Por cierto, Teresa, ¿te has enterado de que el matrimonio de tu exmarido ha sido disuelto por el papa?

—Sí. Doña Ana me lo ha contado hace unos días.

—¿No te preocupa el futuro de tu hijo? Ha tenido dos varones con la Castellana.

—Me he enterado, padre. Pero Alfonso sabe que el primogénito es nuestro hijo. Él será el heredero.

—Por cierto, estoy pensando que tu hermano Alfonso, mi heredero, debería casarse. Sería interesante establecer lazos con Castilla. Una de las hijas de Alfonso VIII podría ser la adecuada.

—¿Una hermana de Berenguela? —le pregunté.

—Sí, creo que Urraca tiene la misma edad que tu hermano Alfonso. Piensa en ello.

La normalidad con la que terminamos nuestra conversación parecía restar importancia a lo sucedido. Pero el dolor y la decepción se habían apoderado de mí.

30
El monasterio de Santa María de Lorvão

Los años fueron pasando sin grandes contratiempos.

Tiempos relativamente tranquilos en los que mi padre se dedicó de forma especial a una de sus grandes inquietudes: dar vida a los lugares despoblados y apartados. Lo había hecho al comienzo de su reinado, y ahora volvía a dedicarse a ello. Facilitaba la creación de industrias. Otorgaba fueros a las ciudades recién fundadas para atraer a la población con determinadas ventajas, sin olvidar incentivar a los que llegaban de Flandes y de otros lugares. También se preocupó de la ganadería, introduciendo nuevas técnicas.

Creo, sin ningún tipo de apasionamiento, que mi padre, el rey Sancho I de Portugal, consolidó y expandió el reino, dotándolo de un sistema administrativo serio y eficaz.

Otra cosa era su vida privada. Confieso que sentía auténtico rechazo hacia su situación, con la que él estaba encantado. Su amante ya le había dado tres hijos. En mi corazón no albergaba ningún sentimiento de afecto por mi padre. Algo se había roto dentro de mí.

Solo una vez vi a María, su concubina, y debo reconocer que era una mujer muy hermosa.

Mis hermanas pequeñas crecían sanas y felices.

Yo procuraba pasar el menos tiempo posible en la corte. Mis

hermanas Sancha y Mafalda se habían ido a vivir al monasterio de Lorvão. La convivencia en palacio con la amante de nuestro padre les resultaba muy incómoda.



En el año 1206, mis sueños se hicieron realidad. La primera comunidad de monjas cistercienses se establecía en el monasterio de Santa María de Lorvão. El monacato femenino ya era una realidad en Portugal. Contaba con una pequeña comunidad. Mi idea era convertir el recién creado cenobio en un lugar al que pudiesen retirarse las infantas que así lo desearan. También estaría abierto a las mujeres que, aunque no fueran nobles o de la realeza, mostraran una auténtica vocación para profesar como monjas.

No conocía el monasterio de Santa María la Real de Burgos, pero las referencias que hasta mí habían llegado eran excelentes. Sin lugar a dudas, el monasterio burgalés era un modelo a seguir.

Yo estaba deseando establecerme definitivamente en el monasterio de Lorvão. Pero aún estaba pendiente de recibir la aprobación o confirmación del papa, para poder nombrar una abadesa.

Habíamos escrito a Roma, pero la respuesta se demoraba demasiado. Mis contactos con el obispo de Coímbra aún no habían dado sus frutos. Tal vez debería hablar también con el de Braga, que era el más importante de Portugal desde que lo habían nombrado arzobispo.

Tenía tanto que aprender de mi abuelo, el rey Alfonso. Él supo conseguir el apoyo del papado en diversas ocasiones. Recuerdo que algunas veces me habló de cómo se había gestado la construcción del monasterio de Alcobaça.

—Después de conquistar Santarém —me contó—, en acción de gracias y cumpliendo una promesa que había hecho, doné a Bernardo de Claraval grandes extensiones de terreno en la zona de

Alcobaça.

Mi abuelo me explicó que, de esa forma, había conseguido que los monjes se implicaran en la repoblación de aquellas tierras arrebatadas a los árabes. Aún puedo escuchar sus palabras:

—Teresa, aquellos hombres, a los que se los conocía como los monjes blancos, nos ayudaron mucho en la civilización de todo aquel territorio. Y algo muy interesante: con su formación, intentaron mejorar la vida de los habitantes de la zona y de quienes allí se acercaban.

Eran famosos por sus conocimientos farmacéuticos. También por su generosidad con los necesitados. No sabes qué importante fue su trabajo en el desarrollo de este lugar. —Yo miraba a mi abuelo entusiasmada mientras relataba esta historia—. Además, Teresa, con esa donación a la Orden del Císter, he conseguido méritos ante el pontífice, del que esperaba reconociera el reino de Portugal, como así sucedió.

Con seguridad, el complejo monástico de Alcobaça era el más importante de los existentes en el reino de Portugal. Tuve la oportunidad de visitarlo alguna vez, después de que Bernardo de Claraval fuera canonizado.

Sí, tenía que pensar en algo para agilizar la aprobación del monasterio de Santa María de Lorvão.



Mi hermano Alfonso se había casado con Urraca de Castilla. Ellos, cuando nuestro padre faltara, serían los reyes de Portugal. Doña Urraca parecía una buena mujer. Su trato era agradable. Nunca hablamos de su hermana, ni del hecho de que hubiéramos estado casadas con el mismo hombre. La verdad es que yo no tenía ningún interés en recordarlo. Ni en saber nada de Berenguela, pero doña Ana se hizo amiga de una de las damas castellanas que acompañaban a doña Urraca.

—Os digo, doña Teresa, que debéis estar atenta a lo que suceda en León. Me han dicho que doña Berenguela ha conseguido que su hijo sea nombrado heredero.

—Tranquilizaos, doña Ana. Conozco bien al rey de León y sé que jamás se olvidaría de nuestro hijo. Fernando es el primogénito. Y si mi matrimonio fue anulado, el de doña Berenguela también lo ha sido.

—Sí, pero me han dicho que el rey de León ha reconocido a su otro hijo Fernando como heredero, de forma oficial —insistió ella.

—Da lo mismo. Los acuerdos de hoy son incumplidos mañana. En este tema, de verdad, estoy tranquila.

—Me alegro, y espero que no os equivoquéis, pero creo, según me han dicho, que doña Berenguela es persona inteligente, política y muy tenaz, que lucha hasta el final por conseguir lo que quiere.

—Seguro que así es.

—Doña Teresa, ya sé que no se puede creer todo lo que se dice, porque se miente mucho, pero comentaban que doña Berenguela, en su forma de ser y comportarse, más parece hombre que mujer.

—Por favor, doña Ana. No digáis más tonterías.

Sé que mi querida doña Ana me contaba todas estas cosas por cariño. Aunque a veces me hacían daño, como cuando aludía al futuro de mi hijo. Confiaba en el rey de León, pero de todas formas le escribiría. Nuestro hijo, Fernando, seguía a su lado.



Mi hermano don Alfonso y su esposa doña Urraca acababan de tener un hijo varón. La alegría en la corte fue grande, en especial de mi padre, el rey, que veía cómo se consolidaba la herencia al trono. Al recién nacido le pusieron el nombre de nuestro padre: Sancho.

Yo me había quedado en Coímbra esperando el parto. Pensé que ese era mi deber, por si surgía algún tipo de problema. Lo cierto es que, aunque María, la amante de mi padre el rey, siguiera en la

corte, ocupándose de los temas privados de la familia, yo no me había desligado del todo de ellos. No lo había hecho, porque quería mantener vivo el recuerdo de nuestra madre, la reina Dulce, ya que, a su muerte, era yo quien debía desempeñar su papel dentro del ámbito familiar.

Mis hermanas permanecieron en el monasterio de Lorvão. Con toda certeza, aquella era su vida. Se las veía muy felices.

El rey de León había contestado a mi escrito tranquilizándome. Fernando, nuestro hijo, era el primero en su corazón y él sería el heredero, me aseguraba. Me sugería que le gustaría ver a nuestras hijas y también a mí. Me animaba a viajar a León para encontrarnos y, como me conocía bien, me recordaba que el tiempo que estuviera allí no tendría que vivir con él, ya que tenía a mi disposición varios lugares en los que poder quedarme.

No era mala idea y no descartaba un posible viaje a León, aunque de momento no debía abandonar Portugal. Algo en el estado de mi padre, el rey, me preocupaba. No quería preguntarle nada. Yo procuraba no estar al tanto de los temas políticos, porque me superaban. Pero ver a mi padre triste y con poco ánimo me inquietaba. Además, la situación en la que vivía debo confesar que me seguía escandalizando y era incapaz de asumirla. Puede que lo más normal fuera preguntarle a su amante. Seguro que ella estaría al tanto de todo, pero sentía un gran rechazo hacia su persona. Le pediría a doña Ana que investigara en los distintos ambientes de la corte. Tal vez de ese modo conseguiría alguna pista.



—Doña Teresa, qué bien que os hayáis animado a pasear. Es como en los viejos tiempos. Muchas veces me acuerdo de doña Goda. Fue un ángel para mí.

—Yo también la sigo echando de menos. Creo que doña Goda fue un ángel para todas. Seguro que sigue velando por nosotras. Ya

habéis visto cómo han reaccionado las chicas de la puerta de Almedina cuando la mencionamos.

—Por cierto, estaréis contenta. Habéis conseguido llevar a dos de ellas al monasterio de Santa María de Lorvão.

—Sí, y además con la aprobación de sus familias. Aunque el caso más complicado sigue sin resolverse, mas no desespero —repliqué, convencida.

—Doña Teresa, esta mañana he ido a ver a mis padres.

—¿Se encuentran bien?

—Sí, muy mayores. Ya son abuelos. Dos de mis hermanas se han casado y una vive con ellos para cuidarlos. Me da mucho gusto comprobar que residen en otra zona de la ciudad, mucho mejor que el barrio de la puerta de Almedina donde yo nací.

—¿Les habéis llevado regalos? —le pregunté.

—Siempre lo hago. Ya sabéis que los ayudo todo lo que puedo.

—Sois muy buena hija, mi querida doña Ana.

—Todo gracias a vos, doña Teresa. ¿Os imagináis cómo sería mi vida si no me hubierais ayudado?

—Pues igual estaríais casada, con dos o tres niños. Nunca os lo he preguntado, ¿no os gustaría casaros?

—No, eso ni pensarlo. Tal vez si me obligaran, tendrían que hacerlo, pero siendo libre para elegir, jamás. Soy muy feliz sirviéndoos y estando a vuestro lado, doña Teresa.

—Por cierto, ¿os habéis enterado de lo que le sucede a mi padre, el rey?

—Bueno, creo que las relaciones con Roma no son buenas. Se habla del enfrentamiento de vuestro padre con el obispo de Oporto —me comentó ella.

Aquello no era nuevo para mí. Siempre había existido gran enemistad entre ellos. Hasta tal punto que el obispo de Oporto, Martinho Rodrigues, había tratado de impedir el matrimonio entre mi hermano Alfonso y Urraca de Castilla, por razones de parentesco. Según mis cálculos, mi hermano Alfonso y la infanta castellana Urraca serían primos en cuarto o quinto grado. Con lo cual, resultaba

evidente que la única razón que movía al obispo era la de incordiar a mi padre.

¿Cuál sería el conflicto de ahora? Debería hablar con mi padre.

31
El retiro del rey Sancho

Año de 1209

Creo que nadie en el reino se podría imaginar la decisión que el rey Sancho I de Portugal estaba a punto de tomar.

Era verdad que los problemas con la Iglesia se habían agravado. Las relaciones de mi padre con el papa Inocencio III casi siempre habían sido buenas, aunque a veces hubiera reclamado territorios eclesiásticos, por considerar que le pertenecían. Pero ahora, el papa había tomado partido por el obispo de Oporto, Martinho Rodrigues, a quien mi padre, por defender los intereses de la ciudad de Oporto, ante la irregular actuación del obispo, encarceló y procedió a la incautación de todos sus bienes. A los pocos días, Martinho Rodrigues consiguió escaparse y huir a Roma.

Mi padre estaba convencido de que había obrado con rectitud y por el bien de la ciudad y del reino.

Aunque estar enemistado nunca era bueno, y si el problema era con la Iglesia, mucho peor. Tal vez en otro momento hubiese reaccionado de otra forma, pero se le veía cansado.

Una tarde me hizo llamar. Me sorprendió que estuviera totalmente solo.

—Teresa, siéntate aquí, a mí lado. Eres la mayor de mis hijos, y aunque Alfonso es mi heredero, quiero contarte a ti, antes que a

nadie, la decisión que estoy a punto de tomar.

Nunca mi padre se había mostrado tan cercano como en este encuentro. Su expresión era tranquila, aunque un tanto triste.

—Padre, no me asustéis —dije nerviosa.

—No te preocupes, creo que es lo mejor que puedo hacer. Mi estado de salud no es bueno. Las fuerzas que siempre me acompañaron me están abandonado. Necesito tranquilidad y he pensado retirarme al monasterio de Alcobaça.

No pude contenerme y la pregunta surgió espontánea:

—Pero, padre… ¿Y qué pasará con vuestra amante?

—Sabes que me ha dado seis hijos. María es una buena mujer. Tú, Teresa, has sido testigo de su discreto comportamiento. Ella conoce perfectamente mi estado y apoya mi decisión.

—¿Se quedará en la corte?

—No. Se irá con nuestros hijos a vivir a Vila do Conde. En mi testamento les otorgaré la posesión de ese lugar.

En aquellos momentos supe que mi padre, el rey Sancho I, no volvería nunca más a la corte. No obstante, le pregunté:

—Entonces, padre, ¿os vais definitivamente de la corte?

—Teresa, seguiré siendo el rey, no abdicaré. Arreglaré mis asuntos pendientes con la Iglesia. Haré las paces con mi enemigo el obispo de Oporto. Dictaré testamento, que no se hará efectivo hasta mi muerte. Alfonso será rey y repartiré el reino entre vosotros.

Me costaba creer lo que estaba escuchando. Mi padre tendría cincuenta y cinco años…

—Padre, esto no quiere decir que os retiréis definitivamente, ¿verdad? —seguí insistiendo—. Seguro que después de un tiempo en el monasterio, una vez recuperadas las fuerzas, volveréis a la actividad habitual.

—Sí, puede ser.

Estaba convencida de que aquella podría ser la última vez que viera a mi padre. Y yo no debía seguir alimentando en mi corazón el rechazo hacia él. Su conducta privada era reprobable, pero yo tenía que perdonarlo.

—Padre, ¿existe alguna razón, además de ser la mayor, para que me hagáis partícipe de vuestra decisión?

—Siempre has sido muy reflexiva, buena y generosa, Teresa. Eres inteligente, discreta, conciliadora. Te confieso que tengo mis dudas sobre tu hermano, Alfonso, mi heredero. Dudo de cómo será su relación con vosotros, sus hermanos. Siempre ha sido un poco distante, sobre todo con Pedro y Fernando.

No quise contarle a mi padre cuál había sido mi impresión al regresar a Coímbra después de mi matrimonio. En aquel momento, yo también había observado la falta de sintonía de Alfonso con sus hermanos.

—Padre, sabéis que haré todo lo que esté en mi mano para mantener la estabilidad dentro de la familia.

—Lo sé, Teresa. Nunca te he contado que mi padre, el buen rey Alfonso, siempre decía que serías una buena reina.

—Padre, mi deseo siempre es el de cumplir con aquello que me sea encomendado. Pero si pudiera elegir, jamás estaría al frente de un reino. No porque no me sienta capacitada…

—Ya, tus intereses están en otra parte, ¿verdad?

—Sí, padre.

—Me han contado que acudes frecuentemente al monasterio de Santa Cruz para entrevistarte con un fraile que hace poco ha llegado de Lisboa.

—Así es. Veo que estáis al tanto de todo. Se llama Fernando Martim de Bulhões e Taveira Azevedo, y es monje de la Orden de San Agustín. Se ha dedicado a estudiar las Sagradas Escrituras y teología. Ha venido a Coímbra para ingresar en el monasterio de Santa Cruz, donde ampliará sus estudios. Lo he conocido por casualidad. Tiene una gran sensibilidad social y me está aconsejando en cómo debo actuar para ayudar a unas jóvenes de las zonas más deprimidas de Coímbra.

—Está bien, Teresa. Me gusta que pienses en los demás, siempre lo has hecho, pero no te impliques demasiado.

Me costaba muchísimo aludir al tema, pero ¿y si no volvía a ver a

mi padre? Por mi tranquilidad tenía que reunir fuerzas.

—Padre, conocéis bien mi postura sobre vuestro comportamiento personal. Mi opinión no ha cambiado sobre la presencia que nos habéis impuesto de vuestra amante en palacio. Me sigue pareciendo vergonzosa. Pero necesito deciros que, a pesar de ello, os respeto y quiero como padre. Y os pido vuestra bendición.

—Mi querida hija, acércate para que pueda abrazarte.



El año de 1211 había comenzado con las mejores noticias. El papa Inocencio III aprobaba la refundación del monasterio de Lorvão convirtiéndolo en cisterciense y femenino. Comenzábamos la existencia del monacato femenino en Portugal. Cuarenta monjas integraban la comunidad, con una abadesa que contó con mi beneplácito.

Mi hermana Sancha se sorprendió de que yo no asumiera el cargo de abadesa.

—Mi querida hermana, mi vida siempre estará al servicio de la Iglesia y del Císter, pero no profesaré como monja —le contesté cuando me preguntó directamente.

—Pues yo quiero ser monja —me dijo muy seria Sancha.

—Te apoyaré en todo momento —le dije—, pero debo comentárselo a nuestro padre, por puro formulismo. Sé que te dará su aprobación.

—Eso espero. Además, Teresa, ya tengo treinta años, y estoy segura de que nadie se interesará en mí para cerrar un acuerdo o evitar un conflicto, de lo que doy gracias a Dios —dijo sonriendo.

Desgraciadamente, no tuve la oportunidad de contarle a nuestro padre que mi hermana quería ingresar en religión, porque Sancho I rey de Portugal, falleció en el mes de marzo de aquel año.

Sancha profesaría como religiosa y en su dedicación al Císter fundaría el monasterio de Celas, muy cerca de Coímbra.

Mi padre, el rey Sancho I de Portugal, fue enterrado al lado de su esposa, mi madre, la reina Dulce, en el monasterio de Santa Cruz de Coímbra, lugar que mi abuelo había dispuesto como panteón real.

En ese mismo mes de marzo, mi hermano fue proclamado rey de Portugal, con el nombre de Alfonso II. Era el 26 de marzo de 1211.

Aunque mi hermano Alfonso, ahora rey, siempre se había mostrado un poco distante con todos nosotros, jamás ninguno de sus hermanos nos hubiéramos atrevido a pensar lo que sucedería unos meses después.

Al poco de ser coronado como rey de Portugal, Alfonso, sintiéndose dueño de todo, convocó una Curia en Coímbra. Sin duda, aquello era normal. Quería reunir a todos los estamentos con representación en el gobierno del reino, para tomar decisiones y elegir los caminos a seguir.

Sin embargo, los temas tratados fueron muy distintos. Para nuestro asombro, en aquella reunión de Coímbra, mi hermano el rey Alfonso II decidió no dar cumplimiento a lo dispuesto por nuestro padre en su testamento, declarando nulas todas las últimas voluntades de su predecesor, el rey Sancho I. No quería que ninguno de sus hermanos percibiera nada.

Mi hermano no podía soportar ver menguados sus derechos de realengo, ya que nuestro padre, que nos reconocía el título de reinas, nos otorgaba a Sancha, a Mafalda y a mí la posesión de los castillos de Monte-mor-o-Velho, Alenquer y Esgueira, con sus respectivas aldeas e ingresos. Mi hermano también intentó llevar acabo una especie de desamortización, llegando incluso a privar a la Iglesia de muchas de las posesiones. Él deseaba que la Iglesia

estuviera bajo su mando.

No hubo forma de hacer entrar en razón a nuestro hermano. Muchos nobles se pusieron de nuestra parte, defendiendo el cumplimiento del testamento del rey Sancho I. Uno de los servidores más fieles de mi padre, Gonzalo Méndez de Sousa, nos apoyó de forma incondicional.

Yo, como la mayor de las hermanas, no podía aceptar que nos desposeyeran de todo lo que nuestro padre había decidido que fuera nuestro. Antes de tomar una decisión, me reuní con el arzobispo de Braga, que me manifestó su total apoyo y me habló de la indignación que ellos sentían por lo que el rey acababa de hacer a la Iglesia de Portugal. Mi hermano les retiraba muchos de los privilegios que les había concedido nuestro abuelo para que lo apoyaran en el reconocimiento del reino de Portugal. El nuevo monarca quería disminuir el poder de la Iglesia en el reino portugués.

Le conté al arzobispo mi intención de irme a León a refugiarme con mis hijas, al amparo de mí exmarido. Se mostró de acuerdo con mi decisión de abandonar Portugal y me sugirió que tal vez fuera conveniente que, en un momento dado, lo acompañara a Roma junto con el obispo de Lisboa, para entrevistarnos con el papa. Ellos ya habían escrito a su santidad Inocencio III para contarle todo lo que estaba sucediendo. «Sería interesante —me pidió— que vos nos acompañarais».

La situación empeoraba por momentos. Preparé todo para trasladarme al reino de León.



—Doña Teresa, no os preocupéis. Ya veréis como el rey de León encuentra una solución. Él sabrá defenderos de las pretensiones de vuestro hermano.

—Mi querida doña Ana, sé que lo hará y también sé que habrá,

desgraciadamente, enfrentamiento armado. Lo único bueno de toda esta situación es que me reuniré con mi hijo, que ya tiene dieciocho años, y espero que él, algún día, sea un buen rey.

—Así será, doña Teresa. Tuve la oportunidad de verlo en la última visita que os hizo. Fue poco tiempo, pero sí el suficiente para darme cuenta de que en su cara se refleja nobleza, como en la vuestra, señora.

—Mi hijo, físicamente, se parece más a su padre que a mí. Estoy contenta de la formación que se le ha dado. Creo que es buena. Su padre se ha preocupado de buscarle unos excelentes tutores.

32
Viaje a Roma

Ante el problema de la herencia de nuestro padre, mis hermanos varones, se pusieron de nuestro lado, aunque siguieron caminos distintos. Pedro se presentó en León a ponerse al servicio de mi antiguo esposo, para luchar por nuestros derechos. Mi otro hermano, Fernando, se fue a Flandes llevándose con él a una de las gemelas, Berenguela. Iban a reunirse con nuestra tía, y allí, él se casaría convirtiéndose en conde de Flandes. Y Berenguela sería reina consorte de Dinamarca.

Mis otras tres hermanas, Sancha, Mafalda y Blanca —la otra gemela—, se fueron al monasterio de Lorvão.

Lo que tanto temía se había cumplido. En los primeros meses del año 1212 comenzaron los enfrentamientos armados en la frontera luso-leonesa. Mi hijo, al lado de su padre, de su tío Pedro y de varios nobles portugueses, se convirtió en nuestro más ferviente defensor.

Las guerras me ponían muy triste, pero debía mantenerme firme y defender nuestros derechos. La última voluntad de nuestro padre debería cumplirse.

Pronto llegaron noticias desde Roma, el papa Inocencio III, a través de los jueces apostólicos, había dictado la excomunión de mi hermano el rey de Portugal, Alfonso II, aplicándose el entredicho contra el reino.

La situación cada vez era más difícil. Fue entonces cuando, animada por el arzobispo de Braga, me decidí viajar a Roma. Habría que poner fin a aquel problema, y solo el papa podría conseguirlo.



El viaje fue largo y cansado. Utilizamos una de las llamadas rutas «romeas», hasta enlazar con la vía Francígena, a la que nos incorporamos después de haber sobrepasado Vercelli.

Hasta aquel momento pocos lugares de asistencia o ayuda a los peregrinos habíamos encontrado en el camino, pero en la vía Francígena sí existían diversas abadías que atendían a los viajeros.

También las órdenes hospitalarias de San Juan de Jerusalén, del Temple y la del Santo Sepulcro brindaban su apoyo. Era muy limitada la ayuda que ofrecían, pero, aunque los peregrinos tenían que dormir en el suelo, sí podían contar con un techo bajo el que cobijarse.

Me acompañaba un reducido grupo de asistentes, entre ellos doña Ana, que había insistido para que la dejara participar en la que, para ella, era la oportunidad más maravillosa de su vida. Yo sabía de la afición de doña Ana por conocer nuevos lugares, y no quería defraudarla. Además, seguro que su ilusión me animaría.

Aunque, antes de salir de León, me habían comentado que el número de peregrinos a Roma había disminuido en los últimos años, eran muchos los que todos los días nos encontrábamos en el camino. Unos iban a caballo, otros a pie… Personas de distintas edades y clases sociales.

Esta mayor afluencia, según supe más tarde, era debida a que el papa Inocencio III estaba intentando fomentar la peregrinación a Roma. Para ello había recuperado ciudades y aumentado la seguridad en los caminos. También había creado una especie de acreditación de haber realizado el viaje, que se entregaba a todos los peregrinos. En ella aparecían san Pedro con un gran llave y san

Pablo con una espada, y una inscripción, «*Signa Apostolorum Petri et Pauli*», es decir, señales de los apóstoles Pedro y Pablo.

—Doña Teresa, me impresiona ver la cantidad de gente con la que nos encontramos en el camino… —me comentó doña Ana—. Algunos igual no consiguen llegar nunca.

—Es posible. Pero lo habrán intentado. A toda esta gente los mueve la fe. Quieren acudir a las tumbas delos apóstoles Pedro y Pablo, que están enterrados en Roma.

—¿No creéis que algunos lo hacen también por el afán de aventuras? Yo misma lo haría solo por conocer nuevos lugares y costumbres.

—Puede ser, pero la fuerza que te proporciona la fe es diferente.

No quería convencer a doña Ana, pero todos aquellos peregrinos aceptaban con resignación las dificultades que entrañaba el peregrinaje, porque creían que si conseguían rezar ante las tumbas de los santos apóstoles alcanzarían la vida eterna. Yo misma me sentía muy feliz y emocionada de poder postrarme ante los restos de aquellos hombres santos.

—Recuerdo cuando visitamos Santiago de Compostela —dijo entonces doña Ana.

—Sí, otro de los grandes lugares de peregrinación, junto a Jerusalén. El rey Alfonso es un gran devoto del apóstol Santiago —dije, sin poder evitar una sombra de tristeza al evocar aquel viaje.

—Sería bonito volver algún día a rezar ante la tumba de tan venerado apóstol —señaló mi fiel dama.

Lo que no podíamos imaginar en aquellos momentos es que lo visitaríamos antes de dos años y en unas circunstancias muy tristes.



—Doña Teresa, nunca os agradeceré lo suficiente que me hayáis traído con vos a Roma. Yo, una humilde niña portuguesa, jamás habría soñado con poder visitar la iglesia más antigua del mundo.

Me siento transportada a otro mundo, no me podía imaginar tanta belleza.

Sin duda, la curiosidad de doña Ana se veía colmada al contemplar la fisonomía de los distintos edificios romanos. No me había equivocado, la alegría de mi dama más querida contribuía a que por momentos olvidara el desgraciado asunto que me había traído a Roma.

Nos encontrábamos visitando la basílica de San Juan de Letrán, porque aquella misma mañana Inocencio III nos había recibido en el Palacio Apostólico de Letrán, que el emperador Constantino, después de su conversión al cristianismo, había cedido al papado para que fuera su residencia oficial.

Me emocionó el encuentro con su santidad. Inocencio III era el papa que había declarado nulo el matrimonio de mi exmarido con Berenguela. Sorprendentemente, se acordaba de lo sucedido y de que yo había sido la anterior reina. Nos comentó que siempre resultaba penoso dictar excomuniones, pero «algunos soberanos —nos dijo— no dejan de hacer méritos para conseguirla. En vuestro otrora esposo, doña Teresa, tenemos un buen ejemplo». El papa tenía razón, que yo supiera, creo que eran cuatro las excomuniones que habían emitido contra él.

Inocencio III, después de darme su bendición, me animó a seguir con la labor de extender la orden cisterciense en Portugal.

El arzobispo de Braga y los otros prelados que nos acompañaban le expusieron nuestra situación con todo detalle, además de la que a ellos les afectaba con la desamortización decretada por mi hermano.

El santo padre manifestó su decisión de encontrar una solución: era necesario establecer la paz entre el rey Alfonso II y sus hermanas, nos dijo, asegurándonos que nombraría dos jueces apostólicos que deberían ejecutar el testamento del rey Sancho I. Por lo tanto, se respetarían las propiedades que nuestro padre nos había legado. Inocencio III levantaría la excomunión a mi hermano y le exigiría que nos pagara cincuenta mil cruzados. También dictaminaba que nuestras propiedades estarían sujetas a jurisdicción

regia.

Nuestro viaje había sido positivo. Su santidad se había mostrado en todo momento deseoso de ayudarnos. Ahora solo nos quedaba esperar el cumplimiento de lo dispuesto.

Uno de los prelados más jóvenes que había participado en la reunión con el pontífice se había ofrecido a acompañarnos para que viéramos algunos lugares emblemáticos de la ciudad. El sacerdote había vivido en Roma varios años.

Después de la basílica, quiso que visitáramos el baptisterio, un edificio de ladrillo, de planta octogonal, situado muy cerquita de la basílica de San Juan de Letrán. Tanto una como otro fueron mandados construir por el emperador Constantino, nos explicó el sacerdote.

En aquellos momentos sentí no conocer la historia de Roma, para poder disfrutar más de su arte, que me parecía precioso, a pesar de que la ciudad estaba muy sucia. Había llovido y, aunque lucía el sol, muchas zonas estaban enfangadas. Se podía observar una profunda miseria entre la población, que contrastaba con la opulencia de las grandes familias de la nobleza.

Nuestro amable acompañante nos habló de la familia Frangipani, que hacía unos años se había adueñado del Coliseo, fortificándolo. «Lo convirtieron —nos dijo— en un auténtico castillo».

Todos los edificios de la Antigüedad, de la época imperial romana, después del siglo VI pasaron unos a ser propiedad unos de la Iglesia, y otros de particulares, como fue el caso del Coliseo que acababa de comentarnos el sacerdote. Pero la mayoría de las edificaciones fueron abandonadas y expoliadas, ante la falta de recursos para mantenerlos.

—Antes de que nos vayamos quiero mostraros uno de los edificios más importantes de la Roma imperial y que, con toda seguridad, mejor se ha conservado porque la Iglesia se ha ocupado de él. Fue en el siglo VII cuando el papa Bonifacio IV decidió transformar uno de los templos paganos más hermosos del mundo, el Panteón, en un templo cristiano: Santa María de los Mártires.

Admirad la cúpula —nos aconsejó— es única en el mundo.

—Dios mío —exclamó doña Ana—, es preciosa. El cielo forma parte de ella.

—Así es. Por el gran óculo se cuelan el sol y la lluvia —nos explicó nuestro acompañante.

—Qué hermoso es todo. ¿Se sabe cuál es la finalidad por la que han dejado abierto ese gran óculo en la cúpula? —pregunté.

—Bueno, doña Teresa, exactamente no se sabe. Aunque la hipótesis más extendida nos habla de la intencionalidad de la luz que penetra por la cúpula.

—¿Cómo? ¿Con qué finalidad? —preguntó, ansiosa, doña Ana.

—Veréis, en el invierno y en el otoño, la luz del sol, hacia el mediodía, ilumina la parte interior de la cúpula. En el verano, da de pleno en el suelo y en los muros inferiores. Y es en primavera cuando la luz que penetra en el Panteón se dirige, como un haz perfecto, a la puerta por la que entraría el emperador. Se conseguiría así un efecto casi mágico, al ser el mismo sol quien le da la bienvenida al máximo gobernante del imperio.

—Qué interesante —dijo doña Ana emocionada.

Verdaderamente, aquel edificio era especial. Nunca habíamos visto nada igual.



—Doña Teresa, ¿sabéis que muchas veces sueño con el Panteón? Y al despertarme siento pena de no estar allí —me comentó un día mi dama, cuando ya habíamos regresado de nuestro viaje.

—Seguro, doña Ana, que os habría gustado quedaros en Roma.

—Si no fuera por vos, por lo mucho que os quiero y porque deseo estar a vuestro servicio, siempre que vos lo deseéis, me habría encantado quedarme en esa ciudad.

—Pero ¿no os habéis dado cuenta de la miseria y suciedad de sus calles, de los tipos peligrosos que deambulaban entre la gente?

—Sí. Todo eso lo he visto, pero también su belleza. Doña Teresa, incluso la suciedad de sus calles no me molesta.

Hacía unos meses que habíamos regresado de Roma y seguíamos viviendo en el reino de León. Mi hermano, Alfonso II había sido liberado de la excomunión y había prometido respetar todo lo acordado, pero su cumplimiento se demoraba.

En este tiempo se había firmado un tratado de paz entre los reyes de Castilla, León y Portugal, conocido como las Treguas de Coímbra, que de momento nos proporcionaba cierta tranquilidad a todos. Una tranquilidad que todos valorábamos.

Bueno, no todos. Mi hermano Pedro, que parecía integrado totalmente en la corte leonesa, ya que mi exmarido le había dado el cargo de alférez y mayordomo, ante este acuerdo de no a la guerra, decidió marcharse a Marruecos con un grupo de caballeros.

Mis hijas Sancha y Dulce se habían convertido en unas jóvenes buenas y piadosas. Siempre se mostraban de acuerdo con lo que yo dispusiera.

Vivíamos en Villafranca, tenencia de la que yo disponía, por deseo del monarca leonés, desde la disolución de nuestro matrimonio. Antes que yo, otras mujeres de la monarquía leonesa habían disfrutado de este señorío. Entre ellas, mi tía Urraca, la madre de mi exmarido.

Los días discurrían tranquilos. Doña Ana había convertido el pequeño jardín del que disponíamos en un auténtico vergel. Teníamos unas flores preciosas. La verdad es que les brindábamos todo tipo de cuidados, incluso hablábamos con ellas, y nos pasábamos buena parte de la mañana mimándolas.

Visitábamos con frecuencia el monasterio benedictino, que se encontraba muy cerca de donde nosotras vivíamos. Nos gustaba hablar con los peregrinos, que, camino de Santiago de Compostela, se quedaban en su hospedería. Resultaba muy interesante conocer a gentes de tan distinta procedencia. Indudablemente, el trasiego de los romeros era muy enriquecedor tanto para ellos como para las gentes de los pueblos por los que pasaban.

33
La desgracia acecha en cualquier lugar

Año de 1214

En agosto, los días ya eran más cortos. Al caer la tarde, cuando el calor también empezaba a suavizarse, aprovechábamos para dar un paseo por el campo. Doña Ana siempre se convertía en la animadora de todas nuestras reuniones.

—¿Os apetece que os recite un romance que me han enseñado la semana pasada unas muchachas del pueblo? —nos preguntó.

Antes de que yo pudiera responder, Dulce, la más pequeña de mis hijas la animó a que lo hiciera:

—Sí, por favor, doña Ana, seguro que es muy bonito. Doña Ana, muy seria, comenzó a recitar:

Madrugaba el conde Olinos, mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo a las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe, canta un hermoso cantar.
Las aves que iban volando se paraban a escuchar:
Bebe, mi caballo, bebe. Dios te me libre de mal,
de los vientos de la tierra y de las furias del mar.
La reina desde la torre escuchaba este cantar.
—Mira, hija, cómo canta la sirena de la mar.

—No es la sirenita, madre, que esa tiene otro cantar.
Es la voz del conde Olinos que penando por mí está.
—Si es la voz del conde Olinos, yo lo mandaré matar,
que para casar contigo le falta sangre real.
—No le mande matar, madre, no le mande usted matar,
que si mata al conde Olinos, a mí la muerte me da.
Guardias mandaba la reina al conde Olinos buscar,
que lo maten a lanzadas y echen su cuerpo a la mar.
La infantita con gran pena no dejaba de llorar.
Él murió a la medianoche y ella a los gallos cantar.
A ella, como hija de reyes, la entierran en el altar.
Y a él, como hijo de condes, cuatro pasos más atrás.
De ella nació un rosal blanco, de él nació un espino albar.
Crece el uno, crece el otro, los dos se van a juntar.
La reina, llena de envidia, ambos los mandó cortar.
El galán que los cortaba no dejaba de llorar.
De ella naciera una garza, de él, un fuerte gavilán.
Juntos vuelan por el cielo, juntos vuelan par a par.

—Qué bonito, doña Ana, qué emoción. Se me han escapado las lágrimas —dijo mi hija Dulce, secándose los ojos.

—Sí que es emocionante, y escucharlo cantado tiene que ser mucho más —respondió mi dama.

—Pues esta noche, si queréis, lo intentamos. Mi hermana Sancha sabe tocar la fídula. Hermanita, ¿verdad que te animas? —le preguntó Dulce.

Sancha era la mayor de mis tres hijos. Era muy seria y responsable, siempre estaba pendiente de todo.

—Claro, os acompañaré encantada, pero ¿quién cantará? —preguntó, mirando a su hermana.

—Yo misma —respondió Dulce—. Doña Ana me irá enseñando la letra mientras paseamos.

Las dos se agarraron del brazo y caminaron delante del grupo para ir memorizando el romance.

El sonido del galope de unos caballos que se acercaban nos sorprendió a todas. De pronto, una sensación que jamás había experimentado recorrió todo mi ser.

Eran dos soldados. Al ver la expresión de sus caras cuando se acercaban a mí, supe que algo grave había sucedido.

—Doña Teresa —dijo uno de ellos—, debéis salir inmediatamente para León. Don Fernando, vuestro hijo, está enfermo. El rey os ruega que acudáis a la corte tan pronto podáis.

—Decidme que no es grave, por favor —les pedí cuando sabía que nada me dirían, aunque lo supieran.

—Señora, solo sabemos lo que nos han dicho —me respondieron.

—Dios mío, ayúdame, ¿qué le ha pasado a mi hijo? —le pedí al Señor.

—Madre, tranquilizaos. No penséis en lo peor —trató de serenarme mi hija Dulce.

—Seguro que cuando lleguemos a León ya se encuentra mejor —añadió mi otra hija.

—Doña Teresa, tienen toda la razón vuestras hijas —apostilló doña Ana.

—Gracias por intentar animarme. Preparadlo todo, doña Ana. Las cuatro nos vamos a León.

No quise decirles que mi corazón presentía lo peor.



Nunca había visto a mi exmarido llorar. Alfonso, nada más verme, me abrazó.

—Todo sucedió en unas horas —me dijo—. Nada se pudo hacer. El único consuelo es que no ha sufrido. Nuestro hijo se ha ido, Teresa.

Era como si estuviera viviendo en una pesadilla. No era capaz de asimilar que Fernando estuviera muerto. Besé su rostro, que aparecía sereno. Era como si de un momento a otro fuera a

despertar de su sueño, pero no era sí. El alma de mi hijo ya había volado al encuentro con el Señor.

Alfonso permanecía en silencio a mi lado. Solo nuestras hijas y los sirvientes de más confianza nos acompañaban. El dolor que todos experimentábamos era palpable. De repente, Alfonso se dirigió a mí:

—Me imagino que te sentirás decepcionada. Sí, Teresa, dolida y decepcionada con Dios, que no ha hecho nada por salvar a nuestro hijo. Yo soy un pecador, pero tú, que has decidido servirlo, bien podría en compensación haber impedido que Fernando muriera.

Su voz era de enfado y rabia contenida. Yo no sabía muy bien que responderle. Pero ¿por qué culpar a Dios de lo que había sucedido?

—Alfonso, no debemos considerar a Dios como responsable de la muerte de Fernando —repliqué—. Crees que si Dios decidiese intervenir para librarnos de la muerte, ¿morirían tantos inocentes que son asesinados? Lo que hace Dios, si nosotros queremos, es darnos fuerza para soportar el dolor, para seguir viviendo. Y avivar nuestra esperanza en el futuro.

—Lo siento —me dijo Alfonso—, pero no puedo compartir tus ideas. Dios podía haber salvado a nuestro hijo.

¿Tendría razón Alfonso? Cerré los ojos y recé: «Señor mío y Dios mío, ayúdame. Dame fuerzas y aleja de mí el mal pensamiento de hacerte responsable de la muerte de mi hijo. Acrecienta mí fe. Yo creo en la vida eterna. Seguro que Fernando ya estará contigo».



El rey de León quiso que su heredero fuera enterrado en Compostela, junto a sus antepasados.

—Doña Teresa, ha sido muy emotiva la ceremonia en la catedral de Santiago de Compostela —me dijo doña Ana.

—Sí, mi hijo don Fernando reposa al lado de su abuelo, el rey de

León Fernando II.

—¿Os habría gustado llevarlo a Coímbra al monasterio de Santa Cruz?

—Querida doña Ana, su lugar es Compostela. Don Fernando era el heredero del reino de León.

No quise decirle nada a mi dama, pero mis pensamientos, en aquellos momentos, volaron hacia el otro hijo de mi marido. ¿Qué pasaría ahora? Sabía que él —también se llamaba Fernando— estaba viviendo con su madre en Castilla. Mis hijas podían convertirse igualmente en herederas. Yo no ansiaba el poder, aunque estaba dispuesta a defender sus derechos.

—Doña Teresa, me ha emocionado rezar ante la tumba del apóstol Santiago, aunque lamento que haya sido en momentos tan tristes.

—Así es la vida, doña Ana. ¿Os acordáis cuando hablamos de visitar Compostela en Roma? Jamás podríamos haber imaginado que serían los funerales por mi hijo los que nos llevarían a la ciudad del apóstol.

Habíamos regresado a Villafranca. El rey se mostraba encantado de que sus hijas frecuentaran más la corte. De hecho, pasaban largas temporadas cerca de su padre. Tanto Sancha como Dulce eran leonesas, y ciertamente las dos se encontraban muy bien en la tierra que las vio nacer.

Yo había observado que cuando regresaban, después de pasar una temporada con su padre, estaban como más contentas, con una mirada especial.

Incluso llegué a pensar si se habrían enamorado.

Una tarde me decidí a preguntarles si habían conocido a algún joven en la corte con el que hubiesen entablado amistad.

—No, madre —respondió Sancha—. No hemos conocido a ningún caballero, pero sí a unas damas encantadoras.

—Nos hemos hecho muy amigas —añadió Dulce—, lo pasamos muy bien con ellas. Paseamos juntas, y hemos hecho algunas escapadas a caballo.

—¿Está enterado vuestro padre de esta relación? —les pregunté.

—Por supuesto. Son hijas de familias conocidas de nuestro padre.

Me di cuenta entonces de que el lugar donde mis hijas deberían vivir era en el reino de León. El ambiente en el que crecieron, estando conmigo en Portugal, tenía que haberles resultado un poco asfixiante. Necesitaban moverse con gente más o menos de su edad y en la corte.

En aquel instante, tomé la firme decisión de que, si ellas no opinaban lo contrario, Sancha y Dulce se quedarían en León al lado de su padre.



En Castilla se habían producido cambios. Muerto el rey Alfonso VIII, había heredado el trono su hijo Enrique, que solo tenía diez años.

Mis hermanas Sancha, Mafalda y la pequeña Blanca seguían en Portugal. Nuestro hermano, el rey Alfonso II, aunque no todos, sí había cumplido alguno de los acuerdos. Ello fue suficiente para que Sancha se decidiese a fundar un convento. Ese era el proyecto al que estaba deseando dar forma. Eligió un lugar en las afueras de Coímbra y allí comenzó a realizar su sueño.

La entendía tan bien… Yo misma no descartaba la idea de crear otro monasterio en tierras leonesas, pero antes debía ocuparme de otras cosas.



Los días trascurrían sin grandes sobresaltos. Mis hijas seguían en la corte de León. Podía sentirme tranquila. Su padre, el rey Alfonso IX, les pedía, con bastante frecuencia, que lo acompañaran en algunos actos oficiales. No lo había hecho de manera formal, pero en algunas

de estas comparecencias públicas había aludido a ellas como sus herederas.

Estaba terminando de rezar mis oraciones, cuando doña Ana me interrumpió.

—Perdón, doña Teresa. Ha llegado vuestra hermana doña Sancha.

—¿Ha pasado algo? —me sorprendí.

—No lo sé, señora. Solo me dijo que había viajado todo el día para llegar cuanto antes. Ahora vendrá a veros.

No había terminado de hablar doña Ana, cuando Sancha irrumpió en la habitación.

—Teresa, sé que no podrás hacer nada, pero eres nuestra hermana mayor y tienes que saberlo cuanto antes. Fernando ha decidido casar a nuestra hermana Mafalda.

—Querida Sancha, es lo normal. Tú has tenido suerte y puedes dedicarte a la vida religiosa, pero Mafalda es joven, está a punto de cumplir los veinte años. Es normal que nuestro hermano, el rey Alfonso II, la utilice para cerrar algún acuerdo.

—Todo eso lo puedo entender, Teresa, pero la casan con un niño de diez años. Mafalda no hace más que llorar.

—¿Un niño de diez años? —pregunté sorprendida.

—Sí, con Enrique de Castilla. Además, creo que es el tutor del rey Enrique, un miembro de la familia de los Lara, quien ha convencido a nuestro hermano para que accediese a esta unión. También se habla de que a este matrimonio se opone la hermana del rey, doña Berenguela.

No conocía a doña Berenguela, la que había sido segunda esposa de mi antiguo marido, pero, por lo que había oído sobre ella, el hecho de que no estuviera de acuerdo con la boda era, para nosotras, una esperanza de cara al futuro de aquella unión.

—Sancha, te agradezco que hayas venido a contármelo. No tendría inconveniente en irme contigo a Coímbra, pero no serviría de nada. Le escribiré a Mafalda para tranquilizarla. ¿Se sabe cuándo se celebrarán los esponsales?

—Se habla del mes de agosto. Creo que el lugar elegido para la boda de nuestra hermana será la ciudad de Burgos.

—Querida Sancha, tenemos que estar tranquilas y muy unidas, sabiendo que nos apoyamos de forma incondicional. Estarás muy cansada del viaje. Vamos a comer algo y me cuentas cómo va tu fundación en Celas.

—Te alegrarás cuando te diga que ya están trabajando en el convento dos de las chicas de la puerta de Almedina, y que, al enterarse algunas amigas de ellas, me han hecho saber que están dispuestas a hacer lo que les digamos. Ya son más de doce las que esperan.

—¿Has sabido algo de don Fernando, el fraile agustino?

—Sí, ha ido al convento para hablar conmigo, pero yo no estaba. Sentí mucho no poder verlo. Estaba deseando conocerlo. Me dejó un mensaje pidiéndome que te comentara que sigue intentando el tema que tenéis pendiente.

Yo le había contado a don Fernando el problema de la chica obligada a prostituirse por su hermano. No encontraba una solución válida. A punto estuve, teniendo en cuenta mi posición, de ordenar la detención del muchacho, pero las cosas se podrían complicar. Don Fernando me dijo que él intentaría ocuparse del chico.



Villafranca, marzo de 1215

Querida hermana Mafalda:

Ya estoy enterada de todo. Tienes que ser fuerte, y aceptar ese matrimonio. Es la voluntad de nuestro hermano, el rey, y has de cumplirla.

Sé que no querías casarte y que el hecho de que tu futuro esposo sea un niño te produce pena y desasosiego, pero piensa que tal vez eso sea una ventaja, ya que el matrimonio tardará en

consumarse. Además, Mafalda, tengo la sensación de que todo se arreglará.

Me hubiera gustado viajar a Coímbra para tratar de ayudarte, pero todo resultaría inútil. Yo también lloré cuando tuve que casarme. Recuerdo aquellos momentos en los que casi prefería desaparecer que desposarme con alguien a quien nunca había visto. Mafalda, entiendo muy bien tu estado de ánimo, pero tienes que animarte. Debes casarte y mantener viva la esperanza. Los caminos por los que la vida nos lleva, a veces, nos parecen intransitables, pero luego surge ante nuestros ojos una inmensa pradera por la que poder discurrir sin miedo ni sinsabores.

Sabes que Sancha y yo te queremos mucho y haremos lo que sea necesario para que seas feliz. Siempre estaremos a tu lado. Cuentas con nosotras para todo.

Te voy a contar algo que te alegrará. Mis hijas, Sancha y Dulce, han recibido de su padre el usufructo de varias villas y una importante renta de bienes raíces, lo cual les permitirá disponer de unos buenos ingresos. Además, ya tienen un círculo de amigas en la corte leonesa, lo que les hace sentir muy bien.

Están muy contentas, y yo feliz de verlas tan dichosas, pero no dejo de recordarles que en algún momento les puede suceder lo que a ti. Ellas, como bien sabes, tampoco quieren casarse.

Queridísima hermana Mafalda, mucho ánimo. Ya verás como todo se arregla. Sancha me mantendrá al tanto de lo que suceda.

Tu hermana que te quiere,

Teresa



A veces los presentimientos se cumplen. Me alegré de haber acertado con el mío respecto a la unión de Mafalda con Enrique de Castilla. El matrimonio, que no fue consumado porque Enrique era

un niño, fue disuelto antes de un año por el papa Inocencio III. El pontífice argumentó para su disolución la existencia de lazos de consanguinidad en tercero y cuarto grado. Mafalda volvió a Portugal.

Nunca supe si fue la influencia de doña Berenguela lo que consiguió ese veredicto del papa. Una decisión que a mí me alegraba, aunque posiblemente fuera injusta, porque si el hermano de Mafalda, el rey Alfonso II de Portugal, estaba casado con Urraca, hermana de Enrique, y el matrimonio era legal, lo mismo tenía que haber sido el de Enrique con Mafalda.

En verdad, el tema no me preocupaba y no volví a pensar en ello. Lo verdaderamente importante era que Mafalda ya se encontraba al lado de Sancha, y, de momento, de no surgir otro compromiso, podría ingresar en religión, que era lo que ella deseaba.

34
Los mártires franciscanos

Parecía que todo se iba asentando poco a poco en nuestras vidas. Dejé a mis hijas en la corte de León con su padre, y viajé a Portugal para ver a mis hermanas y pasar una temporada en el monasterio de Santa María de Lorvão.

Le pedí a doña Ana que no me acompañara. Necesitaba que se quedara en León al lado de mis hijas. Su presencia cerca de ellas me hacía sentir tranquila. Lo entendió perfectamente y, aunque quería regresar conmigo a Lorvão, aceptó con una sonrisa.

Antes de visitar a mis hermanas, me fui a Lorvão. Aquel lugar era para mí, desde el día que lo conocí con doña Goda, como un bálsamo que me proporcionaba felicidad. Pude comprobar que todo discurría con normalidad en el monasterio, y decidí quedarme allí unas semanas.

En la comunidad de religiosas no todas eran portuguesas. Había algunas italianas y francesas. La convivencia era ejemplar. No las conocía a todas, pero algunas con las que había entablado breves conversaciones me parecían muy interesantes.

Con todas ellas pude disfrutar de unos días muy apacibles. Sí, la normalidad estaba volviendo a mi vida.



Eso era lo que yo creía en aquellos momentos. Pero la muerte del papa Inocencio III, aquel mismo año de 1216, nos iba a afectar a toda mi familia de una forma insospechada.

Nuestro hermano, el rey Alfonso II, muerto el pontífice que le había ordenado dar cumplimiento a lo dispuesto por nuestro padre en el testamento, había decidido enviar a Roma toda la documentación que Inocencio III le había hecho llegar sobre el tema de nuestra herencia, y pedir una revisión de todo el proceso. Y Roma accedió.

Recibimos la noticia con gran preocupación, mas nada podíamos hacer. El arzobispo de Braga me escribió tranquilizándome. Me aseguraba que todo se arreglaría.

Sí, todo se arregló, pero no sería hasta después de la muerte de nuestro hermano, el rey Alfonso II, acaecida en 1223. Fue entonces cuando, gracias a las gestiones realizadas por el arzobispo de Braga con el nuevo rey de Portugal, Sancho II, nuestro sobrino, conseguimos hacer efectiva la herencia de nuestro padre. La concordia, por fin, ahora sí, había llegado a la familia.

Pero durante estos años, antes de que eso sucediera, habían sucedido algunas cosas muy importantes en nuestras vidas.



Mi querida hermana Mafalda había profesado como monja. Ella fue la artífice de la transformación del monasterio de Santa María de Arouca, que era benedictino, en cisterciense y femenino.

Estuve con ella, y me sorprendió ver la grandiosidad de aquel cenobio, que se encontraba en las afueras de Oporto. A Mafalda le gustaba el arte, y habían adquirido esculturas y pinturas muy importantes. Se encontraba feliz y realizada. Ella era la abadesa del convento.

Mafalda me contó que no habían abandonado la labor social que antes habían desempeñado los benedictinos, contribuyendo al

desarrollo económico y cultural del entorno en el que se ubicaban. «Incluso —me dijo— hemos creado un hospital para los peregrinos».

La felicidad de mi hermana Mafalda era contagiosa. Me alegré tanto por ella…

Aún me esperaba una gratísima sorpresa. Me extrañó un poco que Mafalda quisiera que fuéramos a ver el huerto. Si hubiese sido el jardín, lo entendería. Ella conocía mi amor por las flores, pero el huerto… No dije nada y la acompañé interesándome por lo que allí cultivaban. Era una parcela no muy grande en la que trabajaban algunas monjas y varias sirvientas. Unas estaban agachadas y no podía verles la cara, pero, de pronto, una de las sirvientas, la que llevaba un pañuelo en la cabeza, se levantó y miró hacia donde nosotras nos encontrábamos. La reconocí inmediatamente, y comprendí entonces el interés de mi hermana para que visitáramos aquel lugar.

—Dios mío, Mafalda, ¿cómo lo has conseguido?

La chica de la puerta de Almedina, la que era obligada por su hermano a prostituirse, era la muchacha del pañuelo en la cabeza.

—Querida Teresa, todo se ha solucionado gracias a Dios y a don Fernando, el fraile agustino —me dijo Mafalda.

—Cuánto me alegro. Don Fernando es una persona buena, que ama a Dios y transmite una gran paz.

—Sí que lo es, Teresa. Cuando vino acompañando a la chica, se quedó a pasar el día con nosotras en el convento. Y antes de que se fuera, le pedimos que nos hablara a toda la comunidad.

—¿Atendió vuestra petición?

—Sí que lo hizo. Nos dio una charla maravillosa —me dijo Mafalda verdaderamente emocionada.

—¿De qué os habló? —le pregunté.

—De la vida contemplativa. Nos dijo que la contemplación era la más preciosa de todas las actividades.

Y que las delicias del espíritu, cuando son gustadas, no producen tedio, sino que acrecen cada vez más el deseo de gozarlas y amarlas.

—Es precioso, Mafalda. Hay que estar tocado por el Señor para decir eso.

—Sin duda, Teresa. Cuando don Fernando se despidió de la comunidad, nos dijo algo que jamás olvidaré.

—¿Yes?

—Nos dijo que él estaba convencido de que en la suavidad de la contemplación el alma rejuvenece.

—Qué ilusionante mensaje. Pero, Mafalda, cuéntame cómo se solucionó el problema de la chica de la puerta de Almedina.

—Don Femando me contó que se había entrevistado varias veces con el hermano de la chica, intentando hacerle ver el daño que le estaba ocasionando. Después de muchas conversaciones, había logrado que el chico autorizase la marcha de su hermana. A cambio, don Fernando le consiguió un trabajo para él, en el monasterio de Santa Cruz.

—Cuántas gracias le doy a Dios por todo, Mafalda.

—Yo también, Teresa. Quiero decirte que la chica de la que hablábamos se ha adaptado muy bien a la vida en el monasterio.

—Me alegro. Cuida mucho de ella, Mafalda. Y sigue así. Pronto nos volveremos a ver. Mañana me acercaré a pasar unos días con nuestra hermana Sancha. En su monasterio también han dado trabajo a algunas chicas de la puerta de Almedina.

—Teresa, nosotras estamos dispuestas a recibir a unas cuantas más. Además, les enseñamos una profesión. Una de las hermanas de nuestra comunidad es una maestra vocacional, y se nota que le gusta enseñar.

—Qué bien, Mafalda, seguid así. Estáis haciendo mucho bien.



También, mi otra hermana, doña Sancha, se sentía totalmente realizada en el monasterio de Celas, en las afueras de Coímbra, que ella había fundado. Los primeros años de funcionamiento, yo le

había enviado a unas cuantas religiosas de Lorvão, para que ayudaran a dar los primeros pasos al monasterio. Pero, muy pronto, numerosas damas de la nobleza portuguesa se animaron a formar parte de la comunidad floreciente de este convento.

Se trataba de un cenobio que no se olvidaba de los necesitados. Todos los días muchas personas acudían allí en busca de alimentos. Algunas mañanas participé en el reparto de comida. Los ojos de los niños son lo más hermoso y auténtico que existe, dicen tantas cosas con su mirada… Ya lo sabía, pero aquellos días me reafirmé en ello; es más feliz el que da que el que recibe. La mirada de los niños era un auténtico regalo.

Fueron unos días estupendos los pasados con Sancha, pero se acercaba el momento de irme. Ella trató de convencerme para que me quedara un poco más. Y yo lo habría hecho encantada, pero debía regresar a León.

Había dado orden de que preparasen todo. Al día siguiente abandonaría el convento y también Portugal. Mis hijas me esperaban en León.

Pero, como bien dice el antiguo refrán: «El hombre propone y Dios dispone». Así que mi viaje quedó suspendido, de momento.



Esa misma mañana, poco antes de partir, llegó una noticia al convento que nos impresionó a todos: los restos de cinco frailes franciscanos habían arribado en un gran barco al puerto de Lisboa y desde allí habían sido trasladados al monasterio de Santa Cruz de Coímbra.

Nadie se explicaba el porqué de la presencia de estos restos en Portugal, cuando se sabía que los frailes no eran portugueses.

—Teresa, creo que debes aplazar tu viaje. Te acompañaré a Coímbra. Pienso que debemos enterarnos de lo que ha pasado —me dijo mi hermana Sancha.

—Tienes razón, además, ya sabes cómo son las relaciones de nuestro hermano el rey con la Iglesia, y en concreto con los agustinos del monasterio de Santa Cruz.

No es que estuviese muy enterada de los problemas que existían entre ellos, pero don Fernando, el monje agustino, alguna vez me había hablado del ambiente un tanto enrarecido en la comunidad, debido a la influencia de la política dentro de los muros del convento.

Al llegar a Coímbra, antes de dirigirnos a ningún lugar, mandé parar en una de las plazas más concurridas. Me bajé de la carroza y les pregunté a un grupo de mujeres sobre las reliquias que habían llegado a la ciudad. Me dijeron que eran los restos de frailes franciscanos, y que los había traído a Portugal el príncipe Pedro, hermano del rey don Alfonso II.

Disimulé lo mejor que supe y volví a la carroza.

—Sancha, ¿sabes quién ha traído las reliquias de los franciscanos a Coímbra? Nuestro hermano Pedro.

—No puede ser verdad. Te han engañado, ¿qué pinta Pedro en esta historia? —exclamó Sancha verdaderamente asombrada.

—Estoy tan sorprendida como tú, pero eso es lo que me han dicho —le respondí.

—¿De verdad te lo crees? —me preguntó Sancha.

—Vámonos al monasterio —le dije—, allí lo descubriremos todo.

El azar quiso que la primera persona con quien nos encontráramos al acercarnos al monasterio de Santa Cruz fuera precisamente nuestro hermano Pedro. Lo que nos habían contado tenía todas las posibilidades de ser verdad. ¿Qué hacía Pedro en Coímbra, si se encontraba en Marruecos?

Nada más vernos, nos saludó cariñoso, y se mostró sorprendido de que estuviéramos allí.

—Lo mismo nos sucede a nosotras, Pedro. ¿Qué haces en Coímbra?

—He venido custodiando las reliquias de cinco mártires franciscanos asesinados en Marrakech.

Era cierto lo que nos habían dicho, aunque seguía pareciéndonos increíble que fuera nuestro hermano el encargado de aquella misión…

—Pedro, ¿quieres contarnos por qué eres tú quien custodia estos restos? ¿Conocías a los franciscanos asesinados? ¿Te han pagado para que lo hagas?

—Ninguno de todos esos interrogantes, querida hermana Teresa, responde a la realidad.

—¿Entonces? —se extrañó Sancha.

—Os contaré toda la historia.

Mi hermano relató que Francisco de Asís, cuya orden franciscana había sido recientemente aprobada por el papa, había decidido enviar a Marruecos a tres sacerdotes y dos hermanos legos, todos franciscanos, a predicar el Evangelio a los musulmanes. Primero realizaron su labor en Sevilla, pero fueron apresados y más tarde trasladados a Marruecos con la orden de no predicar. Una vez allí, hicieron caso omiso de lo ordenado y hablaban del Evangelio en plazas y mercados. De nuevo fueron encarcelados y torturados. Como los cinco franciscanos persistían en seguir con su apostolado, fueron decapitados en Marrakech, en enero de 1220.

—Ellos cinco, con su ejemplo —concluyó Pedro—, se acababan de convertir en los primeros mártires de la orden franciscana. Yo, queridas hermanas, viví todo esto con dolor, pero nada pude hacer. Y fue entonces cuando se me ocurrió que podía rescatar sus restos para que fueran venerados y no terminaran en un estercolero en Marrakech.

—Te aplaudo, Pedro. Muy buena tu acción —le dijo Sancha con cariño.

—Pero ¿cómo lo conseguiste? —le pregunte yo, un tanto asombrada.

—Teresa, en el tiempo que estuve en Marruecos, aprendí muchas cosas, entre otras, la de ser tolerante con los que no son de mi misma religión, y aunque te escandalices, he servido bajo las armas del emir marroquí. Mi relación con él ha sido y sigue siendo buena, de ahí que me permitiera rescatar los restos de los mártires y traerlos a un lugar seguro.

La historia que nuestro hermano nos acababa de contar y sus vivencias con los infieles me habían dejado sin saber muy bien qué pensar, ni qué decir.

—Pedro, ¿volverás a Marruecos? —quise saber al cabo de unos instantes de silencio.

—Aún no lo sé. Ya me he enterado de que nuestro hermano, nuestro querido Alfonso, ha vuelto a las andadas. No entiendo su egoísmo. Es como si tuviera que demostrarnos continuamente que quien manda es él. Siempre tuvo problemas de personalidad —sentenció Pedro, que añadió—: Sancha, ya sé que has fundado un monasterio. Me alegro, porque ese siempre ha sido tu deseo.

—Gracias, hermano. La verdad es que, gracias a Dios, soy muy feliz en la comunidad que hemos creado.

—Teresa, ¿tus hijas están en la corte de León? —se interesó Pedro.

—Sí. Allí se han quedado con su padre —le dije.

—Es el mejor sitio en el que pueden estar. A ellas les corresponde el trono de León.

No dije nada. Pedro prometió que, en cuanto supiera qué iba a hacer con su vida, nos lo contaría, asegurándonos que no se iría de Coímbra sin decírnoslo.

Indiscutiblemente, nuestro hermano Pedro era un personaje un tanto especial. Aquella historia me había impactado, pero mucho más me iba a impresionar la reacción que la presencia en Coímbra de los restos de los mártires franciscanos iba a provocar en una persona a la que yo conocía y admiraba.

35
Cambio de rumbo

Como ya conocíamos lo que había pasado, estábamos indecisas, pero al final nos decidimos a visitar el monasterio de Santa Cruz. Lo hicimos porque las dos queríamos rezar ante las reliquias de los mártires. Y también acercarnos al panteón real donde reposaban nuestros seres queridos, los miembros de nuestra familia.

—¿Sabes, Sancha? He decidido que cuando me muera no quiero ser enterrada aquí.

—¿Y dónde quieres que te den sepultura? —me preguntó Sancha, sorprendida.

—Creo firmemente que el monasterio de Santa María de Lorvão es mi sitio. Allí quiero que permanezca mi recuerdo —le dije, totalmente convencida.

—Gracias por decírmelo, porque a mí me gustaría estar cerca de ti. Mi querida hermana Teresa, quiero que mi recuerdo permanezca al lado del tuyo, ya que en esta vida has sido mi guía y me has apoyado en todo momento. También yo quiero ser enterrada en Santa María de Lorvão —afirmó Sancha, tomándome la mano.

—Pues así lo dejaremos dispuesto —le comenté sonriendo—. Y ahora que estamos en el monasterio de Santa Cruz, vamos a saludar a don Fernando, y así lo conoces. Quiero volver a darle las gracias por todo lo que nos ha ayudado con las chicas de la puerta de

Almedina.

—Estaré encantada de poder saludarlo —dijo mi hermana, Sancha—, porque nunca hemos coincidido, y me has hablado tanto de él, que estoy deseando ponerle cara.

Nos fuimos a la portería del monasterio y preguntamos por él.

Don Fernando no tardó ni cinco minutos; era como si nos estuviera esperando. No tenía buena cara. ¿Estaría enfermo?

—Don Fernando, os presento a mi hermana. Es la abadesa del monasterio de Santa María de Celas. Ante todo, quería daros las gracias por lo que habéis hecho para solucionar muchos de los problemas que tenían las chicas de la puerta de Almedina.

—Ha sido muy fácil, el Señor me ha ayudado en todo momento. Me alegra que hayáis venido. Tenía pensado, doña Teresa, escribiros una carta, porque mañana me voy del monasterio.

—¿A dónde os vais? ¿Abandonáis Coímbra? —me sorprendí.

—De momento no me voy de Coímbra, pero sí del monasterio. He decidido abandonar la regla de San Agustín.

—Pero, don Fernando, ¿qué ha sucedido? —le pregunté, verdaderamente interesada.

—Algo que tenía que suceder. Me he dado cuenta de que el Señor espera de mí otra cosa que la de ser experto en la Biblia y en las Sagradas Escrituras. Hace tiempo que no me siento cómodo. Sé que mis salidas del convento para ayudar a personas que se encuentran necesitadas, y a las que podía brindar mi apoyo, no encajaban muy bien en la misión asignada.

—Don Fernando, tal vez yo he contribuido a crear esa situación, al hablaros de los problemas de las chicas de la puerta de Almedina…

—No, por favor, doña Teresa, he sido muy feliz ayudándolas. Ese creo que es el camino por el que Dios me llama. Hace un tiempo, la llegada a Coímbra de los primeros franciscanos despertó mi curiosidad y me informé sobre su carisma. La verdad es que me resultaban atractivos, pero estaba sumido en una gran incertidumbre. No sabía qué hacer. Cuando, hace dos días, llegaron

al convento los restos de los cinco mártires franciscanos, algo se conmovió dentro de mí. Habían dado su vida por amor a Dios y al Evangelio. ¿Y qué hacía yo? Vivir tranquilo, rodeado de belleza y de libros aquí en el monasterio de Santa Cruz. El ejemplo de estos frailes trastocó definitivamente todo mi interior; quería ser como ellos. Creo que el Señor ha despejado mis dudas al querer que entrara en contacto con el testimonio de estos cinco franciscanos. Ahora sé muy bien lo que quiero, doña Teresa. Ingresaré en la orden franciscana, seré un seguidor de Francisco de Asís. Cambiaré mi nombre, a partir de ahora me llamaré Antonio.

—Me habéis emocionado con vuestro testimonio —le dije—. ¿Entonces iréis a vivir al convento de San Antonio de los Olivares?

Los franciscanos estaban presentes en Coímbra desde hacía pocos años. Residían en un pequeño cenobio, en el alto de una colina, con unas vistas sobre la ciudad preciosas, pero era un lugar muy humilde, nada que ver con el monasterio de Santa Cruz.

—Sí, doña Teresa. El tiempo que permanezca en Coímbra, viviré en San Antonio de los Olivares, pero, en cuanto me autoricen, quiero irme a Marruecos.

Por el tono en el que dijo «San Antonio de los Olivares», supe la razón por la que había elegido el nombre de Antonio. En aquel cenobio se recordaba la memoria del santo egipcio, san Antonio Abad, que había fundado el monacato en el siglo IV.

Nos despedimos de él, deseándole todo lo mejor. Yo sentía mucho que se fuera de Coímbra.



—Teresa, me ha impresionado el testimonio de tu amigo —dijo mi hermana cuando salimos de allí.

—A mí también, Sancha. Don Fernando, bueno, ahora don Antonio, es un personaje muy especial. Él me contó que había nacido en Lisboa en el seno de una familia adinerada. Y que había

renunciado a su herencia, porque sus padres no aprobaban su ingreso en religión. También me dijo que se había desplazado a Coímbra, no solo por el alto nivel educativo del monasterio de Santa Cruz, sino por evitar el rechazo sistemático de su familia en Lisboa.

—¿No te parece, Teresa, que lo que nos ha contado don Antonio, su experiencia vivida estos días, es una prueba más de cómo Dios nos muestra el camino que quiere para nosotros?

—Sin duda, lo que sucede es que la mayoría de las personas no pueden entenderlo, porque no viven atentas a lo que el Señor espera de ellas. Ni tampoco les interesa —argumenté yo.

—Teresa, con ser verdad lo que dices, existen situaciones tan difíciles en las vidas de las personas que me parece imposible que estén atentos a lo que Dios quiere de ellos —replicó ella.

—Lo sé, y es en esos momentos cuanto más cerca lo tienen que sentir. Sancha, el Señor es nuestro único consuelo de verdad, que nunca nos engaña. Él sufre y muere con nosotros.



No volví a tener contacto con don Antonio. Nos enteramos de que a finales de aquel año de 1220 se embarcó para Marruecos, pero, aquejado de una grave enfermedad, se vio obligado a regresar. En el trayecto de vuelta, una fuerte tempestad desvió el barco a las costas de Sicilia. Eso fue lo último que supimos del franciscano Antonio.

No solo fue en Portugal donde se produjeron noticias en este tiempo. En el vecino reino de Castilla también habían sucedido muchos acontecimientos inesperados.

El joven rey Enrique había muerto. Berenguela se había hecho proclamar reina, para abdicar a los pocos días en su hijo Fernando, que ahora era rey de Castilla, en contra de la opinión de su padre, Alfonso IX de León.

Aquellos acontecimientos, aunque de forma indirecta, me afectaban. Por lo que conocía a mi otrora esposo, sabía que Alfonso

no aceptaría de buen grado que su hijo se convirtiera en rey de Castilla.

Estaba segura de que la situación se complicaría.

Era preciso que volviera a León, al lado de mis hijas.

36
Sancha y Dulce, un futuro incierto

Mis hijas tenían derecho a heredar el trono de León, máxime ahora cuando su hermano de padre se había convertido en rey de Castilla.

La posibilidad de que Sancha y Dulce se casaran aparecía más lejana cada día. Las dos sobrepasaban los veinticinco años. Lo cierto es que ni su padre ni yo habíamos pensado en ello. Bueno, no era del todo verdad. Mi exmarido sí había esbozado un plan. Juan de Brienne, rey de Jerusalén, que hacía poco se había quedado viudo, peregrinaría a Compostela para visitar al apóstol. Alfonso pensaba hablar con él. Estaba seguro de que a Brienne le interesaría la propuesta que le iba a hacer, porque casándose con Sancha o Dulce se convertiría en rey de León.

La idea no era mala, pero Berenguela, su exmujer, que pensaba en todo, se arregló para entrevistarse con Juan de Brienne antes de que llegara a Compostela, y lo convenció para que se casara, pero con una de sus hijas.

Sé que el rey de León se sintió enormemente contrariado, pero a mí no me afectó ni lo más mínimo. ¿Podía cualquiera de mis hijas ser feliz con un hombre que ya había estado casado dos veces, que les doblaba la edad, al que nunca habían visto?

Habría que pensar en otras soluciones. Cierto era que para una

mujer gobernar en solitario un reino, en nuestro tiempo, era casi imposible. Pero podían pasar muchas cosas. Yo, de momento, seguía pensando en la posibilidad de crear en el reino de León un monasterio semejante al de Santa María de Lorvão.

El monasterio era un reducto en el que las mujeres podíamos gozar de un poco de libertad, sin preocuparnos de lo que sucediera en el exterior, al estar liberadas de los corsés que la sociedad nos imponía.

Muchas elegían esta forma de vida en la que podían seguir en contacto con alguna de sus amigas, que se habían inclinado por la misma opción que ellas, y podían desarrollar actividades que les gustaran.

Sí, los monasterios eran los lugares perfectos para que en ellos pudieran vivir las damas de la realeza. Invertían en ellos sus bienes y podían dedicarse a ayudar a los más necesitados. Ello les permitía mantenerse alejadas de la vida de la corte, siempre llena de intrigas y engaños.



Alfonso me había regalado unas tierras en la comarca del Bierzo. Me fui con doña Ana a recorrer aquella zona para calibrar las posibilidades de levantar allí el monasterio.

El lugar me gustó mucho. Se encontraba muy cerquita de la villa de Cacabelos, en un bonito valle por el que discurría el río Cúa.

—Doña Ana, ¿qué os parece? Intentaré comprar las tierras colindantes para ampliar la construcción, y así, además del propio monasterio, podría mandar levantar otro edificio para poder adaptarlo según las necesidades.

—Me parece una muy buena idea. Doña Teresa, ¿dejaréis Santa María de Lorvão para vivir aquí? —me preguntó ella.

—No. Mi sitio es Lorvão, pero quiero construir este monasterio pensando en que mis hijas, si así lo quieren, puedan instalarse aquí.

Y también me mueve el interés por expandir la mística cisterciense. Claro que tengo que pedir autorización al rey de León y al papa.

—Doña Teresa, qué orgullosa se sentiría doña Goda al ver lo mucho que trabajáis por el monacato femenino y por la Iglesia —recordó mi dama—. Sería feliz al comprobar cómo la semilla que sembró en vos y en vuestras hermanas ha florecido. Creo que doña Mafalda ha mandado levantar un hospital para peregrinos al lado del convento en el que vive.

—Así es. Mafalda es un tesoro. Después de aquel amago de matrimonio, ha rehecho su vida.

—Doña Teresa, ¿habéis estado con ella en vuestro último viaje a Portugal? —me preguntó doña Ana.

—Sí, fui a visitarla al monasterio de Arouca. Es un monasterio precioso y con muchas obras de arte. Y como decíais, ha mandado construir un hospital para los peregrinos. Ya veréis cuando lo visitemos. He podido comprobar la gran labor que está realizando y lo feliz que se siente. ¿Os acordáis de la chica de la puerta de Almedina a la que su hermano obligaba a prostituirse?

—Claro que me acuerdo.

—Pues trabaja como doncella en el monasterio de Mafalda.

—Cuánto me alegro. ¿El monasterio está cerca de Oporto?

—Sí, muy cerquita.

—Y a vos, doña Teresa, que os preocupaba la ausencia de monacato femenino en Portugal… Ahora estaréis contenta.

—Es verdad, doña Ana. Recuerdo que cuando era muy joven siempre le preguntaba a doña Goda las razones por las que en Portugal no existía el monacato femenino. Ella siempre me decía que la presencia de monasterios de monjas iba unida a las mujeres de la realeza, y qué razón tenía. Las tres nietas mayores del primer rey de Portugal nos hemos convertido en fundadoras.

—Doña Teresa, ¿de verdad os encontráis con ánimo para viajar?

—Sí, doña Ana. No os preocupéis. Ya he recuperado mis fuerzas.

—No sabéis lo mucho que siento lo sucedido.

—Lo sé, pero así es la vida. Llega un momento en el que debemos irnos. En cualquier instante se puede quebrar la existencia.

Mi hermana Sancha había muerto en el monasterio de Celas, que ella había fundado. Me avisaron de inmediato, pero no pude acudir a Coímbra por encontrarme enferma. Era más joven que yo. Sancha aún no había cumplido los cincuenta años. Ya había pasado un mes desde su fallecimiento, pero era preciso que yo viajara a Portugal para cumplir sus últimas voluntades.

Sancha me había dicho muchas veces que quería ser sepultada a mi lado y debía trasladar sus restos de la iglesia del monasterio de Celas, donde ahora reposaba provisionalmente, al monasterio de Santa María de Lorvão, donde yo sería enterrada.



Unas semanas en la paz del monasterio de Santa María de Lorvão devolvieron a mi espíritu la paz y la fuerza que tanto necesitaba. Pero muy pronto tenía que regresar a León. Mi obligación, en aquellos momentos, era permanecer cerca de mis hijas.

No quería visitar la corte de Coímbra. Aunque sabía que seguían viviendo algunos de los servidores a los que había conocido y por los que sentía afecto, de mi familia ya no quedaba nadie de los que habían significado algo en mi vida. Solo estaba mi sobrino, el rey Sancho II, con quien apenas había tenido contacto, y alguna de sus hermanas, totalmente desconocidas para mí.

Era verdad que, con nosotras, sus tías, el rey había formalizado los términos de lo acordado, y había dado cumplimiento a todo lo dispuesto por nuestro padre en su herencia. Le habíamos dado las gracias, pero no deseaba volver a verlo, porque, según los comentarios, en su gestión al frente del gobierno se había dejado

influenciar por personajes de la nobleza que, casi siempre, lo único que buscan es el beneficio propio. Sabía que si me entrevistaba con él, algo le diría. Mejor mantenerse al margen.

No, no iría. No debía inmiscuirme en la gestión de mi sobrino en el gobierno. Era mejor permanecer ajena a los vaivenes del reino.

Y además, tampoco quería recordar los últimos años en los que la concubina de nuestro padre vivió en la corte. Por el bien de mi espíritu, había tratado de olvidarme de aquella época, pero, hacía unos días, ese triste episodio de nuestra vida reapareció, cuando alguien me comentó que la amante de mi padre se había casado con un noble gallego, y que seguía viviendo, como señora de Vila do Conde, en la localidad que mi progenitor le había dejado en herencia.

No quería sentir rencor por aquella mujer, María la Ribeirinha, porque quien nos había colocado en aquella dolorosa situación había sido nuestro padre, y yo lo había perdonado.

No, no iría a palacio. Mejor mantener en el olvido los momentos tristes y desagradables.

Le di permiso a doña Ana para que fuera a Coímbra a visitar a su familia. Sus padres habían muerto, pero allí seguían sus hermanos y sobrinos.

—Quedaos los días que necesitéis, doña Ana. Ya sabéis lo bien que yo me encuentro aquí. Disfrutad de vuestra familia.

37
Una nueva encrucijada

Octubre, año de 1230

—¿Doña Teresa, y ahora que va a pasar? —me preguntó mi fiel dama ante los problemas que se les presentaban a mis hijas.

—No lo sé, doña Ana —reconocí—. El reino se encuentra dividido. La postura no es unánime ni entre la nobleza ni entre el clero. El pueblo también duda. Nos encontramos en una verdadera encrucijada.

—Pero aquí, doña Teresa, todos reconocen como herederas del trono a vuestras hijas, las infantas doña Sancha y doña Dulce.

Solo hacía dos semanas que el cuerpo del que antaño había sido mi esposo había recibido sepultura en la catedral de Santiago de Compostela, al lado de sus antepasados. Ese era el lugar en el que quería descansar.

Había fallecido precisamente en tierras gallegas al comenzar el otoño de 1230. Tenía sesenta años. Alfonso iba peregrinando a Santiago en acción de gracias al apóstol Santiago por haber podido arrebatar Cáceres a los musulmanes. Le había sorprendido la muerte a la altura de Villanueva de Sarria.

Nos habíamos visto hacía solo unos meses, cuando Alfonso me acompañó al Bierzo para comprobar las obras que ya se habían iniciado del nuevo monasterio de Villabuena. Él respaldó encantado

la creación de la fundación y me animó a seguir con proyectos similares.

Ninguno de los dos podría imaginar que aquella sería la última vez que nos veríamos.

Mentiría si dijera que su desaparición no me causaba dolor. No estaba enamorada de él, pero había sido mi esposo, era el padre de mis hijos. Un hombre que me quiso, y siempre fue bueno conmigo.

Yo consideraba que Alfonso había sido un buen rey y que los leoneses debían sentirse orgullosos de él y respetar su memoria.

No podía dejar de preguntarme sobre el futuro del reino. ¿Qué pasaría ahora después de su muerte? Alfonso no había dejado testamento, aunque, en público y en infinidad de ocasiones, había aludido a sus hijas como herederas.

Lo cierto es que su voluntad había quedado reflejada en muchos actos y comparecencias.

—Querida doña Ana, claro que aquí reconocen a sus hijas como las auténticas herederas, pero no debéis olvidar que nos encontramos en Zamora, la única ciudad que sigue a ciegas la voluntad del fallecido rey Alfonso IX de León. Porque Zamora sabe que, aunque mi exmarido no haya escrito un documento que lo acredite, él quería dejar el reino a sus hijas. Por eso aquí las reconocen como reinas.

—Doña Teresa, eso es lo que tienen que ser.

—No lo sé, doña Ana, no es tan fácil. En algunas villas no nos dejan entrar con ejército. Doña Sancha y doña Dulce sí pueden ser recibidas en todas partes, pero como infantas.

No quise hacer partícipe a doña Ana de mis pensamientos, pero mi querido exmarido nos había dejado un buen lío.

¿Sería todo distinto si Alfonso hubiese hecho testamento? De ser así, tendría que haber elegido entre las hermanas. Me imaginaba que la elección se decantaría por Sancha, que era la mayor. Aunque, ¿si Dulce se casara, tendría preferencia sobre ella al tener marido?

No podía evitar pensar que Alfonso no hizo testamento de forma consciente. De todos modos, me costaba creer que quisiera que su

hijo, que ya era rey de Castilla, lo fuera también de León. Claro que Fernando tenía otro hermano varón. Pero era Fernando quien, acompañado de su madre, estaba intentando entrar en las ciudades para ser reconocido como rey.

En algunos lugares, lo conseguía; en otros, no. En el reino no existía unanimidad.

Yo debía velar por los derechos de mis hijas, pero no estaba dispuesta a declarar una guerra. Tanto una como otra habían delegado en mí para que decidiera por ellas.

En aquellos complicados momentos no sabía a quién acudir. Algunos obispos amigos también se encontraban divididos.

Fue entonces cuando, después de darle muchas vueltas, decidí escribirle a doña Berenguela para que, de forma privada, nos reuniéramos, en un intento de encontrar una posible solución.



—Doña Teresa, perdonad que os moleste. Ya se ha ido la luz de la tarde. Es posible que la visita que esperáis no llegue hasta mañana. ¿Por qué no me habéis avisado? El fuego se ha apagado, ¿no habéis notado que la temperatura ha bajado?

—La verdad es que no me he dado cuenta. Pero ahora que lo decís, sí que se nota.

—Tomad esta manta mientras vuelvo a encender el fuego. —Doña Ana, a veces, me trataba como a una niña. Le gustaba ayudarme—. Doña Teresa, he estado rezando. Le he pedido a Dios que os ayude en la reunión que vais a mantener.

—Muchas gracias, doña Ana. Tengo la esperanza de que todo irá bien.

—¿Viene sola doña Berenguela o la acompaña su hijo, el rey? —quiso saber.

—Su hijo no viene, creo que la acompaña un reducido grupo de servidores.

—¿Deseáis tomar algo?

—No, gracias. Esperaremos un poco más. Tengo la sensación de que están a punto de llegar.

—El tiempo sigue siendo infernal. No ha dejado de nevar —dijo.

—Lo sé, pero doña Berenguela es valiente. Puede con todo.

Lo pensaba de verdad, así que debería estar muy despierta y con las ideas muy claras.



El piafar de los caballos y un murmullo de voces me hizo levantarme para mirar por la ventana. Seguro que doña Berenguela había llegado. Deseaba ver su imagen, antes de que ella me viera a mí.

Efectivamente, ella y su séquito se encontraban en el patio. Eran un grupo reducido, no más de once personas. Por la distancia a la que se encontraba, y lo muy tapada que iba, no pude distinguir los rasgos de su cara, pero sí su porte de gran dama. Me pareció más alta que yo. Llamó mi atención un hombre que no se separaba de su lado, controlando todo lo que sucedía a su alrededor.

—Doña Teresa, acaban de llegar —me anunció doña Ana, entrando en la habitación.

—Gracias, los he visto. Avisad a las infantas para que me acompañen a recibirlos.

Aunque mis hijas delegaban en mí, quería que doña Berenguela las conociera. Juntas compartiríamos la cena, a la que también convidaría a doña Ana. A doña Berenguela le pediría que ella decidiese las personas de su séquito que quería nos acompañasen a la mesa.



—Muchas gracias, doña Teresa, por esta estupenda cena. Ha sido un

acierto que nos acompañaran las infantas. Os felicito. Son dos mujeres muy hermosas. Y se nota que han sido educadas como Dios manda —me alabó doña Berenguela, que en verdad no disimulaba su aprobación por el recibimiento.

—Muchas gracias, doña Berenguela, por vuestra cercanía y por los elogios a mis hijas.

—Me ha interesado mucho conocer vuestra opinión sobre la mística cisterciense, que, como bien decís, siguen la regla de San Benito, pero postulando una mayor austeridad y promoviendo el ascetismo, el trabajo personal y la vida en comunidad.

—Vos tenéis en Castilla un monasterio real, Santa María de Las Huelgas, con una comunidad también cisterciense —le recordé.

—Sí, mas nunca me he parado a pensar en el carisma de las distintas órdenes. Mi vida ha discurrido por otros caminos —admitió doña Berenguela.

Sin duda, doña Berenguela era experta y sabía muy bien cómo relacionarse con la gente. Ni un solo momento aludimos al tema de nuestro encuentro. Las dos éramos muy conscientes de cuál era el motivo que nos había llevado a conocernos. Durante la cena, intentó que la conversación no decayera, iniciando temas en los que todos pudiéramos intervenir. Yo también contribuí a ello, cuando en un momento dado comenté nuestro viaje a Roma, para que doña Ana pudiera hablarnos de su amor por la ciudad. Lo hizo con tanta pasión que don Luis, conde de Saelices, mostró sus deseos de realizar un viaje a la Ciudad Eterna en cuanto le fuera posible. Doña Berenguela nos había presentado a don Luis como el mejor de sus amigos.

Nos encontrábamos tan cómodos que no nos dimos cuenta de que el tiempo seguía transcurriendo. La expresión de cansancio reflejada en el rostro de doña Berenguela me hizo reaccionar.

—Doña Berenguela, seguro que estaréis cansada después de un viaje tan dificultoso. ¿Os parece bien que nos retiremos a descansar? Mañana podríamos reunirnos sobre las diez de la mañana.

—Perfecto. Buenas noches —nos deseó con una sonrisa,

abandonando la habitación acompañada de don Luis.



Doña Berenguela, con don Luis a su lado, caminaba hacia sus aposentos.

—Don Luis, gracias por haber venido. Ya sabéis que vuestra presencia me anima y me da fuerza. Decidme con toda sinceridad, ¿qué os ha parecido doña Teresa?

—Creo que conseguiréis llegar a un acuerdo. Me parece persona sensata, responsable y con intereses distintos a los vuestros, lo que puede facilitar una solución al tema que os preocupa.

—Tuvo que haber sido muy hermosa, aún lo es. Nada más verla comprendí que mi exmarido la amara más que a ninguna de las mujeres que pasaron por su vida.

—Doña Berenguela, no me lo puedo creer, ¿sentís celos?

—No, don Luis. Siempre fui consciente de ello. Alfonso me quiso, pero el amor de su vida fue Teresa. Jamás se lo reproché. Y ahora lo entiendo, doña Teresa transmite paz.

—En eso estamos de acuerdo. Creo que tiene una profunda vida interior.



En el pasillo del piso inferior, doña Ana me acompañaba a mi cuarto.

—Doña Ana, ¿cuál es vuestra opinión de las personas que acabamos de conocer?

—Por nada del mundo querría a doña Berenguela como enemiga. Transmite tal decisión y fuerza en su mirada que te hace pensar que nada es imposible para ella.

—Sí, pero ha acudido a mi llamada.

—Porque es muy inteligente, y, en el fondo, mujer —me

contestó, convencida—. Es más, tengo la sensación, espero no equivocarme, de que vos habéis despertado en ella una gran admiración.

—Me dejáis sorprendida —le dije sonriendo—, no sabía que fuerais poseedora de semejantes dotes de observación.

—No las tengo, lo que sucede es que determinadas personas, en su cara y en sus gestos muestran, sin tapujos, su auténtica personalidad. A doña Berenguela es fácil analizarla. Lo mismo sucede con su amigo el conde de Saelices.

—¿Sí? ¿Y qué me podéis decir de él?

—Que quiere tanto a doña Berenguela como yo os quiero a vos. Su mayor deseo es servirla. Como yo deseo hacerlo con vos. Seguro que se conocen desde hace muchos muchos años.

Doña Ana poseía —me lo había demostrado en infinidad de ocasiones— esa agudeza natural, propia delas gentes del pueblo que deben enfrentarse, en el día a día, a un sinfín de dificultades. Lo cierto es que yo estaba bastante de acuerdo con lo que me había dicho.

—Querida doña Ana, buenas noches. Gracias por estar a mi lado.

—Siempre, doña Teresa, hasta que vos decidáis. Buenas noches.

TERCERA PARTE

FRENTE A FRENTE

38
Solo las dos

El salón en el que se iba a celebrar la reunión era una habitación no muy grande y bastante desnuda. Constaba por todo mobiliario de tan solo una mesa y unas sillas. La chimenea encendida ponía la nota acogedora a la estancia, junto con una gran ventana que daba al páramo.

La primera en llegar había sido doña Berenguela, que ensimismada miraba desde la ventana el paisaje nevado.

Doña Teresa, antes de entrar, se detuvo en la puerta de la estancia. Observó a doña Berenguela. Después dirigió sus ojos a su muñeca izquierda y miró la pulsera-brazalete que su abuelo le había regalo. Se la había puesto para que le transmitiera fuerza; quería sentir a su abuelo cerca en aquellos difíciles momentos.

—Doña Berenguela, buenos días, siento haberos hecho esperar.

—Buenos días. No, por favor. He llegado hace solo unos minutos. Y además me he anticipado. Dejadme que os diga, doña Teresa, que, cuando recibí vuestra carta, yo estaba dispuesta a escribiros a vos.

—Me alegro y me anima, porque creo refleja que a las dos nos preocupa la situación y deseamos hablar de ella.

—Así es, doña Teresa. ¿Nos sentamos?

—Por supuesto. Acerquémonos un poquito a la chimenea. Doña

Berenguela, ya que he sido yo quien ha tomado la iniciativa de escribiros, os hablaré exactamente de las razones que me han movido a hacerlo.

—Perfecto, os escucho.

—Como bien sabéis, nuestro exmarido, el rey Alfonso IX, murió sin haber hecho testamento, pero en los últimos años no dejó de repetir que sus hijas eran las herederas. Así lo manifestó en distintos actos oficiales. Sin embargo, vos y vuestro hijo el hoy rey de Castilla, sin pensar en la voluntad del rey Alfonso IX, iniciasteis una campaña por las ciudades del reino de León, proclamándose rey vuestro hijo en aquellas villas que así lo reconocieron. En otras no encontrasteis el mismo eco. Me preocupa la situación y me aterra la posibilidad de una guerra. Mis hijas tienen sus seguidores, entre los que figura mi hermano Pedro, siempre dispuesto al enfrentamiento armado.

—Os entiendo, doña Teresa, pero tenéis que comprender que no sería bueno para el reino que las infantas se hicieran cargo de él. ¿Cuál de ellas sería la reina? ¿La mayor? ¿O gobernarían a medias?

—Soy consciente de lo difícil que le resulta a una mujer ser aceptada y respetada como reina —admitió Teresa—. Alfonso quiso casar a una de nuestras hijas, pero ya os encargasteis vos de impedir aquel posible compromiso. ¿Lo hicisteis pensando en que tal vez pudiera darse la situación en la que ahora nos vemos inmersas? Porque, de estar casada una de las infantas, las cosas cambiarían, ¿verdad?

—Sin lugar a dudas. Y voy a ser sincera. Lo hice, en primer, lugar porque me pareció un buen partido para mi hija…

—Perdonad, que os interrumpa, pero don Juan de Brienne doblaba en edad a vuestra hija. Había estado casado dos veces. Tenía hijos mayores que ella.

—No importa, doña Teresa, lo verdaderamente interesante para mí era que mi hija se convertiría en reina, y, si al mismo tiempo impedía la boda de vuestra hija, perfecto.

—Me habían dicho que erais fuerte y hábil manipuladora. Compruebo que estaban en lo cierto. Y casi me atrevo a decir que

un tanto despiadada. No os importó para nada que vuestra hija fuera desgraciada con aquel marido que le imponíais.

—No os dejéis llevar por sentimentalismos, señora mía. No quiero que me contestéis, pero cuando os casaron a vos, ¿pensaron en vuestra felicidad? Las mujeres que pertenecemos a la realeza debemos conocer muy bien cuál es nuestra misión, y en ella lo único que se tiene en cuenta es la conveniencia del matrimonio.

—Pero, doña Berenguela, fuisteis vos, su madre, quien decidió el matrimonio y no eráis reina en aquel momento. La unión de vuestra hija con Juan de Brienne no os aportaba casi nada, a no ser el impedir la boda con una de mis hijas. Sacrificasteis a vuestra hija para imposibilitar que la mía se casara. Está claro que en vuestra mente estaba allanar el camino para haceros con la Corona leonesa.

—Bueno, puede ser una interpretación correcta. Pero tanto su padre como vos pudisteis haber buscado otros candidatos para vuestras hijas —rebatió Berenguela.

—Es verdad. Pero os confieso que mis preocupaciones son muy distintas a las vuestras. A mí, por encima de todo, me interesa la paz y el bienestar de la gente. Mientras que vos…

—No, por favor, doña Teresa, no sigáis, no quiero que me malinterpretéis. Yo también deseo la paz.

—¿Y el trono, doña Berenguela? ¿Me ayudaréis a que mis hijas tengan acceso a él y a contribuir a que lo hagan bien?

—Muerto vuestro hijo don Fernando, señora, el trono debe recaer en mi hijo, el rey de Castilla.

—¿De verdad creéis que su padre estaría de acuerdo?

—Es probable que no fuera partidario de unir León con Castilla —admitió la Castellana—. Sin embargo, es por lo que yo lucho. Por un reino fuerte.

—Pero la primacía la tendrá Castilla, y es lo que muchos leoneses no quieren —objetó Teresa—. Estoy segura de que conocéis que la oposición a vuestro hijo en determinados sectores no es porque sean partidarios de mis hijas, las infantas, sino porque no quieren unirse a Castilla.

—Lo sé. Doña Teresa, ¿sois conocedora de que le han propuesto a mi otro hijo Alfonso que se presente como heredero al trono?

—No lo sabía, y tiene cierto sentido la propuesta.

—Pues la ha rechazado de plano. Alfonso se reunió con su hermano Fernando y conmigo para informarnos. Le pedí que dejara el camino libre a Fernando. Puede parecer que quiero más a un hijo que a otro. Bien sabe Dios que esto no es así, lo que quiero es la unión de Castilla y León. Anhelo un reino fuerte que termine de una vez con el problema musulmán.

—Doña Berenguela, ¿estaríais dispuesta a enfrentaros a una guerra para conseguirlo?

—Si estoy aquí, es para evitar todo enfrentamiento. No me gustan las guerras, y menos entre nosotros, los reinos cristianos. Sabéis al igual que yo, que si muchos supieran de este encuentro entre nosotras tratarían de impedirlo, porque consideran que la mejor forma de arreglar los problemas es luchando. Pero nosotras somos distintas, tal vez por ello no les interesa una mujer como reina. Nosotras utilizamos la inteligencia, el tacto. Somos prudentes o atrevidas, según el caso. Ese creo es nuestro poder. Las dos hemos tenido una antepasada que fue la primera reina de Castilla, León, Galicia y Asturias, que entonces formaban un solo reino.

—Algo sé de ella —reconoció Teresa—. Doña Urraca llegó a ser reina, porque todos los posibles descendientes varones habían fallecido. Pero a ella, que ya tenía dos hijos y estaba viuda, la obligaron a casarse para poder acceder al trono. Claro que doña Urraca fue valiente e hizo frente a todos demostrando que ella era la reina, separándose de su marido. Doña Berenguela, con la mano en el corazón, ¿a quién creéis que apoyaría nuestra antepasada? ¿Se inclinaría por hacer prevalecer los derechos de mis hijas o los de vuestro hijo?

—Dicho así, es posible que a vuestras hijas. Sí, se pondría del lado de ellas porque doña Urraca sufrió todo tipo de encerronas y desprecios por su condición de mujer. Aunque, si conociera las posibilidades que ofrece la unión de las dos Coronas en mi hijo,

seguro que lo pensaría.

—Doña Berenguela, las dos somos mujeres. Si nosotras nos ponemos de acuerdo para desheredar a dos mujeres, ¿no creéis que les estamos dando la razón a quienes nos marginan?

—Sabéis tan bien como yo, señora, que no vivimos tiempos en los que a una mujer le resulte fácil ser reina. Claro que siempre puede rodearse de hombres leales y valientes que dirijan los ejércitos…

—Pero vos, doña Berenguela, fuisteis proclamada reina de Castilla en Valladolid a la muerte de vuestro hermano.

—Así es, pero no sabéis la férrea oposición con la que me encontré. Solo conseguí ser reconocida como reina, gracias a que hice correr el rumor de que inmediatamente abdicaría en mi hijo Fernando, como así hice.

—Una curiosidad, al ser reconocida como reina, ¿no sentisteis el deseo de seguir siéndolo? —quiso saber Teresa.

—Doña Teresa, seré muy sincera. Vos sois una persona con profunda vida interior, que estáis desarrollando una importante labor introduciendo en el reino de Portugal la espiritualidad cisterciense femenina. Vuestros intereses son muy distintos de los míos. A mí me interesa la política. Deseo fortalecer el reino en el que nací y al que pertenezco. ¿Me gustaría desempeñar el cargo de reina? Por supuesto. Pero, en estos momentos, teniendo un hijo como el que tengo, puedo seguir poniendo en práctica mis conocimientos, y mis ideas, asesorándolo a él, con discreción, respeto y mucho cariño. ¿Creéis que, si yo no hubiese renunciado en mi hijo, podría unir las Coronas de León y Castilla?

—¿Creéis que ahora lo conseguiréis?

—Todo depende de vos. He venido a Coyanza con la esperanza de que nos pusiéramos de acuerdo. Si vuestras hijas renunciaran al trono, mi hijo y yo seríamos generosos, disponiendo para ellas una importante renta anual. Respetaríamos sus propiedades y podrían vivir en Castilla, León o Portugal. En el lugar que ellas prefirieran.

—Os confieso, doña Berenguela, que no me desagrada la

propuesta. Solo existen dos aspectos que me incomodan.

—Decidme cuáles son y tratamos de solucionarlos. Por cierto, no he podido evitar fijarme en la bonita pulsera que lleváis. Perdonad mi curiosidad, ¿la han hecho para vos?

—No. Es un regalo de mi abuelo, el rey Alfonso Enríquez de Portugal. Es un recuerdo muy valioso para mí. La pulsera pertenecía a mi abuela.

—Os lo pregunto por la inusual combinación de amatistas y rubíes. Nunca la había visto, pero, por lo poco que os conozco, creo que refleja vuestra personalidad muy bien.

—Me sorprendéis, doña Berenguela, ¿sois entendida en piedras preciosas?

—Casi nunca las llevo, aunque sí conozco un poco su mundo.

—¿Y qué significan la amatista y el rubí? —quiso saber la portuguesa—. ¿Y por qué razón creéis que se identifican conmigo?

—Son dos piedras con significados totalmente opuestos. Mientras que la amatista transmite espiritualidad y paz, el rubí representa la energía y la pasión. Sin duda, su combinación resulta interesante al equilibrarse las fuerzas de una y de otra, dando como resultado una persona equilibrada, que controla sus emociones, con una profunda vida espiritual, y tal vez por ello muy fuerte. Y con una gran inteligencia para luchar por lo que considera que merece la pena. Así os veo a vos, doña Teresa.

—¿Y todo esto os lo ha contado la pulsera? —Se rio Teresa.

—Seguro que vuestro abuelo os conocía bien, por eso quiso que la pulsera fuera para vos —aventuró Berenguela.

—Solo por habérmela regalado él, es un tesoro para mí. Perdonad esta intimidad, pero mi abuelo ha sido la persona a la que más he admirado.

—Qué bien os entiendo, doña Teresa, yo a mis abuelos no los conocí. Pero esa admiración que vos sentís la siento yo por mi madre. Bueno, después de estos momentos de confidencias, hablemos de esos aspectos que os incomodan para poder aceptar nuestra propuesta —volvió la Castellana a reconducir el tema que las

había traído allí.

—Doña Berenguela, no me gusta desposeer del trono a unas mujeres. Y también me hace dudar la opinión que sobre este posible acuerdo pudiera tener nuestro exmarido. Ya sé que son temas de los que hemos hablado, pero que siguen impidiéndome tomar una decisión.

—Vayamos por partes. En cuanto a lo primero, creo sinceramente que podemos estar tranquilas. Las dos somos mujeres, y las dos vamos a decidir el futuro de estos dos reinos, que pueden ser el origen de una realidad mucho más ambiciosa. ¿Que al frente de este reino estará un hombre? Es verdad, pero es una solución pragmática. Él puede realizar mejor la misión que el pueblo espera. No rechazamos a las mujeres por su condición femenina, sino por el bien del reino, teniendo en cuenta el contexto en el que nos movemos. ¿Estaríais dispuesta a ver a vuestras hijas al frente de los ejércitos luchando contra los musulmanes? Sé que existen mujeres que lo harían, aunque no creo que sea el caso de vuestras hijas, ¿me equivoco?

—No, mis hijas no ansían el poder, pero están dispuestas a hacer lo que yo les diga. Y yo valoro por encima de todo su felicidad —admitió Teresa—. Llegada a este punto, habréis observado que me interesa bastante poco que mis hijas sean reinas, lo que me duele es marginarlas por ser mujeres.

—No insistáis, si queremos la unión de los dos reinos tiene que capitanearla mi hijo Fernando, que nació en el reino de León y que es hijo de Alfonso IX, y nieto del rey de Castilla Alfonso VIII. No pretendemos nada anormal al dejar el destino de Castilla y León en sus manos. Lleva unos años al frente del reino, y lo está haciendo muy bien. Es persona que se deja asesorar, que escucha. Que se ha rodeado de personas fieles e inteligentes.

—Como vos —apostilló Teresa.

—Por supuesto. Yo soy su más cercana asesora. También lo es el arzobispo de Toledo Jiménez de Rada que, desde hace unos años, desempeña el cargo de canciller mayor de Castilla.

—Lo conozco. Sé que es hombre culto y gran defensor de la Iglesia.

—También un gran militar —añadió Berenguela—. Eso es lo que necesitamos si queremos acabar con la amenaza del islam.

—Todo lo que decís es verdad, señora, pero conocéis lo mismo que yo la rivalidad que siempre existió entre el rey de León y el de Castilla.

—Doña Teresa, esa rivalidad la he vivido en toda su intensidad. Primero, por ser hija del rey de Castilla y, segundo, por estar casada con el rey de León. Y después, por ser madre del actual rey de Castilla. Sí, he tenido que emplearme a fondo para evitar la guerra que Alfonso IX de León quería declararle a nuestro hijo convertido ya en rey de Castilla. Lo he hecho y lo volvería a hacer. Yo siempre velaré por los intereses de Castilla, pero en el momento en que se unan León y Castilla, me preocuparé igualmente por los intereses conjuntos de lo que será el nuevo reino —afirmó la Castellana con toda rotundidad—. No sintáis escrúpulos, doña Teresa. Nuestro exmarido, el rey Alfonso IX de León, solo aprobaría esta unión si el rey fuera él, pero Alfonso ya está en la otra vida.

—Así es. Pero Alfonso pudo haber sido rey de León y Castilla cuando falleció vuestro hermano. Alfonso IX tenía derechos al trono ante la ausencia de varón en la línea sucesoria directa. Pero vos, doña Berenguela, lo impedisteis.

—Mi querida doña Teresa, compruebo que, para no interesaros la política, estáis muy al tanto de lo sucedido. ¿Os habló Alfonso de ello? Claro que lo impedí, y lo volvería a hacer mil veces. No me fiaba de él. Si yo no tuviera hijos, es posible que no lo hubiera conseguido, pero el destino se alió conmigo.

—Decís que no os fiabais de él. Sin embargo, ha sido un buen monarca. Consiguió durante su gobierno levantar un reino arruinado y medio abandonado. El gran reino que es hoy, León, se debe al buen hacer de Alfonso IX. La forma en que potenció el Camino de Santiago, la creación del Estudio General de Salamanca… Y tantas cosas más. Sí, me entristece que él sea el último rey de León.

—Doña Teresa, ¿sabéis que fuisteis la mujer a la que más amo? El rey Alfonso IX ha tenido muchas amantes y yo fui su segunda esposa. A todas nos quiso a su manera, pero siempre supe que vos fuisteis el amor de su vida. Y viendo ahora el cariño con el que lo recordáis, entiendo muy bien sus sentimientos.

—Perdonad, pero no entiendo muy bien el objetivo de este comentario.

—Es sencillo. Lo que quiero decir es que sois buena. Que pensáis en los demás, que valoráis a las personas.

—¿Vos no lo hacéis?

—Sí, pero en mí prima el interés político y suelo pensar en el futuro. Antes hablábamos de la posibilidad de que nuestro exmarido se hubiera convertido en rey también de Castilla a la muerte de mi hermano. Bien, si hubiera sido así, a él lo heredaría mi hijo o una de vuestras hijas, que podía haber contraído matrimonio con un extraño. Solo pensar que León y Castilla pudieran ser gobernadas por un extranjero me aterraba, con lo cual entenderéis perfectamente mi jugada. Querida doña Teresa, sé que en el fondo me comprendéis. Mi hijo Fernando estará dispuesto a entregar su vida por defender los intereses de Castilla y León, y yo permaneceré a su lado para apoyarlo, hasta que Dios quiera.

—Sí que sois persuasiva, casi habéis conseguido convencerme. Pero antes de daros una respuesta, y aunque mis hijas han delegado en mí, debo contárselo a ellas.

—Me parece muy bien.

—Solo me ausentaré unos minutos. ¿Me esperáis aquí o preferís que nos veamos esta tarde?

—No. Mejor os espero.

—De acuerdo, doña Berenguela.



Tal y como había anunciado, al cabo de poco tiempo, doña Teresa

entró de nuevo en el aposento donde esperaba doña Berenguela.

—Ya estoy aquí.

—Doña Teresa, he estado rezando para aceptéis la propuesta —dijo Berenguela.

—Yo también le he pedido a Dios que me ayude a hacer lo correcto.

—¿Habéis tomado la decisión? —la apremió la Castellana.

—Sí, doña Berenguela. Mis hijas doña Sancha y doña Dulce renuncian a la Corona de León en favor de vuestro hijo, don Fernando.

—Mi eterno agradecimiento, doña Teresa. Estoy segura de que el destino nos ha unido para que juntas solucionáramos una situación que irremediablemente nos llevaba a la guerra. Habéis sido muy generosa.

—Y vos, doña Berenguela, muy persuasiva. —Teresa no pudo evitar una sonrisa.

—Estoy segura de vos hubierais hecho lo mismo si estuvierais en mi situación.

—Es posible.

—Este es un momento histórico. León y Castilla, doña Teresa, siempre nos recordarán.

—Doña Berenguela, perdonad mi escepticismo, pero no creo que nuestro recuerdo permanezca. Tampoco me importa mucho. Lo verdaderamente fundamental es que hemos evitado la muerte de muchas personas.

—Sí. Y también que Castilla y León se unan para siempre —remachó Berenguela.

39
Concordia de Benavente

Diciembre, año de 1230

Quince días después, el 11 de diciembre del año 1230, en Benavente se dio forma oficial al acuerdo al que habían llegado las dos exreinas de León, en su reunión celebrada en Coyanza.

Las infantas doña Sancha y doña Dulce renunciaban al trono de León en favor de su hermanastro, el ya rey de Castilla don Fernando III. A cambio, las infantas recibían una pensión vitalicia anual de treinta mil maravedís. Si profesaban como monjas, la renta se rebajaría a veinte mil maravedís.

Ese mismo día, don Fernando, rey de Castilla, fue coronado rey de León, uniendo en su persona las coronas de los dos reinos.

Se había evitado una guerra, pero no el descontento de algunos sectores leoneses. Muchos caballeros asturianos y también gallegos protagonizaron incidentes en diversas villas como protesta a que el rey de Castilla se hubiera convertido también en rey de León.

40
Un alto en el camino

Villafranca del Bierzo, año de 1234

—No digáis, don Luis, que no ha merecido la pena desviarnos hasta Villafranca del Bierzo.

—Por supuesto. La belleza siempre merece la pena, doña Berenguela.

—Además, el día que hemos pasado en Lugo ha sido provechoso. Muy interesantes los encuentros que hemos mantenido. Y poder rezar ahora en esta iglesia de Santiago resulta emocionante. Ya sabéis que los peregrinos que no pueden llegar a Compostela, por enfermedad o por algún otro tipo de impedimento, tienen la opción de ganar el jubileo en esta iglesia, que también cuenta con una puerta del perdón.

—Pero nosotros precisamente venimos de Santiago. —Sí, pero también es bonito hacer el camino a la inversa.

Don Luis me había acompañado a Santiago. No soy yo muy dada a la oración, pero, en aquellos momentos, sentía la necesidad de acudir ante la tumba del apóstol Santiago, para pedirle su ayuda. Me preocupaban las pretensiones de la nobleza y los problemas que nos estaban ocasionando. Mi hijo, el rey Fernando, había tenido que quedarse en la corte, para intentar solucionar todos estos temas. Menos mal que el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, se había

puesto al frente del ejército para luchar contra los almohades.

En estos cuatro años el balance era positivo. Mi hijo estaba llevando el gobierno con mano firme y segura. Los avances en la reconquista eran evidentes. Y las reticencias que habían existido, por parte de algunos sectores ante la unión de los dos reinos, habían ido desapareciendo.

—Doña Berenguela, nos conocemos desde niños. ¿Por qué no me decís la verdad? No hemos venido a Villafranca solo para rezar en la iglesia de Santiago.

—Si ya lo sabéis, ¿por qué insistís en preguntarme?

—Muy sencillo, quiero que vos me lo digáis, si lo consideráis oportuno.

—Mi querido don Luis, claro que me conocéis muy bien. Sí, mi intención al regresar por aquí es porque me gustaría ver a doña Teresa. Me han dicho que está en el monasterio de Villabuena, muy cerquita de aquí.

—¿Y pensáis llegar así, de sorpresa? ¿No sería mejor enviar un mensajero?

—No. Solo quiero verla unos minutos, saludar a sus hijas, y volver a darle las gracias por lo que ha hecho. Ha sido muy generosa conmigo.

—También vos lo habéis sido con sus hijas, doña Berenguela.

—Nada comparable, querido don Luis.

41
Una visita inesperada

Monasterio de Villabuena, un día después

La mañana era preciosa. El sol había disipado todas las sombras de la noche.

Acompañada de mi fiel doña Ana, yo cortaba unas rosas en el jardín.

—Doña Ana, respirad en profundidad este aire tan puro —la animé—. Es en verdad estimulante.

—Sí que lo es. Como a vos, doña Teresa, me gusta este momento del día.

Cuando vivíamos en Villabuena, después de rezar laudes, nos gustaba salir al jardín, aunque solo fueran unos minutos. Esta costumbre ya casi se había convertido en un ritual: pasear entre las flores, observar cómo despertaban a la vida, quitar algunas hojas secas…

Las obras del nuevo monasterio se encontraban en su fase final. Me sentía contenta por lo realizado. El rey Fernando III, el hijo de doña Berenguela, me había ofrecido su apoyo para la continuidad de esta fundación monástica. Solo teníamos pendiente la aprobación del papa.

Mis dos hijas me habían comunicado su decisión de ingresar en religión. Profesarían como monjas cistercienses. También algunas de

sus amigas seguirían el mismo camino. Todas vivirían aquí en Villabuena.

—Doña Teresa, ¿seguiremos viniendo a Villabuena? —me preguntó doña Ana.

—Puede que sí, aunque lo más probable es que no. Ya no tiene mucho sentido. Mis hijas han encontrado su sitio, y por tanto no me necesitan. Aquí son felices. Además, ellas, que son más jóvenes, también pueden visitarnos en Santa María de Lorvão.

—Mirad, doña Teresa, alguien se acerca. Parece importante —me señaló ella.

Desde donde nos encontrábamos se veía el camino. Pero la perspectiva era bastante reducida. Efectivamente, alguien se aproximaba… Se trataba de una comitiva de unos quince jinetes custodiando una carroza tirada por caballos. Aunque la distancia no me permitía apreciarla con nitidez, estaba casi segura de que era el mismo vehículo en el que doña Berenguela había llegado a Coyanza, pero tenía que ser una coincidencia. ¿Qué podría hacer ella aquí?

No le comenté a doña Ana mi sospecha, y le pedí que regresáramos al convento para recibir a nuestros visitantes.

Ya en el monasterio y desde una de las ventanas, pude comprobar que, efectivamente, quien acababa de llegar era doña Berenguela.



—Doña Teresa, ¿cómo decís que se llama el río?

—Es un afluente del Sil. Se llama río Cúa, doña Berenguela.

—Es un paraje muy bonito. Se respira una gran paz. Me gusta mucho pasear cerca de los ríos. Desde niña, siempre que puedo me escapo a mirar el discurrir de las aguas. Ha sido una suerte para mí que hubiera un río cerca. De esta forma, he podido compartir con vos una de mis aficiones más queridas. Nunca olvidaré, doña Teresa, este paseo por las orillas del río Cúa. Casi no nos conocemos, pero

siempre os recordaré con cariño.

—No me imaginaba que fuerais tan sentimental.

—Y no lo soy. Solo que os estoy enormemente agradecida, habéis contribuido a que se hiciera realidad uno de mis mayores sueños. Y lo que es mejor es que hemos acertado. León y Castilla caminan con paso firme y seguro.

—Me alegro mucho, doña Berenguela. Lo digo de corazón, ya sabéis que, en la medida de mis posibilidades, me gusta contribuir al bienestar de los demás.

—Me lo habéis demostrado. Me han dicho que vuestras hijas han elegido este lugar para vivir. ¿Están contentas? ¿Os quedaréis aquí con ellas?

—Estoy muy contenta de que mis hijas hayan encontrado el lugar en el que quieren vivir, pero yo regresaré a Portugal, en el monasterio de Santa María de Lorvão está mi casa. Hace tiempo que me he dado cuenta de que mis hijas son leonesas, aman esta tierra.

—No sabéis, doña Teresa, la paz que me proporciona saber que vuestras hijas se encuentren bien. Una paz que me hace mucho bien en estos difíciles momentos por los que atravesamos.

—Sí, gracias a Dios, están muy centradas. Pero a vos, doña Berenguela, ¿os ocurre algo?

—Nada que no sea lo habitual en el día a día de los gobiernos. Vos, doña Teresa, lo conocéis bien. Habéis tenido que enfrentaros a problemas surgidos en vuestra propia familia por intereses desmedidos.

—Sí, la verdad es que siempre resultan penosas estas situaciones. ¿Tenéis problemas con vuestro hijo? Perdonadme si es impertinente la pregunta.

—No, en absoluto. Podéis preguntarme lo que queráis. No, no tengo problemas con Fernando, todo lo contrario. Nos entendemos solo con mirarnos. Los problemas vienen por las aspiraciones de algunos miembros de la nobleza, pero no quiero que estos minutos que vamos a estar juntas se estropeen hablando de estos temas. ¿Sabéis que ya tengo varios nietos? El mayor de ellos, Alfonso, ha

empezado a acompañar a su padre a alguna batalla.

—El futuro siempre se abre paso, doña Berenguela.

—Así es. Doña Teresa, ahora soy yo quien pide disculpas por la pregunta que quiero haceros. Es personal, y por supuesto, no me contestéis si no lo consideráis oportuno. ¿No os habría gustado tener nietos?

—Os respondo lo mismo que vos hace unos segundos: podéis preguntarme lo que queráis. Y contestando a vuestra pregunta, debo hablaros con sinceridad, y la verdad es que no echo en falta a los nietos. He tenido hijos. Los he querido y los quiero, daría mi vida por ellos. Pero si no los hubiera tenido tampoco lo sentiría.

—Gracias por vuestra sinceridad, doña Teresa.

—Doña Berenguela, quedaos a pasar el día con nosotras.

—Lo haría encantada, pero debo regresar a la corte. Espero dentro de poco daros buenas noticias sobre los avances en la reconquista. Gracias a vuestro apoyo, doña Teresa, hoy León y Castilla caminan con paso seguro.

—No me deis las gracias, al final he hecho lo que mi conciencia me dictaba.

—Me alegro mucho de haber venido a veros. Ha sido muy hermoso pasear juntas siguiendo el cauce del río.

—Sí que lo ha sido. Siempre me acordaré de vos, doña Berenguela, y de estos momentos.

—Antes de despedirnos, quiero pediros que recéis para que mi hijo consiga ampliar los reinos cristianos.

—Lo haré, doña Berenguela, también yo os pido que recéis por mí.

—Siempre os tendré presente, doña Teresa.

De forma espontánea las dos exreinas de León se fundieron en un abrazo.

42
Tiempo de nostalgia

Monasterio de Santa María de Lorvão,
catorce años después

Sin duda, las noticias vuelan. Hoy hemos conocido en Portugal que el rey de Castilla y León, don Fernando III, después de un durísimo asedio, ha hecho su entrada triunfal en Sevilla.

Cómo se habría alegrado doña Berenguela al comprobar que su hijo cumplía a la perfección sus objetivos. Sevilla volvía a ser feudo de los cristianos. Quinientos años había permanecido bajo el dominio de los musulmanes. Siento, de verdad, que ella no pueda disfrutar de este momento, que casi puede ser considerado como el final de la reconquista, porque ahora solo quedan los musulmanes del reino de Granada, pero son vasallos de su hijo, el rey cristiano Fernando III.

Doña Berenguela había muerto dos años antes en el monasterio real de Santa María de Las Huelgas, en Burgos. Durante todos estos años, había estado muy activa en el gobierno al lado de su hijo, el rey. Mientras él proseguía con la reconquista, ella se ocupaba de los asuntos internos y de limar asperezas con la nobleza que, desgraciadamente, nunca faltan.

Después de nuestro paseo por el río Cúa no volvimos a vernos, aunque sí mantuvimos contacto epistolar. Siempre me recordaba lo

bien que lo habíamos hecho. Y una y otra vez, me daba las gracias por haberle facilitado el camino a su hijo que se estaba comportando como se esperaba de él.

Recuerdo textualmente alguno de los párrafos de la carta que me escribió cuando Fernando conquistó Córdoba:

> *Si no me encontrara tan mayor, viajaría a Santa María de Lorvão para daros un abrazo, doña Teresa. He rezado mucho para que Córdoba, la capital de al-Ándalus, volviera a ser cristiana. Y ya lo es. Me he acordado mucho de vos y también de nuestro exmarido, que tanto amaba Santiago de Compostela. Estoy segura de que Alfonso IX se sentiría orgulloso de su hijo, porque Fernando, a los pocos días de establecerse en Córdoba, ordenó transportar a Compostela las enormes campanas que el moro Almanzor se había llevado cuando asoló la ciudad.*

Doña Berenguela era inasequible al desaliento y procuraba anticiparse a todo lo que previsiblemente pudiera suceder. Al quedarse viudo su hijo Fernando, que ya tenía diez hijos, doña Berenguela decidió que volviera a casarse para evitarle posibles tentaciones que lo llevaran a mantener relaciones que moralmente no estuvieran bien. Y su hijo contrajo un nuevo matrimonio.

Guardo un gran recuerdo de ella. Doña Berenguela ha sido la mujer más fuerte que he conocido en mi, ya larga, vida. Yo también lo soy. He tenido tantos frentes abiertos en mi existencia. Lo más duro ha sido la pérdida de mis hijos, pero con la ayuda de Dios, he podido superarlo; primero, Fernando; después, Sancha, y, hace unos meses, Dulce. Mis dos hijas habían profesado como monjas cistercienses. De todos mis hermanos solo viven Pedro y Mafalda.

También doña Ana se ha ido. La echo mucho de menos. Ella me reñiría por preocuparme y tratar de poner un poco de paz en nuestro reino.

Después de la crisis vivida con nuestro hermano, me ha tocado

ser testigo también del enfrentamiento de mis sobrinos por el trono. Y no he podido mantenerme al margen. He utilizado mis contactos en la corte pontificia de Inocencio IV. Pero todo ha resultado inútil, nunca se pondrán de acuerdo.

Ya casi no salgo del monasterio. Solo paseo por su maravilloso entorno que siempre me ha cautivado. Doy gracias a Dios por lo bien que me siento, a pesar de mis setenta y tres años. Aunque muchas veces me siento invadida por una sensación extraña, un tanto melancólica. Todos mis seres queridos, a excepción de mis hermanos Mafalda y Pedro, se han ido. Muchas veces pienso en mi abuelo, que murió a los setenta y cinco años, pero lo hizo rodeado de hijos y nietos… Yo estoy sola, pero sé que no debo ponerme triste, porque todavía hay personas que me necesitan y esto me hace sentir bien. Además, el vivir tantos años te permite enterarte de muchas cosas. Unas buenas, como que don Fernando, el joven agustino que conocí en Coímbra y que se hizo franciscano tomando el nombre de Antonio, fue canonizado antes de cumplirse el año de su fallecimiento. Calculo que tendría unos treinta y cinco años cuando murió. Había servido a los pobres en Francia e Italia. Y también sorprendió a todos por su brillante elocuencia cuando por casualidad se le encargó pronunciar un sermón. Hoy se lo conoce como san Antonio de Padua. Me ha dado pena que muchos puedan pensar que es un santo italiano.

Otra noticia, esta triste, tiene como protagonista al arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, que seguía prestando sus servicios al reino de Castilla y León, pero ello no le impedía asistir a cuantos concilios se celebraban en Europa. El año pasado, 1247, murió a bordo de un barco en el Ródano, cuando regresaba del I Concilio de Lyon.

Doña Berenguela sentiría enormemente su desaparición. Lo admiraba mucho. Fue un pilar fundamental en el reino. Ella, en una de sus cartas, me contó que el arzobispo Jiménez de Rada, en su afán por reconquistar terreno a los árabes, y con la finalidad de dar ánimos a los soldados, había inventado la historia de la batalla de

Clavijo.

Recuerdo que me interesé por el tema. La verdad era que, hasta nuestros días, nadie había hablado de la batalla de Clavijo, que según el relato de Jiménez de Rada, había tenido lugar en el siglo VIII. Sin duda, resultaba sorprendente, y ello avalaba la posibilidad de que la mencionada batalla fuera inventada.

—Doña Teresa, ya hace un poco de frío. Os he traído una manta por si queréis quedaros un poquito más en el jardín. Ya sabéis que en media hora rezaremos vísperas en la capilla.

—Gracias, hermana. Acudiré a rezar vísperas con la comunidad, pero antes daré un corto paseo para desearles las buenas noches a las flores…

Epílogo

Teresa de Portugal murió el 18 de junio de 1250 en el monasterio de Santa María de Lorvão, donde fue enterrada al lado de su hermana doña Sancha. Tenía setenta y cinco años.

Muy pronto sus virtudes piadosas fueron destacadas por la orden cisterciense. Su vida ejemplar, siempre dispuesta a ayudar a los necesitados, su disposición incondicional a favor de la concordia y la paz fueron rodeando la figura de la exreina de León de una aureola de santidad.

A comienzos del siglo XVIII, en mayo de 1705 fue beatificada por el papa Clemente XI, mediante la bula *Sollicitudo Pastoralis Offici*.

Aunque nunca fue canonizada, muchas veces el culto popular le ha atribuido esta cualidad, y así el 17 de junio se celebra la festividad de Santa Teresa de Portugal, exreina de León e hija del rey Sancho I de Portugal.

Nota de la autora

Hace varios años que me dedico a investigar la vida de algunas mujeres que nos han precedido en la historia. Mujeres que jugaron un papel importante en el devenir histórico, pero que después fueron silenciadas. En cada una de ellas descubro nuevas facetas que me llevan al pleno convencimiento de que no existe nada que haya hecho el hombre que no lo haya hecho la mujer en inferioridad de condiciones.

Así se puede comprobar cómo, a lo largo de los siglos, muchas mujeres, cuando quisieron realizar alguna actividad fuera de los cánones establecidos por la sociedad de su tiempo, se vieron obligadas a ocultarse bajo un seudónimo, como Cecilia Böhl de Faber, que se escondió bajo el nombre de Fernán Caballero. Otras soportaron que su trabajo fuera atribuido a su marido, a su hermano o incluso a su hijo. Por ejemplo, María de la O Lejárraga es la autora de casi la totalidad de la obra de su marido, Gregorio Martínez Sierra. Muchas de las composiciones de Fanny Mendelssohn fueron publicadas con el nombre de su hermano Félix Mendelssohn. Concepción Arenal se presentó a un concurso convocado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas y en vez de firmar con su nombre, lo hizo con el de su hijo, Fernando García Arenal, porque temía lo que podría pasar. Ganó el concurso, y la sorpresa de los académicos fue enorme: acababan de concedérselo por primera vez en su historia a una mujer.

Resulta evidente que, a pesar de las dificultades, siempre hubo mujeres valientes que lucharon por ser ellas mismas, por desarrollarse como personas, aunque tuvieran que esconder su personalidad.

Es triste comprobar todo el talento que se ha desperdiciado a lo largo de la historia, al intentar someter a las mujeres al ostracismo privándolas de desarrollar sus capacidades.

En la época en la que se desarrolla mi libro, la Baja Edad Media, muchas mujeres de las clases pudientes o de la realeza que podían escaparse de un matrimonio impuesto ingresaban en el convento. Este lugar era el reducto en el que, en aquel tiempo, se disfrutaba de una vida en mayor libertad. Allí podían escribir, componer, pintar, leer…

Una de las protagonistas de esta historia elegirá ese camino. Fundará diversos monasterios femeninos para ofrecer así a las mujeres esos refugios en los que puedan vivir tranquilas, sin las agobiantes limitaciones y exigencias sociales.

La otra protagonista seguirá en el mundo, realizándose políticamente, pero lo hará a través de su hijo.

Las dos son mujeres fuertes. Muy distintas entre sí, aunque el ambiente social en el que nacieron y crecieron fuera muy similar.

Las dos eran hijas de reyes. Las dos fueron reinas. Las dos pudieron ser madres de reyes. Sola una lo fue.

Las dos tenían una edad aproximada. Las dos sabían la una de la otra, pero nunca sintieron interés por conocerse. Cada una vivía su realidad.

Pero un día, tanto la una como la otra decidieron reunirse para intentar solucionar un grave problema que las afectaba a ellas y al mundo en el que vivían.

Y ese es el tema que despertó mi interés y me llevó hacia ellas. Una vez que conocí sus vidas y lo que hicieron, ya no existieron dudas. Ellas eran las elegidas para ser las protagonistas de mi nuevo libro.

Berenguela y Teresa, «las mujeres que forjaron España». Sí, la

unión de Castilla y de León fue posible gracias a que dos mujeres se ocuparon de ello. Y lo más hermoso, admirable y sorprendente es que lograron esa forja dialogando, poniéndose de acuerdo. Una actitud que incluso hoy echamos de menos, ante muchos de los problemas que nos afectan, pero que, en aquel tiempo, en el que todo se resolvía con el uso de las armas, aún resulta más admirable.

Claro que las dos compartían un objetivo común: evitar la guerra, y por lo tanto, el bienestar del pueblo, de los ciudadanos, ocupaba un lugar destacado en su escala de prioridades.

El comportamiento de estas dos mujeres creo que refleja a la perfección cómo hombres y mujeres somos distintos —ni mejores no peores, pero sí diferentes—.

A lo largo de la historia existen muchos ejemplos que nos hablan de la habilidad femenina para negociar. Solo recordaré uno, protagonizado por Catalina de Lancaster, primera princesa de Asturias. Ella, por medio de un acuerdo con el rey nazarí de Granada, Yusuf III, consiguió la redención de cien cautivos cristianos, algo que jamás su cuñado Fernando de Antequera —que compartía con ella la regencia durante la minoría de edad de su hijo Juan II— había logrado.

Sí, son muchas las mujeres que desde su perspectiva han influido en el desarrollo de la humanidad, aunque después su memoria haya desaparecido en el proceloso mar de la historia.

Con este libro quiero poner mi pequeño granito de arena para recuperar la memoria de dos grandes mujeres. Dos mujeres que supieron ponerse de acuerdo con el objetivo de evitar una guerra innecesaria, desarrollando una capacidad de diálogo que sigue siendo imprescindible en nuestros días y siempre.

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

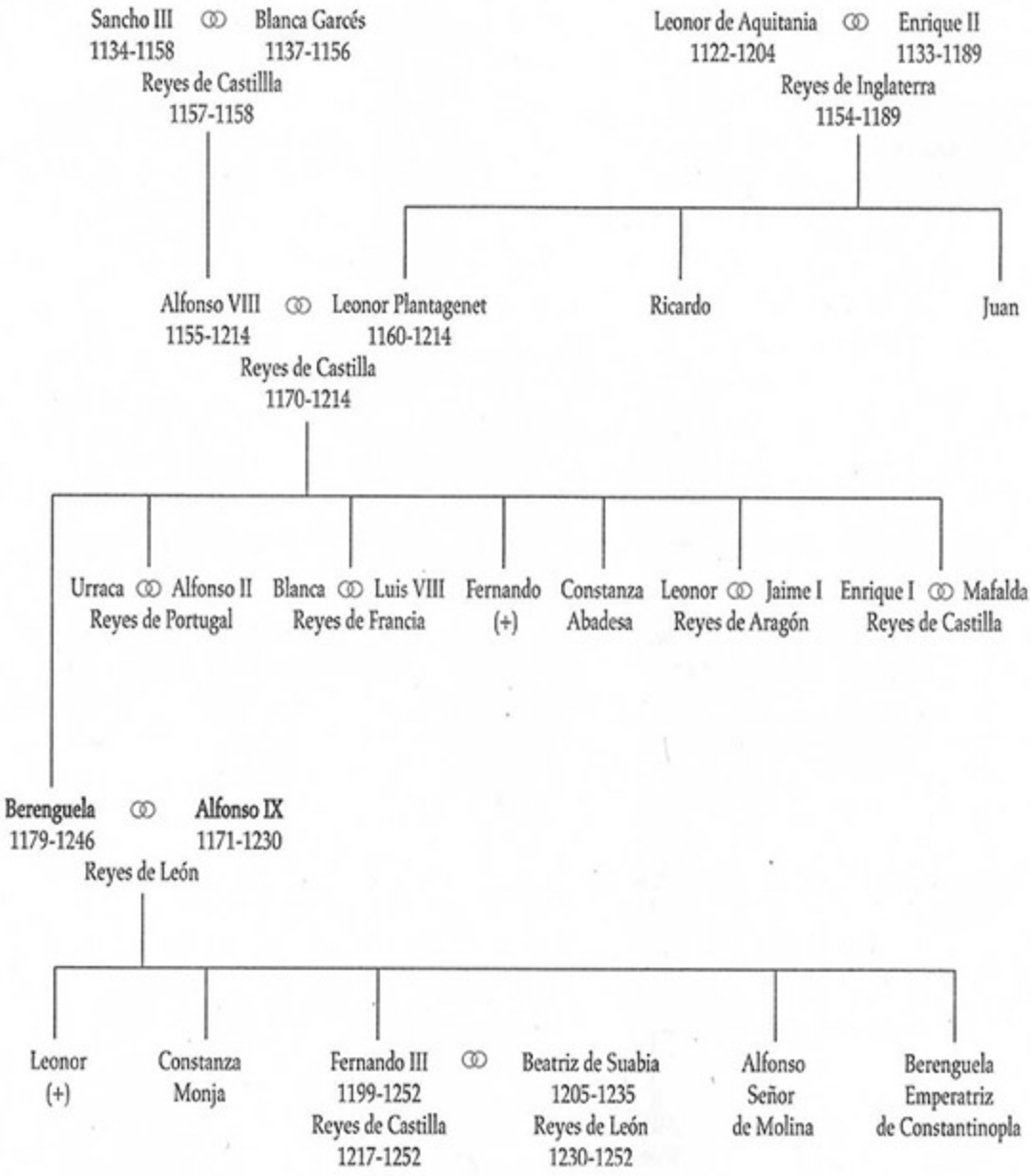
Agradecimientos

A Josefina Barbas, amiga e incondicional lectora.
A Berenice Galaz, por sus agudos y sabios comentarios.
A Ymelda Navajo, por su apoyo, confianza y cariño.

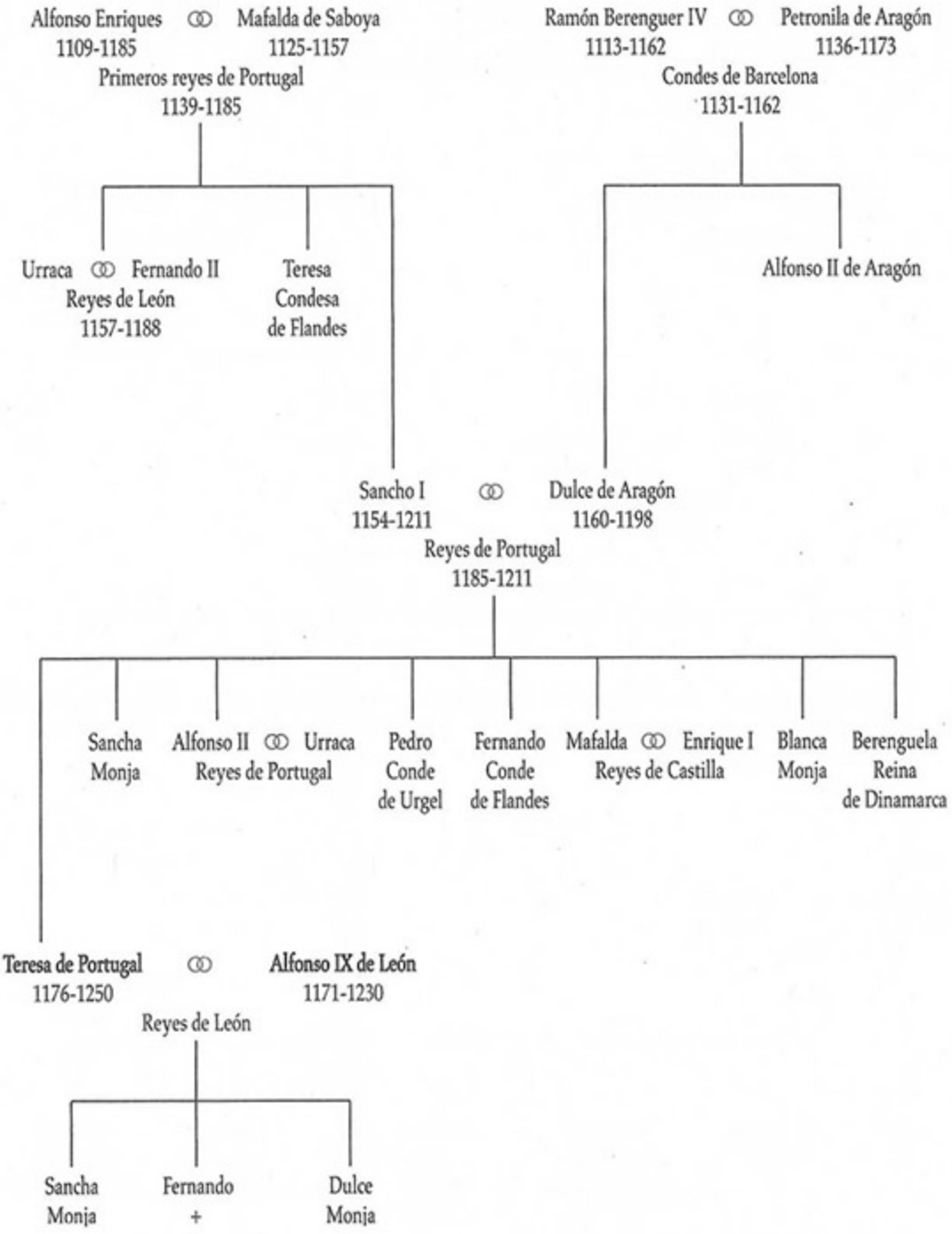
Árboles genealógicos

Árboles genealógicos

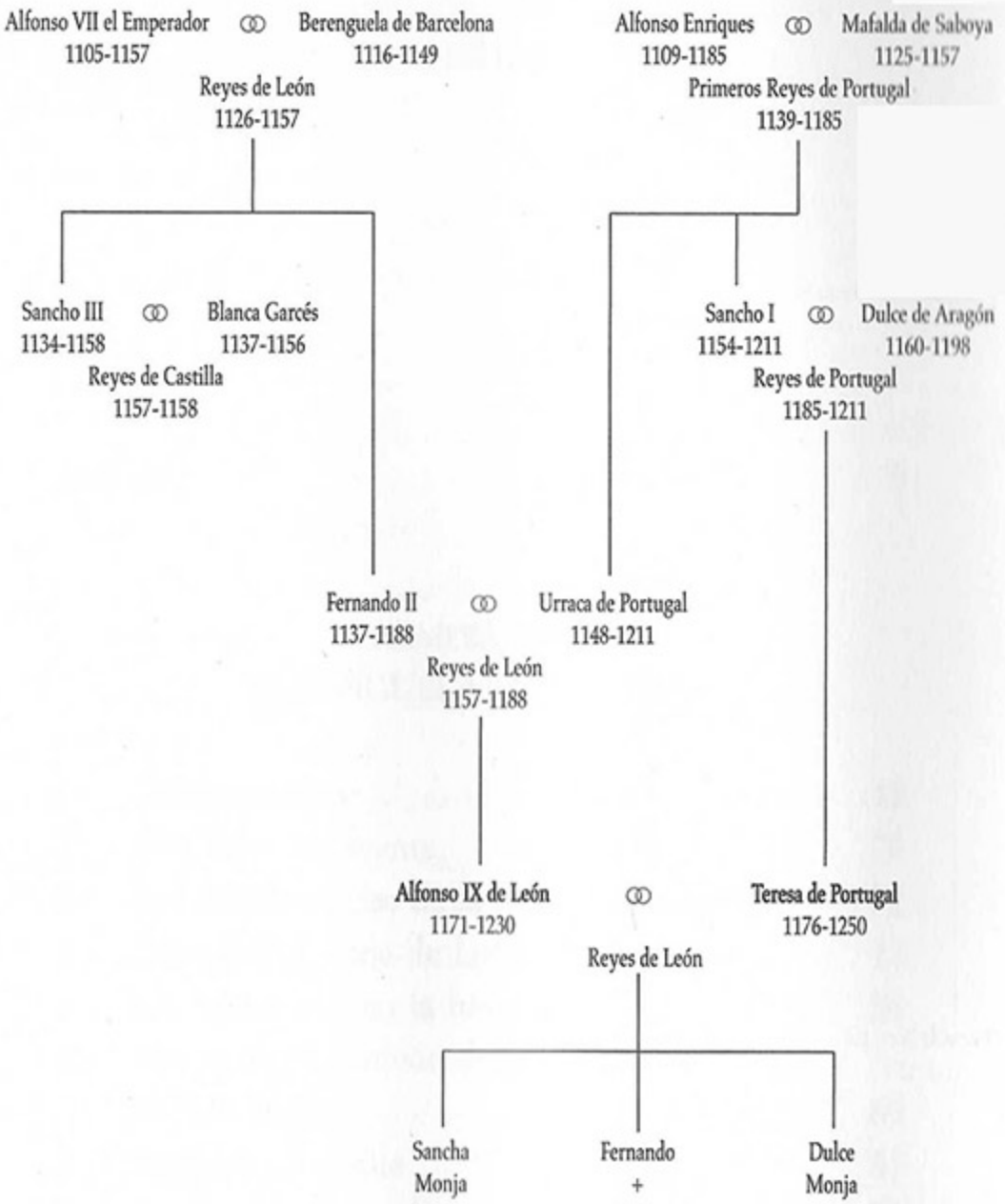
Genealogía de Berenguela de Castilla



Genealogía de Teresa de Portugal



Genealogía de Alfonso IX de León





MARÍA TERESA ÁLVAREZ nació en Candás (Asturias). Licenciada en Ciencias de la Información, fue la primera mujer cronista deportiva en la radio asturiana y la primera presentadora del programa regional de TVE en Asturias.

En 1987 se trasladó a Madrid para conducir la Subdirección de Cultura y Sociedad de los telediarios de TVE. Un año más tarde dejó la información diaria para realizar documentales histórico-divulgativos. En esta línea ha dirigido: *Viaje en el tiempo*, dedicado a desvelar los enigmas e incógnitas sobre Cristóbal Colón; *La pequeña española, Viena 1791-1991*, que recreaba la vinculación de Mozart con España; *Sefarad, la tierra más bella*, sobre el pasado y el presente de los judíos sefarditas; y *Mujeres en la Historia*, un tema que siempre le ha interesado y sobre el que, además de escribir, da cursos y conferencias.

En 1999 publicó su primer libro, *La pasión última de Carlos V*. A Este le han seguido: *Isabel II. Melodía de un recuerdo, El secreto de Maribárbola, Madre Sacramento, El enigma de Ana, Ellas mismas. Mujeres que han hecho historia contra viento y marea, La comunera de Castilla, Catalina de Lancaster, La infanta Paz de Borbón, Margarita de Parma, La indiana, Urraca. Reina de Asturias, La hija de la indiana, Juana de Castilla, Mis otoños en Roma* y *María de Magdala*.